

SOLO QUEDÓ NUESTRA HISTORIA



AUTOR DE *RECUERDA AQUELLA VEZ.*
BEST SELLER DEL *NEW YORK TIMES*

ADAM SILVERA

**SOLO
QUEDÓ
NUESTRA
HISTORIA**

**SOLO
QUEDÓ
NUESTRA
HISTORIA**



ADAM SILVERA

Traducción de Daniela Rocío Taboada



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *History Is All You Left Me*
Editor original: Soho Teen, un sello de Soho Press, Inc.
Traducción: Daniela Rocío Taboada

1.^a edición: Junio 2018

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación de la autora. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, o lugares y organizaciones de diversa índole es puramente fortuito.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2017 by Adam Silvera
All Rights Reserved

© de la traducción 2018 by Daniela Rocío Taboada

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-10-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para aquellos con historias grabadas en su mente y en su corazón.

Gracias a Daniel Ehrenhaft, quien me descubrió, y a Meredith Barnes, quien ayuda a que todos me encuentren. Son el mejor equipo de trabajo del mundo.



PRESENTE

LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE

2016



Todavía estás vivo en universos paralelos, Theo, pero yo vivo en el mundo real, donde esta mañana estás teniendo un funeral a cajón abierto. Sé que estás allí afuera, escuchando. Y deberías saber que estoy muy furioso porque juraste que nunca morirías y, sin embargo, aquí estamos. Duele aún más porque esta no es la primera promesa que has roto.

Analizaré los detalles de esta promesa otra vez. La hiciste el último agosto. Créeme cuando digo que no estoy hablándote de manera condescendiente mientras rememoro este recuerdo, y muchos otros, con gran detalle. Dudo siquiera que te sorprenda, dado que siempre bromeábamos acerca de cómo tu cerebro funcionaba de manera extraña. Sabías tantos datos triviales como para llenar cuadernos, pero de vez en cuando olvidabas cosas más importantes, como mi cumpleaños este año (el diecisiete de mayo, no el dieciocho), y nunca cumpliste con tus clases nocturnas, aunque te regalé una agenda genial con zombis en la cubierta (que probablemente —ya sabemos— te obligaron a tirar). Solo quiero que recuerdes las cosas del mismo modo que yo. Y si ahora te molesta que hable del pasado —como sé que sucedió cuando dejaste Nueva York para irte a California— quiero que sepas que lo lamento, pero, por favor, no te enfades conmigo por revivirlo todo. Solo me quedó nuestra historia.

Nos hicimos promesas el día que rompí contigo para que pudieras hacer lo tuyo en Santa Mónica sin que yo te retuviera. Algunas de esas promesas salieron mal, pero no se rompieron, como cuando dije que nunca te odiaría a pesar de que me diste suficientes razones para hacerlo, o como cuando nunca dejaste de ser mi amigo a pesar de que tu novio te lo había pedido. Pero el día en el que estábamos caminando hacia la oficina de correos con Wade para enviar tus cajas a California, caminaste hacia atrás en la calle y casi te arrolla un automóvil. Vi nuestro destino —encontrar nuestro camino de regreso cuando fuera el momento adecuado, sin importar nada más— desaparecer, y te hice prometer que siempre cuidarías de ti mismo y que nunca morirías.

«Vale. Nunca moriré», dijiste mientras me abrazabas.

Si había una promesa que tenías permitido romper, no era esa, y ahora estoy obligado a acercarme a tu ataúd en una hora para decir adiós.

Aunque no será un adiós.

Siempre estarás aquí, escuchando. Pero estar cara a cara contigo por primera vez desde julio y por última vez en la vida será imposible, en especial por la compañía indeseable de tu novio.

Mantengamos su nombre alejado de mi boca lo máximo posible esta mañana, ¿vale? Si existe alguna posibilidad de que sobreviva a este día, a mañana y a todos los días subsiguientes, creo que necesito regresar al inicio, cuando éramos dos chavales que forjaban un vínculo entre rompecabezas y se enamoraban.

Lo que sucede después de que te desenamoraste de mí es lo que está mal. Lo que sucede después de que rompimos es lo que me pone tan nervioso. Ahora puedes verme, donde sea que estés. Sé que estás ahí y sé que me observas, atento a mi vida para unir todas las piezas tú solo. No son solo las cosas vergonzosas que hice las que me están enloqueciendo, Theo. Lo que me vuelve loco es que sé que aún no he terminado de hacerlas.



PASADO

DOMINGO 8 DE JUNIO DE 2014



Hoy estoy haciendo historia.

El tiempo avanza más rápido que este tren L, pero todo está bien porque estoy sentado a la izquierda de Theo McIntyre. Lo conozco desde la escuela primaria, cuando captó mi atención durante el recreo. Me llamó con la mano y dijo:

«Ayúdame, Griffin. Estoy reconstruyendo Pompeya».

Un rompecabezas de cien piezas de Pompeya, obviamente. En ese entonces, yo no sabía nada acerca de Pompeya. Creía que el Monte Vesubio era la guarida oculta del villano de un cómic. Las manos de Theo me habían embelesado mientras, antes de comenzar, organizaba las piezas del rompecabezas en grupos según sus tonalidades, separando las calles de granito de las construcciones demolidas cubiertas de ceniza. Ayudé con el cielo y armé todas las nubes mal. No avanzamos demasiado ese día, pero hemos permanecido unidos desde entonces.

Nuestra salida de hoy nos lleva de Manhattan a Brooklyn para comprobar si los tesoros perdidos de algún mercado de pulgas cuestan mucho más de lo que deberían, como dicen todos. Sin importar dónde estamos, Brooklyn o Manhattan, el patio de recreo o Pompeya, he planeado cambiarle las reglas del juego a Theo en este día par. Solo espero que él tenga ganas de seguir jugando.

—Al menos, estamos solos —digo.

Es prácticamente sospechoso cuán vacío está el vagón del metro. Pero no lo cuestiono. Estoy demasiado ocupado soñando despierto con cómo sería compartir siempre este espacio y cualquier otro con este sabelotodo que ama la cartografía, los rompecabezas, la animación y descubrir qué mueve a las personas. En un vagón atestado de gente, Theo y yo solemos apretujarnos juntos cuando nos sentamos, nuestras caderas y nuestros brazos quedan comprimidos unos contra otros, y es muy parecido a abrazarlo, excepto que no debo soltarlo tan rápido. Apesta que Theo esté sentado directamente frente a mí ahora, pero al menos, tengo una vista fantástica. Unos ojos azules que encuentran algo maravilloso en todo (incluso en los anuncios de blanqueamiento dental), el pelo rubio que se oscurece cuando está húmedo, la camiseta de *Juego de Tronos* que le regalé para su cumpleaños en febrero.

—Es mucho más difícil observar personas cuando no hay ninguna a la vista —dice Theo. Sus ojos se posan en mí—. Aunque supongo que estás tú.

—Estoy seguro de que habrá algunas personas interesantes en el mercado de pulgas. Como unos *hipsters*.

—Los *hipsters* son personajes, no personas —replica Theo.

—No discrimines a los *hipsters*. Algunos tienen verdaderos sentimientos debajo de sus gorros de lana y sus camisas de leñador.

Theo se pone de pie e intenta colgarse estúpidamente de la barra; su cerebro le otorga calificaciones altísimas, pero sus músculos no pueden llevarlo tan alto. Se rinde y comienza a saltar de un lado a otro entre los asientos del vagón como un trapecista callejero. Quisiera que aterrizara de un salto a mi lado y que permaneciera quieto. Sujeta la barra y estira su pierna hacia el asiento opuesto a él; su camiseta se levanta un poco y veo periféricamente un atisbo de su piel expuesta mientras mantengo la atención en la sonrisa de Theo. Quizás es mi último día para hacerlo.

El tren para y por fin bajamos.

Manhattan es el hogar y todo eso, así que Theo nunca habla mal de él, pero sé que desea que más de sus paredes estuvieran manchadas con grafitis como aquí, en Brooklyn, brillantes bajo el sol veraniego. Theo señala sus favoritos de camino al mercado de pulgas: un niño en blanco y negro caminando sobre unas letras mayúsculas que dicen Sueña; un espejo vacío que exige encontrar a la más bella de todas en una letra cursiva realmente delicada que compite con la caligrafía perfecta de Theo; un avión volando alrededor de Neptuno, tan fantástico que no dispara mi pánico a volar; unos caballeros con armadura sentados alrededor de la Tierra, como si fuera su mesa redonda. Ninguno de

nosotros tiene idea alguna de qué se supone que significa, pero maldición, es guay.

Es una caminata larga y calurosa hasta el mercado de pulgas, ubicado cerca del East River. Theo ve un camión de refrescos, y gastamos cinco dólares cada uno en unos vasos de limonada congelada, salvo que no hay suficiente líquido, así que nos vemos obligados a masticar hielo para sobrevivir al calor.

Theo se detiene en una mesa que tiene objetos de *La guerra de las galaxias*. Frunce el rostro cuando se gira hacia mí.

—¿Setenta dólares por ese sable láser de juguete?

La voz interna de Theo apesta. Es un problema.

La vendedora de unos cuarenta años alza la vista.

—Es un sable de colección —dice ella—. Es único y debería cobrarlo más caro —su camiseta dice: La princesa Leia no es la damisela en apuros que buscas.

Theo le devuelve su mirada fulminante con una sonrisa relajada.

—¿Acaba de hacer como Obi-Wan y me cortó el brazo?

Mi conocimiento acerca de todo lo relacionado con *La guerra de las galaxias* es bastante limitado, y lo mismo sucede con el conocimiento de Theo acerca de todo lo que respecta a Harry Potter. Él es el único humano de dieciséis años que conozco que no está al tanto del mago favorito de todos. Una noche, debatimos durante una hora acerca de quién ganaría un duelo entre Lord Voldemort y Darth Vader. Me sorprende que aún seamos amigos.

—La trampa de la batería se retira fácilmente y parece que los niños no pueden mantenerla fuera de sus malditas bocas —dice la mujer. Ya no está hablando con Theo. Está hablando con un tío igual de infeliz y de la misma edad que ella que no puede comprender el funcionamiento de un reloj despertador de R2-D2.

—Hasta luego, entonces —Theo le hace un saludo militar y nos marchamos.

Paseamos durante unos minutos. (Seis, para ser exactos).

—¿Ya terminamos aquí? —pregunto. Hace calor, me estoy derritiendo y sin duda ya hemos comprobado que algunos tesoros cuestan mucho más de lo que legalmente deberían.

—Claro que no, no terminamos —responde Theo—. No podemos irnos con las manos vacías.

—Entonces, compra algo.

—¿Por qué no *me* compras algo tú?

—No necesitas ese sable láser.

—No, gilipollas, cómprame otra cosa.

—Asumo que tú me comprarás algo a mí también, ¿verdad?

—Parece lo justo —dice Theo. Da unos golpecitos sobre su reloj peligroso. De hecho, es peligroso de verdad, porque no es seguro usarlo. Ni siquiera sé cómo o por qué lo hicieron, porque sus manecillas de reloj solar han arañado los cuerpos de personas distraídas —incluso el mío— tantas veces que debería lanzarlo al fuego, destruirlo y luego demandar al fabricante. De todos modos, lo usa porque es un reloj diferente—. Encontrémonos en la entrada en veinte minutos. ¿Vale?

—Venga.

Theo se aleja corriendo y casi se topa con un hombre barbudo que lleva una niña en los hombros. Se pierde de vista en cuestión de segundos. Miro la hora en mi teléfono —4:18, minuto par— y avanzo rápido en la dirección opuesta, en un laberinto lleno de personas y reliquias a la venta. Paso corriendo junto a cajas llenas de calzado viejo, hileras torcidas de espejos manchados, como los de una casa de la risa cutre, percheros con chales florales que se inflan por un ventilador oculto y cubetas con caracoles que se venden en conjunto con unos pinceles.

Los caracoles son bastante geniales, supongo, pero no gritan el nombre de Theo.

Alrededor de un minuto después, me encuentro con un sector del mercado que *sí* habla el idioma de Theo. Un atrapasueños con un aro de sauce teñido de su tono favorito de verde. Una mesa entera llena de barcos diminutos dentro de unas botellas. Recientemente, estuvo leyendo acerca de las complejidades de esos objetos con la esperanza de hacer uno él mismo, excepto que sé que quiere que su botella tenga dentro una nave espacial porque siempre tiene que darle el toque de Theo a las cosas.

Todavía tengo todo el tiempo del mundo: al menos, si el mundo solo tuviera doce minutos que ofrecer. Es una pena que Theo no sea un fanático de la fantasía, porque los abre cartas que venden son bastante geniales y una parte de mí espera que él ya haya encontrado esta mesa y que me sorprenda con uno, preferentemente el que tiene forma de espada o ese con mango de hueso. Vale, porque tengo todo el tiempo del mundo... De hecho, ahora mismo, no, no lo tengo, porque según mi teléfono, solo tengo nueve minutos, un número impar que me está poniendo muy ansioso, así que rasco mi palma mientras comienzo a correr de nuevo. De algún modo, regreso a un mundo más «girly». En este momento, Theo no usaría cuencos y sartenes que invitan a desayunar, dado que

es bastante feliz comiendo cereales en un bol con zumo de naranja, y sin duda no necesita herramientas de jardinería, a menos que vengan con instrucciones que expliquen cómo puede cultivar más videojuegos y aplicaciones para el ordenador gratis.

Entonces, bingo.

Rompecabezas.

Miro rápido mi teléfono de nuevo: quedan seis minutos. Ya no estoy nervioso, estoy entusiasmado. Por haber ido suficientes veces a la casa de Theo sé que no posee ninguna de estas cosas: un granero *steampunk* que planea con alas construidas con restos de un satélite; el trineo de Santa tirado por unos delfines bajo el agua (no quiero saber qué hay en esos regalos envueltos, pero me gustaría oír las suposiciones de Theo); un rompecabezas 3D de un balón de fútbol; la parte tridimensional es genial, pero la parte deportiva no tanto. No estoy seguro de qué opina Theo de los rompecabezas tridimensionales, pero este no parece uno que vaya a clasificar; ja.

Bum, lo tengo. El cuarto de la fila sobre la mesa: un barco pirata maldito. Los piratas caen al agua debido al clima tormentoso y al mar embravecido; algunos, intentan subir a bordo de nuevo, mientras que otros cuelgan de la plancha. Sé que Theo creará una historia increíble detrás de esta imagen. El vendedor coloca el rompecabezas en una bolsa color café de plástico y, aunque cuesta nueve dólares, coloco diez en su mano y corro de regreso.

Theo está esperando junto a la entrada, apoyado contra la pared intentando ocultarse en la sombra, como un vampiro que ha permanecido fuera hasta demasiado tarde (¿o hasta demasiado temprano?). No lo culpo. Ambos estamos sudando. Él mira su reloj solar de pulsera.

—¡Quedan dos minutos! Salgamos de aquí antes de que nos incendiemos o peor, que te broncees.

De camino de regreso al metro, la única pista que tengo de su regalo es una caja. Un cubo perfecto. No tengo idea de qué puede ser. Bajo tierra estamos ocultos del sol, pero la humedad de una plataforma plagada de una multitud es insoportable a su manera, como si hubiéramos acampado en la cima de un volcán y cerrado la carpa. De algún modo, sobrevivimos a los seis minutos de espera, y cuando el tren abre sus puertas, corremos hasta el asiento de la esquina y lo ocupamos antes de que unos chicos que parecen universitarios puedan sentarse allí. El aire acondicionado está a máxima potencia, y me siento mejor.

—¿Regalos? —pregunta Theo, mientras señala mi bolsa haciendo una

pistola con los dedos.

—Tú terminaste de comprar primero, así que tú empiezas —digo y acerco apenas unos centímetros mi pierna a la suya para que nuestras rodillas puedan rozarse accidentalmente.

—No estoy seguro de que esa lógica tenga sentido, pero, vale —responde Theo.

Me entrega la caja pequeña. Sea lo que sea que contiene, no pesa mucho y se mueve de un lado a otro cuando paso la caja de una mano a la otra. La abro y saco una figura de nada más y nada menos que Ron Weasley, el mejor amigo de Harry Potter.

—¿Qué te parece? —pregunta Theo—. Sé que es tu personaje favorito, así que es probable que ya lo tengas, pero me pareció que este era genial, en especial porque tiene ese aspecto desgastado de «haber visto tiempos mejores».

Asiento. Es verdad: esta figura de Ron Weasley está un poco maltratada; le faltan trozos de pintura en su pelo rojo y en su túnica negra. Pero no es mi personaje favorito. Es un error fácil de cometer porque Ron es mi favorito del trío —lo siento, Harry; lo siento, Hermione— y no es que hacen figuras de los personajes que estuvieron con vida y fueron importantes en un solo libro. Pero Cedric Diggory es sin duda mi personaje favorito de toda la saga y de cualquier libro, de hecho. Cuando Cedric murió al final del Torneo de los Tres Magos, lloré durante más tiempo de lo que jamás le he admitido a nadie. La muerte de Cedric es sin duda mi pérdida más dolorosa. Pero vale, no es como si yo supiera con certeza cuál es el personaje favorito de Theo en *La guerra de las galaxias*. Quisiera decir que es Yoda, pero suena estúpido, incluso para mí. La intención es lo que cuenta.

—Es guay —digo—. Y no lo tengo, así que gracias —me pregunto si el antiguo dueño se hartó de la saga y vendió a este amiguito por cincuenta centavos o algo así. La basura de un hombre es el tesoro de otro, como dicen, supongo—. Bien. Tu turno —extraño el vagón vacío del metro que cogimos antes; estoy completamente consciente de los espectadores anónimos que observan cómo intercambiamos regalos y sacan sus propias conclusiones acerca de que debemos estar saliendo. Apesta que estén equivocados. Y apesta el doble que exista la posibilidad de que Theo esté demasiado asustado para ser siquiera mi amigo después de hoy.

Theo saca el rompecabezas de la bolsa y abre los ojos de par en par.

—Guay. Ochocientas piezas. Tienes que armarlo conmigo.

—¿Cuál es la historia detrás de la imagen?

Theo la observa un momento.

—Es sobre el inminente apocalipsis de los piratas zombis, sin duda.

—Sin duda. Dime, ¿cómo se infectaron los piratas con el virus antes que nadie?

—El virus zombi siempre ha existido, pero los científicos sabían que lo mejor era mantenerlo lo más alejado posible de tierra firme. Sabían que los humanos son estúpidos, que están aburridos por naturaleza y que desatarían el infierno si eso implicara que no tendrían que ir a sus trabajos eternos el lunes por la mañana. Los científicos contuvieron el virus en una isla; omitiré el nombre porque no puedo confiarte este secreto, Griff; pero no tuvieron en cuenta que la tormenta furiosa que ves aquí destruiría la isla y liberaría el virus hasta que flotara en el aire e infectara primero a los piratas viajeros. Bueno, primero infectó al loro del Capitán Hoyt-Sumner, que llevó el virus a bordo de *La saqueadora María*.

Solo en ese instante, pierdo el control y sonrío.

—¿Cómo rayos se te ocurren esos nombres?

—No los inventé, están en los libros de historia. Deberías leer acerca de tu historia futura —dice Theo.

—¿Cómo se llama el loro?

—Fulton, pero todos lo llaman Plumas podridas porque convierte a todos los piratas en zombis. Después, le cambiaron el nombre al barco por *El rastreador espeluznante*, lo cual parece apropiado.

Realmente me gustaría pasar una hora dentro de su cabeza, observando todos los engranajes movidos en su interior.

—¿Estos piratas zombis tienen la inteligencia suficiente para cambiarle el nombre a su barco? —le pregunto—. Estamos jodidos.

—Será mejor que seas mi compañero contra los piratas zombis —responde Theo—. Yo sé cómo salvarnos.

Theo explica diferentes estrategias que podemos usar para sobrevivir al apocalipsis. Necesitaremos construir una fortaleza en una zona muy elevada, con cañones y otras armas prácticas, como ballestas militares que disparen flechas ardientes. Fácil: casi siento que puedo manipularlas debido a todos los libros de fantasía que he leído. Aparentemente, también tendré que aprender a cocinar, porque Theo estará muy ocupado montando guardia las veinticuatro horas. Está bastante seguro de que para ese entonces ya habrá descubierto la clave para estar despierto eternamente mientras los muertos vivos están entre

nosotros y que no tendrá tiempo de cocinar, así que o aprendo yo o nos comeremos mutuamente.

—¿Te parece bien, Griff?

—No puedo prometer que la comida que haré siquiera será comestible, pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Theo extiende la mano y nos damos un apretón para sellar nuestros roles en el apocalipsis de los piratas zombis. Tocarlo hace que mi corazón lata rápido y pesado.

Lo suelto.

—Tengo que decirte algo —el metro traquetea y hace mucho ruido, y los ojos curiosos se han dispersado. Todos están perdidos en su propio mundo personal.

—Yo también tengo que decirte algo —responde Theo.

—¿Quién va primero?

—¿Piedra, papel o tijera?

Ambos elegimos piedra.

—¿Los dos al mismo tiempo? —sugiere Theo.

—No creo que lo mío sea algo para gritar al mismo tiempo. Tú puedes empezar.

—Créeme. Apuesto que ambos diremos lo mismo. Será más fácil así —insiste Theo.

No continuaré discutiendo al respecto. Quizás lo que él tiene para decir es peor que lo mío y no me sentiré tan mal.

—¿Cuenta regresiva hasta tres?

—Cuatro.

Theo sonríe a medias y luego asiente.

—Cuatro, tres, dos, uno.

—Creo que tal vez estoy loco —digo mientras él dice:

—Me gustas.

Theo se ruboriza, y su media sonrisa desaparece.

—Espera, ¿qué? —Mueve su cuerpo, gira la cabeza y mira por la ventana del vagón, pero estamos bajo tierra, así que lo único que ve es la oscuridad y su reflejo—. Creí que dirías que yo te gustaba. ¿Eres gay, Griff?

—Sí —admito por primera vez en la vida, y por algún motivo decirlo no hace que mi corazón lata desbocado o que mi rostro arda. Lo único que sé es que le hubiera mentado a cualquier otra persona.

—Bien. Es decir, guay —dice Theo. Parece que coquetea con la idea de

hacer contacto visual de nuevo antes de mantener la vista clavada en la ventana—. ¿Por qué tenías miedo de decirme que crees que estás loco?

—Claro, eso es lo segundo que quería decir. Creo que tengo un TOC.

—Tu habitación está demasiado desordenada —dice Theo.

—No se trata de la organización. ¿Viste que últimamente siempre me obligo a avanzar por la izquierda de las personas? No era así cuando éramos niños. También está el problema de contar, que prefiero que todo sea un número par, con algunas excepciones, como el uno o el siete. El volumen, el reloj del microondas, cuántos capítulos leo antes de soltar un libro, incluso cuántos ejemplos uso en una oración. Me distrae, y siento que es algo que siempre está *encendido*.

Theo asiente.

—Yo también me he sentido así antes. Quizás no con tanta intensidad, pero creo que es solo una señal de tu genialidad. Estoy bastante seguro de que Nikola Tesla estaba obsesionado con el número tres y que a veces rodeaba la manzana tres veces antes de entrar a un edificio. Pero, Griff, hasta donde sabemos, esas compulsiones quizás solo resulten ser peculiaridades —posa otra vez en mi rostro sus ojos azules, iluminados—. ¡Podemos hacer una investigación luego!

Quizás tiene razón. Quizás no soy un chico demente que tiene un tic en el cuello, que se rasca las palmas de las manos cada vez que está nervioso, que prefiere pasar del lado izquierdo de todos, que tira de sus lóbulos y que prefiere los números pares. Quizás es como enfocar una cámara: hago zoom en una sola cosa y me pierdo lo demás.

—Me ha estado asustando un poco; no sé quién seré en el futuro. Me asusta que esto crezca y me convierta en un Griffin que te resulte demasiado complicado para ser tu amigo en unos años —no puedo creer que estoy contando todo esto; siento que es surrealista e increíble, pero no puedo detenerme. Quizás confesar todo hará que cualquier enfermedad desaparezca por arte de magia.

Theo se acerca más a mí.

—Tengo cosas serias de qué preocuparme, tío, como si los piratas zombis sabrán cómo usar ganchos y llaves de mecha o si nos hundirán con dientes y uñas. Tú no me asustas, y nunca serás demasiado complicado para ser mi amigo —Theo le da una palmadita a mi rodilla. Su mano se detiene allí un minuto entero—. Lo siento si acabo de obligarte a salir del armario... Espera, ¿soy la primera persona a la que se lo has dicho?

Asiento, mi corazón late desbocado.

—No me obligaste. Bueno, de hecho, un poco sí, pero de todos modos quería decírtelo. Es solo que no tenía el valor para hacerlo ni un discurso importante que dar al respecto. También me asustaba un poco que mi instinto estuviera equivocado acerca de ti. Las alucinaciones son frecuentes en el lado materno de mi familia.

—No estás alucinando —dice Theo—. Y no estás loco.

Extiende la mano hacia la mía y no es para chocar los cinco. Sé que el mundo no ha cambiado, todavía lo que sube tiene que bajar, pero el modo en que yo veo el mundo se ha movido un poco a la derecha, hacia adelante, y ahora lo veo del modo que siempre he querido hacerlo. Espero no decir o hacer nada que obligue al mundo a ir contrarreloj de nuevo.

Aprieto la mano de Theo, poniendo a prueba lo que sea que estamos haciendo aquí, y siento que estoy respondiendo una pregunta que nunca tuve el valor suficiente de hacer.

—Quédate conmigo, ¿vale? —dice Theo.

—No planeo exactamente salir de un vagón en movimiento.

Theo suelta mi mano. Me hundo un poco en mi asiento, como si le hubiera fallado.

—Nunca antes se lo he dicho a nadie, pero he estado soñando con universos paralelos durante unos años. Me conoces, siempre me pregunto «¿qué hubiera pasado sí...?». —Gira la cabeza un segundo—. Últimamente, me he estado haciendo esa pregunta cada vez más. Muchas de esas opciones alternativas son divertidas, pero muchas también son muy personales. Cada noche antes de dormir, busco todas las notas que he escrito en un trozo de papel o en mi teléfono y las archivo en un diario. Cientos y cientos de universos paralelos.

De pronto, el metro se detiene; algunos pasajeros suben y otros bajan, lo que nos da un poco más de espacio para respirar... pero cuando las puertas se cierran, Theo tiene toda mi atención otra vez.

—Escribí una en el interior de mi brazo mientras buscábamos los regalos —continúa—. No te la mostraré aún. No seré aguafiestas. Pero solo me recordó algo. En cada universo que he creado últimamente tu rostro no deja de aparecer. Y pensé que si no podías aceptarlo, no te odiaría, pero quizás necesite algo de tiempo a solas hasta que hayamos tomado la distancia suficiente y pueda imaginar mundos inventados sin que tú aparezcas automáticamente. —Theo se gira, sobre su codo izquierdo veo su letra, no tiene la perfección habitual porque ni siquiera *él* puede escribir en su propio

cuerpo con prolijidad, y extiende el brazo hacia mí. El garabato dice: Universo paralelo: estoy saliendo con Griffin Jennings y eso es todo.

—No sé si tiene algún sentido para ti, pero yo quiero que sea real —dice Theo, todavía con el brazo extendido hacia mí, como para grabar a fuego esas letras desprolijas en mi memoria—. Si no puede serlo, lo comprendo y espero que aún podamos encontrar un modo de seguir siendo mejores amigos. Solo que no imagino no atreverme a intentarlo nunca. —Baja el brazo, por fin—. Ahora tienes que decir algo.

Siento que alguien me ha hecho aterrizar de una patada voladora en un universo paralelo maravilloso. No puedo creer que esté teniendo esta conversación; no puedo creer que realmente esté coqueteando con Theo y que él me corresponda. Este universo me va más que bien. No puedo decirle todas estas cosas. Al menos, aún no.

—Iba a hacerlo —respondo.

—Vale, pero solo di algo si es bueno. Si apesta, cierra la boca.

—He estado pensando en lo mismo, tío. No sé cuándo hubiera tomado valor y dicho algo, pero no hubiera superado tu idea de los universos paralelos. Solo habría dicho que me gustas.

—¿Al menos ibas a mencionar cuán sexy soy?

—Sexy parece una palabra demasiado fuerte, pero hubiera mencionado que eres agradable a la vista, claro.

—Es bueno saberlo. —Debería decirle cuánto me gusta el sonido de su escritura, las palabras que anota en sus cuadernos cuando está encorvado sobre el escritorio; quiero saber cuáles son. Debería contarle acerca de las fantasías que he tenido, en donde la próxima vez que duerma en su casa y compartamos su cama, no tenemos que usar edredones distintos y que quizás un día podamos compartir uno sin que sea incómodo. Debería decirle cuánto me divierte observar cómo gira un reloj de arena e intenta terminar un rompecabezas inmenso por su propia cuenta, y como siempre estoy esperando que tenga éxito porque sé lo feliz que es cuando gana. Debería decirle cuánto aprecio el modo en que últimamente ha estado ubicándose a mi derecha. Pero no digo nada de esto en voz alta ahora mismo porque quizás pueda admitir estas cosas frente a él cuando suceda en tiempo real.

—¿Por qué hoy, Theo?

—Por la fotografía que Wade nos tomó ayer —responde.

Me doy cuenta de que no he pensado ni una sola vez en Wade durante la aventura de hoy. Somos un grupo de tres chicos, pero parece que en ese caso no me genera demasiada ansiedad la batalla entre los pares y los impares, quizás sea porque siempre logramos que funcione: es la única excepción universal. Como ayer a la tarde, cuando jugamos un torneo de *Super Smash Bros* en la casa de Theo; Theo y yo contra Wade y el ordenador, equipos que formamos sacando papeles con nuestros nombres de la gorra ajustada de Wade. Estuvo cerca, porque Wade es muy bueno jugando con Bowser y el nivel del ordenador estaba al máximo, pero Theo y yo ganamos con el Capitán Falcon y Zelda. Nos pusimos de pie, triunfantes, y nos abrazamos como si acabáramos de ganar una guerra contra los alienígenas o, más adecuado por lo hablado hace diez minutos, una guerra contra los piratas zombis.

Wade nos hizo posar. Theo y yo fingimos poner nuestra mejor expresión seria, pero fracasamos y comenzamos a reír a carcajadas.

—Nos vi juntos y pensé que ya había sido suficiente. Ya desde hace un tiempo quiero estar contigo. La fotografía de Wade hizo que fuera un poco más insoportable no estar contigo —dice Theo.

—Supongo que siento lo mismo —respondo—. ¿Y ahora qué? ¿Cómo sellamos esto? Probablemente con un beso o algo así, pero no estoy de humor para eso. —Se me traba la lengua en la última parte porque, siendo honesto, es mentira. Decido que dejaré de mentir porque decir la verdad puede generar esta clase de felicidad, la clase que abre infinitos universos paralelos. Solo me gustaría mucho tener goma de mascar, pero Wade es el proveedor de goma de mascar del grupo—. ¿Quizás un apretón de manos?

Estrechamos las manos, y ninguno de los dos suelta al otro.

—Esto es guay pero extraño —digo.

—Muy guay, muy extraño —comenta Theo—. Pero creo que encajamos, ¿verdad?

—Sin duda, Theo.

No puedo esperar a ver qué sucederá a continuación.



PRESENTE

LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE

2016



La alarma del reloj por fin se detiene diez minutos después, pero mis padres continúan amenazando con abrir mi puerta. La última vez que hicieron eso, perdí mi privacidad durante dos meses hasta que mi padre por fin reemplazó la cerradura.

Creo que nunca te conté acerca de eso. Fue después de que rompimos.

—¡Griffin!

—¡Diez minutos más! —grito.

—Dijiste eso hace una hora —replica mi madre.

—Seis veces —añade mi padre—. Vístete.

—Saldré en diez minutos —digo—. Lo prometo.

La última vez que vestí un traje negro fue para la boda de tu primo Allen en Long Island. Fue unos meses después de que por fin hubiéramos comenzado a salir y también fue nuestra primera fiesta formal, si no contamos el bautizo de tu hermana. Para mi alivio, Wade (antes, cuando tú y yo aún éramos cercanos a él) estaba equivocado cuando dijo que todas las bodas gay son como conciertos de Katy Perry (no creo que mi ansiedad hubiera podido soportar bailar contigo por primera vez bajo luces estroboscópicas). Cuando vi las rosas blancas en el invernadero de la mansión, comencé a esperar con ansias

el día en que vestiría un traje negro mientras estaba de pie frente a ti, tomándonos las manos, listo para decir: «maldición, claro que acepto». En ese entonces no lo sabía, pero esa fue la última vez que usaría un traje negro en la vida. Ahora sin duda no me pondré uno.

Iré al funeral como estoy; bueno, no completamente como estoy, porque aparecer vestido con pantalones térmicos podría ofender a tu abuela. Pero no me quitaré el jersey con capucha que me diste la tarde que perdimos la virginidad. Lo he llevado puesto los últimos dos días, más exactamente durante quince horas, aunque el tiempo ha estado escurriéndose. Desearía nunca haber lavado el maldito jersey ahora que te has ido. Ya no huele como la vieja tienda de flores de tu abuela; no tiene las manchas de tierra causadas por todas las horas que pasamos en el parque. Es como si te hubieran borrado.

Cojo dos de los cuatro grifos magnéticos que me regalaste hace dos navidades y los coloco en el jersey, uno en el cuello y otro en mi corazón. Es como si el grifo azul estuviera persiguiendo al verde por el cielo.

Miro el reloj, esperando el próximo minuto par —9:26— y salgo de la cama. Piso directamente la cena de la noche anterior; olvidé que había abandonado el plato en el suelo mientras miraba el techo, pensando en todas las preguntas que tengo demasiado miedo de hacerte. Pero, oye, si hay un lado positivo de tu muerte, es que no estás aquí para decirme cosas que no quiero escuchar.

Lo siento. Eso fue algo imbécil de mi parte. Necesito un condón para mi boca.

Por mucho que me gustaría sentarme dentro de la bañera y dejar que el agua de la ducha cayera sobre mí, tengo que salir de esta habitación. Miro el reloj en mi portátil abierto y salgo cuando cambia de 9:31 a 9:32.

El pasillo está plagado de fotografías en los marcos baratos que mi tía nos regaló la Navidad pasada: la clase de regalos que mi madre considera desatentos, pero como es muy buena, los cuelga de todos modos. Aún bebe de la taza de Yoda que le compraste hace dos años por ningún motivo especial, solo porque sí. Siempre serás una presencia para mis padres, incluso aunque ahora no puedan ver tu historia en nuestros muros.

Acumulo todas las fotografías y sus marcos baratos en mi cuarto. Hay espacios vacíos mientras avanzo por el pasillo: una en la que estamos sentados en la sala de estar de tu infancia en la avenida Columbus, armando un rompecabezas del Empire State; nosotros a los dieciséis/quince años, tú con los brazos alrededor de mi cintura después de que Wade dijera alguna broma

acerca de que los chicos no podían abrazar a otros chicos; tú sonriéndome desde el extremo de otra banca del parque mientras yo brindo por el aniversario de mis padres el año pasado; y mis favoritas, una junto a la otra en el mismo marco: la primera la sacó Wade, una foto inexpresiva de nosotros haciendo nuestro mayor esfuerzo por contener las sonrisas y fracasando. En la segunda estamos abrazados y sonreímos después de visitar a nuestros padres en la fiesta de cumpleaños de Denise.

Siempre fuiste fanático del resplandor del sol sobre tu cabeza en esa foto.

«Parezco un ángel de la destrucción rudo», dijiste. «El ángel al que le dan una espada en llamas mientras que a ti te dan un arpa».

En la sala de estar, mis padres ya están listos, con las chaquetas puestas, y mi padre tiene una bolsa con bollos horneados apoyada en su regazo, mientras ambos miran las noticias sin sonido en la tele. Mi madre me ve primero y se pone de pie de prisa, lo cual sé que es malo para su espalda, en especial en días lluviosos como hoy. Oculta su dolor y se acerca a mí con cautela, sin saber con certeza qué Griffin le tocará.

—Estoy listo —miento. Tengo hambre, estoy exhausto, estoy harto de todo y no estoy listo. Pero hay un cronograma en todo esto. Hoy es el funeral. Mañana, el entierro. No sé qué viene después de eso.

Mi madre extiende los brazos hacia mí, como si fuera un niño que supuestamente debe dar sus primeros pasos hacia sus brazos. Es ridículo. Soy un chaval de diecisiete años llorando a su persona favorita. Tomo mi chaqueta y camino hacia la puerta.

—Estaré afuera.

Cuando todos nos acomodamos en el automóvil, mi padre enciende la radio para llenar el silencio. Miro por la ventanilla cuando paramos en un semáforo en rojo y cuento pares para mantener la cordura: dos tías con chaquetas, compartiendo un paraguas azul; dos ancianos empujando carros y saliendo del supermercado; cuatro árboles talados en el jardín comunitario; dos cestos de basura llenos hasta arriba con desechos.

El conteo me da algo de alivio, pero no es suficiente. Dejo caer mi mano derecha en el espacio vacío a mi lado e imagino tu mano sobre la mía. Dos manos.

Eso se siente mejor.



PASADO

LUNES 9 DE JUNIO DE 2014



Es rutina que después de la escuela, Theo, Wade y yo vayamos a la librería Barnes & Noble en el Upper West Side a hacer la tarea, pero las clases ya están a punto de terminar. Así que, en cambio, exploramos los estantes. Se suponía que Theo le contaría a Wade que estamos comenzando a salir mientras él y Wade corrían en la última hora de clase, pero se acobardó. No soy fanático de los secretos. Los secretos convierten a las personas en mentirosos, y ya he dejado atrás mis días de mentiras.

Nos alejamos de las novelas gráficas y terminamos en el pasillo de las biografías. Es mi sección menos favorita, pero estamos aquí por Wade y Theo.

—Quiero tener mi propia autobiografía —comenta Theo.

—Solo una persona puede hacer que eso suceda —respondo.

—Aún no tengo un título —dice Theo.

—Qué horror —añade Wade, mientras restriega sus ojos de nuevo porque los nuevos lentes de contacto le molestan. Todavía luce como él mismo en general: pelo corto, piel café, camiseta arrugada... pero creo que parece más *guay* con gafas—. Probablemente llamaré a la mía *Navegando por la vida*.

Theo finge bostezar.

—No puedo esperar a leer ese libro elaborado.

Wade le hace un gesto obsceno con el dedo a Theo.

—Iré a la cafetería a comprar un té helado. ¿Quieren uno, chicos?

—De hecho, sí, pero yo invito —le doy a Wade una tarjeta de regalo que me quedó de mi cumpleaños el mes pasado.

—¿Estás seguro? —pregunta Wade.

Asiento.

Cuando se marcha, fulmino a Theo con la mirada que dice «por qué no le contaste acerca de nosotros», pero él se da media vuelta y posa la vista de nuevo en los estantes llenos de libros.

—¿Qué te parece *Theo McIntyre: asesino de piratas zombis*? —sugiero ante el silencio.

Él se gira mientras continúa evitando mi mirada.

—Pero si el apocalipsis de los piratas zombis nunca sucede, creerán que mi libro es una novela de fantasía. ¡Maldita sea, me niego a que confundan mi existencia con ficción! Quizás debería usar algo sencillo. ¿Qué opinas de *Theo: la autobiografía*?

Muevo la cabeza de lado a lado.

—Eres mi Theo favorito, pero no eres el único.

Él se gira hacia mí.

—¿Conoces más Theos? Dame sus direcciones así puedo darle fin a esta locura. —Mueve las manos en pose de karate, como si estuviera listo para enfrentarse a cualquier Theo que pase. Su postura de lucha me recuerda el disfraz de C-3PO *hipster* que usó el año pasado para Halloween. Vistió una camiseta parecida al cuerpo del androide y pintó de dorado sus brazos y su rostro.

—¿Qué te parece *C-Theo-PO*?

—Nah. Es demasiado insignificante. Aunque quizás es un buen título para un capítulo. —Theo alza una ceja y me señala—. Ya tengo el título para el tuyo, sabes. *Griffin, a la izquierda*.

Ahora tengo muchas ganas de besarlo.

—Es perfecto. —Me aseguro de que Wade no esté regresando, tomo la mano de Theo y lo llevo hasta el siguiente pasillo. Pero no lo beso porque no quiero apresurarme o sentir que lo hacemos a espaldas de Wade.

—Tío, tenemos que contarle a Wade —susurro—. Si quieres contárselo solo, vale; si quieres que lo hagamos juntos, tampoco hay problema. Pero no nos marcharemos de esta librería hasta que lo hagamos.

—Trato hecho —responde Theo, apretando mi mano—. ¿A qué hora cierra la librería? Porque...

—Guau —dice Wade.

Está de pie al final del pasillo, sujetando una bandeja con vasos de té helado. Suelto la mano de Theo rápidamente.

—Guau —repite Wade y camina hacia nosotros. Tiene la misma altura que Theo, pero parece más pequeño por el modo en que caen sus hombros. Mueve la cabeza de lado a lado y logra esbozar una sonrisa—. El escuadrón fue divertido mientras duró.

No es la reacción que esperaba.

—¿De qué estás hablando?

—¿Hace cuánto que estáis saliendo? Sabía que esto pasaría. Vosotros dudáis de mis habilidades psíquicas, chavales, pero supe que esto sucedería desde el año pasado. Solo que no lo comenté con nadie.

No sé qué esperaba, pero sin duda no era esta reacción.

—¿Tuviste una visión en la que Griffin y yo estábamos juntos y que era el fin del mundo? —pregunta Theo. Su voz es extrañamente aguda.

Wade sonríe, y me entrega un vaso de té helado.

—Así es.

—Tus visiones son bastante gay —bromea Theo, intentando recobrar la compostura—. Deberías hacértelo mirar

Bebo un sorbo mientras yo también intento tranquilizarme.

—Espera. ¿Cómo sabías que Theo y yo nos gustábamos? No digas que porque eres psíquico.

—No es necesario ser psíquico para haber previsto que esto pasaría. Vuestra química estaba todo el tiempo frente a mis narices. —Vacila—. Eso sonó mal. De todos modos, no seré la tercera rueda, tíos.

El tres es un número que he perdonado desde ayer, pero solo para nuestro grupo. Con suerte, ya no me molestará tanto ahora que Theo y yo estamos juntos; nuestra unidad personal contará como «uno», aunque es probable que lo mejor sea no mencionarlo delante de Wade.

—Nuestro grupo no ha terminado. Piénsalo como un juego nuevo, si quieres, con niveles y mundos nuevos.

—Con nuevos obstáculos para mí si quiero verlos y con modos de juego desconocidos que son exclusivos para vosotros dos —responde Wade.

—Eres bienvenido a unirte a nuestras actividades exclusivas —dice Theo y guiña un ojo.

Wade procede a enumerar cada ejemplo de amor que ha terminado mal, principalmente en los cómics: la novia de Linterna Verde que fue asesinada y cuyo cadáver guardaron en su nevera; Cíclope y Jean Grey, novios desde la

escuela secundaria que se separaban constantemente por todo lo que el mundo interponía en su camino; Ant-Man que le lanza mata insectos a la Avispa. No sabía que Ant-Man era un abusador a nivel físico y emocional. Wade no agrega un cuarto ejemplo.

Theo me mira.

—Prometo nunca rociarte con mata insectos, Griff. ¿Prometes no hacérmelo a mí?

—Lo prometo.

Mentira, le digo a Wade solo moviendo los labios frente a Theo para normalizar la situación, o al menos intentarlo.

Theo coge su vaso de té helado de la bandeja.

—Entonces, ¿estamos bien?

—Debéis prometerme que no destruiréis el escuadrón cuando os separéis, tíos —dice Wade. A juzgar por su tono, sé que no bromea. Esto es como en el séptimo curso, cuando Theo y yo nos burlábamos de Wade por haber escrito su nombre en el lateral de su corte de pelo y él también rio al respecto un tiempo, hasta que nos pidió que paráramos.

—Ten un poco de fe en nosotros, tío —responde Theo en voz baja—. Pero claro, prometo que seremos adultos si efectivamente rompemos.

—Tienes dieciséis años. No eres adulto —señala Wade.

—Confío en que estaremos juntos durante bastante tiempo —responde Theo.

Respiro hondo y juro que no permitiré que Wade arruine mi felicidad causada por Theo.

—Yo también prometo que no destruiré el escuadrón si rompemos. Ahora, ¿podemos regresar a mirar libros, por favor?

Theo hace un gesto para que nos acerquemos y nos envuelve a los dos con un abrazo. Finge susurrarle a Wade:

—Tenemos que hacer un abrazo de grupo para que Griffin no se sienta aislado.

—Os odio a ambos —dice Wade.

Todos reímos y así, de pronto, ya no hay más secretos, y continúo sonriendo un rato más que todos porque Theo confía en que estaremos juntos mucho tiempo. Lo cual es bueno. Me dará tiempo suficiente para pensar en el título perfecto para su autobiografía.



PRESENTE

LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE

2016



No quiero entrar, no quiero entrar. Theo, no quiero entrar; no quiero entrar y despedirme de ti.

La capilla del funeral está en la ochenta y uno y Madison y parece una construcción de ladrillos de juguete apilados, y extrañamente incompleta porque es color beis, como si hubieran olvidado pintarla de un color real o hubieran creído que no era apropiado hacerlo. No puedo creer que este sea el lugar que tus padres eligieron para que tus amigos y tu familia te digan adiós. No se me ocurre otro lugar, pero sea cual fuera, tendría color.

Al menos, a mí no me importa. No entraré allí.

—¿Vienes, Griffin?

—No —respondo—. No entraré. No puedo.

Mi madre retira la llave del automóvil y la guarda en su bolso.

—Nos quedaremos sentados aquí hasta que estés listo. —Tiene la vista clavada al frente, donde los asistentes al funeral (no hay nadie que reconozca) entran a la capilla con tazas de café mientras la campana da la hora. No me molesta perderme la misa de las diez en punto. No planeo liberar mi angustia cantando o rezando en el futuro cercano. Mi madre extiende la mano y mi padre la coge, como es habitual. El amor de mis padres es sin duda

inquebrantable. Ahora estoy demasiado anestesiado para sentirlo, pero realmente les debo a ellos toda la confianza en nuestro futuro porque ellos también han estado juntos desde la adolescencia.

Ver esas manos unidas cuando yo tengo que imaginar que tú coges la mía me enfurece.

Bajo del automóvil y cierro la puerta de un golpe. El aire frío otoñal atraviesa mi chaqueta y mi jersey; respirar el frío cansa mis pulmones. No está lloviendo fuerte, pero estoy empapado.

Mis padres abandonan la calidez de su Toyota destartalado y se ubican a mi derecha, respetando la compulsión que a veces te resultaba fascinante. Permanecen en silencio. No dicen ninguna tontería salida de una galleta de la fortuna. Tengo suerte de tener padres que saben cuándo ir a la guerra conmigo y cuándo dejarme solo en el campo de batalla.

Estás esperando adentro. No eres tú, pero eres tú.

Te debo un adiós.

Si estuvieras aquí, ya hubiera entrado, lo cual... bueno, no paso por alto la extrañeza que sería que me lleves a tu propio funeral. Siempre fuiste un experto en darme valentía... en hacer que derrumbara los muros que me era posible derrumbar al menos. No tienes la culpa de mis compulsiones inquebrantables.

En la puerta, percibo que mis padres quieren acercarse. Me doy la vuelta y veo algunos rostros nuevos caminando hacia nosotros. Si yo no los conozco, entonces ellos tampoco me conocen, y no sabrán por qué es tan difícil para mí colocar la mano sobre ese maldito picaporte, girarlo y entrar, porque ellos no conocen nuestra historia. Quizás son amigos de tus padres o vecinos que has mencionado pero que nunca conocí.

La presión aumenta, pero nadie dice nada.

Siento que caigo en picada hacia el suelo y que me ahogo sin intentar salir a la superficie, todo a la vez.

Extiendo la mano hacia el picaporte. Ingreso a un espacio lleno de aire viciado y angustia.

Hay un retrato gigante de tu rostro en la entrada. Tus padres eligieron esa foto extraña de las fotografías escolares del penúltimo año, pero no la que creíamos que era la mejor, la que sería la foto de autor en tu autobiografía: donde tu sonrisa es un poco tímida y tus ojos azules tienen un indicio de picardía. Quizás no es la impresión que querían que los otros tuvieran de ti. No entiendo en absoluto por qué tus padres la eligieron para tu funeral. Pero

no diré nada. Quién sabe en dónde está la mente de Russell y Ellen estos días.

Me acerco a tu retrato mientras mis padres me siguen, ofreciéndole sus condolencias a Dios sabe quién. Mis ojos se posan en los tuyos, inexpresivos como deben estar. Casi me convengo de no hacerlo, pero toco la fotografía y mis huellas marcan tu mejilla brillante. Mis dedos caen hacia la placa de bronce que está en el centro del marco. Recorro cada letra con las yemas de los dedos:

theodore daniel mcintyre

10 de febrero, 1998 —13 de noviembre, 2016

—Griffin.

Realmente no quiero enfrentarme a Wade ahora mismo. No he hablado mucho con él durante los últimos meses, no después de todo lo que ocurrió entre vosotros dos recientemente. Él intentó contactar conmigo varias veces durante la última semana, claro, pero nunca respondí el teléfono ni a la puerta. Sin embargo, me giro. Wade lleva puesta una de las corbatas que le regalaste para Navidad hace unos años, y se rasca una costra del codo. O está evitando mirarme a los ojos o sus lentes de contacto hacen que su atención esté en otra parte. Estoy seguro de que se siente culpable por no haber hablado contigo cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

—Lamento tu pérdida, Griffin —dice Wade.

Tu antiguo mejor amigo comprende que eres *mi* pérdida. Allí está el pasado.

—Igualmente —logro decir.

Observo la multitud. No me sorprende que la lluvia no haya afectado la inmensa convocatoria a tu funeral. Me pregunto cuántas de estas personas han reído desde tu muerte. Estoy seguro de que han sonreído ante algo estúpido, como viejas fotos graciosas en sus teléfonos o episodios de alguna comedia que quizás miraron para dejar de pensar en tu muerte. Pero quiero saber si ellos han reído a carcajadas tan fuerte que les dolieron las costillas. Porque yo no. No estoy enfadado con ninguno de ellos si lo hicieron. Apesta porque sé que estaré solo en mi angustia un tiempo. Solo quiero saber cuándo será posible reír de nuevo. Y cuándo estará bien hacerlo.

Wade por fin posa la mirada en mí.

—¿Hablarás con Jackson?

Incluso después de todo este tiempo, su nombre aún me afecta.

—No es una prioridad —respondo. Debería cerrar la boca o marcharme.

—Sé que es diferente, pero es probable que él sea la única persona aquí presente que comprenda lo que estás pasando.

—Lo que ellos tuvieron no es lo mismo —replico sin poder controlarme, reprimiendo las lágrimas y los gritos. Aparto la mirada de nuevo para que Wade no intente consolarme. Veo a tu abuelo de pie con su bastón, a tu tía Clara entregando paquetes de pañuelos desechables que probablemente compró al por mayor como todo lo demás, a tu prima tejiendo lo que, desde aquí, parece una bufanda, pero no hay rastro de tus padres. Recobro la compostura y le pregunto a Wade dónde están.

—Russell salió a fumar —informa—. Hace un rato. Ya debe ir por el cuarto cigarro. Y Ellen está sentada al frente con Denise. Con Theo.

Está con tu cuerpo, no contigo.

—Iré a ver a Russell.

—Antes de irte...

Me dirijo a la puerta. Mis padres ven que me muevo y se acercan como si estuviera intentando irme de aquí de una vez por todas. Detengo el paso cuando mi madre me pregunta adónde voy y si quiero ir con ella a darle mis condolencias a Ellen. Pero no puedo hacerlo en este momento. Intento hacerme el distraído y centro la atención en mi entorno. Encuentro a tu tío Ned entre la multitud, leyendo una Biblia, y veo a la tía Clara usando sus propios pañuelos desechables mientras llora junto a un vecino que quizás reconozco.

Pero mis ojos regresan a la puerta de inmediato.

Tu novio bloquea la entrada. Su mirada está directamente clavada en mí.



PASADO

JUEVES 12 DE JUNIO DE 2014



Es nuestra primera cita y descubrimos que llueve cuando bajamos del metro.

—¿Quieres la buena o la mala noticia? —pregunta Theo.

—Siempre di primero la mala. Esto es Nueva York, ¿recuerdas? ¿Dónde te criaron?

—No tengo paraguas —dice Theo.

—¿Y la buena?

—Te la estoy diciendo.

—Tu buena noticia apesta.

Si tuviéramos tiempo que perder, esperaríamos aquí en la estación a que la tormenta pasara. Pero es noche de trivia sobre cultura pop en el Bonus Diner, ese bar-barra-sala de juegos cerca de Union Square, y comienza a las seis. Comenzamos a correr y odiamos cada rincón expuesto en el que nos vemos obligados a esperar antes de que sea nuestro turno de cruzar la calle, y estoy muy feliz de que el año escolar esté a punto de terminar porque es imposible que los libros de texto que llevamos en la mochila sirvan de algo después de esta tormenta.

Maldición. El lugar está invadido por el rugido de las conversaciones, pero aún hay mesas libres. Me siento traicionado por el frío que hace aquí dentro. Los espacios cerrados siempre deben ser el opuesto al clima de afuera. Nunca nadie ha ingresado a un restaurante un día de verano abrasador y se ha

enfurecido porque había aire acondicionado.

Pero no permitiré que nada arruine mi primera cita con Theo. Lucho contra mis escalofríos y pido un lugar para nuestro dúo. Nos acomodan en la mesa dieciséis: un buen número. Voy rápido al baño para intentar secarme con toallas de papel. Regreso e insto a Theo a que haga lo mismo. Observo el lugar y solo en ese momento siento más calidez. Somos más jóvenes que cualquiera de los presentes, pero de inmediato decido que todos mis oponentes son prácticamente las personas más geniales del universo.

Theo regresa, frotando sus manos.

—Los destruiremos.

Mira el menú. Este es otro de esos momentos en los que quiero inclinarme hacia él y por fin besarlo. No estoy tratando de hacerlo para quitármelo de encima, pero creo que no habernos besado durante los pocos días que hemos comenzado a salir está creando cierta expectativa. Pero quizás un primer beso sin ningún gran acto hablará por sí solo. Quizás dirá: «oye, me gustas cuando no estás haciendo nada en especial».

Antes de que siquiera pueda considerar acercarme a él, una anfitriona silba y todos los comensales hacen silencio, incluso algunos rezagados en las mesas de pool y en las máquinas de pinball cercanas. La anfitriona repasa las reglas. Habrá veinte preguntas, todas para completar. Habrá un minuto para responder cada una. Los voluntarios circularán por la sala para asegurarse de que nadie haga trampa. El premio del tercer puesto es un folleto con cupones para una tienda de regalos en línea. El premio del segundo puesto es una réplica de la espada y el escudo de *The Legend of Zelda: Twilight Princess*. El gran premio es un box set de las primeras seis películas de *La guerra de las galaxias*, versión del director.

De pronto, quiero desesperadamente ganar, porque quizás me obsesionaré tanto como él con esas películas y podremos hacer cosas, como organizar fiestas de Halloween temáticas de *La guerra de las galaxias* para nuestros colegas.

Vale, necesito calmarme y llevar esta relación semana a semana.

Las camareras y los camareros entregan papeles y plumas mientras recogen los pedidos de comida. Cuando terminan, la anfitriona anuncia que comenzaremos en un minuto.

Theo se gira hacia mí y mi corazón intenta salir desbocado de mi pecho.

—Primera pregunta...

No tardamos mucho en ver que esta noche es más que nada para personas

más grandes que quieren emborracharse. En cuestión de minutos, los estamos destrozando. ¿Las escenas del planeta Hoth en *El imperio contraataca* se filmaron en...? Noruega (gracias, Theo). ¿El autor de *Toy Story* y *Firefly* es...? Joss Whedon. ¿El único personaje de *Los Simpson* que tiene diez dedos es...? Dios. ¿El último libro de *Harry Potter* se publicó en...? 2007, pero en realidad la saga termina en 1998 (De nada, Theo). Trabajo en equipo.

—¡Última pregunta!

Estoy bastante seguro de que tenemos diecinueve de diecinueve bien, así que no podemos equivocarnos en esta.

—¿El actor que no podía hacer el saludo vulcano en la *Star Trek* del 2009 es...?

Theo escribe Zachary Quinto y entrega nuestra hoja al voluntario más cercano.

—Lo tenemos. Prepárate para una maratón en mi casa.

Los jueces tardan veinte minutos en corregir las respuestas, y luego suena una campana. La anfitriona regresa al frente de la sala y tose teatralmente.

—¡Me complace anunciar que hay un empate entre dos equipos! Pero, dado que solo tenemos un box set, ¡tendremos que hacer un desempate en vivo! ¿Podría acercarse un representante del equipo Stark-Kirk y uno del equipo Humanos-Piratas?

—¡Sí! —Theo se pone de pie y espero que gane el premio para nosotros—. Tú. Arriba.

—¿Qué? No. Ve tú.

—¡Yo te elijo!

Alzo la servilleta y la agito.

—Renuncio.

—Técnicamente, te rindes cuando agitas una bandera blanca. Es una diferencia pequeña, pero importante.

—¿Ves? Tú eres más inteligente. Hazlo.

—Tú puedes, Griff. Creo en ti. Ve.

Theo me empuja hasta el frente del escenario y regresa a su asiento cuando ya estoy arriba. Estoy representándonos en una competencia de trivia; este sin duda es un universo extraño. Estrecho la mano de mi contrincante, una pelirroja con gafas grandes. Es ella contra mí por el box set de *La guerra de las galaxias*. Todos están callados, mirándonos, entusiasmados por el final. Pero mi visión acotada solo muestra un Theo sonriente y sus alentadores pulgares arriba.

—El primero en contestar correctamente se lleva el gran premio —anuncia la anfitriona—. La pregunta del desempate —introduce la mano en lo que parece un bol de dulces vacío y coge un trozo de papel—: ¿Cuál es el nombre completo de Dumbledore, personaje de la saga *Harry Potter*?

Una pregunta acerca de *Harry Potter*; lo tengo.

—¡Albus Percival Brian Wulfric Dumbledore!

Antes de que la anfitriona comience a mover la cabeza de lado a lado, me doy cuenta de que me equivoqué. Wulfric viene antes que Brian. Cubro mi boca con la mano y doy un grito ahogado. Ni siquiera puedo mirar a Theo. Mi contrincante de gafas responde la pregunta correctamente y recibe un aplauso ensordecedor: el aplauso que yo quería que Theo presenciara para mí. Intento recordar que todo esto es una tontería, y sonrío y felicito a la muchacha. Ella tiene la gentileza de felicitar me también, lo cual mejora un poco la situación.

Regreso a mi mesa con la espada y el escudo.

—Apesto.

—Tío, ¡estuviste guay! Apuesto que no te hubieras confundido los nombres si hubieras podido escribirlos. Es como intentar resolver ciertos problemas matemáticos sin una calculadora.

—Algo que tú haces todo el tiempo.

Él mueve la cabeza de lado a lado.

—No es lo mismo. A ti te apasiona esto. Además, es jodidamente imposible que yo hubiera siquiera sabido cuál era el primer nombre de Dumbledore.

—Estás obligado a ser amable conmigo porque acabo de perder —replico.

Theo coge la espada de mi mano.

—Arrodíllate ante el rey, Griff. —Miro a mi alrededor en busca del monarca—. Soy yo, idiota. Soy el rey. ¿Quién más lo sería sino? ¿Wade?

Rio aunque no era mi intención hacerlo y apoyo mi peso en una rodilla, inclinando la cabeza mientras me nombra caballero.

—En este jueves lluvioso, yo, el rey Theo de la ciudad de Nueva York, te felicito a ti, Sir Griffin de la ciudad de Nueva York, por tu vasto conocimiento de novelas de fantasía que nunca me tomaré el tiempo de leer. Y por tener la clase de risa que me agrada tanto oír que sería capaz de golpear me a mí mismo una y otra vez si te resultara gracioso.

Me pongo de pie, todavía sonriendo por nuestra estupidez. Theo gira la espada entre sus dedos e intenta golpear me con ella, pero evito su ofensiva con el escudo. Continúo evadiendo sus ataques. Ignoramos a los camareros que nos piden que dejemos de jugar y después de un rato corremos hasta las

máquinas de pinball, donde por fin suelto el escudo.

—¡Me rindo! —digo—. Es así, ¿verdad? ¿No «renuncio»?

—Mi trabajo aquí está hecho. No tengo nada más que enseñarle, Sir Griffin de la ciudad de Nueva York. —Theo exhibe la espada, victorioso.

Nos desarmo a los dos y lo beso, la espada de plástico cae a nuestros pies y hace ruido cuando me acerco hacia él.

Esto se siente bien, incluso aunque nuestros dientes se chocan. Me río cuando nos separamos.

—Entonces, acabamos de hacer eso —comento.

—Hagámoslo más seguido —responde Theo.



PRESENTE

LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE

2016



Jackson Wright está aquí y ya no puedo no hablar de él.

Ya no puedo negar que Jackson y yo nos parecemos; incluso Wade bromea al respecto. Su pelo es un poco más oscuro y más largo que el mío, pero igual es castaño claro a primera vista. Somos desgarrados, con mala postura, y ambos miramos tus ojos azules con nuestra mirada color avellana. Mencionaste haberte obsesionado con la marca de nacimiento en forma de herradura que tiene en la clavícula, parecido a esas veces en que delineabas con los dedos la «pirámide desinflada» que tengo en la cara interna del muslo. La gran diferencia entre nosotros ahora mismo es que yo estoy aquí en tu funeral, vestido con tu antiguo jersey y unos vaqueros, y él luce un traje que le queda grande. El traje tiene sentido, aunque no sé para qué lo querría un joven de dieciocho años en California.

Esta es tu historia con Jackson según me la contaste: lo conociste el año pasado, el 29 de octubre, mientras caminabas por la carretera. Estabas camino a darle clases de apoyo a ese estudiante de preparatoria, mientras que Jackson conducía desde la casa de su madre para pasar el fin de semana con su padre. La lluvia te tomó por sorpresa, lo cual no me sorprende dado que siempre te negabas a mirar la aplicación del clima; te enorgullecía adaptarte a cualquier

condición climática externa.

Para tu suerte, Jackson acudió al rescate.

Te había visto antes en su mismo recorrido y creía que parecías amigable. Le intrigaba cómo era posible que existieras en California sin un automóvil, una bicicleta o «una alfombra voladora». Pensaste que la parte de la alfombra era graciosa. A mí no me pareció nada original. Es posible que esté programado para ser un idiota con cualquiera que muestre interés en ti. Pero no dejemos de lado que la broma de Jackson apestó porque...

Lo dejaré ir. Seguiré adelante.

Jackson detuvo el automóvil y te ofreció viajar con él. Era un extraño, pero debido a todo lo que me contaste acerca del clima extremadamente perfecto de California, suena a que la lluvia es la primera ola del apocalipsis de los piratas zombis, así que supongo que no puedo culparte. Solo apesta que estuvieras buscando un nuevo compañero que te ayude en el que se suponía que era nuestro universo alternativo.

En el automóvil, Jackson y tú comenzasteis a llevaros bien mientras conversabais acerca de películas y juegos de rol. Y el resto es, desgraciadamente, historia.

Primero: la llamada del 7 de noviembre en la que hablamos en detalle acerca de este nuevo tío en tu vida. Había esperado que tu tiempo con Jackson fuera breve, pero se prolongó hasta tal punto que ya no podía negar que nuestro final estaba anunciado. Quería saber exactamente cómo lucía él, cuál era su historia, cómo eran sus citas, qué tenía él que te deslumbraba.

Jackson bloquea la puerta. Tu padre está intentando reingresar a la capilla. Sin duda ha estado fumando mucho, y el olor me da náuseas al instante y me recuerda a todas esas veces en que nos llevó en su vehículo que apestaba a cigarro y ambientador hasta que por fin abandonó el vicio. (Hasta ahora). Tu padre no le presta demasiada atención a Jackson; solo coloca una mano sobre el hombro del chico y, si bien es desagradable admitirlo, su actitud me hace sentir bien. Jackson *voló* hasta aquí, pero no recibe demasiada atención del hombre que te enseñó a amarrarte las agujetas y andar en bicicleta.

Mi padre se acerca al tuyo. Mi madre permanece cerca de mí. Wade aparece de nuevo a mi lado. No sé si Wade está nervioso por cómo se desarrollarán las cosas entre Jackson y yo ahora mismo o si está dándome su apoyo, pero no lo necesito en este instante. Necesito hacerlo solo. Pero en cuanto estoy a punto de acercarme a Jackson, tu padre y el mío caminan hacia mí.

—Hola, Russell —digo mientras retuerzo mi dedo anular. Es un truco que me enseñaste para combatir el estrés, que usan las personas con miedo a volar; aunque yo nunca me subiría a un avión.

La última vez que hablé con tu padre fue por teléfono el día de tu muerte, y luego el día después, pero esta es la primera vez que lo veo. Lleva puestas sus gafas de lectura en vez de las gafas de carey que debería tener y, cuando abre la boca para hablar, noto que sus dientes se han tornado amarillentos. No dice nada. No tiene sentido preguntarle cómo está. Lo abrazo mientras lucho contra la nube invisible de cigarro.

—¿Todavía crees que puedes compartir unas palabras? —susurra Russell.

Retrocedo y asiento. No puedo creer que vivo en un universo en el que daré un panegírico para ti.

Me da una palmada en el hombro, como hizo con Jackson, y se marcha hacia la habitación de servicio para ver cómo está Ellen.

Jackson avanza hacia mí, con la mirada baja y las manos en los bolsillos. Mis padres y Wade me observan. Les pido en voz baja que nos den un minuto a solas. No estoy seguro de si Jackson siquiera desea hablar conmigo, pero sucederá. Mi madre dice que guardará un asiento para mí. Todos parten, y Wade mira por encima del hombro como si estuviera esperando presenciar algo explosivo. No habrá peleas en tu funeral, lo prometo.

De pronto, estoy cara a cara con tu novio. Su ojo izquierdo está inyectado en sangre y él también huele a humo de cigarro.

—Hola, Griffin —dice Jackson.

Pronuncia mi nombre como si fuéramos amigos.

Qué gracioso, dado que me negué a conocerlo cuando lo trajiste aquí en febrero para tu cumpleaños. Maldición, por supuesto que no iría a uno de *nuestros* lugares *con él*. Y no nos comunicamos después de tu muerte y nadie esperaba que así fuera. Pensé en él, claro, pero no tanto en cómo estaba, dado que me preguntaba cómo rayos habían sido tus últimos momentos con vida.

Él estaba contigo.

¿Es extraño que lo envidie por eso? ¿Por haber presenciado algo que yo nunca querría ver con mis propios ojos? Tengo mucha historia contigo, Theo, pero él posee piezas de tu rompecabezas que me destruirían si alguna vez las hiciera encajar; sin embargo, aún las quiero.

—Hola, Jackson —respondo. No intercambiamos condolencias. Quizás está esperando que yo lo haga; tendrá que esperar un buen rato—. ¿Qué le sucedió a tu ojo?

—Explotó un vaso sanguíneo —dice—. El doctor no sabe si fue debido al llanto o a los gritos. Desaparecerá.

No sabía que el llanto podía provocar que un vaso sanguíneo estalle. Eso es algo que tú sabrías.

Jackson pasa a mi lado para acercarse a tu retrato. No toca tu rostro ni recorre tu placa con los dedos. Apoya su frente contra la tuya —que no encajan, obviamente— y cierra los ojos.

—Te extraño, Theodore —dice.

Que utilice tu nombre completo es tan inesperadamente íntimo... y a ti no te agradaba que te llamaran así. Creías que te hacía sonar demasiado rígido y presidencial. Pero no le diré nada. No puedo. ¿Y si cambiaste de opinión? ¿Y si queda en evidencia que yo no sabía quién eras realmente antes de morir?

—¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad? —pregunto. Parece más amable que preguntarle cuándo rayos partirá.

Jackson se da media vuelta y se encoge de hombros.

—Llegué anoche. Creo que me quedará una o dos semanas más.

Me contaste que su madre ha estado los últimos años en silla de ruedas, así que es bastante probable asumir que no está aquí con él.

—¿Te hospedas con un colega?

Habías mencionado que Jackson tenía «colegas de teatro» en NYU cuando vino de visita en febrero, aunque no estoy seguro de que vosotros dos os hayáis reunido con ellos; no con todo el tiempo que pasabas con tu familia, incluyendo la salida tradicional al cine y al teatro para tu cumpleaños. Debes haber compartido un sillón reclinable con Jackson: solía ser nuestro trono, Theo.

—Me estoy hospedando con los McIntyre —responde Jackson.

Soy un completo idiota. Huele a cigarro porque estuvo afuera con tu padre y solo recibió una palmadita en el hombro porque ha estado con ellos desde anoche. Debe dormir en tu habitación. Por supuesto. Es el curador en jefe de la exhibición principal del museo McIntyre e inspecciona todos los archivos de tu vida. Puedo verlo todo: nuestros rompecabezas enmarcados sobre tus muros celestes, una biblioteca llena de bocetos que luego animaste a una velocidad increíble, premios que no te importaba «presumir», el área de tu ordenador cubierta de imanes de robots y cartuchos viejos de *Tetris*, el monociclo dorado que ganaste en el carnaval del Bronx el verano pasado, el bate de plástico que usaste para romper la piñata en el séptimo cumpleaños de Denise y que luego reservaste para el apocalipsis de los piratas zombis...

El forastero está dentro del núcleo de nuestra vida, y lo odio.

—Será mejor que ocupemos nuestros asientos —dice Jackson. Mira su reloj; es uno viejo que era tuyo. El modo en que lo exhibe rápidamente a duras penas es discreto—. La misa comenzará en cualquier momento.

Ingresamos a la sala juntos. Cambio de lado cuando él camina a mi izquierda. No le presta atención a mi movimiento y continúa caminando en línea recta hacia el asiento vacío al frente, junto a tu madre. Ellen está vestida completamente de negro y callada, con la cabeza descansando sobre el hombro de Russell. Estoy listo para enfurecerme porque no sé cómo se atreve Jackson a sentarse junto a tus padres cuando mis ojos encuentran tu cuerpo.

Incluso verlo no es suficiente para creerlo.

Estás dentro de un ataúd de caoba, vestido con un traje negro que no recuerdo que tuvieras. Hay cientos de flores a tu alrededor. Me recuerda a la tarde de verano en que confesaste tu amor por las calas con miedo porque «las flores no son masculinas». Cuando comencé a hablar acerca de mi obsesión secreta con los lirios germánicos que surgió cuando los descubrí en un cómic, la conversación se tornó felizmente masculina. Después, a veces íbamos a la florería de tu abuela, antes de que cerrara el invierno pasado debido a todos los competidores que aparecieron con la fiebre del Día de San Valentín. Observo de nuevo las flores en la habitación y no veo ninguna cala.

Debería haber traído algunas blancas, tus favoritas. Lo siento.

Camino hacia ti, aunque sé que no es el momento de hacerlo. El cura está a punto de iniciar una plegaria o de cantar un himno con todos, pero eres tú, Theo, dentro de una caja. Mi visión se nubla y mis rodillas tiemblan. Mi padre llama, y mi madre aparece a mi izquierda y tira de mi brazo. Quito su mano de encima con un movimiento y cambio de lado antes de permitirle que me guíe hacia nuestros asientos que están en el extremo izquierdo de la habitación, lejos de tu familia y de Jackson. El asiento es incómodo. Hay demasiados ojos puestos en mí, así que me hundo en el suelo alfombrado y cruzo las piernas, como si estuviera de nuevo en quinto grado.

El padre Jeffrey comienza con un versículo, Mateo 5:4: «Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consuelo».

Supongo que hay algo consolador en estar en una sala rodeado de las personas que te aman. Pero deberían haberte dado más tiempo en este universo. De ese modo, cuando estuvieras listo para morir, podrías llenar estadios con las personas que te amaron; no solo una habitación.

Cantan himnos, pero yo no. Acordamos que puedo hacer muchas cosas, como

correr a la par de un vehículo durante cuatro calles antes de perder el aliento o andar en bicicleta sin manos por largos períodos de tiempo, pero no puedo cantar. Pero Jackson está cantando. No logro distinguir su voz en medio del coro de los otros, pero te mira con la cabeza inclinada a un lado, como un niño curioso que pregunta por qué duermes en una caja.

Los panegíricos comienzan y son devastadores. Tu madre es la primera en subir e intenta bromear acerca de las diecinueve horas de parto que toleró en tu nacimiento, antes de callar y reiniciar el discurso rápidamente. Le cuenta a todos cuánto extrañará cuidar de tu salud cada vez que te enfermabas y que lamenta haber confiscado tu Xbox One después de que obtuviste una C+ en el examen de mitad de ciclo de Ciencias de la Tierra. Denise es la siguiente. Le cuenta a todos que los dos solían hacer fiestas de baile en la sala de estar, algo que yo no sabía, y cuando pierde la compostura, me levanto de inmediato y corro hacia ella porque tú estás en un ataúd y no eres capaz de consolarla. La invito a sentarse de nuevo conmigo.

No me sorprende que tu padre cuente la historia de que tu primera palabra, *calcetín*, fue la primera vez que entendió que serías un pequeño ser humano que crecería y usaría toda clase de palabras para comprender el mundo. La tía Clara extrañará tus «peliculitas divertidas». El tío Ned ya no sabe con quién hablará acerca de motores. Wade también hace algo breve y dice que ya te extraña mucho y se disculpa por haberte hecho daño. Tu vecina, Simone, aún está agradecida por aquel mes que fuiste con ella a hacer las compras después de que se quebró la pierna en un accidente automovilístico.

Luego, es mi turno.

No estoy seguro de qué quieren que diga.

Quizás les interesa cómo surgió nuestra amistad en la escuela con Pompeya. Y ahora se supone que debo decir un panegírico en tu honor.

Me pongo de pie y ayudo a Denise a hacer lo mismo. La aliento a reunirse con tus padres, lo cual hace sin resistencia alguna.

Me acerco más a ti, tu rostro está retocado con maquillaje y no luces como el chico que amaba. Tu cuerpo tiene tus facciones, claro, pero estás un poco blancuzco y muy antinatural. Unos escalofríos suben por mis brazos. La corbata azul brillante que eligieron para ti hubiera combinado a la perfección con tus ojos abiertos. Me dejo llevar por el recuerdo de tu aspecto en la fiesta de graduación, cuando superpusiste esta corbata sobre la verde que tenías puesta para ver cómo luciría y luego regreso a la realidad porque no puedo cambiar nuestra historia. No puedo comenzar a recordarte del modo

equivocado.

—Un minuto —le digo a la sala.

Camino hasta llegar a ti y me aferro al marco de tu ataúd. Miro el reloj a la espera del siguiente minuto par —10:42— y toco tus manos cruzadas. Estás frío, sabía que lo estarías, pero coger tu mano después de no haber sido capaz de hacerlo durante tanto tiempo me recuerda la fogata en la playa del verano pasado; la calidez del fuego resplandeciente, nosotros dos apiñados en la arena. Pero a diferencia de esa noche, donde nos prometimos que tu partida a la universidad no nos arruinaría, estoy atascado en una conversación unilateral contigo mientras tu novio está sentado detrás de mí. Aprieto tus manos, llorando un poco.

Les contaré a tus amigos y a tu familia una historia sobre ti, ¿vale? No iré muy lejos.

Suelto tus manos y me giro.

Me ubico en el centro y miro solo mis zapatos, y el podio en donde tengo la tentación de esconderme.

—Amo a Theo —digo, ahogándome. Tiro de mi lóbulo derecho y lo aprieto entre mi pulgar y mi dedo mayor—. Ha sido mi mejor amigo desde que tenía diez años, mi persona favorita, que se suponía que existiría para siempre. Le contaba todo, incluso las cosas acerca de mí que me asustaban. Como la vez que le admití que quizás era una persona demente en el mismo segundo que él me decía que era gay... —Les cuento un poco cómo nos quitamos las capas de heterosexualidad hace dos años el ocho de junio, y cómo me enseñaste que la honestidad a veces lleva a la felicidad.

El recuerdo viene y desaparece con rapidez.

Ahora estoy llorando mucho y una de mis manos tira de mi oreja y la otra presiona mi pecho.

—Él me hacía sentir a salvo del mundo y me hacía sentir a salvo de mí mismo. —Mis piernas están a punto de rendirse—. No sé qué hacer a partir de ahora. Creo que ninguno de nosotros lo sabe. Nadie hubiera perdido dinero apostando que nos despediríamos de Theo tan pronto, y no es justo y es una pesadilla. Pero todos amamos a Theo con locura y la forma de conservarlo es con los recuerdos.

Regreso a mi lugar en el suelo, pensando en miles de cosas más que quisiera decir. Mi padre se inclina y besa la parte superior de mi cabeza. Me dice que hice un buen trabajo, pero él no sabe nada. He dicho lo suficiente para todos los presentes, pero aún hay muchísimo que debo decirte.

El padre Jeffrey se acerca al altar cuando Jackson abandona su asiento. Se acerca al podio.

—Hola a todos, soy Jackson —anuncia con la voz tensa—. Era el novio de Theo en California.

No puedo escuchar esto.

Excepto que debo hacerlo. Por mi salud mental tendré que batallar con este panegírico. No querías que lo ignorara o que huyera. Aunque me hace preguntarme de nuevo si alguna vez le contaste historias acerca de mí, o si acaparaste los recuerdos de nuestro tiempo juntos del modo que lo hiciste con él. No sé cuál de las dos opciones gana: tu entusiasmo por contar una historia acerca de nosotros porque no hacerlo era asfixiante o mantener nuestra historia escondida en tu corazón como una broma privada que no podías compartir con nadie más.

Jackson no deja de mover las manos y toquetea tu antiguo reloj.

—Mis padres han estado divorciados desde que tengo catorce años. Incluso cuando era un niño notaba que no estaban enamorados. Cuando por fin obtuve mi permiso de conducir, fue maravilloso, porque no tendríamos que pasar por los viajes incómodos de una casa a la otra en los que mis padres a duras penas se saludaban. No creí que encontraría a alguien que amaría mientras conducía entre las casas de mis padres los fines de semana. Ni siquiera noté que era el mismo chico hasta la tercera o cuarta vez. Pero un día llovía y lo vi de camino a la casa de mi madre, a la misma hora de siempre, y él no tenía paraguas. Así que me detuve y Theo me preguntó si solía rescatar extraños de la lluvia.

Puedo oír cómo las palabras salen de tu propia boca, Theo. Mi rostro arde.

Jackson sonrío al recordar ese momento y ya mismo noto que es demasiado íntimo, más de lo que jamás creí que querría saber.

—Le dije que lo había visto varias veces mientras conducía y que parecía inocente, pero que más le valía no ser un asesino. Naturalmente, a él le pareció sospechoso que yo tuviera un prejuicio de quién era, así que hizo una broma y golpeó su hombro contra la puerta, como si estuviera intentando salir del vehículo.

Suena a algo que tú harías.

Oigo algunas risas detrás de mí.

—Theo temblaba de frío. Cogió mi jersey de la SMC del asiento trasero, ni siquiera se lo ofrecí; él solo lo cogió y me contó que también acababa de comenzar a estudiar allí. Le advertí acerca de un profesor perverso en el campus, y nos conocimos durante aquel viaje de quince minutos. Nunca le

conté esto a Theo, pero pensé en perderme para pasar más tiempo con él. Debería habérselo dicho.

Jackson hace una pausa.

Estoy en una encrucijada. Odio la tristeza que él clama sobre ti, pero empatizo con él porque está destruido por ti. También desearía que algunas de las cosas que debo decirte fueran dulces como esa y que no fueran cosas que cambiarán el modo en que me ves.

Clavo las uñas en la palma de mi mano.

—No tuve la oportunidad de decírselo en ese momento, pero intercambiamos números de teléfono y pasamos el rato en el campus. Le dije que me sentía atraído hacia él al final de un día maravilloso que pasamos juntos. Eso lo hice. —El labio de Jackson tiembla un segundo antes de convertirse en un llanto absoluto. Y, no sé, parece más bien un llanto feliz. Casi me siento obligado a ponerme de pie y abrazarlo o darle una palmada en la espalda. Apuesto por mí mismo mientras te imagino indefenso en el océano —. Incluso si solo hubiera podido compartir aquel primer viaje hacia el planetario con Theo, él me rompió de un modo que todos deberían tener la fortuna de experimentar al menos una vez. Tuve el privilegio de que él me destruyera hasta que hallamos una mejor versión de mí mismo dentro de la persona que fingía ser. Espero enorgullecerlo.

Jackson te mira.

—Gracias, Theodore —concluye.

Regresa a su asiento, donde se inclina hacia adelante mientras agarra su estómago y oculta el rostro con la otra mano.

El funeral termina, lo cual es bueno para mi corazón y mi cabeza, pero sufriría durante miles de historias más acerca de ti si hubiera personas que las contarán. Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consuelo.

Mañana temprano te sepultaremos.



PASADO

DOMINGO 15 DE JUNIO DE 2014



Estoy seguro de que sonaré como un psicótico si alguna vez intento explicarle a alguien mi consciencia creciente de los números pares, incluso a Theo —*en especial* a Theo— porque sin duda linda con lo obsesivo. El viernes, cuando Theo y yo estábamos besándonos en la estación del metro después de la escuela, descubrí que estaba contando nuestros besos. No me refiero a uno, dos, tres, cuatro y así sucesivamente, sino más bien a uno, dos, uno, dos, uno, dos para asegurarme de que quedáramos en un número par. Y cuando Theo se apartó en un beso impar, me apresuré a darle otro. Hay problemas más graves que besar a Theo de nuevo, pero el conteo también está entrometiéndose en el resto de mi vida. Por ejemplo, cómo la fecha impar de hoy me está poniendo un poco nervioso, o cómo he estornudado tres veces seguidas y estoy deseando que ocurra una cuarta vez.

Ah, sí, estoy constipado.

Resulta que correr bajo la lluvia y jugar trivia en un restaurante muy frío es la primera cita perfecta y, a su vez, la receta perfecta para enfermar a alguien. Yo soy ese alguien. Theo esquivó esta bala, pero está lanzándose al fuego cruzado solo para hacerme compañía.

—¿Ya terminamos de estornudar? —pregunta.

Estaría realmente agradecido de estornudar una sola vez más.

—¡No era necesario que vinieras!

Estamos en el suelo de mi habitación, armando juntos su rompecabezas de los piratas zombis.

—Sí, bueno, no estaba teniendo mucha suerte con el nivel diecinueve del *Tetris* porque no podía lograr que mi cerebro dejara de extrañarte —dice Theo—. No me preocupa enfermarse. Solo necesito que termines de construir la tabla de *El rastreador espeluznante cuanto antes*.

—Lo sé, lo sé. —Sorbo mi nariz—. Es solo que me siento en un conflicto porque si construyo la tabla implica que el pirata zombi que cuelga de ella subirá al barco e infectará a los piratas humanos, o incluso los matará. —Lo miró—. Quiero evitar el apocalipsis, si es que eso tiene sentido.

—Pero si el apocalipsis no ocurre, no seremos los últimos dos tíos en el mundo a cargo de reconstruir la población —responde Theo.

—Eres el genio más estúpido si crees que así funciona la reproducción.

—Ah, sé cómo funciona. Es solo que no permitiré que eso evite que lo intentemos.

No sé si Theo sonrío porque está imaginándonos teniendo sexo o porque le agrada incomodarme, pero sí sé que no tengo el valor de continuar con esta conversación. Tomo todas las piezas de la tabla y las encastro como un buen soldado. Y maldición, ahora estoy pensando en un juego de roles donde soy un soldado don nadie que obedece las órdenes del sargento Theo McIntyre, y cuando él me pide que haga cuerpo a tierra y le dé cien... vale, debo parar. Acomodo la manta sobre mis hombros para proteger mi regazo de sus ojos.

—¿Todavía tienes frío? —Theo se pone de pie y coge su abrigo verde del radiador—. Coge, ya está seco. Debe existir algún estudio científico que compruebe que el jersey de tu novio te mantendrá más cálido y curará cualquier enfermedad mucho más rápido que una manta comprada en Pottery Barn.

—De hecho, la compré en Target. —Mantengo la manta en su lugar mientras me pongo el jersey de Theo. La prenda huele a la florería de su abuela y me queda cómodo como a Theo—. Gracias, colega.

—El verde te queda muy bien —comenta Theo—. Consérvalo.

—Gracias de nuevo, colega.

Este rompecabezas realmente es una obra en construcción: el barco tiene agujeros, como si los humanos que aún no han sido infectados estuvieran al tanto de la existencia del virus zombi y ya hubieran comenzado a disparar balas de cañón. El océano, el cual Theo decidió que completaría solo, también tiene cientos de agujeros, como si una sucesión de remolinos muy profundos

amenazara con tragarse el barco entero. Hay un pirata a bordo que actualmente carece de cabeza porque Theo tiene la pieza necesaria de su lado. El cielo está oscuro y agujereado; es culpa mía, como siempre. Y lo desarmo más cuando me inclino sobre el rompecabezas para darle a Theo un beso de agradecimiento, apoyo la rodilla sobre las piezas y desarmo algunas partes por accidente. Se suponía que mi beso de agradecimiento sería breve, pero Theo tira de mí, me sienta en su regazo y me atrapa, y el beso se convierte en algo más.

Theo se detiene y respiramos.

—¿Quieres...?

—¿Si quiero... qué? —Esto seriamente podría significar mil cosas: ¿Quiero dejar a un lado el rompecabezas y llevar nuestros besos a la cama? ¿Quiero quedar completamente desnudo, lanzar mis bóxers al otro extremo de la habitación y tener sexo con él? ¿Quiero mantenerlo simple y quizás dejar que él me masturbe y luego yo hacer lo mismo por él? ¿Quiero echarme una siesta porque estoy enfermo, maldita sea, y no debería estar despierto, y ni hablar de hacer actividad física?

—No me hagas decirlo —responde él.

Theo se sonroja. Lo he hecho sentir incómodo.

—Lo siento, pero si no me dices qué quieres, asumiré que te refieres a que deseas que teja al crochet un jersey nuevo para ti.

—¿Tejes al crochet, Griff?

—Deja de hacerte el tierno, Theo.

Theo reprime una sonrisa y mueve la cabeza de lado a lado.

—¿Quieres que practiquemos para repoblar la raza humana?

—Pero estoy enfermo.

—Lo sé. Lo único que pido es que no estornudes sobre mí.

Ruedo y me quito de encima de él porque está en el suelo, y ambos sabemos por todas las pijamadas pasadas que no es un lugar cómodo para pasar la noche. Así fue como comenzamos a usar nuestro sistema: ambos dormimos en la misma cama, con la cabeza junto a los pies del otro, acurrucados en nuestras propias sábanas. Pero ya no tenemos que hacer eso. Me pongo de pie y cierro la puerta, aunque mis padres están fuera comprando víveres para la barbacoa para celebrar el cumpleaños de la hermana de Theo esta semana. Asiento.

—Practiquemos.

Hay algo que nunca he considerado acerca de mi primera vez: estamos a mitad del día. Siempre creí que era algo que ocurría de noche, algo que haces

antes de ir a la cama; incluso quizás miras televisión un rato si no estás demasiado cansado. Pero se supone que mis padres no regresarán por unas horas. Mi madre y mi padre son muy particulares al momento de buscar lo que necesitan cuando van de compras. Theo y yo tenemos tiempo suficiente para organizarnos... quizás incluso podamos organizarnos dos veces si la primera va bien o si termina temprano.

—¿Te molesta si cierro las cortinas? —pregunto.

—Estamos en el sexto piso, Griff. Dudo que alguien vaya a vernos.

—Lo sé, pero creo que estaré un poco más cómodo si está más oscuro.

—Sabes que eres apuesto y hermoso, ¿verdad?

—Me agrada que pienses así, pero no quiero que te lo replantees.

—Es imposible que cambie de opinión, pero haz como quieras.

Theo se acerca a la cama y se sienta en el borde mientras yo apago las luces y cierro las cortinas. Permanezco de pie. Theo es bueno con las palabras, pero es mejor con las acciones, es mejor haciendo las cosas. Es la parte de él que hace que se sienta incómodo diciendo la palabra *sexo* pero que esté completamente tranquilo cuando las cartas están sobre la mesa. Me saluda con dos dedos y su estúpida expresión fruncida y graciosa que siempre me hace reír. Vacilo.

—Quizás debemos poner algo de música...

—Griffin, no tenemos que hacerlo si prefieres esperar.

—No, quiero hacerlo. Solo me gustaría poner algo de música. Perdón si es algo estúpido.

Me siento extraño disculpándome, pero admitir que estoy intentando que este momento sea especial se siente tonto. No puedo rebobinar el tiempo y cambiarlo. He salido con Theo desde hace una semana, y no existe ningún universo paralelo en el que no me sienta avergonzado por nuestro «aniversario». No quiero que piense que soy un perdedor por prestarle atención a cosas así. Solía pensar que era estúpido cada vez que mis padres celebraban sus aniversarios. Mírenme ahora: dándole importancia a una semana. Una semana junto a alguien que realmente me gusta. Una semana junto a alguien a quien he esperado durante años. Espero que saber cómo será pasar un año entero con Theo no quede librado a mi imaginación.

—No es estúpido, Griff.

Theo hace sugerencias, como «Love Shack» por su mera ridiculez, pero decidimos poner su lista de reproducción con canciones de películas de acción.

Es épico.

Con suerte, la música fuerte ahogará cualquier pensamiento que pueda asustarme y hacer que no siga adelante con esto, y las cortinas cerradas me hacen sentir que soy lo suficientemente invisible para no tener que sentirme cohibido.

Tomo asiento junto a Theo, quien de inmediato sujeta mi mano y me besa. Nos recostamos. Cuando nuestras camisetas por fin desaparecen, es distinto a todas las veces que hemos ido a la playa porque nunca nos abrazamos con el torso descubierto.

—¿Nos quitamos los pantalones a la cuenta de tres?

—¿A la de cuatro mejor?

Theo sonríe.

—Claro. Cuatro...

Desabrocho sus vaqueros mientras él desenreda los nudos de mi pijama.

—Tres...

Lentamente, quito mi propio pijama y también comienzo a bajar los bóxers. Espero para asegurarme de que Theo está haciendo lo mismo con sus vaqueros y sus calzones de *Tetris* antes de comprometerme de lleno. Pero él también está decidido.

—Dos... Uno.

Y así, estamos desnudos en mi cama, con nuestras prendas a los pies.

Es extraño. Es extraño como todo puede cambiar en una semana. Es extraño como pasamos de ser mejores amigos, que buscaban el modo de confesar lo que sentían mutuamente, a novios. Es extraño cómo Theo fue quien me hizo caer por accidente de un juego del parque cuando éramos niños, lo cual dejó una cicatriz en forma de corazón en mi cadera, y que ahora él sea capaz de ver y tocar aquella marca arrugada de la que es responsable. Es extraño cómo solíamos hurgar en la mochila de Theo para coger otro control de Xbox y que ahora esté viendo cómo él corre hacia el extremo del cuarto para buscar condones... que guardó en la mochila en caso de que perdiéramos el control. Es extraño cómo duele al principio; es extraño cómo siento que oír a Theo hablándome para asegurarse de que yo esté bien es mucho mejor que todo lo demás que está pasando. Es extraño cómo aprendemos a hacer esto juntos, cómo descubro que no estoy contando, cómo soy capaz de estar aquí para él y estar presente sin ninguna distracción, cómo olvido que estoy constipado. Es extraño cómo no se parece en nada a lo que creí que sería después de ver incontables horas de porno que he cronometrado. Es extraño como puedo

sentir su amor por mí aunque no es una palabra que hayamos dicho, y espero que Theo también pueda sentir el amor que siento hacia él. Es extraño cómo cuando terminamos no se siente en absoluto extraño, cómo nunca quiero ser invisible cuando estoy con él, y cómo no puedo creer que vacilé antes de hacerlo en primer lugar.

—Entonces, eso ocurrió —dice Theo mientras apoya su cabeza sobre mi pecho.

—Es algo extraño que ocurrió —añado—. Pero extraño en el buen sentido. En el mejor de los sentidos. La clase de rareza que debería ganar una medalla por lo buena que fue.

—¿Qué es tan extrañamente bueno al respecto?

—Que pude hacerlo contigo. —Miro el techo. Podría ser un cielo nocturno sin estrellas—. Pero también cómo me sentí. Es como que soy el mismo, pero en realidad no. ¿Te sientes así?

—No. Creo que lo dijiste mejor: me siento diferente de un modo extraño pero en el buen sentido. —Theo se gira y descansa sobre su estómago—. Tuve que reunir mucho valor para dejar de dar vueltas y ser completamente honesto contigo, ¡y quiero todo el crédito, maldita sea! ¡Soy un hombre nuevo! ¡Soy diferente pero en el buen sentido! —Se incorpora, se pone de rodillas y lanza un puño en el aire. Quiero ir a buscar la espada y el escudo que ganamos la otra noche y presentarlos ante él, pero estoy demasiado cansado. Ahora recuerdo que estoy constipado—. Soy Theo McIntyre, ¡un chico que tuvo sexo con otro chico! Un chico que ama a un chi... —Deja de hablar, probablemente mientras desea tener el poder de regresar el tiempo atrás y deshacer sus palabras. Hace un gesto hacia la cama—. Al diablo. Te amo, Griffin. Ni siquiera fingiré que es algo distinto. No eres un desconocido para mí. Lo he sabido desde hace un tiempo. De hecho, estoy feliz de haberlo confesado.

No sé cómo procesar que soy alguien digno de ser el primer beso de otra persona, su primera cita o su primera vez, o su primer amor.

Esta tarde gana por su extrañeza en el buen sentido.

Sonríó y por fin llega: el estornudo número cuatro.

—Se supone que estoy enfermo. Es decir, lo estoy —digo; me arde la garganta.

—¿Disculpa?

—Lo siento, em. Estoy enfermo. Hoy parece un día muy extraño, es decir, raro, pero en el buen sentido, para alguien que debería estar comiendo sopa y durmiendo. Ni siquiera esperaba verte hoy porque estoy constipado, pero aquí

estás. Solo ha pasado una semana desde que comenzamos a salir, y recién tuvimos sexo y dices que me amas y estoy aquí, perplejo, diciendo *¿qué?*

Reflexiono acerca de lo que acabo de decir. O estoy haciendo algo muy bien o muy mal.

Theo ríe y mueve la cabeza de lado a lado.

—Eres tan raro, Griff. No deberían dejarte salir de tu habitación. Este es mi momento para insertar algún comentario coqueto sobre cómo me encerraría aquí contigo, pero soy mejor que eso. Creo. —Se recuesta a mi lado y sujeta mi mano—. Por favor, no enloquezcas por lo que dije. Si queremos hacernos los tontos al respecto, podemos. Puedo rehacerlo más adelante, cuando estés listo.

Deslizo un dedo por su mandíbula. Tengo al novio más honesto mirándome. No tengo motivos para mentir, ni a él ni a mí mismo.

—Ya estás haciéndote el tonto si crees que no te amo. Pero, oficialmente, aquí lo tienes: te amo, Theo. Te amo, chico que tuvo sexo con otro chico. Te amo, chico que ama a otro chico. —Cuatro veces. Le he dicho a Theo que lo amo cuatro veces y fue más fácil cada vez. Imagino que cada palabra es un paracaidista intrépido. Un grupo de palabras atravesó las nubes y aterrizó en mi cama.

Theo y yo permanecemos allí un rato más, pero cuando mi madre me envía un mensaje preguntándome cómo estoy y diciendo que regresará pronto con sopa caliente, sabemos que es hora de que él se marche. No es en absoluto sospechoso que Theo esté aquí, pero ambos sabemos que ahora todo es distinto. El amor y el sexo se han incorporado a la receta de nuestra amistad. Somos algo nuevo. Pero, cielos, Theo y yo vistiéndonos juntos es una clase de milagro silencioso, algo con lo que las personas no saben que sueñan hasta que sucede en la realidad. Intento aferrarme a ese sueño, a la certeza de que todo se sentirá tan infinito como ahora y que nuestra historia será como la historia de amor adolescente que tienen mis padres.

—Te acompaño a la puerta. —Lo ayudo a ponerse la mochila, cualquier excusa para tocarlo un poco más.

—Le dices eso a todos los chicos con los que te acuestas, ¿verdad?

—Solo a los que son lo bastante tontos como para amarme.

—Entonces, ¿cuántos? ¿Diez chicos?

—Ya quisieras que fueran solo diez.

Theo y yo nos besamos por milésima vez esta tarde y mientras sale, dice:

—Nos vemos luego. No olvides que te amo. Por cierto, en caso de que te lo

preguntes, todavía te amo. Oye, eres lo máximo. No cambies. Si cambias, quizás ya no te amaré, lo cual es algo que ahora hago. Te amo multiplicado por diez.

—Si me amas, nunca más traerás a colación las matemáticas —respondo, frotándome la nariz.

Theo continúa susurrando «te amo, te amo» mientras avanza por el pasillo, como si esas fueran las únicas dos palabras de su vocabulario... y antes de que pueda doblar en la esquina para tomar el ascensor, se detiene y coloca la mano en su oreja.

Pronuncio las palabras que espera. Añado «yo también» antes del te amo para mantener par la cantidad de palabras.

Cuando cierro la puerta, lo extraño. Se siente en extremo patético, pero le resto importancia porque no se sentirá así cuando Theo y yo estemos juntos durante años. Confío en eso. Ya no escucho aquellas dudas que me hacen sentir inferior a Theo. Y también creo que soy la primera vez de Theo porque él así lo quiso, y no porque fui una prueba piloto para él hasta que aparezca alguien más digno en un futuro. No solo lo creo, lo sé.

Él dijo que me ama. También creo eso. Pero quiero más. Quiero *saberlo*.

SÁBADO 21 DE JUNIO DE 2014

El constipado veraniego de Theo, bueno, seamos honestos y llamémosle *mi* constipado veraniego dado que es bastante obvio cómo se enfermó, ha desaparecido, justo a tiempo para la fiesta de cumpleaños número seis de Denise, en el Central Park. Es una fiesta temática de princesas de Disney (¿de qué más sería?). Denise y la mayoría de sus amigas están vestidas de Elsa, pero llamarlo una fiesta de *Frozen* no sería justo para las dos Bellas y la Mulán presentes.

—Deberíamos habernos disfrazado también —digo.

—No puedes lucir un vestido tan bien como Denise —replica Theo.

—Debería haber olvidado asistir —comenta Wade; tiene puestas sus gafas de nuevo este fin de semana, dado que sus lentes de contacto por fin se tornaron insoportables. Agita su mano delante de nosotros—. ¿Me recuerdan? ¿Wade Church? El que aceptó venir a esta fiesta de niños a pesar de tener algo mejor que hacer.

Theo me mira.

—Oye, ¿escuchas algo? ¿Como un fantasma fingiendo tener algo mejor que hacer?

Me siento un poco culpable por reírme, pero no lo suficiente para no hacerlo. Además, no es un secreto que hay una cantidad inmensa de *acoso* en la amistad entre Theo y Wade. Ahora todos están habituados a ello, sobre todo yo. A veces, me pone nervioso pensar en que él busque nuevos colegas; no estoy tan desesperado porque nuestro grupo tenga un número par de integrantes.

—Como sea. Solo no tengan sexo aquí, o llamaré a la policía.

Eso es otra cosa: hace referencia a nuestra vida sexual cada vez que es posible.

—No hay suficientes dedos medios en el mundo para que te responda, Wade —replica Theo—. Pero para empezar... —Le hace un gesto grosero a Wade con ambos dedos medios, y me señala con la cabeza para que haga lo mismo, lo cual hago—. Aquí tienes cuatro.

Wade ríe de manera forzada.

—Ataque a dúo. Qué divertido.

Hay algo de verdad en sus palabras. Ahora que la escuela ya no estorba, Theo y yo estamos haciendo planes para el verano. Y realmente no queremos que Wade sienta que sobra, y parece que ya estamos fallando. Incluso antes de que nuestro verano comience, Theo y yo hemos decidido contarles a nuestros padres que somos gays. Y Wade no puede acompañarnos. Es algo que pertenece solo a nosotros dos.

Mi madre y mi padre están sentados junto a los padres de Theo en una mesa de pícnic, almorzando con algunos de los otros padres. Rien y conversan mientras una horda de Elsas persigue a Mulán alrededor de un árbol. Estoy un poco nervioso. Más que un poco. Son completamente inconscientes del misil que estamos a punto de disparar hacia ellos.

—Ahora parece un buen momento —digo.

—Vale, ¿por qué no? —Theo se gira hacia Wade—. Vale, tío. Iremos a contarles a nuestros padres que somos gays. ¿Has tenido alguna visión psíquica superlegítima que indique cómo saldrá esto?

Wade mueve la cabeza de lado a lado.

—Predigo que todo permanecerá perfecto en la perfección que es tu vida, Theo.

—Perfecto —responde Theo. Hace el símbolo de la paz con los dedos—.

Danos diez minutos. Quince si quieren tomar fotografías.

En mi mente, corrijo el número a dieciséis minutos, pero no digo nada.

—Vale. —Wade se sienta en el suelo y saca su teléfono—. Con suerte podré usar Instagram sin que esas Elsas me pregunten si hacemos un muñeco.

Armándonos de valor, nos acercamos a la mesa de pícnic. Interrumpimos cordialmente, y les preguntamos a nuestras madres y a nuestros padres si podemos molestarlos un segundo. Nos siguen hasta el árbol que tiene un globo de cumpleaños amarrado al tronco y nos apretujamos bajo la sombra.

—¿Qué ocurre, chicos? —pregunta mi padre.

—Queremos ponerlos al tanto de algo —responde Theo. Los cuatro nos miran, pero dejo de sentir que nos superan en número cuando Theo agarra mi mano—. Estamos saliendo, y hemos decidido que si no les parece bien, viviremos aquí entre los árboles. —Las palabras brotan de su boca con semejante rapidez que suenan como una palabra larga en lugar de dieciséis palabras separadas.

—No, dijimos que viviríamos en el muelle —añado. Theo me mira.

—Estoy intentando distraerlos. No quiero que nos encuentren si les parece mal que salgamos. —Enfoca su atención de nuevo en nuestros padres—. ¿Estamos bien?

No sé cómo se sienten todos los demás, pero yo no me siento bien. Rasco mi palma con la mano libre. Me sentía valiente cuando caminé hacia aquí y aún más cuando Theo agarró mi mano, pero ahora mi estómago da vueltas porque hemos llegado al punto sin retorno. Estoy listo para coger mi lóbulo cuando todos comienzan a sonreír. Russell ríe.

—¿Eso es todo? Creí que estaban intentando abandonar la fiesta para ir a pasar el rato a otra parte. El pobre Wade luce terrible. La respuesta hubiera sido no, pero estoy más que de acuerdo con que ambos estén saliendo.

Ellen entrelaza el brazo de Russell con el suyo y le da una palmadita en el hombro.

—Theo, creí que por fin habían logrado hackear alguna red que no era de tu incumbencia y que habías obligado a Griffin a ser tu cómplice.

—Es un escenario posible —responde Theo—. Es justo.

Mi madre mueve los hombros de un modo extraño que nunca he visto antes, y quizás es la felicidad de una madre al ver que su hijo tiene pareja, pero no me encanta.

—Les daré un abrazo. —Nos abraza a los dos al mismo tiempo—. Creí que este día jamás llegaría. Estoy muy entusiasmada.

Cuando mi madre retrocede para abrazar a los padres de Theo, mi padre abraza a Theo.

—Buena elección, Theo —dice mi padre. Luego se acerca a mí y sí, recibo otro abrazo—. Ya no harán más pijamadas, pero me alegro por ambos.

Los abrazos y los cumplidos incómodos acerca de cuán adorables somos por fin terminan. Me siento mareado. Theo y yo regresamos con Wade, quien ya está riendo.

—Se ha alcanzado el límite de abrazos para hijos que salen del armario —dice Wade.

—Totalmente —respondo. Wade mira su teléfono.

—Supongo que esto está pasando de verdad —dice—. Habéis declarado su sexualidad ante el otro, os habéis besado, os habéis acostado y ahora les habéis contado a sus padres. Estáis lo más afuera posible del armario.

—Gracias por el resumen —comenta Theo.

—Supongo que lo acepto. Júntense, chicos. Hora de la foto. —Wade se pone de pie y apunta su teléfono hacia nosotros.

Theo y yo colocamos los brazos alrededor de la cintura del otro.

—¿Con o sin sonrisa?

—Con sonrisa esta vez —digo.

Todas las personas importantes en nuestras vidas saben acerca de nosotros. Mejor amigo, padres. Theo y yo ya hablamos de lo que viene a continuación. Estamos bastante seguros de que lo haremos público en Internet en algún momento del verano, pero no estamos apurados por hacerlo... ya no. Mi mayor prioridad ahora mismo es enmarcar la última fotografía que Theo y yo nos tomamos como mejores amigos junto a la primera fotografía que nos han hecho como novios.



PRESENTE

MARTES 21 DE NOVIEMBRE DE

2016



Moriste un día impar, y también te enterramos un día impar.

Está garuando, pero estás acurrucado en tu ataúd cerrado. La fila para poner flores sobre ti avanza, las huellas se hunden en el césped enlodado del cementerio donde nos obligarán a dejarte. Esta vez recordé traer la cala blanca.

Nos reunimos en un círculo mientras bajan tu ataúd dentro del suelo.

Pienso en universos paralelos mientras te dejamos para que descanses en este. Hay mil millones, trillones, que existen al mismo tiempo: uno en el que nunca nos separamos y en el que permaneciste en Nueva York; uno en el que estás lejos de los océanos que tienen algo en tu contra, uno en el que *ambos* nos mudamos a California para estudiar; uno en el que abandonaste la escuela, la animación y a Jackson porque me extrañabas demasiado; uno en el que nos encontramos a mitad de camino en alguna parte porque no solo querías que yo fuera tu futuro, sino que querías que te ayude a encontrar el tuyo; uno en donde somos los únicos sobrevivientes del apocalipsis de los piratas zombis... Incontables más donde las cosas están bien, quizás con algunos dejos de mal. Pero en todos, tú y yo somos más que historia. Tengo que creer que estos universos existen; es el único modo de tolerar el sufrimiento aquí. Hay

versiones paralelas de mí que son perfectamente felices con versiones paralelas tuyas, porque estás vivo. Todos los Theos paralelos le hacen honor a la promesa que hiciste de no morir nunca (ni siquiera a manos de un pirata zombi).

Pero están metiéndote en una fosa. Tus padres y Denise están descontrolados. Jackson llora, y mueve los hombros de izquierda a derecha, como si estuviera buscando a alguien —*a ti*— con quien llorar, hasta que la realidad también le da una paliza. Wade está de pie junto a mis padres, y mi madre lo abraza. Y yo, por algún motivo, estoy de rodillas. Hace un minuto estaba de pie, meciéndome de atrás hacia adelante, llorando y suplicando que mi persona favorita saliera del ataúd y me abrazara. Alzo la vista y los ojos de Jackson se encuentran con los míos. Por un segundo, casi siento que ambos estamos a punto de correr hacia la fosa para reunirnos contigo. Que te entierren vivo debe ser mejor que lo que sea que vendrá a continuación.

Este es el momento del fin. Ahora es cuando renunciamos a la esperanza de volver el tiempo atrás, donde abandonamos la idea de encontrar la cura para la muerte, donde vivimos en este universo sin Theo, donde decimos adiós.

Pero no puedo. Es un adiós para la mayoría, pero no para mí. Nunca para mí.



PASADO

JUEVES 17 DE JULIO DE 2014



Hacía tiempo que teníamos pendiente nuestro Día Grupal. Pasamos el rato en el High Line, el mejor parque de la ciudad. Central Park está bien, pero realmente no puede competir contra una vía aérea urbana. Había cientos de transeúntes en la pasarela de grava, pero nosotros tres logramos hallar un lugar genial en el césped, con vista al río Hudson. Armamos un rompecabezas de un dragón encadenado, algo que hubiéramos hecho antes de que Theo y yo comenzáramos a salir. Decidimos regresar a pie mientras miramos cómo el sol descende cada vez más mientras pasamos frente a los edificios, y cuando nos acercamos más a casa, recuerdo mi misión. Quería esperar hasta que estuviéramos solos, pero ¿por qué Wade no podría oírlo también?

—¿Aún vendrás conmigo a comprar condones? —le pregunto a Theo. Es la primera vez que los compro, y si Theo sabe lo que le conviene, vendrá conmigo.

—Necesitarías conseguirme un boleto sin retorno a un universo paralelo en el que caminas desnudo las veinticuatro horas para que me lo pierda — responde Theo.

Wade lucha por encontrar su voz y agrega:

—La próxima vez, solo di que sí. —Mueve la cabeza de lado a lado y comienza a alejarse—. Divertíos con eso, chavales.

Theo corre hasta colocarse delante de él y le bloquea el paso.

—No, no. No quieres sentir que sobras, ¿verdad? Vamos, sé un colega que ayuda a sus otros colegas a comprar condones.

Ayudo a Theo a arrastrar a Wade dentro de la farmacia Duane Reade que está junto a mi edificio. Wade mueve la cabeza de lado a lado, pero todos reímos como idiotas mientras avanzamos hacia el pasillo de planificación familiar... directo hacia la pared de condones. Mi plan familiar: no empezar una familia la próxima vez que tengamos sexo. Pero los condones son solo 98 por ciento efectivos, así que ¿quién sabe?

—Vaya, cuántas opciones —dice Theo, sonriendo ante nuestras posibilidades y la incomodidad de Wade—. No puedo evitar pensar en caballos y sandalias gladiatoras con los *Trojan. Magnum* suena rudo, como si viniera con una bazuca. *Casanova* está esforzándose demasiado por ser encantador, creo. El encanto viene antes del sexo, no durante —Theo coge una caja negra pequeña—. ¿Qué hay de este? Escriben piel con *Y*. —Coge una caja azul—. O podemos ir a lo clásico. Aunque no sé por qué alguien querría lo clásico cuando puedes optar por los condones de fuego y hielo de *Trojan*.

Alzo la mano.

—Optaré por algo clásico si eso significa que mi pene no arderá y se congelará a la vez.

—Es justo.

—¿Qué hay de *Durex*? —sugiere Wade, intentando con valor sumarse al espíritu de la situación. Él nunca antes ha tenido sexo, pero Theo y yo sabemos que estuvo cerca algunas veces durante nuestro primer año de preparatoria—. ¿Te hace pensar en ponis o en lanza cohetes?

—Eran caballos y bazucas, pero no. —Theo coge los condones *Durex* de la mano de Wade y le da una palmadita en la espalda—. Gracias, tío.

Nos ponemos en la fila. Ya no me río. Realmente desearía que tuvieran un sistema de autoservicio para pagar aquí porque comprar condones quizás es la transacción legal más incómoda de todas. Es raro que te vean como algo sexual, no sé por qué. Incluso sentí que era un poco extraño para mí que Theo me viera de ese modo, y él no es un vendedor desconocido. Es extraño que vea a los mismos vendedores aquí, así que en realidad no debería importarme; es como si estuviera comprando estos condones del otro lado del mundo en un país que nunca planeo visitar otra vez. Pero de todos modos siento que esta compra viene acompañada de un reflector. Tomo unos dulces por impulso con la esperanza de atenuar la mirada fulminante del cajero.

—Solo mantén la calma —dice Theo—. No estás comprando drogas.

Tiene razón. Mantendré la calma. *No* estoy comprando droga. Ni siquiera estoy comprando alcohol, para lo que debería tener veintiún años. Comprar condones es algo completamente normal. Es algo que muchos chicos hacen porque hay opciones, lo cual implica que es un negocio en alza, lo cual significa que hay muchas compañías intentando convencernos de que su producto es el mejor, lo cual quiere decir que debemos agradecerle a todos — incluso a mí mismo en este momento, por así decirlo— por no solo ayudar a mantener el mundo seguro, sino también por asegurarnos de que no esté superpoblado.

—Griffin. Hola.

Imposible.

Me paralizó al oír la voz de mi padre. Está justo detrás de nosotros. Honestamente, creo que prefiero que me encuentre masturbándome.

Wade ríe un poco para sus adentros, quizás porque esto será totalmente humillante. Aplaude en cámara lenta.

—Apuesto a que os arrepentís de haberme traído.

Es imposible mantener la calma en esta situación. Lo único que podría empeorar la situación es ver que mi padre también está comprando condones. Sé que mis padres aún tienen sexo, porque no soy un idiota; sé que no solo miran Netflix o duermen temprano cuando me dicen buenas noches alrededor de las 8 p.m. Me doy media vuelta y veo que sujeta maquinillas de afeitar y cajas de cereal. El cereal me recuerda a cuando era un niño y desayunaba frente a la tele los domingos por la mañana mientras miraba caricaturas. Nunca seré *así* de inocente de nuevo.

—Hola, papá.

Saluda a Theo y a Wade moviendo la cabeza.

—¿Cómo estuvo el High Line, chicos? —Ve los condones en mis manos, que están mal escondidos detrás de los gusanos de jalea—. Oh. —Intenta decir algo. Mueve los brazos para todas partes, como si fuera un robot encendido por primera vez.

Ahora mismo deseo con desesperación tener un superpoder. Quizás controlar la mente para poder borrar la memoria de mi padre y luego obligarlo a salir de aquí de inmediato. Pero, probablemente elegiría la invisibilidad.

—La protección es buena —dice mi padre—. No puedes quedar embarazado, pero hay otros peligros.

A este punto, incluso aceptaría el poder de arder en llamas, lo que sea.

Coloco los condones en un bol que contiene dólares de chocolate.

—No, no haremos esto —balbuceo—. Olvidemos que esto siquiera ocurrió, papá. Vamos, chicos. —Intentamos abandonar el pasillo, pero mi padre se interpone en el paso delante de nosotros.

—Espera. Deberíamos poder hablar de esto. No tiene que ser vergonzoso —dice mi padre.

—Tampoco tiene que ocurrir en la fila de Duane Reade...

Sabiendo que no tenemos más opción que seguirlo, los cuatro terminamos escondidos en el pasillo que contiene los productos de baño. Theo y yo estamos de pie lado a lado. Miramos a Wade, quien sonrío y no entiende la indirecta que indica que se marche. Claro que no. Por fin tiene ventaja.

—Tu madre y yo hemos estado pensando en sentarnos contigo pronto para hablar de esto... para hablar de sexo. Llamémoslo por su nombre. Sexo. Supusimos que vosotros pensaríais en eso en algún momento.... —mi padre deja de hablar—. Espera. ¿Vosotros ya habéis...?

Mi rostro está en llamas; quizás mi deseo de tener el superpoder de arder se está haciendo realidad.

—Sí —respondo.

Mi padre se muerde el labio inferior, lo cual hace normalmente cada vez que está nervioso de decir algo erróneo si se precipita al hablar. Me mira directamente.

—¿Fue tu primera vez?

—Sí.

—Buena decisión —dice mi padre, sonrojándose—. Eso salió mal. Lo siento, Theo. Lo que trato de decir es que el sexo significa más cuando es con alguien que te importa.

Sé que mi padre tuvo sexo algunas veces antes de conocer a mi madre, no recuerdo por qué surgió el tema hace unos años, pero así fue; y es bueno oír que él se siente así. Solo apesta que tenga que recordármelo ahora mismo, cuando lo único que quería era comprar condones con mi novio y nuestro mejor amigo.

Este silencio es doloroso e incómodo. Interminable, también.

Theo señala una botella detrás de mi padre.

—Miren, un champú que a su vez funciona como acondicionador.

—¡Un producto revolucionario, Theo! —Wade ríe. No puedo culparlo por estar disfrutando tanto esta situación.

—Sé que no necesitan la charla de los pájaros y las abejas —prosigue mi padre—. ¿Pájaros y pájaros? ¿Quizás es abejas y abejas? No estoy seguro de

si el pájaro o la abeja es el chico en esa frase idiomática. —Se pierde un segundo reflexionando al respecto antes de regresar a la tierra—. No conozco toda la mecánica del sexo con alguien del mismo sexo, pero he estado investigando en distintos foros últimamente, y estoy disponible para hablar si tienes alguna pregunta. Cualquiera de los dos.

¿Investigando? Cielos.

—Vale —digo, ahora mis ojos están pegados al suelo de linóleo rayado—. Gracias, papá.

—Gracias, Gregor —añade Theo.

—Cuando quieran —dice mi padre.

Nunca más, por favor.

—Ahora, les haré a los dos un gran favor —dice mi padre.

Quizás hará un truco mental Jedi para que todos los presentes olviden que la interacción siquiera ocurrió. Regresa a la fila, coge los condones del bol de chocolates, los alza para que los veamos, se acerca al cajero y coloca los condones, el cereal y las afeitadoras sobre el mostrador. Miro la tienda porque no puedo tolerar mirarlo. Encuentro veneno para ratas y los engranajes de mi historia de origen como superhéroe comienzan a girar; beberé un poco de veneno y de pronto obtendré la habilidad de convertirme en una rata diminuta a voluntad: una rata que no necesite condones, una que pueda evitar la incomodidad de que su padre le compre condones.

Theo y yo corremos hacia la salida. Wade camina a paso lento detrás de nosotros, sonriendo.

Afuera, mi padre me ofrece la bolsa de plástico que contiene los condones; luego se la ofrece a Theo antes de que pueda cogerla, pero después vuelve a ofrecérmela antes de girar hacia Theo de nuevo. Le arrebató la bolsa cuando la pone de nuevo frente a mí.

—¿Regresarás pronto a casa? —pregunta mi padre.

Asiento, mirando el suelo otra vez.

—Probablemente no haré contacto visual contigo durante al menos una década.

—Suena justo. Te veré luego. Buenas noches, Theo.

—Buenas noches, Gregor.

Mi padre se aleja. Wade aplaude en cámara lenta de nuevo.

—Bien hecho, chicos. ¿Crees que tu padre ya está intentando adivinar quién va arriba y quién va abajo?

—Cállate —replica Theo.

Agarro el brazo de Theo y los tres caminamos en la dirección opuesta a la que tomó mi padre.

—Sé que es muy pronto, pero ¿crees que puedo mudarme contigo? Nunca regresaré a casa. A menos que tus padres también planeen atacarte con la conversación de las «abejas y las abejas» pronto.

—No, tuve la conversación de los pájaros y las abejas cuando tenía diez años —responde Theo.

—Supongo que no sospechaban que solo necesitabas la charla de las abejas, ¿verdad? ¿O de los pájaros? Maldición, mi padre tenía un punto —digo.

—No importa. Me agradan los pájaros y las abejas.

Agarro la muñeca de Theo y me detengo.

—Vamos, soy yo. No tienes que continuar fingiendo que te agradan los pájaros... o las abejas... maldición, ya no tienes que fingir estar interesado en las chicas.

—No estoy fingiendo interés —responde Theo—. Estoy bastante seguro de que soy bisexual.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Creí que lo sabías. Tuve enamoramientos y esas cosas, aunque creo que hablaba más de eso con Wade.

La sonrisa de Wade ha desaparecido. Ahora está petrificado, lo cual es en realidad genial porque es probable que pierda los cabales si él se ríe de Theo y de mí acerca de esto. Que mi padre nos encontrara mientras comprábamos condones es una cosa; pero sentir que mi relación está amenazada es otra.

—Supuse que esos enamoramientos eran cortinas —digo ante el silencio. Hacía lo mismo que él; creía que las chicas eran geniales y todo eso, pero no pensaba realmente que tuviera el corazón para salir con ellas.

—Bueno, no lo eran. —Theo luce honestamente confundido—. Lamento que lo hayas comprendido de otro modo. Pero ¿por qué importa siquiera? Estoy saliendo *contigo*, Griff.

Miro a Wade, pero él tiene la vista clavada en su teléfono. No me agrada que no supiera esta verdad esencial acerca de Theo. Sé que hay más en él de lo que jamás podré capturar y mantener conmigo, como sus pensamientos fugaces o sus conversaciones con otras personas, pero esto es más grande. Es tan central a su corazón, una de mis cosas favoritas de él... el modo en que me ama, el modo en que ama a sus padres y a su hermana, el modo en que ama a su grupo, el modo en que ama descubrir los misterios de la vida y resolverlos.

Esto cambia todo, ¿verdad?

Suelto su muñeca.

—Es estúpido, pero siento que tengo más competencia. —Siento que estoy enfrentado a todo el mundo, que es imposible que yo sea sin duda la mejor opción para él en todo el planeta. Al menos creí que sería capaz de ver a un chico nuevo con él, pero ahora debo sospechar de todos. Tengo cosas que no quiero saber, pero qué debo saber—. ¿Cuál es tu tipo? Hablando de chicas.

—No sé qué clase de chicas me gustan, Griffin, porque creo que mi tipo es una buena persona y punto. —Suaviza la voz—. Lamento que nunca hayamos tenido una conversación real acerca de esto, pero confía en mí cuando digo que no es algo tan serio en mi mente. No me mantiene despierto por las noches porque soy feliz contigo, y no estoy esperando que alguien mejor aparezca. —Theo coge mis manos. No hay gracia en su voz, solo determinación—. Por favor, no te sientas amenazado.

Besa mi mejilla.

Le creo, en este momento, pero lo que me ahoga un poco es lo que pueda ocurrir en el futuro. Pero no diré nada. Ser paranoico no me llevará a ningún lugar. Beso su mejilla.

—¿Se supone que eso fue una pelea? —pregunta Wade. Ni siquiera se molesta en alzar la vista de su teléfono, pero aprecio que esté aquí para alivianar el ambiente—. No hubo suficiente sangre.

Caminamos en silencio un poco.

—¿Griff? —dice Theo por fin.

—¿Sí?

—Dos cosas importantes para el futuro.

—¿Qué?

—Una: solo compraremos condones en Internet de ahora en adelante. Dos: nunca jamás usaremos los condones que tu padre nos compró.



PRESENTE

JUEVES 24 DE NOVIEMBRE DE

2016



Creí que ningún Día de Acción de Gracias podría competir en rareza con el del último año. Se suponía que volarías a Nueva York para repartirte entre las cenas de nuestras familias. Era nuestra tradición. En cambio, permaneciste en California y pasaste la noche con la familia de Jackson. Tus padres estaban molestos, Denise estaba molesta, Wade estaba molesto y yo también; todos estábamos molestos porque era la primera vez que te veríamos desde agosto. Pero no hicimos un escándalo porque dijiste que necesitabas concentrarte en la tarea, específicamente en tu animación, la de los pescadores guerreros que cogen huevos de dragón de un volcán, la que terminaste abandonando después de todo.

Pasé todo mi Acción de Gracias en el apartamento de mi tía, preguntándome si te agradaba la familia de Jackson, por qué estabas obsesionándote tanto con él. No era un lugar mental cómodo. De hecho, era asfixiante, pero estabas vivo y todavía eras mi destino. Viajaría al pasado para tener esos problemas.

En el apartamento de mi tía hace un calor sofocante, como siempre.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Rosie.

Nunca olvidaré la primera vez que viste a Rosie y la confundiste con una versión más delgada de mi madre, que en ese momento pesaba un poco más, y

la felicitaste por haber perdido peso, lo cual le resultó gracioso a todos, incluso a mi madre. Rosie tiene media década más que mi madre, pero ha ido regularmente al gimnasio y creo que incluso siento la aparición de unos abdominales cuando nos abrazamos.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Griffin —dice y me abraza fuerte. Intenta mirarme a los ojos pero me separo por completo, así que saluda a mis padres y le da un beso a mi madre. Su hermandad siempre me ha hecho desear un hermano. Estar de luto probablemente sería menos solitario si pudiera hablar con alguien de mi edad, quizás un poco más grande y sabio, con heridas causadas por batallas que yo estoy luchando por primera vez. Quizás no hubiera hecho las cosas que hice.

La cocina huele a pan de maíz y salsa (para el puré de patatas que te obsesionaba); hay pavo relleno, macarrones con queso que ni siquiera tocaré, arroz amarillo, y luego me golpea la dulzura de la salsa de arándanos. Me quito la chaqueta, pero aún siento que me aso vivo en la cocina porque tengo puesto tu jersey, así que me dirijo a la sala de estar. Mis primos menores corren hacia mí e intentan trepar por mis piernas. No tengo sonrisas para ellos. A duras penas puedo recordar bien cómo se llaman porque los veo muy poco. Viven al norte del estado y todos sus nombres empiezan con *R*, una tradición desquiciada que en algún momento llevará a que haya niños llamados Rasputín o Raiden, de *Mortal Kombat*. Soporto los abrazos y las condolencias de mis primos mayores, pero mi abuela es quien realmente me agota.

—Griffin, ven, siéntate —indica y da palmaditas en el aire porque no hay ningún lugar a su lado donde realmente pueda tomar asiento. Me agazapo y permito que ella tome mi mano con las suyas.

Cumple noventa años en diciembre. Te perdí a los dieciocho. Ella vivió su vida como una mecánica militar, gerente de una farmacia, bisabuela, esposa de un hombre que nunca conocí y luego de un hombre que nunca me agradó. Tú viviste como un genio, un estudiante de honor con un futuro prometedor, mi primer amor, y luego novio de Jackson. Ella vivió mucho en su vida, pero tú te fuiste antes de que pudiéramos arreglar las cosas.

—¿Cómo está tu ojo? —pregunta la abuela. Quizás recuerda la vez en que mi compañera de curso, Jolene, golpeó accidentalmente mi ojo con su codo... en sexto curso. Así es la demencia senil. Mis primos a veces hacen bromas porque no hay nada más gracioso para ellos que la mente de alguien lo abandone y cobre vida propia.

—Mi ojo está bien, abuela —respondo—. Está mucho mejor. ¿Cómo estás?

¿Cómo está Primo? —Su canario amarillo con pecho café enfermó un poco hace un tiempo.

—¿Has rezado hoy?

—Recé esta mañana —miento. Hubiera sentido que mentir al respecto era mucho más pecaminoso si alguna vez hubiera creído en Dios, pero bueno, esos pensamientos son mejores para alguien que tenga razones para creer en el milagro de la resurrección.

Le echo un vistazo a Davis, el primo de diez años obsesionado con el fútbol que sintió repulsión cuando nos vio besándonos. Acapara la tele que la abuela podría estar usando para ver uno de sus programas. Solo en ese caso podría ir a un rincón y desconectarme. Veo su vaso vacío, otra estrategia para huir.

—¿Quieres más agua?

—Ya bebí agua. ¿Dónde está Theo? Quiero ver una de sus películas.

A la abuela le agradan mucho tus animaciones. Creo que su favorita es el corto de cuarenta segundos acerca de la araña que persigue a esa hormiga colorada. Cuando llega a las demás hormigas, juntas forman una hormiga gigante que ahuyenta a la araña. Es posible que ella admirara las flores que pusiste en el fondo. Probablemente podría mostrarle algunas de tus animaciones, las que tengo en mi teléfono; excepto «Griffin a la izquierda» (esa es solo para mis ojos), pero no tengo el coraje de ver los vídeos. De todos modos, necesito mi teléfono para oír tu voz.

—Theo no puede venir —respondo. Estoy seguro de que mi madre o mi tía le dijeron que moriste. Ella ya lo ha olvidado, pero lo dejaré pasar en lugar de repetírselo. Me gusta que piense que estás vivo—. Iré a traer más agua, abuela.

Quito a Davis de la tele, le indico que le lleve agua a su bisabuela y entro a la habitación de Rosie, donde me oculto debajo de los abrigos que están sobre su cama.

Pongo una canción que solía enloquecerte una y otra vez. Nunca pude quitar de mi cabeza ciertas letras o ritmos hasta que escuche la canción durante una semana entera, a veces dos. Odiabas aun más el sonido de tu propia voz grabada, y lamento que tengas que oírla de nuevo mientras escucho una y otra vez tu último mensaje de voz: *«Hola, Griff, lamento haber perdido tu llamada. Estaba fuera y tenía el teléfono apagado... sueñas en aprietos. Si los piratas de The Walking Dead no te han atrapado, llámame de nuevo para saber que estás bien. Adiós, tío»*.

Me gusta mucho este mensaje porque no mencionas a Jackson, aunque es

probable que él fuera la razón por la cual estabas fuera. También porque me llamaste Griff, no Griffin... como solías hacer cada vez que Jackson estaba cerca.

Presiono Play de nuevo.

Estoy escuchando el mensaje por vez número treinta y ocho cuando alguien toca mis tobillos. Ni siquiera había notado que sobresalían del borde de la cama. Casi pateo la mano para alejarla, pero salgo de debajo de los abrigos y veo a mi padre.

—La cena está lista. La cena de *Acción de Gracias*, que ocurre una vez al año. No esperes ver pan de maíz de nuevo hasta el año entrante.

Qué discurso horrible para Acción de Gracias: ¿qué demonios me importa el pan de maíz? ¿Acaso ha olvidado la razón por la cual me oculto de la familia que suelo estar muy entusiasmado de ver?

Pero me pongo de pie y me dirijo a la sala de estar. Prácticamente todos ya tienen comida en un plato y están de pie en un círculo contra las paredes mientras los niños están sentados de piernas cruzadas o sobre las rodillas en el suelo. Cierto: primero el rezo, después la comida. Mi madre me ha preparado un plato porque, aparentemente, cuando alguien está de luto hace una regresión a una edad en la que debe coger la mano de alguien al cruzar la calle, pedir permiso para quedarse a dormir en la casa de un colega, en la que probablemente necesite una luz de noche y en la que no pueda servirse su propia cena. Le agradezco antes de tener un exabrupto digno de ponerme un condón en la boca y piso a Reynaldo, creo, cuando me acomodo entre el equipo de música averiado y una planta en una maceta que necesita agua con desesperación.

Rosie coloca un paño de cocina sobre su hombro y aplaude, como si estuviéramos a punto de agruparnos para que ella nos guíe como un entrenador en la cena.

—¿Quién quiere guiar el rezo? —Mira a sus tres hijos mayores: Richie, el mayor, quien siempre estuvo demasiado enfrascado en su mente con trabajo para conectar contigo; Ronnie, quien no trajo al último gran amor de su vida este año; y Remy, quien siempre ha sido mi menos favorito. No porque sea el tercer hijo o porque su nombre no encaje del todo con el de sus hermanos, sino porque él solía hablar mierda acerca de nosotros a tus espaldas, lo cual nunca te conté porque sus estupideces antigays son problema suyo.

Ninguno de ellos se ofrece. Mi padre da un paso al frente. Rosie aplaude.

—Guau, primera vez. Adelante, Gregor.

El muslo de pavo que estoy seguro de que mi padre consiguió empujando a mujeres y niños de en medio casi cae de su plato cuando hace un gesto hacia la familia, invitándonos a agarrarnos de las manos. Pero todos estamos sosteniendo comida y algunos, bebidas. Él nota su error y ríe. Remy está a mi derecha y sin duda no cogería mi mano de todos modos. Su hijo, Ralph (nombre de anciano), está a mi izquierda, así que esto es para bien.

—Querido Dios, gracias por reunir a nuestra familia para compartir otro año de buena comida y buena compañía, pero sobre todo buena comida... —Hace una pausa, realmente espera escuchar risas. Mi abuela, mi madre, Rosie y algunos de mis primos mayores le dan el gusto con una risita, pero ninguno de los menores lo hace: el instinto de reconfortar el ego de otros todavía no está programado en ellos—. Por desgracia, un rostro amigable que nuestra familia ha llegado a conocer bien a lo largo de los años está ausente esta noche. Todos, en especial Griffin, lo extrañamos mucho y continuaremos rezando por su familia.

Creo que entraré en pánico y vomitaré o que vomitaré y luego entraré en pánico, Theo.

Mi padre hace una pausa y respira hondo.

—Dios, te pedimos que protejas a nuestra familia otro año y gracias por nuestras bendiciones. Amén.

En el coro que responde «amén», me hundo contra la pared y apoyo mi brazo en el borde de la maceta. Si había creído que lograría tragar algo de comida, ya sé que no sucederá. Pienso de nuevo en tu familia, en especial en Denise. Ni siquiera puedo imaginar cómo debe estar todo allí, cómo debe ser pertenecer a una familia por la que los demás están específicamente —y en vano— rezando en Acción de Gracias. Y también está Jackson, quien es probable que esté pegado a su mesa, acampando en su hogar. No creo que sea parasitario, pero incluso *yo* he mantenido mi distancia. Ellos ya tienen suficientes heridas para también ocuparse del dolor ajeno.

—Griffin, Griffin —llama mi abuela del otro extremo de la habitación; su voz tiene el volumen justo para que yo la escuche, a pesar de la conversación cercana de mis primos sobre fútbol—. ¿Dónde está Theo? Cociné el puré de patatas.

Ella no preparó el puré de patatas; Rosie utilizó su receta. Y a ti realmente te encanta su receta, pero también te gustaban mucho las patatas en general. Nunca comprendí como podías comer a modo de cena puré de patatas, una patata al horno y patatas fritas con una manzana verde aleatoria como

acompañamiento. Pero lo hacías. Lo hacías todo el tiempo.

—Theo no puede venir, abuela —respondo—. Le diré que se perdió tu puré de patatas.

—¿Se lo dirás? —pregunta Remy—. Vaya.

—Remy —advierde Rosie.

La abuela intenta hacerme una pregunta, pero los primos menores la hacen callar; los pequeños instigadores quieren ver un revuelo. Cuando intento ponerme de pie, mi padre me sujeta y me obliga a permanecer en el suelo mientras mi madre coge mi mano y la aprieta. Remy resopla.

—Ya basta. Salió con el tío durante, ¿cuánto? ¿Un año?

—Lo he conocido durante siete años —replico apretando los dientes y arañando muy fuerte mi palma libre porque estoy muy nervioso de ver a la persona que él está sacando de mí.

—Estás demasiado obsesionado. Supéralo y haz algo por ti mismo. —El tono de Remy ni siquiera es agresivo. Es como si simplemente estuviera declarando un hecho, como si fuéramos la clase de colegas que intercambian consejos.

Me pongo de pie, aparto la mano de mi padre, pero él continúa agarrándome.

—No lo golpearé —miento, y quito de encima las manos de mi madre y de mi padre. Remy tiene seis años más que yo y me importa una mierda. Sé que no te agrada que me involucre en peleas, y no solo porque no *puedo* pelear, sino porque no estás aquí para tranquilizarme o detenerme—. No lo entiendes, no... —Miro a todos los presentes en la habitación, en busca de alguien que *sí* lo entienda, pero aquí nadie ha pasado por esto—. Todo lo que hice por él, también lo hice por mí, porque *me hacía* feliz verlo feliz. Eso no es obsesión, imbécil, es amor.

Él está avergonzado; sus mejillas están coloradas. Rosie luce bastante avergonzada también por haber criado semejante idiota.

—Excepto que él estaba saliendo con alguien más —replica Remy—. Supéralo. Él lo hizo.

Theo, estás a punto de tener compañía y lamento que no sea alguien más digno de ti.

Me lanzo sobre el bastardo —oigo los gritos ahogados de mi madre y de Rosie, algunos vítores de mis primos menores, gritos de los demás— y mi padre me atrapa antes de que pueda golpearlo, y me arrastra hasta la cocina mientras Remy ríe.

—Iremos a casa, Griffin; todo estará bien —dice mi padre, pero ya no me

detiene porque estoy furioso, sino que me abraza porque estoy llorando.

Es seguro afirmar que el próximo Día de Acción de Gracias lo pasaremos en casa, o quizás en alguna universidad que acepte a un chico que planea no hacer absolutamente nada durante el resto de su último año.

Mis padres están sentados frente a la tele de la sala de estar, comiendo sobras (¿cuentan como sobras si es comida que nunca lograron probar en primer lugar?) y yo regreso a mi cuarto. Estoy estirado sobre mi cama cuando suena mi teléfono. Espero que sea Wade, pero es tu madre. La última vez que llamó fue para decirme que habías muerto.

Son cerca de las once, lo cual me pone todavía más nervioso al atender.

—¿Hola?

—Hola. Soy Ellen. Lamento llamar tan tarde.

—Está bien. ¿Cómo estuvo...? —Prefiero no preguntar acerca de la cena. Es probable que sea una de las pocas pesadillas que ella tenga oportunidad de dejar atrás—. ¿Cómo estás?

—Es imposible, Griffin. Estoy constantemente... Es grandioso oír tu voz — responde—. De hecho estoy preparándome para intentar descansar un poco. Pero quería llamarte y ver si te parece bien que le dé a Jackson tu número. Él quería comunicarse contigo, pero creí que sería mejor para ti que lo contactaras si tenías ganas de hacerlo.

Casi le pregunto por qué Jackson quiere hablar conmigo, pero ella ya ha perdido suficiente tiempo actuando de intermediaria.

—No hay problema —digo—. ¿Está despierto?

—Está completamente despierto. Es por el horario de la costa Oeste — responde Ellen después de una pausa larga. Me pregunto si está nerviosa acerca de lo que sucederá si Jackson y yo hablamos.

—Lo llamaré y dejaré que descanses un poco. Si hay algo que pueda hacer, como cuidar a Denise o ir de compras por vosotros, estoy más que feliz de hacerlo —respondo.

—Gracias, Griffin. Eres dulce. Te lo haré saber. Buenas noches.

—Buenas noches.

Corto la comunicación y Ellen me envía un mensaje con el número de teléfono de Jackson.

Miro los siete números que aparecen después del código de área de California de Jackson. Presiono llamar antes de que la razón someta a la soledad. Este, este mismo momento, es el cambio repentino entre lo mismo de

siempre y la intensidad desquiciada. Me incorporo, presiono la mano contra mi corazón y cuento al ritmo de los latidos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos...

—¿Hola?

—... Uno, dos. —Termino. Me interrumpió en un número impar: no empezamos bien—. Soy Griffin.

—Hola —dice Jackson. Hay un silencio breve y puedo oírlo respirar: inhalaciones cortas, silenciosas, que tú probablemente oías mientras él dormía—. Gracias por llamar.

Asiento como si él pudiera verme.

—¿Todo está bien?

—No —responde Jackson—. No tiene sentido fingir que todo está bien. Sin presión, pero ¿estás ocupado esta noche? Sé que es un poco extraño. Sí, es extraño. Pero quería decirlo. Me vendría muy bien salir de la casa.

No estoy seguro de cómo respondería a esta situación por mí mismo. Solo sé lo que tú querrías que hiciera.

—Creo que a Theo le gustaría —respondo. Es verdad. Sé que te haría feliz que Jackson y yo nos lleváramos bien, en especial dado que nunca pudimos hacerlo cuando estabas vivo. Pero acceder todavía me hace sentir nauseas.

—Tienes razón —dice Jackson—. Le habría gustado.

—Puedo reunirme contigo en la casa de Theo. Dame veinte minutos.

—Vale. Te veré en un rato.

—Nos vemos —corto la comunicación.

Nuestra conversación duró tres minutos y dos segundos. Mejor.

Me obligo a salir de la cama. Quizás algo bueno saldrá de hablar con Jackson. Nadie lo comprende, Theo. El asesor académico asegura que sanaré con el tiempo. Mi primo cree que soy demasiado joven para estar enamorado. Wade no sabe *nada* acerca del amor. Mis padres creyeron que estaba lo bastante bien para asistir a la cena en lugar de permitir que me ocultara en la cama bajo las sábanas. Sé que no es saludable; no soy estúpido. Pero tú y yo teníamos planes. No teníamos un mapa para llegar a destino, y tu desvío con Jackson me dejó muy perdido. Sin embargo, mantuve la esperanza de que encontraríamos el camino de regreso a los brazos del otro. Y luego, moriste, y ahora quedé vagando sin rumbo y sin ningún sentido de la orientación. Hablar con alguien más que esté perdido quizás ayude.

Me pongo el impermeable sobre tu jersey, unos vaqueros oscuros y las botas desgastadas y marcadas que me compraste para mi cumpleaños este año:

nuestra broma privada era cuán estúpido se siente comprar botas en mayo cuando el clima está para usar deportivas. A pesar de que llamaste para decirme feliz cumpleaños un día tarde, las botas llegaron a tiempo y son mis favoritas. Gracias de nuevo, Theo.

Mi padre está quedándose dormido cuando entro a la sala de estar. Despierta de pronto al verme por el rabillo del ojo. Mi madre ya está dormida sobre el apoyabrazos del sofá con los pies entre las piernas de mi padre.

—Dormiré aquí —susurra. Coloca un jersey sobre su rostro y se desvanece nuevamente.

—¿A dónde vas? —pregunta mi padre—. Son casi las once y media.

—Me reuniré con... —Casi digo tu nombre. Cada vez que permanecía despierto hasta tarde durante el fin de semana o días sin escuela, lo único que debía hacer era decirles a mis padres que estaba contigo y me libraba del hogar. Pero me contengo—. Jackson. Necesito salir un poco. Él también.

Mi padre levanta la pierna de mi madre apoyada en su regazo, se levanta del sofá y la cubre con una manta decente.

—¿Te llamó?

—Ellen me dio su teléfono porque él quería hablar conmigo, así que yo lo llamé.

Noto que está sorprendido, si es que no está preocupado.

—¿Queréis que os lleve a algún lado? Se supone que nevará de nuevo en cualquier momento.

—Tengo ganas de caminar, papá. ¿Vale?

—¿Tienes batería en el teléfono?

Asiento. Mi padre me abraza. Me hace prometer que lo llamaré si quiero que me recoja con el automóvil y que atenderé si él llama. Vale, vale, vale, vale...

Observarás cómo paso el rato con Jackson a solas. Se siente inusual, como algo irrepetible en una vida, como si estuvieras en un techo con tus dos personas favoritas para ver el cometa Halley cruzar el cielo. Excepto que es imposible que hubieras podido reunirnos a Jackson y a mí en el mismo lugar, ni siquiera por un cometa. En cambio, recorreré las calles donde vivíamos con alguien que no eres tú, alguien que también estuvo enamorado de ti. ¿Acaso no es lo mejor del mundo para alguien que estaba dividido entre dos chicos?



PASADO

VIERNES 26 DE SEPTIEMBRE DE

2014



No tengo idea por qué el asesor académico quiere reunirse con Theo al final del día. Me cruzo con Wade entre clases y él tampoco sabe el motivo. Le resta importancia y dice que después lo sabremos, pero me hace sentir insignificante no saberlo. Theo está feliz, ¿verdad?

Ya es lo bastante difícil fingir interés en la clase de Ciencias de la Tierra de la séptima hora. Necesito saber la diferencia entre rocas ígneas, sedimentarias y metamórficas y otras cosas para los exámenes semanales y los estatales, pero juro que presté atención al dos por ciento de la clase esta tarde. Estaba demasiado ansioso por la noticia de Theo. Cuando la última campana suena, omito ir a mi casillero, me dirijo directo al de Theo y siento alivio al ver que ya está allí.

—Hola —digo, y beso su mejilla. Todos saben que estamos saliendo y no ha sido nada del otro mundo. Muchos de nuestros compañeros de clase repartidos entre segundo y tercer año de preparatoria asumían que salíamos cuando solo éramos mejores amigos, y los estudiantes de primer año lo descifraron fácilmente porque Theo y yo llegamos cogidos de la mano la mayoría de las mañanas. Ha sido genial que a nuestros profesores les importara un cuerno—. ¿Qué sucede? No esperaremos a Wade.

—Claro que no —responde Theo, sonriendo—. Lamento el suspenso.

—He estado de lo más tranquilo —bromeo y suelto mi corbata.

—Por supuesto. —Theo deja de vaciar su mochila y apoya la espalda contra su casillero; dentro hay una fotografía nuestra pegada con pegatinas de *Tetris* —. El asesor académico me citó para hablar acerca de la admisión temprana. Te arruinaré el final: tengo notas excelentes en todas partes. Incluso superé a algunos del último año este mes en mis clases avanzadas. El señor Haft incluso utilizó la expresión «niño prodigio» y tuve que esforzarme al máximo por no proponerle casamiento en ese instante.

—Guau. ¿Y qué debe ocurrir para que entres?

—Quieren que escriba un ensayo antes del primero de noviembre para presentar en las universidades —responde Theo—. El señor Haft cree que debería postularme para Harvard, pero me gusta mucho el programa de animación de la Universidad de Santa Mónica. Debo hablar con mis padres acerca de su situación económica. Colega, podría estar en California a esta altura del año entrante. —Cierra los ojos mientras reclina la cabeza contra el casillero, sonriendo, perdido en su sueño donde es libre de mí—. ¿No es maravilloso?

No le daré a mi rostro la oportunidad de traicionarme, así que abrazo a Theo antes de que pueda abrir los ojos.

—Te lo mereces, Theo. Ayudaré como pueda. —Espero que no sea una oferta vacía, por el bien de ambos.

Sin embargo, tengo miedo. La posibilidad de que Theo se mude al otro lado del país se siente un poco como si fuera el principio del fin. Ya estaba nervioso acerca de lo que pasaría con nosotros cuando yo comenzara mi último año mientras él empezaba la universidad. Ahora, existe la posibilidad de que esté dos años delante de mí. No parece prometedor. No puedo quitar estos sentimientos paranoicos de mi cabeza.

Retrocedo y él sonrío. Su rostro se ilumina del mismo modo cuando llega el avance de una película nueva que está muy entusiasmado de ver. Tiene una idea preliminar en su mente y no puede esperar a ver si es todo con lo que soñó despierto.

Sonrío por él. Pero es mentira. No estoy feliz.



PRESENTE

JUEVES 24 DE NOVIEMBRE DE

2016



Ahora sería un buen momento para retirarme a nuestro búnker preparado para el apocalipsis zombi porque el fin del mundo llegó: estoy camino a tu casa para recoger a la persona que te robó de mi lado.

No odio a Jackson, Theo. Pero no tengo que ser su amigo. La única razón por la cual siquiera fui amigable cuando lo conocí fue porque no podía ser un imbécil. No podía siquiera parecer que estaba en su contra o que quería sabotear la relación que teníais. Cuando tuviéramos nuestro reencuentro en algún momento, podrías ver cómo mi amor por ti superaba mi propia felicidad. Pero ahora, por más vulnerable o patético que suene, Jackson es alguien a quien recurro. No tengo la fortaleza suficiente para sufrir solo.

Nieva un poco y hace mucho frío, y el aire gélido muerde mi cuello expuesto, mis orejas y mis manos cuando saco el teléfono para enviarle un mensaje a Jackson:

Llego en dos canciones.

Borro el mensaje y en su lugar envío:

Llego en seis minutos.

Jackson no hubiera comprendido el primer mensaje; solo te lo enviaría a ti. No lo confundiré por ti, pero tomo la ruta habitual para llegar a tu calle. En el tiempo que me lleva luchar contra el viento, pasar el supermercado con bicicletas encadenadas a los parquímetros, la tienda de alquiler de vehículos, la tienda de bagels en la que escatiman la cantidad de mermelada, y la tienda de mascotas que ahora tiene las luces apagadas, he escuchado dos veces «Love Minus Zero/ No Limit» de Bob Dylan. Tú sabías cómo medir mi distancia en canciones. Jackson no.

Esta calle realmente es un paseo por el pasado para mí y la fuerza repentina que tiene casi es demasiado para soportar. El lugar en la calle junto al correo donde casi te arrolla un automóvil, lo cual llevó a hacer la promesa de no morir jamás que rompiste; el pórtico de tu vecino, donde nos sentamos y lloramos después de romper y limpiamos nuestras lágrimas con las mangas y las manos del otro; el escalón que lleva a tu vestíbulo, del cual siempre te olvidabas y contra el que golpeabas el dedo gordo del pie al menos dos veces; la acera donde jugábamos al frisbi mientras esperábamos que el cartero trajera tu carta de admisión; todas las veces que quedamos encerrados fuera de la casa, pero en especial aquella semana después de que descubriéramos el sexo, cuando no podíamos entrar a tu apartamento vacío; cómo después de tu mudanza a California a veces terminaba loco de amor, de pie frente al portero automático, deseando poder presionar 2B para hacer que aparecieras en mis brazos.

No subiré. Nunca podría salir de allí. Ni siquiera puedo ingresar al vestíbulo.

Le envió un mensaje a Jackson:

Estoy abajo. Y hace frío.

En pocos minutos, Jackson baja corriendo hacia la puerta principal mientras coloca un abrigo sobre una chaqueta más liviana. Quizás esa es una chaqueta que viste esos días lluviosos sobrenaturales en California, días en los que se detiene en la carretera por chicos que te cambian la vida como tú.

Eso es inapropiado. Pondré el condón en mi boca: conozco el procedimiento, Theo.

—Hola —digo y asiento a modo de saludo. Jackson está a un metro de distancia y ya tiembla, y casi me inclino hacia adelante para darle un medio abrazo, pero me detengo.

—Hola. —Jackson sube la cremallera de su abrigo y coloca un gorro en su

cabeza; un poco de su pelo queda expuesto en los laterales—. Lo siento, no podía encontrar mi otro guante arriba. —Coloca el único guante que posee en una mano y guarda la otra desnuda en el bolsillo de su abrigo.

Te hubiera dado una patada voladora si hubieras regresado a Nueva York con esta actitud de «no puedo tolerar el frío».

—¿A dónde vamos? —pregunta.

—No lo sé —digo—. Sígueme.

Durante un rato asimilo solo los vehículos que tocan el claxon, el chapoteo de la nieve derritiéndose, el transeúnte ocasional que habla por teléfono. Echo un vistazo a mi derecha y Jackson se ha retrasado, camina codo a codo con mi sombra proyectada por las luces automáticas de un edificio. Gira y camina hacia atrás para evitar el viento. Pero luego, se da media vuelta y yo regreso a mi lugar original mientras él sujeta su bufanda frente al rostro. Estoy seguro de que te mareé con esa danza, Theo, pero Jackson no tiene idea de qué demonios está pasando. Doblamos en una esquina donde estamos un poco mejor protegidos del viento más fuerte.

—¿Cómo estuvo la cena? —le pregunto. Supongo que oírlo de su boca no será siquiera un décimo de doloroso de lo que sería oírlo de Ellen o Russell, o aún peor, de Denise.

—No muy bien —dice Jackson—. No quisieron sentarse a la mesa. Nos acomodamos en la sala de estar y pedimos comida china. Denise puso Disney Channel, pero no creo que estuviera mirándolo. Me ofrecí a cocinar pan de maíz o brownies, pero nadie estaba muy interesado.

—¿Denise no quiso ayudar a cocinar?

—No —responde.

Es incluso peor de lo que creí.

Jackson se detiene frente a una casa de embutidos cerrada y comienza a andar de nuevo; se adelanta un poco como si supiera a dónde debemos ir. Aprieto el paso y lo alcanzo, lo cual es una suerte de carrera porque nuestras piernas tienen el mismo largo, pero yo gano; es agradable ganarle.

—No debería haber estado allí esta noche —dice él—. No pertenezco ahí.

No, es cierto. Él es la pieza en forma de W del rompecabezas del cielo estrellado por la cual discutíamos, la que yo intentaba encajar en el lugar erróneo a pesar de tu insistencia. En el rompecabezas que es tu casa, Jackson no tiene un lugar asignado para él.

—Me siento muy culpable porque Theo pasó su último Día de Acción de Gracias conmigo.

Debería sentir culpa. Si hubieras sabido que sería tu último día de Acción de Gracias, sé que hubieras venido a casa, incluso si eso implicaba arrastrar a Jackson contigo como si fuera una maleta llena de videojuegos nuevos; unos con los que jugarías un poco antes de perder el interés con el tiempo porque extrañabas los clásicos.

Tú y yo siempre hemos sido buenos dejando ir las cosas, en especial las que están fuera de nuestro control. Probablemente podría mencionar algunos recuerdos delante de él para probar este punto, pero los estoy acaparando.

Me recuerdo a mí mismo que solo porque alguien sea indulgente no significa que sea fácil pedir perdón. Recuérdalo, Theo.

—Ahora no hay nada que puedas hacer al respecto —digo después de un minuto.

Me preparo para recibir otro ataque de aire frío y la nieve en mi rostro. Oculto las manos dentro de mis mangas y cruzo los brazos sobre el pecho para mantener mi abrigo cerca. Detengo la marcha cuando pierdo a Jackson de vista. Introduce su mano enguantada en el bolsillo y sostiene la mano desnuda abierta frente a él. Parece retrógrado al principio, pero recuerdo haberlo hecho cuando era un niño. Debe ser la primera nevada real de Jackson, y sonrío cuando atrapa un poco de nieve. Cierra la mano, aplasta los copos; luego la limpia contra sus pantalones y se acerca a mí.

—¿Puedo contarte una historia acerca de Theo? —me pregunta. Habla con la urgencia de alguien que ha estado encerrado en su casa todo el día, anhelando la interacción humana; una urgencia que comprendo.

Parte de mí quiere decir que sí, pero la otra parte grita: *Maldita sea, no*.

—No quiero que esto sea incómodo, Griffin —dice Jackson—. Deberíamos poder hablar acerca de Theo. Si es imposible, cada uno puede seguir su camino esta noche y nunca más nos veremos otra vez. De todos modos, estoy seguro de que eso es lo que todos apuestan que sucederá. —Suena un poco triste al decirlo. También está absolutamente en lo cierto—. Pero creo que podemos ser mejores que eso.

Es verdad. Sé que lo es. Esa es la razón por la que estoy aquí, en medio del frío gélido la noche de Acción de Gracias. Tú querías que mantuviéramos vivo tu recuerdo. Maldición, creí que era imposible que esta persona —la persona que te pidió que dejaras de ser mi amigo— sugiriera tener una relación entre nosotros. No sé si puedo tolerar oír acerca de tu felicidad junto a él, pero quizás me ayudará a comprenderte mejor. Quizás me ayudará a añadir piezas en el rompecabezas de tu vida. Es hora de hacer una prueba

piloto.

—¿Cuál es tu historia acerca de Theo?

Jackson se agazapa, coge nieve, forma una bola (quizás es la primera que arma en su vida, no lo sé, dado que ha habido nieve en el suelo desde antes de tu funeral) y la lanza contra la pared.

—Theo enloqueció cuando le conté que nunca había tocado la nieve. Es una mentira porque hay una fotografía mía de niño en la que estoy haciendo un ángel de nieve junto al puente de Brooklyn, pero en realidad no recuerdo nada de eso. Theo esperaba que nevara cuando viniéramos para su cumpleaños, solo para poder verme... —Deja de hablar.

—Para poder ser testigo de tu primera nevada —añado.

Lo comprendo. Es como cuando por fin me hiciste ver la trilogía original de *La guerra de las galaxias* un fin de semana. Ver luchas entre jedi fue divertido, e imaginarme a mí mismo blandiendo un sable láser doble fue genial también, pero mi momento favorito de todos fue cuando vi la sonrisa en tu rostro después de apretar el botón de play en tu portátil. Me miraste como si ya hubiera formado una opinión maravillosa al respecto, cuando lo único que había visto eran las palabras grandes en amarillo que me bombardeaban con información.

Aquí es cuando todo se complica. La historia de Jackson duele, pero solo porque he experimentado aquella misma felicidad antes.

—Sígueme —digo. Sé a dónde debemos ir ahora. Lo llevo hasta el Lincoln Center. Tengo mi propia historia que compartir.

Cuando estabas aquí, caminando conmigo, nos cogemos de la mano como si nadie jamás pudiera pensar que había algo extraño en ello. Caminábamos a paso lento para disfrutar de la mayor cantidad de tiempo posible lejos de la supervisión paternal, incluso cuando nuestros calcetines estaban mojados y nuestros pies fríos. Con Jackson, camino rápido. Pronto, llegamos a la entrada y atravesamos los escalones amplios y bien iluminados. La plaza elegante, las columnas y los estandartes inmensos que anuncian los espectáculos de ballet nuevos siempre me recordaron un paisaje que encontraría en una novela de fantasía: te lo conté la primera vez que vinimos aquí como pareja. Me acerco a la fuente Revson. Siempre la he llamado «la fuente grande» antes de que llegaras tú con tu información detallada. Sé que los chorros de agua y las luces están apagados porque es invierno, pero de todos modos hay algo mal en ella, como si la fuente hubiera muerto y la hubieran abandonado.

—Me precipitaré y asumiré que Theo y tú pedisteis deseos aquí —comenta

Jackson.

Por un breve instante, olvidé que Jackson estaba presente. Estoy a punto de romper en llanto frente a él. Tiemblo, no de frío, y me alejo. No quiero un abrazo de él.

—Sí, pedimos deseos. Y todo es una maldita mentira. —Le hago un gesto grosero con la mano a la fuente—. Mira, hay muchas monedas allí dentro. Las personas realmente creían que su vuelto podía otorgarles cosas, como riquezas o algo así. Somos todos unos idiotas.

Jackson mira el agua.

—Siempre creí que era algo más religioso que fantástico —comenta—. Ignora a todos los que lanzan monedas para pedir más dinero. Todos los demás están rezando. Lanzar una moneda en una fuente es un poco menos decepcionante que rezarle a una iglesia. Si vas directo a la casa del gran Señor, esperas resultados.

Me giro hacia él.

—Pregunta: ¿cómo diablos es posible que creas en Dios después de lo que pasó con Theo?

Jackson se encoge de hombros.

—No paso mis domingos en la iglesia, pero siempre he creído en la idea de que hay un plan mayor. Tenía grandes planes con Theo... y ahora no los tengo. Debe haber algo que aprender de esto. Me niego a creer que murió en vano.

—Theo no murió para que pudieras aprender personalmente una gran lección acerca de la vida. —Siento como mi rostro comienza a arder.

Jackson se acerca más a mí, y yo retrocedo porque estoy temblando más fuerte y él debería sentirse nervioso por quedarse a solas conmigo.

—No estoy diciendo eso, Griffin. Eso sería un completo desperdicio. Lo sé; lo sabes. Simplemente no voy a dejar de hablarle a Dios porque estoy furioso por la muerte de Theo. Theo creía en Dios.

—No necesito que me digas en qué creía Theo —replico. Lo siento, Theo. Debería disculparme con él, no solo contigo—. Lo lamento... No estoy en un buen lugar y... —No comprendo por qué él conversaría con Dios en busca de consuelo cuando podría estar hablando contigo—. Debería haberlo sabido, pero regresar aquí sin Theo apesta.

—Sí. Es una de las razones por las que no me entusiasma regresar a casa — Jackson mira hacia la fuente—. Sé que es tabú compartirlo, pero ¿qué deseo pedirías?

—Sé que te interesa más qué deseo pediría Theo —digo.

—Eso requeriría de una resurrección —responde Jackson.

—Supongo que no es *tan* tabú compartirlo —añado. Algunos de mis deseos también necesitarían una resurrección para hacerse realidad.

Le cuento a Jackson algunas de las cosas que pedí, como que tu madre tuviera buena salud cuando se asustó al creer que tenía cáncer de mama; cómo quería con todo mi corazón que obtuvieras una beca para que tus padres tuvieran más dinero en el bolsillo para que pudieras volar a Nueva York cada vez que extrañaras tu hogar. No le cuento a Jackson algunos de los otros deseos que pedí, como en la última Noche Buena, cuando lloré tanto que no podía respirar porque deseaba que tú me llamaras a la medianoche y me dijeras que me extrañabas, que me amabas, que regresarías conmigo y que serías mío de nuevo pronto.

—Eso fue muy amable de tu parte —comenta Jackson—. Altruista.

—Lo único que siempre quise fue lo mejor para él —respondo. No estoy seguro de creer que yo era la mejor opción para ti, Theo, pero sin duda pienso que era mejor que Jackson.

Jackson hurga en el bolsillo de su abrigo, saca un puñado de monedas, cierra los ojos, susurra algo y lanza todas las monedas dentro de la fuente.

No le preguntaré qué deseo pidió.

Se hace a un lado, sus zapatos salpican y frota sus brazos.

—Hace frío —dice.

A duras penas puedo sobrevivir un minuto más de esto. Estoy listo para dar por concluida la noche, pero no me entusiasma la idea de estar solo en mi habitación.

—Y es tarde. Si quieres, puedes venir a mi casa para conversar un rato.

—No tienes que hacer eso —replica Jackson—. ¿Quizás hay una cafetería abierta?

—Mi padre está despierto y se sentirá mucho más cómodo yendo a la cama si estoy en casa —insisto—. Pero si te parece extraño, no hay problema.

—No, quiero continuar la conversación. Vamos. Pero ¿cogemos un taxi? No creo que pueda sobrevivir a una caminata.

Mandaría al diablo a tu chico de la Costa Oeste por no tolerar el frío, pero un viaje en taxi suena bien. Nos dirigimos a la parte alta de la ciudad por la acera, en dirección a mi edificio mientras esperamos que aparezca un taxi vacío en medio de la noche. Por fin uno para a nuestro lado después de un rato. Jackson sube primero y se acomoda detrás del conductor... en lo que sería mi lado izquierdo si subo. Pienso en acomodarme en el sector derecho,

virando mi cuerpo para mirarlo de frente, pero ya estoy clavando las uñas en mi palma entumecida, así que corro hasta el otro lado del vehículo y abro la puerta.

—Robaré tu lugar —le digo.

Él se mueve a la izquierda y subo. Si está confundido o molesto no lo demuestra. ¿Cuánto le contaste acerca de mí, Theo? ¿Sabe de mi TOC? Cierra la puerta de su lado y yo hago lo mismo del mío. Pago en efectivo, bajamos del taxi, y corremos hasta mi edificio.

En 2011 viniste a mi casa por primera vez. Tus padres pasaron todo el día en el cumpleaños de una compañera de Denise. No querían que estuvieras solo en casa. Tus padres llamaron a los míos y me entusiasmé mucho cuando mi padre me dijo que vendrías durante unas horas porque estábamos de vacaciones de verano y fue más difícil reprimir mi entusiasmo. Trajiste un rompecabezas de un castillo medieval mientras mirábamos un DVD de X-Men. Mientras armábamos el rompecabezas, hicimos nuestros propios planes de vernos pronto (asumiendo que mis padres estarían de acuerdo con que lo hiciera, claro) y sentí cuánto me extrañabas también y fue genial, incluso aunque nunca lo dijimos.

Pero traer a Jackson a casa es algo completamente diferente.

El exterior de mi edificio luce bastante elegante, pero cuando entramos, no puedo evitar notar cosas a las que nunca antes le había prestado atención: la falta de portero; la pintura saltada en las barandas azul oscuro; las marcas de huellas dactilares en los botones del ascensor, porque el administrador no contrató a alguien para que los limpiara a diario; la mancha amarillenta en la alfombra del pasillo. Espero que Jackson no vea nada. Es estúpido porque sé que asisto a una escuela privada y recibo mesadas decentes todos los meses, pero odio que Jackson compare tu maravilloso edificio con el mío y sienta con certeza que tú siempre estuviste por encima de alguien como yo.

Llegamos a mi puerta. Jackson se reclina contra la pared.

Abro la cerradura, me asomo y veo a mi padre durmiendo con mi madre en el sillón con la tele aún encendida. Será difícil conversar con Jackson en la sala de estar con ellos allí. Ingresamos en puntillas y nos dirigimos directo a mi habitación, y Jackson cierra la puerta detrás de nosotros.

—Juro que mis padres tienen su propia habitación —digo—. Es solo que a mi madre le gusta dormir en el sillón de vez en cuando.

Jackson no responde. Observa mi cuarto: comienza por las fotografías tuyas enmarcadas que tengo sobre la cama. En el exterior, las historias acerca de ti

con él pueden herirme y apuñalarme. Pero dentro de mi habitación, donde los recuerdos de tu persona saltan por la cama, los estantes, las paredes y el escritorio, estamos en mi territorio. Puedo utilizar nuestra historia como un arma si lo deseo. Excepto que no quiero hacerlo. No voy a desquitarme por tu muerte con él, en especial no cuando nos observas.

No puedo mirarlo.

Jackson se acerca a mi cama, mira las fotografías antes de, finalmente, coger la que te muestra sonriéndome desde un banco.

—¿Cuál era la ocasión? —pregunta en voz baja.

—El aniversario de mis padres, algunos abriles atrás —respondo—. Han estado juntos desde los diecisiete años, creo. No lo sé, mi padre dice que desde los dieciséis y mi madre desde los diecisiete, pero creo que están contando distintos aniversarios, si entiendes a qué me refiero. —No debería mirar esa foto con Jackson aquí porque es probable que me quiebre, pero extraño ver tu sonrisa fuera de mi memoria, así que me uno a él—. Esa fue una buena tarde.

—¿Tus padres tienen un buen matrimonio?

—Sí, son guays. A veces me confundo cuando entro a una habitación y los encuentro conversando y riendo. Creí que ya se han dicho todo lo que hay para decir, ¿sabes? Pero no. Nunca cierran la boca y me encanta. —Solo en ese instante noto que él me lo pregunta debido a sus propios padres.

Jackson se sienta en mi silla de escritorio y se encoge de hombros en su abrigo grande. Levanta la vista y me mira, evidentemente triste y luego dirige su mirada otra vez a la fotografía del aniversario de bodas.

—Ni siquiera fingiré que no has tenido los mismos sueños que yo. Sé que tú también amabas a Theo de ese modo.

Amo. Te amo. No es un amor en tiempo pasado.

No espera a que diga nada antes de continuar hablando.

—Pero las personas no me toman en serio, como si no tuviera permitido estar destruido por la muerte de Theo y el amor porque ni siquiera tengo la edad suficiente para beber según la ley. De hecho, mi padre tuvo el coraje de decirme que tengo el resto de mi vida para enamorarme de nuevo.

—Suena a que tienes que evitar algunas visitas de fin de semana cuando regreses a casa.

Jackson hace una mueca.

—No lo notará ni le importará. Trabaja para una aerolínea, así que sus fines de semana quedarán libres para quedarse en otra ciudad y conocer mujeres en

los bares o... Lo siento, cerraré la boca. —No estoy seguro de por qué se disculpa, pero siempre está pidiendo perdón por algo, ¿verdad? Ahora me mira—. ¿Tú también te sientes derrotado? Me recuerda a una carrera en la que participé: estaba a la cabeza, pero caí y destrocé mi rodilla y todo hacia lo que corría terminó.

Espero que esta no sea su manera astuta de decirme que piensa que estaba ganando tu afecto en mi lugar. Si alguna vez hubo un momento en el que debe disculparse, es ahora.

—Yo estaba en la misma carrera, Jackson. Y no estabas a la cabeza.

—No estaba hablando acerca de ti, lo juro. Es solo que nunca creí que era lo suficientemente digno para que alguien como Theo se fijara en mí. A eso me refería con estar a la cabeza —dice Jackson. Evito su mirada.

—Lo siento.

—Lo entiendo. Theo y tú crecisteis juntos y fuisteis prácticamente sus primeras veces para todo. Pero comprendes que yo también lo amaba, ¿verdad? Y él me correspondía, aunque a veces me resultaba difícil creerlo debido a ti. No sé por qué me importa tanto, pero desearía que no desestimaras lo que él y yo teníamos, en especial porque cada pareja debe empezar por alguna parte. Tú solo llegaste antes que yo.

Creo que se supone que debo decir algo ahora. Pero no puedo.

—Estás molesto, ¿verdad? Mira, háblame. Cada vez que Theo y yo estábamos en desacuerdo siempre lo hablábamos de inmediato. Si dejamos que crezca, se convertirá en algo mucho peor de lo que debe ser. Por favor, habla conmigo, Griffin —insiste Jackson.

Cerrar la boca y encerrarme en mí mismo siempre ha sido lo que mejor hago durante una confrontación. Tú me señalaste eso. Sin embargo, me esfuerzo mucho más de lo habitual para no decir algo imperdonable. Es *tu* perdón al que apunto. Planeaba ser mejor cerrando la boca acerca de mis problemas contigo cuando volviéramos a estar juntos, en especial después de que me contaste cómo os ayudaba hablar acerca de sus problemas a Jackson y a ti. No es que no quería resolver cualquier inconveniente; solo no quería hacerlo con la ira del momento, cuando había una posibilidad de decir algo improvisado e hiriente.

Pero también lanzaste algunos golpes hacia Jackson.

En los primeros meses de su relación, acudías a mí cada vez que discutíais. A Jackson no le agradaba que fuéramos tan cercanos, o que nunca hubieras permitido que él te sacara de mi vida. Dado que no podía decir nada malo

acerca de Jackson, estaba obligado a decirte que tuvieras paciencia, que todo se arreglaría solo. Y cada vez que me llamabas, esperaba que fuera para decirme que Jackson y tú ya no estabais juntos, que no era solo debido a las discusiones, sino que era por lo mucho que aún me amabas y extrañabas. Pero sin excepción, las llamadas siempre iban por el mismo camino: «Lo resolvimos, tal como dijiste. Gracias por escucharme, Griff».

Tomo asiento en mi cama. Ahora no tengo idea de qué decir.

Jackson se pone de pie y cierra la cremallera de su chaqueta.

—Me iré. —Camina hacia la puerta de mi habitación—. Lamento haberte molestado con todo esto. —Se detiene y me lanza una mirada de decepción, no muy distinta a la que encontraba en tu rostro cuando acampaba en mi zona de silencio—. Lamento haberlo intentado, Griffin. Realmente creí que lo comprenderías.

Me guste o no, debo hablar. Jackson también tiene una historia compartida contigo. Estoy seguro de que ambos poseemos bromas internas, lugares favoritos, fotografías que me apuñalarán, pero que quizás valga la pena mirar para ver tu rostro de nuevo, historias que me muestren quién eras en California. Hay un lado tuyo que nunca vi. Jackson no solo conoce ese lado, sino que te amaba por ello.

—No te vayas —digo—. Tienes razón. Amamos al mismo chico, y es extraño, y de todos modos él querría que habláramos, incluso acerca de las cosas que no quiero oír o de las que preferiría mantener en privado. —Me pongo de pie de la cama y camino hacia mi armario. Saco el colchón inflable, el que mis padres compraron para las escasas ocasiones en que te permitían quedarte a dormir después de que comenzáramos a salir... claro que no lo usamos—. Deberías quedarte. Afuera es un asco. Quizás podemos intentarlo de nuevo mañana temprano.

Él vacila.

—¿Estás seguro?

Desenrollo el colchón inflable en el extremo opuesto de mi cuarto, lejos de mi cama.

—Sí, no hay problema. —Desconecto el cargador de mi teléfono del tomacorriente, lo lanzo sobre mi cama y conecto el inflador. Es ruidoso y quizás despierte a mis padres, pero es imposible evitarlo. Es la una menos cuarto y estoy listo para quedarme dormido después de que escuche tu mensaje de voz.

—Gracias, Griffin —responde en voz baja.

—No es nada. Puedo darte algo para que te pongas. —Por costumbre, me dirijo a tu cajón y lo abro. Me paralizó un segundo mientras asimilo tus cuatro camisetas, dos pares de pijamas, pantalones cortos de gimnasia (aunque odias Gimnasia), calcetines, un pijama de una sola pieza del *Monopoly* que trajiste a modo de broma y un jersey. Nunca vestiré a Jackson con tus prendas. Cierro el cajón y abro uno mío; lanzo una camiseta de manga larga que me queda pequeña y un pijama sobre el colchón inflable—. ¿Quieres agua?

—Si no es molestia; gracias.

Salgo de mi habitación, hago pis, me cepillo los dientes, voy de puntillas a la cocina, cojo dos vasos con agua y cuando regreso encuentro a Jackson con mi ropa puesta. Le entrego su vaso. Todavía me sorprende su presencia, este chaval con el que no quería tener contacto alguno; me sorprende que de verdad pase la noche en una habitación donde hice todo contigo, desde dormir a tener sexo, desde jugar videojuegos a armar rompecabezas, desde discutir a intercambiar besos raros, desde cantar mal al karaoke a bailar lentos sin música: este lugar en donde fuimos nosotros mismos, nos pertenecemos y todo lo que sucedió en el medio y todo lo demás.

Tomo una manta para él del armario y una almohada de mi cama. Son cosas que solo yo usé, no que tú usaste; esas se quedan conmigo. Me quedo con tres almohadas, así que le lanzo una segunda sin explicar por qué.

—Voy a dormir —digo y apago la luz. Un haz de luz de luna golpea a Jackson—. El baño está a la izquierda de mi habitación si lo necesitas.

—Gracias —susurra Jackson como si yo ya estuviera durmiendo—. Buenas noches.

Ruedo en la cama, aún vestido con mi vaquero y tu jersey, y me pongo de espaldas a él. Abrazo tu almohada contra mi pecho y apoyo la cabeza donde solías colocar la tuya. Mi teléfono está a punto de quedarse sin batería, pero conecto mis auriculares y presiono play en tu mensaje de voz, una y otra vez.

En medio de la reproducción número cuatro, Jackson me llama.

—¿Griffin? Lo siento, Griffin, ¿estás despierto?

—¿Sí? —Miro la pared.

—Gracias por darme una oportunidad. Ahora veo por qué Theo nunca dejaba de hablar de ti.

No respondo. Pero dejo a un lado mi teléfono. Entierro más mi rostro en la almohada, apretando los ojos y hago mi mayor esfuerzo para dormirme, pero mi jalón de orejas y la necesidad de llorar me mantienen en vela. Tú me mantuviste vivo cuando estuvimos separados. Prometo que yo siempre haré lo

mismo por ti.

El llanto de Jackson me despierta. Intenta reprimirlo, pero no deja de escaparse de su control. Suena muy parecido a mí los últimos días, cuando me rendí ante la angustia, pero me aseguré de que no hiciera demasiado ruido para llamar la atención de aquellos que piensan que las palabras me harán sentir mejor. No puedo girarme para ver porque, si la cama cruje, él sabrá que estoy despierto. No sé cómo consolar a este desconocido.

Jackson, al igual que yo, te ama. También, al igual que yo, está atascado en este universo sin ti. Sé lo que dirías: hay infinitos universos paralelos. ¿Existe uno en el que has decidido cuidar de Jackson desde el más allá? No, eso está mal. Incluso Jackson dijo que siempre hablabas de mí. Me niego a creer que vivo en un universo en el que ni siquiera estás conmigo en la muerte. Me niego a creer que sufres por él ahora mismo mientras llora y que mueves tu telescopio un poco a la izquierda y me encuentras completamente despierto, sin hacer nada por consolarlo. Debes pensar que soy el peor ser humano del mundo, y juro que no es así. He cometido algunos errores, claro, y tú ya me has alcanzado; lo siento, pero no puedo volver el tiempo atrás y deshacerlos. Tendrás que perdonarme.

Eso es si asumo que estás en este universo, que estás observando, Theo.



PASADO

VIERNES 31 DE OCTUBRE DE 2014



El rompecabezas de la mansión embrujada que estoy armando con Wade en el suelo de la habitación de Theo realmente comienza a tomar forma. No estoy seguro de si es bueno o malo. Estamos pasando el tiempo con un rompecabezas de doscientas piezas en lugar de ir a una fiesta de Halloween como todos los demás.

Wade alza la vista, sosteniendo la pieza necesaria para coronar al rey fantasma y la golpetea contra las ventanas destrozadas de la mansión. Está disfrazado de Doctor Who.

—Oye, Theo. ¿Podrías apresurarte, demonios? —pregunta—. ¿Cuántas veces cae Halloween un viernes?

—Más veces de las que cae un viernes trece —responde Theo de inmediato. Ni siquiera está completamente vestido todavía. Aún está en su ordenador, revisando su ensayo de admisión temprana.

—Tenía once años cuando dije eso —protesto—. Ya olvídale.

Amo a Theo, pero también amo con todo mi ser Halloween. Hay una fiesta en Brooklyn, con máquinas de humo, karaoke, DJ y, sobre todo, una competencia de disfraces a la que todos queremos llegar, pero la fecha de entrega del ensayo de Theo termina a medianoche. Iba a entregarlo a las 7:00 hasta que cometió el gran error de leerlo una última vez. Resulta que ya no cree en todo lo que escribió durante el último mes. Ahora son las 21:45 —

minuto impar— y aún estamos aquí en su habitación sin humo, sin karaoke y sin DJ.

Al menos hay disfraces. Ninguno de nosotros es realmente fanático de *Doctor Who*. Pero Wade viste una chaqueta de *tweed*, una corbata de moño roja, un sombrero tirolés del mismo color y lleva un palo semejante a una varita: todo por Shania, la anfitriona de la fiesta, que es una gran fanática de *Doctor Who* y el nuevo interés romántico de Wade. A Wade no le importa el personaje, así que hemos comenzado una apuesta. Cada vez que llamen a Wade «el Doctor Who negro», Theo le deberá un dólar.

Por supuesto que Theo y yo tenemos los mejores disfraces que este universo ha visto: piratas zombis. Es un tributo a nuestra relación, claro está, pero también es algo ridículamente divertido. Esta noche, soy Griffy, el compañero de tripulación que fue asesinado por Theo, el tuerto sanguinario, excepto que Theo aún no tiene ni una gota de sangre encima que no haya provenido de mis abrazos.

—¿Cuánto tiempo más necesitas? —pregunta Wade—. Estoy seguro de que tu ensayo está bien.

—Si mi intención fuera que esté «bien» hubiéramos salido por la puerta hace una semana —replica Theo mientras gira en su silla para fulminarnos con la mirada—. Todo puede cambiar si hago las cosas bien aquí, ¿vale? —Rara vez se harta de este modo. En sus ojos, hay pocas emergencias en el mundo por las que valga la pena ponerse nervioso—. Tendría que ser muy estúpido para creer que soy el chico más inteligente de los postulantes. Hay muchísimos candidatos más calificados que yo, y no confío en que ellos arruinarán sus ensayos para que yo ingrese. Tengo que ser el mejor. —Entierra el rostro entre las manos—. Lo siento, chicos. Probablemente deberían ir sin mí.

Wade me mira, preguntándome en silencio si deberíamos hacerlo.

—Ve —le digo—. Buena suerte con Shania.

—Buena suerte con el ensayo, Theo —dice Wade—. Te enviaré la cuenta por el Doctor Who negro.

Cuando parte, me pongo de rodillas frente a Theo y cojo sus manos. Veo que tiene los ojos rojos. Abro los míos de par en par.

—¿Qué sucede? —Esto es lo más cerca que lo he visto del llanto.

—Son los cambios, Griff. Ahora tengo en mi mente que quiero ir a la universidad el próximo año. Sé que no solo vendrán cosas buenas si me aceptan. Falta un año, pero ya sé que te extrañaré demasiado —Theo se hunde en el suelo conmigo, envuelve mis hombros con un brazo y apoya el rostro

contra mi pecho—. Sabes que te amo.

—Yo también te amo.

—También amo la idea de asistir a la universidad. Espero que eso no nos separe. Es solo que siempre pensé que la preparatoria era como un juego con puntajes que no tenían importancia, pero estoy equivocado. Las personas adecuadas prestan atención. En algún universo paralelo donde no soy uno de los mejores de la clase, es probable que hubiera perdido el tiempo y desaprovechado esta oportunidad.

—Pero no la desaprovechaste —señalo—. Estás reescribiendo este ensayo por cuarta vez porque es algo que te importa mucho.

—Si no me aceptan, será un golpe muy duro.

—Eso es mucha presión, Theo. Es presión que no pensabas sentir sobre tus hombros hasta el año entrante —le recuerdo. Masajeo su brazo y respiro hondo. Nunca ha sido fácil hallar las palabras adecuadas para consolar a alguien tan brillante—. No eres solo alguien con buenas calificaciones, Theo. —Espero a que me corrija diciendo algo adorable como «calificaciones astronómicamente increíbles» o «las mejores calificaciones del territorio», pero no está de humor para hacerlo—. No eres alguien que memoriza hechos para los exámenes y olvida todo al día siguiente. No tienes suerte adivinando las respuestas correctas en los exámenes sorpresa. Llevas tus libros contigo a la ducha. Básicamente, eres un superhéroe muy extraño.

Él dibuja una sonrisa forzada.

—Un día, Batman se quitará la máscara y, *bum*, seré yo.

—Robin es más apuesto, pero me conformaré.

Theo levanta la cabeza y me mira, y yo me inclino hacia adelante y lo beso.

—¿Cómo me fue? —pregunto—. ¿Con la conversación alentadora?

—Estoy motivado —responde Theo—. Y me siento culpable porque no estás afuera disfrutando tu festejo favorito. Vete de aquí.

Quito mi parche y lo lanzo al otro lado del cuarto.

—De todos modos, esta cosa me da picazón. —Me pongo de pie y lo obligo a hacer lo mismo—. Descansarás dos minutos antes de avocarte de lleno al ensayo otra vez. —Theo luce un poco ansioso, pero está de acuerdo en concederme dos minutos a cambio de mi Halloween—. Mis padres me enseñaron estos besos cuando era pequeño.

Me inclino hacia su rostro como si fuera a besarlo, pero rozo sus pestañas contra las mías y espero a que él haga lo mismo.

—Este es un beso mariposa.

—Hace un poco de cosquillas —comenta Theo.

Golpeo mi frente con la suya unas veces.

—Este es un beso cavernícola.

—No sabía que los cavernícolas eran tan románticos.

Froto mi nariz contra la suya sin detenerme hasta que Theo me imita.

—Este es un beso esquimal. —Ahora quiero un cuarto beso, algo especial como estos—. Mis padres me enseñaron solo tres, pero inventaré uno ahora... em... —Miro por la ventana donde las calles están llenas de vida y de muertos vivos por Halloween—. Este es un beso zombi. —Mordisqueo su mejilla, gruñendo. Comienzo a reír a carcajadas cuando Theo me devuelve su propio beso zombi.

—El beso zombi es mi favorito —dice Theo—. Al diablo la universidad, mejor tengamos sexo.

—Tus padres y Denise están aquí.

—Al diablo con ellos también.

Sonrío antes de hablar.

—No. Te ayudaré con tu ensayo. Vamos. —Señalo su silla de escritorio y él suspira. Pero no puede quedarse quieto en la silla y comienza a caminar de un lado a otro.

La pregunta es simple: *¿Cuál es la creación que más te enorgullece?*

Originalmente, Theo quería hablar acerca de algunos de sus vídeos de animación, pero esta noche cambió de opinión; está superorgullosa de sus universos paralelos. Hojeamos su diario juntos. Estamos de pie al lado de la ventana, pero no me distraigo en lo más mínimo con todos los Harry Potter y los dinosaurios sensuales que pasean por las calles. Theo prácticamente me pasea por su cerebro, como una visita guiada a su imaginación, y ambos nos perdemos en ella, nos perdemos pensando por qué este universo en el que vivimos supera a todos los demás. Somos dos piratas zombis que no abandonarán el barco para alimentarse de cerebros, pero sin duda hay un destino más grandioso por delante.

De todos modos, siempre tendremos el próximo Halloween.



PRESENTE

VIERNES 25 DE NOVIEMBRE DE

2016



Buenos días, Theo. Lamento haberme cerrado anoche. No pude quitarme de encima la sospecha perturbadora de que estás cuidando a Jackson en lugar de a mí. Era como una picazón que se expandía a toda velocidad por mi cuerpo, y siempre llegaba un segundo demasiado tarde para rascarme y eliminarla. No pongas los ojos en blanco, pero busqué en el interior de mi alma. Hurgué en lo profundo de nuestra historia y recordé todos los buenos tiempos y los recuerdos felices que en algún momento te hubieran traído de regreso a mí en vida. Ya no creo que esté solo en esto, hablando conmigo mismo.

Sin embargo, todavía me pregunto con qué frecuencia cuidas a Jackson.

Jackson.

No he olvidado que está aquí. Su llanto creó un tornado de compasión y furia en mí y, si bien resistí con firmeza contra la fuerza de esa angustia, sin duda estoy magullado. Debería haberme dado media vuelta para ver si él se había dormido al caer exhausto o si estaba recostado despierto mirando las paredes como yo, pero no pude hacerlo.

Jackson tenía razón: ayer no empezamos bien. Ni siquiera sé qué es lo que está comenzando. Afortunadamente, hoy no hay escuela, así que no tengo que pasar la mañana discutiendo con mis padres para que me permitan quedarme

en casa o caminando como un zombi de clase en clase cuando me obliguen a asistir de todos modos. Jackson y yo aprovecharemos este tiempo para intentarlo de nuevo, por ti.

Me incorporo cuando mi teléfono indica que son las 8:02. Cuando miro, Jackson no está en la cama. La manta está extendida sobre el colchón inflable, las prendas de Jackson están en el suelo, pero él no está aquí. Salgo de mi habitación para ver si está en el cuarto de baño duchándose o algo así, pero encuentro la puerta del baño abierta de par en par. Oigo el sonido fuerte del teclado del ordenador portátil de mi madre. Siempre bromeabas con ella al respecto, la acusabas de intentar lucir ocupada para no tener que responder tu interrogatorio acerca de cómo era ella en la adolescencia.

En la sala de estar, encuentro a mi madre en la mesa junto a Jackson, que ocupa tu asiento. Me pregunto si mi madre le contó que era tu lugar o si él sintió cierta atracción hacia esa silla debido a ti. Quizás es solo una coincidencia.

—Lo lamento —dice mi madre. Al principio, creo que está disculpándose conmigo, pero cierra su portátil y alza la vista hacia Jackson—. Algunos clientes no recibieron el aviso de que se suponía que hoy no respondería emails. Entonces, ¿te ausentarás al resto del semestre?

—Mis profesores han sido comprensivos, pero no es mi estilo —dice Jackson.

—El mío tampoco —comento y me uno a ellos en la mesa. Tomo asiento frente a Jackson, como hacía habitualmente cada vez que tú ocupabas su lugar, y mantengo los ojos en el bagel frente a él—. Excepto que nadie me da un descanso, así que es probable que repruebe todo.

—Todavía hay tiempo para cambiar las cosas —dice mi madre con dulzura.

Continúa hablando acerca de conversaciones que ha tenido con mis profesores acerca de crédito extra y la emisión de pases para que pueda acudir a mi asesor académico cuando quiera. Pero pierde mi atención cuando alzo la vista. Estoy asimilando de nuevo por qué Jackson Wright está aquí, en mi apartamento, con mi ropa.

De muchas maneras, Jackson es mi clon. Nuestros ojos café están cansados por la falta de sueño y el llanto, enmarcados por ojeras negras y pálidas más oscuras que las que obtuve el verano pasado cuando pasamos una semana entera jugando a juegos de Xbox en línea hasta el amanecer. Apenas ha tocado su bagel, y apuesto a que últimamente solo ha estado comiendo lo necesario para callar el rugido de su estómago. También es incapaz de funcionar en lo

que respecta a la escuela y a todo lo demás que la vida exige; te ama y tú lo amabas.

—¿Griffin? ¿Griffin? —Mi madre coge mi mano y la aprieta.

—Lo siento. —Deslizo mi mano lejos de la suya—. Me perdí de nuevo en mis pensamientos. —Oculto mi mano bajo la mesa para que Jackson no me vea rascando la palma.

—No es necesario que te disculpes. —Mi madre se pone de pie y coge su portátil—. Despertaré a tu padre.

No sé cuándo regresó a su habitación, pero con suerte mi madre lo pondrá al tanto del motivo por el cual Jackson está aquí.

—¿Cómo dormiste? —le pregunto. Hacerse el distraído es otro modo de mentir, ¿sabes?

Jackson se encoge de hombros y evita mi mirada.

—Ya sabes.

No sé si quiere decir «*ya sabes cómo es*» o «*maldición, ya sabes perfectamente que no dormí bien*», pero no ahondaré más en el asunto.

—¿Hablaste con Russell o Ellen?

—Llamé a Ellen hace una hora. Suena que están relajados esta mañana. — Jackson coge el bagel y parece a punto de hacerlo girar como una moneda antes de mirarme con las mejillas sonrojadas; quizás es algo que hace en casa o que hacía contigo—. Gracias de nuevo por permitir que me quedara anoche. Pensé en regresar esta mañana para darte espacio, pero tu madre estaba despierta cuando vine aquí a llamar a Ellen.

—¿Te reconoció del funeral? —Y continúo haciéndome el tonto, porque debo admitir que mi madre está bastante familiarizada con las fotografías de Jackson. Le mostré el álbum digital que hice de vosotros dos. Quería que ella me dijera que no estaba loco por ver un parecido entre él y yo.

—Sí, lo hizo —responde Jackson y se avergüenza un poco—. No negaré que estaba muy sorprendida de verme.

Imagino que estaba tan pasmada como todos los asistentes al funeral que atestiguaron la presencia de dos chicos en tu velorio, la competencia incómoda entre ellos, cómo cada uno leyó un panegírico acerca del amor de su vida. Hasta esta mañana, mi madre nunca había visto salir de mi habitación a otro chico que no fueras tú.

—Es culpa mía. Debería haberle dejado una nota en la pizarra blanca para que supiera que estarías aquí.

—Fue amable —dice Jackson. Se inclina hacia mí y baja la voz—. Debo

hacerte una pregunta. Por favor, responde con honestidad. No preguntaría si no supiera que puedo tolerarlo. ¿Vale?

Me preguntará algo tremendamente íntimo acerca de ti, Theo; lo presiento. Quizás tiene las agallas suficientes para preguntarme acerca de nuestra primera vez o por qué rompí contigo.

—¿Me odias? —dice abruptamente Jackson—. Sé que no nos conocemos. Pero lo comprenderé si me odias o si lo hacías. Supongo que quiero saber en qué situación estamos sin Theo.

Este desayuno es incluso más extraño que el primer desayuno en que me olvidaste; el que ocurrió unas semanas después de que termináramos la relación, cuando no me enviaste una fotografía de lo que estabas comiendo con algún mensaje presumido. Tus fotografías siempre tenían el 90 por ciento de probabilidades de hacerme sonreír y hacerme sentir bien por salir de la cama. Pero ¿Jackson Wright en mi sala de estar, preguntando si lo odio? Eso sin duda es más extraño.

Estoy a punto de intentar responderle cuando mis padres ingresan juntos a la habitación.

—Gregor, él es Jackson —dice mi madre.

Jackson se pone de pie y extiende la mano. Cada segundo en que mi padre no la estrecha, me siento más culpable por ser la fuente de su resistencia por todo mi odio y mi llanto. Por fin, cede. Probablemente recuerda que es un adulto que debe priorizar eso a ser un padre cuando otro chico está involucrado; en especial un chico que ya debe estar jodidamente incómodo en nuestra casa.

—Buenos días —dice mi padre. Camina rápido hacia el sofá—. ¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—Volaré a casa el lunes —responde Jackson, aún de pie—. De hecho, ahora debería regresar a la casa de Theo. —Intenta llevar su plato al fregadero de la cocina, pero mi madre lo intercepta del modo que siempre lo hacía contigo. Él mira a mis padres—. Gracias por el desayuno y por permitirme pasar la noche aquí.

Regresa a mi habitación y yo lo sigo. Me apoyo contra la puerta de entrada.

—¿Estás bien? —pregunto.

Jackson se sienta en el colchón inflable; su cabeza cuelga mientras pasa su teléfono entre las manos, como si fuera una de esas patinetas en miniatura.

—¿Tú estás bien?

—Claro que no.

—Lo mismo digo.

Jackson deja su teléfono, dobla la manta, recoge las prendas del suelo y se dirige al cuarto de baño sin decir ni una palabra.

Desenrosco la boquilla del colchón inflable y observo mientras se desinfla; el silbido ensordecedor desaparece a medida que la cama se dobla sobre sí misma. Coloco todo en el armario, incluso la almohada que él utilizo. Estoy exhausto. Aceptaría con gusto una siesta. Pero le debo otra oportunidad. Lo sé.

Jackson regresa del cuarto de baño y me entrega la ropa con la que dormí.

—Gracias de nuevo por permitirme dormir aquí, Griffin. Iré a buscar un taxi.

—Ahórrate el dinero —digo, sin saber cuál es su situación económica, aunque me precipitaré y supondré que es promedio—. Podemos caminar hasta allí. —Tomo mi abrigo y me lo pongo sobre tu jersey.

—¿No hace mucho frío afuera?

—Probablemente no sea tan grave. —Miro la temperatura en la aplicación de mi teléfono—. Bueno, hace bastante frío, pero estoy seguro de que a ti también te vendría bien un poco de aire fresco. —Calzo mis botas y tomo mi teléfono y las llaves—. En especial, si permanecerás encerrado en el apartamento todo el fin de semana.

—Tienes razón. Gracias, Griffin. —Se coloca la chaqueta y su único guante. Tengo la intención de buscar otro par de guantes, pero él ya está avanzando hacia la puerta. En la sala de estar, saluda a mis padres moviendo la mano; tú lo sabrías mejor, pero no me doy cuenta de si su saludo es poco entusiasta o vacilante—. Gracias de nuevo por el desayuno, señor y señora Jennings. Espero que tengan un buen fin de semana.

Nunca le dije mi apellido. Supongo que tú lo hiciste o que Facebook se lo contó. Pero veo un atisbo de lo que tú debes haber visto y no solo por sus modales. Sin duda, tiene el corazón de alguien que detendría el automóvil para rescatar a un chico de la lluvia.

—Que tengas un buen vuelo de regreso a casa. —Mi padre no se levanta del sofá; apenas alza la vista de su portátil. Sin duda está jugando uno de esos juegos de lógica que tú le presentaste, para poder mantener la mente activa en los días de descanso o los fines de semana—. ¿A dónde vas, Griffin?

—Lo acompañaré hasta la casa de Theo. —Siempre lo llamé tu hogar, aunque nunca hayas gastado ni un dólar para pagar el alquiler, aunque ya no vives físicamente ahí—. De todos modos, quiero ir a caminar un rato.

Ninguno de mis padres se negará. Son muy conscientes de que la alternativa sería acampar en mi habitación y escuchar tu mensaje de voz infinitas veces.

—Suenan bien. Llámanos si cambias de planes. —Mi madre abandona su

ordenador y se acerca para estrechar la mano de Jackson—. Lamento de nuevo... —Deja de hablar y aparta la mirada. De verdad espero que no estuviera a punto de llamarte la pérdida de Jackson... *de nuevo*—. Buena suerte para decidir lo que harás respecto a la escuela.

Lo guío hasta la salida sin decir nada.

Jackson baja la escalera detrás de mí y no sé si puede percibir el cambio en mi actitud, pero necesito recobrar la compostura antes de llegar al último escalón para no desquitarme con él... *de nuevo*. Odio esas palabras en este instante, y quizás siempre lo haga, dado que ha acompañado este momento de traición y decepción; esta clase de agobio es el motivo por el que las personas deben cuidar lo que dicen y lo que hacen. Llego al último peldaño y todavía cargo esa amargura, y no puedo quitármela de encima al igual que no puedo quitarme de encima mi angustia o mi vergüenza. Soy como una moneda que da vueltas constantemente: cara, cruz, cara, cruz, cara, cruz, cara, cruz... como si alguien me hubiera lanzado al aire para definir algo de una vez por todas, pero no me hubiera atrapado y ahora caigo en un abismo, incapaz de ver cuál será el resultado cuando aterrice.

Oculto mi mano en el bolsillo de mi chaqueta. Rasco mi palma en paz.

Tengo la tentación de llevar a Jackson por mi camino habitual a tu casa, pero avivará demasiados recuerdos.

—Doblemos a la izquierda —digo y me alejo del supermercado y de la tienda de alquiler de vehículos en el último segundo—. Tienes colegas en Nueva York, ¿verdad?

—Algo así. Mis colegas Anika y Veronika estudian teatro en la NYU. Hicimos el bachillerato juntos, pero es una de esas amistades donde la distancia arruina todo. —Jackson se encoge de hombros—. Las extraño, pero puedo ver en Internet que están bien sin mí.

—¿Eran cercanos los tres?

—Hemos sido unidos desde primer año. Era la primera reunión del club de *Dungeons and Dragons* y queríamos unirnos, pero notaba que ellas vacilaban tanto como yo porque no sabíamos qué implicaría para nuestro estatus en el bachillerato. No lo sé, actuábamos como niños de catorce años, supongo.

Entonces: Jackson es uno de esos chicos de dieciocho años que habla acerca de tener catorce como si hubiera sido diez vidas atrás. Apuesto que eso te resultó encantador.

—En el penúltimo año ya habíamos superado todas esas tonterías, pero dado que el exnovio de Anika pertenecía al club de *Dungeons and Dragons*,

formamos nuestro propio club después de la escuela en la casa de Anika e inventamos nuestro propio juego, Jaulas y Quimeras. Theo incluso...

¿Tú qué?

—¿Theo qué? —pregunto en voz alta.

—Theo jugó el juego con Anika y Veronika en febrero cuando vinimos aquí.

No lo sabía. Quería pasar el rato contigo, claro, pero de ningún modo estaba dispuesto a sufrir viendo cómo sujetabas la mano de Jackson o reías por sus bromas. Asiento por cortesía, lo cual Jackson no ve en absoluto porque no está mirándome.

—¿Por qué no te contactas con ellas mientras estás aquí? —pregunto.

—Anika y Veronika están en casa por Acción de Gracias. Creo que regresarán aquí el día que me voy, lo cual apesta. Querían hablar por Skype, pero... —Cierra la boca de nuevo. Estoy listo para desafiarlo a que me cuente más, pero se detiene. Estamos frente al escaparate de Game Express, mi tienda de videojuegos favorita. Debes admitir que, aunque tú siempre fuiste fiel a GameStop, Game Express nunca te decepcionó gracias a los descuentos—. ¿Te molesta si entramos un momento?

—No, vamos.

Puedo encontrarte aquí.

La calidez del interior se siente bien. No reconozco a la joven detrás del mostrador, y sin duda recordaría a alguien con mechones de pelo azul y lentes de contacto amarillos: un estilo demonio. Es realmente guay. Pero no debería sorprenderme de ver rostros nuevos. No he venido aquí desde el inicio del verano, e incluso esa visita no fue muy larga.

—Tienen muchas cosas para Game Boy —comenta Jackson. Coge algunos de los juegos en oferta de una cubeta y los deja en otra un segundo después.

—Sí, es grandioso.

No hay nada que quiera comprar, así que solo sigo a Jackson mientras pasea por la tienda —mi favorita, no la tuya— por primera vez. Al menos creo que él nunca antes ha venido aquí. No sé por qué habrías caminado hasta aquí con Jackson en el invierno, a menos que estuvieras tratando de toparme conmigo para perturbar mis pensamientos o para hacer que te extrañara más. Permíteme cerrar la boca o creerás que he vuelto a ser el paranoico de antes. Juro que he mejorado. Juro que tengo una mejor noción de la realidad hoy día.

Jackson pasa mucho tiempo con los juegos de Xbox. Antes de continuar avanzando, mira un juego de carreras, otro de lucha y uno de espías. Lo detengo.

—¿Hay algo más que llame tu atención?

—No mucho.

—Conté los juegos que miraste y te detuviste en el tercero...

—Sí... —Está confundido.

—Tengo un problema con los números. Prefiero que las cosas se hagan en números pares.

—Ni siquiera te oí contar.

—Conté en mi mente. Siempre estoy contando en mi cabeza. A veces ni siquiera lo noto, pero sé que estoy haciéndolo. —Sé cómo suena y quiero ser capaz de decirle a él y al resto del mundo que está bien, que no es necesario estar pendiente de sucesos impares como este, pero sé que no estará bien: si puedo controlar algo por mi salud mental, quiero darme a mí mismo ese alivio —. El tres me causa mucha ansiedad de un modo en que el uno no lo hace porque las cosas suelen venir de a una, así que tres es el primer número impar después del que siempre anticipo la aparición de algo que ocupe el número cuatro. De otro modo, no puedo concentrarme.

Jackson asiente y coge una secuela de *Halo* que tiene descuento. No siento que sea natural como con los primeros tres juegos que observó, así que tengo la tentación de pedirle que mire dos juegos más. De ese modo, tendré dos grupos de tres y podré salir de este momento con un hermoso seis, pero lo acepto y lo dejo ir.

—Gracias —digo.

Si está juzgándome, no lo veo en su rostro. Honestamente, no creo que él posea esa fealdad en su interior, a diferencia de algunos de mis compañeros estos últimos meses —tú no sabes nada de esto— cuando mis compulsiones empeoraron.

—No hay problema —responde Jackson. Continúa paseando por los pasillos y de vez en cuando descubro que me mira; es posible que haya arruinado su experiencia de compras al hacer que sea más consciente de lo normal de hacer todo en números pares. Pero quizás no. Parece relajado aquí, como si hubiera dejado su angustia en la puerta, sin saber que continuará persiguiéndolo en cuanto nos marchemos. Su tranquilidad me recuerda a ti, en el suelo frente a un rompecabezas.

Llegamos a un sector de clásicos. Tu peso me aplasta aún más cuando veo esos videojuegos alineados. Nunca tuve ninguna de estas consolas, pero tú estabas obsesionado: la primera Playstation y Nintendo, Sega Genesis, la breve Dreamcast y una Game Boy aparatosa que es imposible que entrara en el

bolsillo de nadie. Sonríe en contra de mi voluntad delante de los estantes de vidrio polvorientos, mientras recuerdo las veces que jugué a algunos de ellos contigo o que observé cómo ganabas mientras hacía la tarea: *Pac-Man*, *Space Invaders*, *Earthworm Jim*, *Mortal Kombat*, *Batman*, etcétera.

—Es como un mercado de pulgas —comenta Jackson.

—Salvo que no lo es —señalo un cartel que dice no está en venta—. Me agrada que solo sea un altar.

—Puntos extra por no estar en un museo.

Veo un videojuego particular en uno de los estantes más abajo. *Tetris*. Me siento sobre mis rodillas. Jackson se agazapa y hace lo mismo.

—Era su favorito —dice Jackson.

El comentario no me molesta del modo que lo hicieron otros, porque que jugaras al *Tetris* no es un detalle muy íntimo. Diablos, incluso tus profesores sabían de tu adicción al *Tetris* debido a todas las veces que confiscaron tu teléfono durante la clase. Jackson presiona la mano contra la vitrina. Quizás ha olvidado que estoy allí, aquí, justo a su lado.

Tengo una historia para compartir con Jackson.

—¿Alguna vez Theo te contó acerca de *Mac: la maldición familiar*?

—No.

—Lo odiaba tanto. Es decir, la mayoría de las personas lo odiaría. Pero él creía que sería perfecto porque era un juego en el que debías resolver acertijos basados en la física. Pero había tantos errores que Theo se encomendó a sí mismo la tarea de regresar a la tienda para comprar todas las copias, así nadie tendría que sufrir con el juego. Aposté dos dólares a que no lo haría. Perdí.

Jackson ríe un poco, lo cual es genial porque esa fue básicamente una broma que te costó cuarenta dólares; bueno, treinta y ocho porque recuperaste dos.

—Despotricó contra el juego durante días. A veces, me despertaba y tenía un mensaje de texto que detallaba algo nuevo que odiaba del juego o que le resultaba ilógico. —Estoy sonriendo de nuevo, y esta vez, sonrío *con* él, lo cual es un descanso agradable de la confusión, la angustia, la culpa y la infelicidad. Es la clase de alivio que sentía cuando estaba encerrado en casa, enfermo, extrañando tu rostro y tu voz, y luego me llamabas en cuanto terminaba la escuela y me sentía entero otra vez. Daría todo por ser capaz de jugar al *Tetris* contigo en este mismo instante. Saber que no puedo hacerlo arruina el momento y me destierra de nuevo a este universo vacío.

—Te esperaré afuera —le digo a Jackson.

Me pongo de pie y parto tan rápido que estoy seguro de que la cajera de pelo azul probablemente cree que robé un llavero de Yoshi o algo así. El aire frío muerde mi rostro, un beso zombi inútil. Jackson aparece pocos segundos después con las manos vacías. Si planeaba comprar algún juego —de ser así, es un momento de mierda para hacerlo— sin duda se lo arruiné.

—Lamento haberte hecho hablar acerca de él —dice—. No sabía esa historia. Es extraño, pero me agrada aprender algo nuevo acerca de él en lugar de recordar todos los buenos tiempos que compartimos, ¿sabes?

—Es bueno hablar de él —conuerdo—. Siempre lo es. —Pero apesta que hable acerca de ti, y contigo, y que no puedas responder... algo que Jackson no sabrá jamás al volver a California—. Sé que hablar acerca de Theo lo mantiene vivo. Pero eso no implica que sea menos difícil el hecho de que no esté aquí, manteniéndose vivo *el mismo*.

Jackson asiente y guarda las manos en los bolsillos; tiembla. Eso es todo. Me mira del mismo modo que yo lo observo: con tristeza. No mentiré para decirle que estoy seguro de que todo mejorará y él tampoco intenta consolarme con ninguna de esas tonterías. Camino hacia su izquierda y comienzo a señalar el camino hacia tu casa.

—Llegamos.

Está de pie en la puerta de entrada, esperando que le abran desde el portero eléctrico sin siquiera haber mirado el intercomunicador. Así que supongo que estaba acostumbrado a que lo hicieran pasar cuando se quedó aquí en febrero. Presiono el 2 B por él mientras da saltitos en el lugar. O está intentando entrar en calor o tiene muchos deseos de orinar, pero no mencionó nada durante nuestra caminata completamente silenciosa hasta aquí.

—¿Quién es? —pregunta Ellen por el portero eléctrico.

Jackson responde y añade mi nombre. Ellen nos hace pasar.

—De hecho, no planeaba subir —le digo a Jackson—. Solo quería acompañarte hasta aquí.

—¿No quieres ver a todos?

—Por supuesto que sí, en especial a Denise. Pero, no lo sé, también quiero respetar su tiempo de duelo y no invadir su espacio. —He pensado mucho al respecto, pero nunca planeé contárselo a Jackson, el fantasma que ahora mismo mora en tu casa—. No lo digo como una crítica hacia ti. Sé que tus opciones eran bastantes limitadas, en especial con tus colegas que están de viaje esta semana.

—¿Puedo ser honesto contigo? —pregunta Jackson. Avanza un poco más en el vestíbulo, evitando el frío que continúa ingresando por la puerta principal—. Sería agradable que me acompañaras arriba, aunque sea solo unos pocos minutos.

Es una pieza de rompecabezas que no encaja. Y lo sabe.

Solo puedo imaginar tu expresión si le dijera que no a Jackson en este instante; estoy seguro de que sería muy similar a la expresión que tenías la última vez que te vi. Pero no quiero pensar en eso; olvida que lo mencioné. Es tabú.

—Subamos —le digo a Jackson.

Apenas registro que Jackson me agradece. Subimos la escalera hacia tu apartamento y no quiero estar aquí; es demasiado pronto. Siempre será demasiado pronto. El tiempo no cura todas las heridas. Ambos sabemos que es mentira; lo dicen las personas que no poseen nada reconfortante u original que decir. Pero me pregunto si otros perpetúan esta mentira porque no quieren decir la terrible verdad. La herida nunca cierra y el dolor permanece, siempre punzante, siempre ardiente, siempre asfixiante, siempre sangrando.

Ellen nos recibe en la puerta. Nos saluda con los dedos como siempre. Quizás tenga que ver con que no somos tú y yo regresando de una película, sino dos chicos que te aman.

—Buenos días.

—Buenos días —responde Jackson y pasa junto a ella.

—Buenos días, Ellen. —Entro y la abrazo después que cierra la puerta. Ella también me abraza; es la primera vez que nos abrazamos desde que te perdimos. En este abrazo ya no siento que está decepcionada de mí por haberte dejado; siento que aún me ve como su otro hijo. En ese instante, me alegra haber permitido que Jackson me convenciera de venir.

Ellen coge mi brazo.

—Permitidme que os prepare un té helado, chicos.

Continuaré diciéndolo después de que los zombis piratas hayan ganado: cualquiera que rechace el té helado de tu madre, incluso en invierno, odia la felicidad. La sigo a la cocina y todo luce igual, excepto por la mesa redonda nueva junto a la ventana. Jackson toma asiento primero. Tomo cuatro vasos, uno extra para Denise, para distraerme de pensar qué le ocurrió a la mesa anterior (y perfectamente aceptable) y preguntarme si esta nueva ha estado aquí suficiente tiempo para que Ellen ya ni siquiera la considere nueva. Tomo asiento junto a Jackson y Ellen comienza su rutina cortando rebanadas de

limón para nosotros.

—Theo hubiera querido que hiciéramos esto, ¿verdad? —dice Ellen en voz baja—. ¿Habéis tenido una buena noche?

—Estuvo bien —responde Jackson.

No sé qué más añadir. Oigo el tintineo del piano que proviene de la sala de estar.

—¿Esa es Denise tocando el piano?

—Debería serlo —Ellen se asoma a la habitación siguiente mientras revuelve el té helado—. Qué bueno, Russell está con ella. Mi hermana me envió un artículo el miércoles o el jueves... perdí la noción de los días; no importa. Me envió un artículo acerca de cómo distraer a los niños de su angustia obligándolos a continuar con sus rutinas. —Sirve el té—. Vale la pena intentarlo.

—Por supuesto. —Mis rutinas me tranquilizan cuando no me enloquecen.

Ellen mira su reloj.

—En un rato la llevaremos a la casa de su amiga Mitali. —Sin decir nada más, ingresa a la sala de estar.

Recuerdo a Mitali. Es la que habla rápido. Tus padres organizaron hace años una fiesta de detectives para ella. Mitali, Denise y algunas chicas más cuyos nombres ni siquiera yo recuerdo insistieron en que las llamaran «adultas detectives» en vez de «niñas detectives», y lo tomaron demasiado en serio, pero les seguimos la corriente. Tú fuiste la víctima asesinada en la sala de estar; estabas rodeado de «cinta amarilla para la escena del crimen» —*cof*, banderines de cumpleaños, *cof*— hasta que te levantaste para beber agua mientras ellas investigaban su última pista en la habitación de Denise. Gran error. Mitali salió corriendo y dijo que estabas haciendo trampa. La mejor parte: me acusó de ser un mal médico por haberme equivocado en declarar que habías muerto. Desearía que esta vez también estuvieras engañando a la muerte.

Bebo el té helado y coloco mi vaso en el fregadero. Jackson y yo seguimos a Ellen hasta la sala de estar. En el sillón, hay unas sábanas plegadas y una almohada. Quizás quedarse en tu cama era demasiado para Jackson y acampó aquí. No le pregunto.

Ellen se inclina junto a Denise, que está sentada en el banco del piano con Russel, y agarra la mano de su hija con las suyas.

—Debemos irnos pronto. El padre de Mitali dijo que preparará el pastel de manzana que te encanta. ¿Quieres que te ayude a elegir algo bonito que

ponerte?

—Puedo vestirme sola —responde Denise. Su voz es inexpresiva. Libera su mano de la de su madre, se da la vuelta en el asiento, me ve, gira y regresa para mirarme de nuevo y abre los ojos de par en par—. ¡Griffin! —Corre hacia mí y me abraza por la cintura; cielos, no creo que haya registrado por completo en el funeral cuánto está creciendo.

—¿Cómo estás, Dee?

—¿Qué estás haciendo aquí?

La respuesta es incómoda, pero le debo la verdad a tu hermana.

—Jackson durmió en mi casa anoche, y lo acompañé de regreso hasta aquí.

Denise frunce el rostro y pasa la mirada de Jackson a mí una y otra vez.

—Creí que se odiaban.

Algo que me dijiste una vez: «*El mundo debería dejar de mentirle a los niños porque ellos siempre son brutalmente honestos con nosotros*».

—¡Denise! —la regaña Ellen.

—Denise, cielos —dice Russell.

Ella se sonroja. Odio que sienta vergüenza por esto.

—Griffin y yo aún no hemos tenido la oportunidad de ser amigos —dice Jackson. Siento que le habla de un modo un poco condescendiente, ¿no te parece? Creo que no es su intención, pero quizás no ha pasado mucho tiempo cerca de niños. Pero lo que es más importante es que no niega la declaración de tu hermana. Él realmente piensa que lo odio y aunque no quiero prenderle fuego o maldecirlo para que muera mil veces, no estoy seguro de que esté equivocado en pensarlo.

—Sí. —Es lo mejor que tengo para decir.

Luego, Ellen obliga a Denise a prepararse para comer pastel de manzana y jugar con su colega habladora, quien sin duda hablará sin parar acerca de cosas típicas de niños de nueve años, que a tu hermana ya es imposible que le interesen. Apuesto que perderte será su pasaje rápido a la adultez.

Tomo asiento en el sillón mientras lucho por alejar los recuerdos y mantengo los ojos fuera de tu puerta cerrada que está justo al frente. Russell está sentado en el borde del banco del piano, con el rostro entre las manos. No sé qué decir, así que menciono las rutinas porque hablar acerca de la normalidad parece, bueno, normal.

—Sí, las *rutinas* —gruñe Russell—. Estoy seguro de que Virginia le enviará a El otro artículo de palabrerías psicológicas mientras conducimos hasta la casa de Mitali, y dejaremos de hacer todo para intentar aplicar lo que diga. —

Se pone de pie y coge un paquete de cigarros del bolsillo de su bata de baño —. ¿Podrías decirle a El que estaré afuera, junto al automóvil?

Nunca he visto a Russell salir tan rápido. Parece que no recuerda o no le importa estar vestido con su bata de baño.

Pasan pocos minutos antes de que Ellen y Denise salgan de la habitación vestidas con prendas nuevas para la reunión. Los ojos de Ellen recorren la habitación con la misma intensidad que en aquellas mañanas en las que nos llevaba con el vehículo hasta la sala de juegos de New Rock, y tú aún estabas en la ducha.

—¿Dónde está Russell?

Jackson señala con el pulgar la puerta de entrada.

—Salió.

—Dijo que estará junto al automóvil —añado.

Si Ellen está intentando ocultar su molestia, fracasa. Respira hondo y lanza un juego de llaves sobre el sillón entre Jackson y yo.

—Chicos, ya saben dónde está todo. Griffin, puedes quedarte, por supuesto. Jackson, si sales, no olvides las llaves. Deberíamos regresar en pocas horas.

Denise me abraza y choca los cinco con Jackson antes de salir.

—No me quedaré mucho tiempo —le informo a Jackson cuando estamos solos.

—No estoy echándote —dice Jackson.

—Lo sé. —Sin duda no planeo estar aquí cuando tus padres y tu hermana regresen; es demasiado para ellos, sabes—. Es difícil estar aquí... No sé cómo diablos lo haces.

—No tengo opción —responde Jackson.

—Claro. Es bueno que estuvieras aquí. —Lo digo en serio.

—Era imposible que me perdiera su funeral —responde Jackson.

Me levanto y camino hacia tu habitación. Maldición, soy bastante consciente de que no estarás del otro lado, inclinado sobre tu escritorio, haciendo un boceto de un universo al que esperas darle vida en una animación. De todos modos, siento la tentación de llamar a la puerta.

—No he entrado —confiesa Jackson. Le doy la espalda a tu puerta.

—¿Qué? Creí que dormías allí.

—Claro que no. ¿Hubieras sido capaz de hacerlo?

He imaginado esa situación antes y me he visto en tu cama, siempre. Pero extrañaba estar contigo en tu habitación mucho antes de que murieras.

—¿Has visto a sus padres entrar?

—Sí, a Russell algunas veces.

—¿Alguien dijo que no quería que ingresaras?

Jackson mueve la cabeza de lado a lado. Miro de nuevo hacia la puerta y tomo el picaporte.

—Entraré. Puedes hacer lo que quieras, pero...

—Iré contigo —dice Jackson. Siento sus pasos rápidos en el suelo.

Se pone de pie a mi izquierda, pero en lugar de soltar el picaporte y cambiar mi ubicación, elimino el espacio que me separa de la puerta para que él ya no esté directamente a mi lado. Ahora estoy incluso más cerca de ti. Giro el picaporte. Aquí estamos, en la exhibición principal del museo McIntyre.

Quiero decirte cómo es estar rodeado de estas paredes celestes de nuevo. Nuestros rompecabezas enmarcados todavía están aquí: el astronauta esperando el tren es mi favorito; el mapa de Brasil, que fue brutal pero divertido de armar juntos; una maleta abierta que contiene otra maleta que tiene una pila alta de muñecas rusas; y Pompeya, nuestro primer rompecabezas. Si tuviera otra oportunidad para describir cómo es, lo llamaría mi resurrección.

Pero esta maravilla, esta segunda vida, es efímera. Todo el aire abandona mi ser cuando veo las fotografías tuyas con Jackson apoyadas en el alféizar junto a tu cama. En el mismo lugar donde solían estar nuestras fotos. En una, tienes un brazo sobre los hombros de Jackson y tu sonrisa es muy amplia; es una imagen con la que estoy familiarizado, por supuesto, y por ese motivo se siente tan fuera de lugar. Aparto la vista de la ventana antes de que las otras fotografías me apuñalen, antes de que me desquite con Jackson y le exija que me diga si él te obligó a quitar las nuestras. Pero solo encuentro más objetos extraños. Junto a las novelas gráficas que te di hay un box set de cuatro películas de suspenso de consumo masivo. No sé si es un regalo de Jackson o si no está en absoluto relacionado con él. El atrapasueños en el suelo también es nuevo y no sé si es de un evento especial con Jackson, como la figura de Batman que mandé a diseñar con tu rostro, la cual aún está apoyada sobre tu biblioteca.

No quiero preguntarle nada a Jackson. Me equivoqué antes. No quiero saber acerca de tu vida sin mí. No puedo hacerlo. Salgo corriendo de la habitación y casi tropiezo. Jackson me llama, pero no puedo estar con él ahora mismo, así que salgo de tu apartamento y bajo las escaleras.

Gracias a Dios nunca me quité la chaqueta porque está helado. Dejo de correr en la esquina, temblando. Miro el cielo, entrecerrando los ojos ante el

sol entre las nubes, antes de cerrar los párpados para ver tu rostro en mi memoria con mayor claridad.

Pero el Theo que recuerdo no es el mismo que encontré en tu habitación.

Por fin encontraste un modo de hablarme, Theo, y no me agrada todo lo que tenías para decir.

Estoy exhausto cuando atravieso la puerta principal. Una de las lecciones que he aprendido una y otra vez desde el fin de nuestra relación y de tu muerte es que el dolor se torna físico. Me duele el cuerpo. Estoy tan agotado que creerías que es como esa vez en que anduvimos en bicicleta por el Central Park y dimos tres vueltas —el número aún me molesta— y subimos rápido por aquella colina empinada. Se me cerró el estómago, me ardían las piernas, me dolían los brazos y tenía la garganta seca. Ahora estoy igual de listo que en ese entonces para dormir una siesta.

Camino directo hacia mi cuarto, ignorando a mi madre mientras cierra su portátil y me llama. Le avisa en voz alta a mi padre para que sepa que estoy en casa, pero estar solo significa solo tú y yo. No madre, no padre. Entro a mi habitación, cierro la puerta y me lanzo sobre la cama, demasiado agotado para siquiera llorar. Espero que no creas que esto significa que estoy menos angustiado por tu muerte. Échale la culpa a mi cuerpo. Estoy acurrucándome entre nuestras almohadas cuando abren mi puerta. Fiel a mi naturaleza idiota, olvido algo clave en el juego de evadir a las personas indeseables: la cerradura. Desearía poder aparecer en uno de mis universos paralelos en este instante.

—¿Jackson llegó bien? —pregunta mi madre.

—Sí, Jackson está en la casa de Theo, donde está llorando su pérdida — respondo y me incorporo—. Estabas lista para llamar a Theo la pérdida de Jackson otra vez, ¿verdad?

Ella asiente, como si yo realmente necesitara que lo confirme.

—Ambos lo amabais, Griffin. No fingiré que su dolor no existe.

—No, ese es trabajo de papá —digo.

—¿Qué hizo tu padre? —pregunta mi madre.

Mi padre permanece en silencio, probablemente dudando si debería o no hacerse de armas e ir a la batalla conmigo.

—Incomodó mucho a Jackson... es decir, ni siquiera yo fui tan frío con él — respondo. Solo puedo imaginar cómo es estar fuera de mi estado, de mi *huso horario*, en el hogar de alguien que intentó hacerme su enemigo, sintiéndome

rechazado e indefenso.

—Ya basta, Griffin —replica mi padre. Su tono me recuerda a cuando me metía en problemas de niño por cosas sin importancia, como intentar escabullirme en su habitación para asustar a mi madre mientras trabajaba, o gritar una y otra vez palabras inventadas para llamar la atención—. No puedes estar furioso con tu madre por ser demasiado amable con ese chico y conmigo por ser demasiado frío con él.

—Entonces, ¿admites que fuiste frío con él? —contraataco.

—No lo negaré; no fui muy gentil. Pero eso es porque conozco a mi hijo. No creo que realmente estés molesto con tu madre o conmigo. No discutiremos si tú no discutes con nosotros. ¿Cómo nos llama Wade? ¿El grupo Griffin?

—El equipo Griffin —corrijo.

—El equipo Griffin —repite mi padre—. Sabemos que no debe ser fácil ver a Jackson, pero de todos modos toleraste la situación como un soldado. Espero que te haya ayudado de alguna manera. Si no fue así, él se marchó y nunca tendrás que verlo otra vez. Pero estamos aquí para ti y queremos saber qué necesitas de nosotros.

—Hay algo que necesito —digo.

—¿Qué? —pregunta mi madre.

—Espacio. Por favor, dadme un poco de espacio. Estoy muy cansado. —No puedo llorar. No puedo discutir.

Mi padre comienza a protestar, pero afortunadamente mi madre lo hace callar. Salen rápido, y encuentro la energía suficiente para cerrar la puerta detrás de ellos; esta vez cierro con llave. Regreso a la cama y me arrastro debajo de las mantas, esperando dormirme de inmediato. Por supuesto que no sucede. Considerando la semana, el año, el mes y la vida que he tenido últimamente, soy un estúpido por pensar que siquiera tendré suerte en cosas sin importancia.



PASADO

JUEVES 25 DE DICIEMBRE DE

2014



Este es el primer año que el escuadrón no hará el juego del amigo invisible para Navidad. Solemos sacar un nombre de la gorra de Wade, pero ahora que Theo y yo somos pareja, era imposible que no fuéramos a comprarnos regalos aparte si uno de los dos sacaba el nombre de Wade. Es la clase de cosas que hace que nuestra relación sea injusta para nuestra amistad con Wade. Rompimos la tradición, lo cual parece molestar un poco a Wade, pero el enfado desapareció cuando notó que recibiría un regalo más.

Ya hemos pasado la mañana y la tarde con nuestras familias, y es agradable relajarnos en la habitación de Wade. Escuchamos su lista de jazz en sus altavoces nuevos. Theo me muestra su teléfono y hace clic en mi nombre.

—Mira tu nueva imagen de contacto.

Es la fotografía que le envié esta mañana en la que estoy de pie junto a mi árbol de Navidad, sosteniendo el ornamento de Ron Weasley que me regaló el día que comenzó nuestra historia. Es una locura cómo dos estaciones después, todavía me sonrojo por este muchacho.

Wade debe verla porque reparte los regalos que Theo y yo dejamos debajo del miniárbol de Navidad apenas llegamos.

Theo y yo concordamos al comienzo del mes que nuestros regalos debían ser

considerados pero aleatorios. Básicamente, significa que no puedo comprarle un rompecabezas y que él no puede comprarme nada relacionado con Harry Potter, lo cual apesta porque este año no recibí ningún regalo relacionado con el niño mago por primera vez en no sé cuánto tiempo. Me hubiera gustado recibir un llavero. El regalo que Theo me hizo, una caja pequeña envuelta en papel color esmeralda, hace que me pregunte si me esforcé demasiado cuando compré mi regalo para él. El mío es una caja grande.

Intercambiamos miradas nerviosas.

Comenzamos en círculo y presionamos a Wade a ser el primero.

Wade empieza con el mío, que es una novela poca conocida, *Las aventuras de la cortesana y el golem*. Es una comedia negra acerca de una prostituta no fértil quien roba una poción de su cliente hechicero para crear un hijo y termina dándole vida a un golem.

—No tengo idea de si es bueno —digo alzando las manos—, pero últimamente diste indicios de que estarías interesado en darle otra oportunidad a la ficción si algo distinto aparecía en tu camino. Si conoces más libros como este, necesitas dejar de acapararlos para compartíroslos.

Wade sonríe.

—Muchas gracias, Griff.

—Griffin —tose Theo. Insiste en ser la única persona además de mi padre que me llama Griff.

—Controlador —responde Wade del mismo modo. Mueve la cabeza de lado a lado e inspecciona la contraportada—. Suena apropiado para mí. No estoy seguro de qué dice eso acerca de mi persona, pero lo acepto. Gracias, Griffin. —Abre el regalo de Theo: una docena de corbatas diferentes. También hay una nota que dice que debe mejorar su estilo—. Mi estilo está a punto de ser perfecto. Gracias, Theodore McIntyre. ¿Está bien si te llamo así, Theodore McIntyre?

—Theo está bien —responde él, sonriendo. Chocan los puños.

—Tu turno —le digo a Theo.

—Bastardo.

Theo abre el regalo de Wade: una guía ilustrada de recetas de cócteles.

—Cuando aprueben tu admisión temprana, quiero que sepas cómo beber como un menor de edad responsable —explica Wade.

Theo y yo reímos.

Luego, Theo acerca un poco más el regalo que le hice. Realmente desearía que este momento fuera privado. No es necesario estar en una relación con

alguien para saber si no le agrada un regalo. A menos que alguien aquí sea en secreto excepcionalmente bueno ocultando verdades, me gusta pensar que todos tenemos detectores de mentiras bastante buenos. Me atormenta rompiendo el papel despacio, pero tú eres la víctima de la broma: todavía hay debajo una caja común que atravesar. Cuando la abre con sus llaves, saca un busto de Batman. Le lleva un segundo ver que quien lo mira no es el rostro de Bruce Wayne. Es el suyo, gracias a una página web que he encontrado que hace figuras de acción y muñecos con el rostro de las personas.

Theo ríe tanto que cae hacia atrás. Estoy a punto de colapsar junto a él del alivio.

—No lo entiendo —dice Wade.

—En Halloween, Theo ha dicho en broma que un día quitaría su máscara y veríamos que él había sido Batman todo este tiempo —explico. Apuntábamos a regalos *considerados pero aleatorios*, y di en el blanco. Justo en el centro.

Cuando Theo se recupera y me da un beso de agradecimiento, coloca el Batman-Theo a su lado y hace un gesto hacia mis regalos.

—Abre primero el de Wade.

—Sí, señor.

—Advertencia —dice Wade—. Digamos que es algo para parejas, pero creo que es más probable que tú enloquezcas al respecto, Griffin. Pero no os confundáis y creáis que me parece bien que vosotros seáis superinseparables. Solo tuve esta idea y no pude quitarla de mi cabeza.

Arranco el papel que lo envuelve y lo único que veo es la parte de atrás de un marco, pero cuando lo volteo, encuentro mi rostro y el de Theo. Juntos. No como un espejo, pero similar. Distintas partes de nuestras facciones están unidas para crear una sola cara: su ojo azul, el mío, castaño; la hilera pequeña de pecas sobre su nariz, mi protuberancia en el puente de la mía; su labio inferior, el mío superior; su ceja rubia, la mía oscura. Es un retrato y un rompecabezas.

De hecho, mi mano tiembla un poco al ver cuánta consideración hay en este regalo.

—Wade, guau. Muchísimas gracias. —Lanzo la imagen sobre el regazo de Theo y abrazo fuerte a Wade, probablemente por primera vez en la vida y luego regreso a mi lugar junto a Theo—. Lo colgaré en cuanto llegue a casa.

—Supuse que lo harías. Veamos qué te compró Theo.

—Lo mejor para el final, por supuesto —dice Theo—. ¡Redoblen los tambores, por favor!

Todos permanecemos quietos unos pocos segundos antes de golpear el suelo con los puños. La caja pequeña pesa. Arranco el envoltorio y encuentro un cofre del tesoro.

—Por favor, dime que hay minipiratas zombis dentro —digo. Theo se encoge de hombros. Abro el cofre y veo que contiene cuatro figuras aladas con una notita.

—¿Una compulsión de grifos? —Leo con una sonrisa.

—Dijimos *considerados, pero arbitrarios*, ¿verdad? —Theo está totalmente entusiasmado—. Son grifos debido a tu nombre, obvio. Por cierto, es difícil conseguir esos pequeños bastardos, pero encontré uno con Wade en una tienda de segunda mano y compré los otros tres por Internet.

Observo las figuras y me detengo cuando veo un círculo plateado pequeño en el lomo de uno de los grifos.

—¿Qué es?

—Los sustantivos colectivos nunca tienen sentido. Una bandada de cuervos, un banco de peces, un rebaño de ovejas. No tienen sentido. Es completamente absurdo. Inventé una compulsión de grifos para ti. *Compulsión* funciona porque tienes esas pequeñas peculiaridades y porque convertí a los grifos en broches magnéticos para que estén juntos —Theo me entrega otra placa de metal que saca del bolsillo y hace una demostración: la coloca dentro de mi camiseta y lanza el grifo sobre ella de modo que queda fijo allí—. ¿Gané la Navidad? El punto de la Navidad es ganar, verdad?

—Ambos ganan la Navidad —afirmo.

—Buena respuesta —dice Wade.

—Una respuesta más o menos buena —añade Theo.

Coloco todas las placas dentro de mi camiseta y coloco los grifos imantados allí. No les digo que estoy mintiendo. Ellos no ganaron la Navidad. Yo lo hice. ¿Cómo podría no hacerlo? Siento una compulsión de grifos revoloteando en mi corazón.

MIÉRCOLES 31 DE DICIEMBRE DE 2014

Si me hubiera sentado con una tarotista el último enero y ella me

hubiera dado una predicción que dijera que estaría saliendo con Theo en junio, habría pasado mi año planificando una misión elaborada para recuperar mis diez dólares. Incluso si las tarotistas son reales, no creo que hubiera podido sobrevivir a la ansiedad. A veces, está bien que te sorprendan. Sonará estúpido, y nunca lo diría en voz alta, pero el modo en que Theo y yo declaramos nuestra sexualidad ante el otro fue similar a estar atrapado en una tormenta eléctrica. Las tormentas apestan cuando cortan la electricidad y destruyen casas, sin duda. Pero otras veces, los truenos son la banda sonora de algo impredecible, algo que acelera nuestro pulso y nos despierta. Si alguien me hubiera advertido acerca del clima, es probable que hubiera enloquecido y permanecido encerrado.

Pero no lo hice.

Es víspera de Año Nuevo, faltan pocos minutos para la medianoche. La fiesta que mis padres organizaron en la sala de estar para sus amigos y vecinos favoritos está bastante agitada y nadie ha notado cómo Theo y yo nos escabullimos a mi habitación con copas de champán.

—Salud —dice Theo.

—Salud.

Chocamos las copas y tragamos los primeros sorbos de champán. Es seco, fresco y ácido; exactamente lo que anunciaba la botella. No cerramos mi puerta. En caso de que mis padres *noten* que nos hemos marchado, no quiero que piensen que estamos teniendo sexo, en especial si existe la posibilidad de que lleve a otra conversación incómoda con mi padre. Pero es cerca de la medianoche y queremos estar solos por algunos motivos.

Coloco mi copa de champán sobre mi cómoda y enciendo la tele para no perdernos las campanadas. Faltan cuatro minutos para el 2015.

—Le patearemos el trasero al año entrante, ¿verdad?

—Quizás no patearemos su trasero, matón —dice Theo, poniendo su mejor expresión seria—. Quizás invitaremos al año a casa y lo llevaremos a cenar.

—Ríe—. Nah, patearemos su trasero. —Theo también apoya su copa. Viene a mis brazos y me sujeta fuerte. Apoya su mentón en mi hombro unos minutos antes de acomodar su frente contra mi cuello, piel contra piel.

Las campanadas comienzan y la multitud helada en Times Square es un coro que nos lleva a enero. Siento tensión en el pecho.

—Cuatro —digo.

—Tres —dice Theo.

—Dos.

—Uno.

—Feliz Año Nuevo. —Muevo la cabeza de lado a lado, incrédulo, maravillándome al ver al chico frente a mí. Es Año Nuevo, y tengo a alguien en brazos, y alguien que me abraza. Tengo a alguien a quien besar, y alguien que me bese. Nos besamos mientras suena «Auld Lang Syne» de fondo, y continúo el beso lo máximo que puedo, pero luego me quiebro y comienzo a llorar.

—Griff, ¿qué sucede?

—Esta canción me emociona a veces. —Cierro los ojos. Estoy un poco avergonzado de llorar frente a él—. Te amo, Theo.

—Yo también me amo.

—Ponte serio dos segundos. Estoy llorando.

—Vale. Uno, dos...

—Retiro lo dicho.

—Yo te amo más, Griffin —dice Theo y me acerca más a él—. Me maravilla cuán feliz me haces. Gracias por estar conmigo cuando soy lo bastante estúpido de creer que preferiría estar solo.

Cuando Theo ingrese a la Universidad de Santa Mónica —y lo conseguirá porque es Theo— será difícil, pero aparentemente lo maravilla cuán feliz lo hago. No arruinaré eso.

No puedo predecir qué sucederá este año, pero no me molesta experimentar más tormentas eléctricas.



PRESENTE

DOMINGO 27 DE NOVIEMBRE DE

2016



Lo llamaré, ¿vale?

Se lo debo a Jackson y a ti también.

Me siento en un soporte para bicicletas; mis pies cuelgan. Hace frío y está oscureciendo, pero es el único lugar donde estoy seguro de que tendré privacidad, dado que mis padres están constantemente en mi espacio. Espero que la hora cambie y cuando son las 8:34 presiono llamar en el número sin nombre que pertenece a Jackson. Tal vez cree un perfil de contacto después de esto. Él atiende al cuarto tono, peligrosamente cerca del quinto.

—Griffin —dice Jackson. Oigo agua caer de fondo.

—¿Es un mal momento?

—Respondo y hago llamadas en la ducha todo el tiempo —dice Jackson.

—¿Algún accidente con el teléfono?

—Algunos —admite Jackson y me pregunto si está igual de sorprendido que yo por la liviandad en su voz. Quizás incluso está aliviado de hablar acerca de algo que no lo hará llorar—. ¿Recibiste mi mensaje ayer? No estoy seguro de si se envió o no, pero...

—Lo he recibido —interrumpo—. De hecho, pensaba que deberíamos hablar antes de que te marches. A menos que estés en la ducha porque tienes

que ir a alguna parte...

—No —dice Jackson—. Solo tomo una ducha porque no tengo nada más que hacer. Denise y sus padres ya están en la cama. —Es extraño escuchar que Jackson se refiere a Russell y Ellen como los padres *de Denise* y no los tuyos—. ¿Querías venir? Estoy seguro de que a Russell y Ellen no les molestará.

—Sécate y vístete —respondo—. Hay una entrada al Central Park sobre la calle setenta y dos oeste. No es muy lejos desde la casa de Theo, pero si te pierdes, utiliza el mapa en tu teléfono.

—¿A qué hora?

Casi le digo que estaré allí en seis canciones.

—Debería llegar en veinte minutos. Nos vemos.

Corto la comunicación, preguntándome si le he dado suficiente tiempo para terminar su ducha, secarse de modo apropiado para que no regrese a California con un constipado mortal, vestirse, encontrar su segundo guante y reunirse conmigo en el parque. Si llega tarde, no hay problema. He pasado gran parte del año pasado esperando... sobre todo por ti. Espero que Jackson venga.

He llegado puntual al parque. En cambio, Jackson no. Mantengo el calor de mi cuerpo sosteniendo dos chocolates calientes con coco que compré en el café; cada uno tiene cuatro añadidos de jarabe de caramelo. Siempre decías que este era tu brebaje extraordinario, como si fueras un científico loco. Estos chocolates calientes con coco eran una bebida obligada durante el otoño y el invierno, como las paletas del Hombre Araña durante la primavera y el verano.

Busco con la mirada a Jackson, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. Bebo un sorbo de mi vaso y por fin lo veo corriendo del extremo opuesto de la calle hacia mí. Tiene la chaqueta abierta y las manos enterradas en los bolsillos.

—Me he perdido, lo siento —dice Jackson.

—Vale. Debería haber pasado a buscarte. —Le entrego su bebida—. Coge, una bebida que Theo inventó. No es nada muy raro, solo chocolate caliente con coco y caramelo. ¿La has probado antes? —*Por favor, di que no; por favor, di que no.*

Jackson mueve la cabeza de lado a lado. Coge el vaso con ambas manos para calentarlas y mira la bebida.

—Theo también decía que haría su propio batido de marca registrada, pero

nunca llegó a hacerlo.

Espero que comente algo. Él asiente y no dice palabra alguna; no sé si está poco impresionado o perdido en sus pensamientos. Mira a su alrededor.

—He estado aquí antes, en febrero.

Debería haberlo sabido. En el segundo mes del año, él estuvo aquí contigo. En el anteúltimo mes del año, él está aquí conmigo. Nunca lograré comprender cómo un único momento puede continuar atormentando nuestra vida. Siento que soy un guijarro que lanzaron para que rebote sobre el océano: dolor, alivio, dolor de nuevo, alivio de nuevo, finalmente destinado a hundirse.

—¿Theo imitó al troll cuando atravesasteis los túneles aquí? —pregunto.

—No aquí en Nueva York, pero lo hizo en casa. Tenemos unos túneles que comienzan en un lateral, cruzan la calle y llevan a la playa —responde Jackson.

Si recuerdo correctamente, las imitaciones de troll comenzaron gracias a tu madre. Ella os recogía a Wade y a ti de la escuela primaria —antes de que yo llegara al grupo— y cuando había clima agradable, os hacía atravesar el parque y os contaba historias acerca de los trolls que vivían en los puentes y en los túneles del parque y que amenazaban con comerse a los niños que huyeran de casa. Me sorprende mucho que no fueras más fanático del género fantástico, teniendo en cuenta la imaginación de tu madre.

—Puedo llevarte por el sendero que Theo te hubiera llevado —digo—. Pero no haré las voces. Apesto haciéndolas.

—Me apetecería —responde Jackson—. Sé que Theo realmente quería que «conociera» los trolls neoyorkinos, pero tuvimos que reunirnos con mis colegas una noche y nunca llegamos a hacerlo.

No me agrada que él te haya desanimado, que te haya decepcionado. No me agrada que vieras tal futuro con él que aceptaste esa decepción porque habría más tiempo para los dos. Tampoco me agrada que él confiara en que existiría un futuro contigo. No me agrada cuán amenazado aún me hace sentir. No me agrada lo injusto que soy con él. No me agrada que probablemente esté molestándote con mis celos. No me agrada decepcionarte con mis tonterías.

Aparto estos pensamientos de mi mente. No tiene sentido enfadarme contigo por haber compartido tu infancia con Jackson.

Ingresa al parque y Jackson me sigue. Es una buena oportunidad para obtener aire fresco y para aclarar las cosas.

—Lamento haberme marchado el otro día. Creí que al estar de nuevo en la habitación de Theo sentiría que estaba en un museo, pero no podía dejar de

pensar en que está muerto.

—Más bien un mausoleo que un museo, ¿no te parece?

—Exacto.

Soy extrañamente consciente de los montículos de nieve sucia y basura desparramada. Debe lucir feo para alguien que vive en la tierra de las playas y el sol eterno, de las gaviotas y los delfines. Es como si un invitado hubiera llegado de improviso a mi hogar, sin darme la oportunidad de ordenar. Me he sentido así antes, incluso sin Jackson a mi lado. En enero y febrero, justo antes de que tú y él vinierais, creí que padecía un trastorno afectivo estacional como el resto de Nueva York. Quizás me sentía un poco así —el clima despiadado exigía hallar un modo de vestir dos abrigos— pero más que nada era saber que estabas feliz y tranquilo en un lugar soleado, en un huso horario distinto, probablemente bebiendo un batido con alguien que no era yo.

—Quiero ser honesto contigo, Jackson —le digo a ese alguien. Espero que crea la cosa increíble que tengo para decir porque es cien por ciento real—. No te odio. He creído que lo hacía, en serio. Pero solo odiaba tu relación con Theo. No creí que serías alguien que él realmente traería a Nueva York para conocer a su familia y colegas. —Considero detenerme en una de las bancas del parque, aunque están húmedas por la nieve derretida, pero si Jackson no se sienta a mi lado, me veré obligado a mirarlo a la cara durante esta confesión—. Odio que también tengas un pasado compartido con Theo. Y odio que estuvierais construyendo un futuro juntos.

No puedo decirte cuándo fue la última vez que he sido tan honesto.

Eres mi persona favorita del mundo entero, pero de verdad no puedo decírtelo, Theo.

Jackson detiene el paso.

—Sabes que yo tampoco te odio, ¿verdad?

Yo también me detengo, pero no lo miro a los ojos. Miro a todas partes menos a él, contando: ocho barras en la rejilla del desagüe; seis montículos de hojas secas y muertas que forman un ceño fruncido; dos postes de luz encendidos (hago una nota mental de encontrar un segundo poste de luz roto para justificar el que está roto más adelante); dos adultos acercándose... y supongo que *ellos* no están en medio de la situación imposible que Jackson y yo enfrentamos increíblemente ahora... que quizás incluso aceptamos.

—Querías que Theo dejara de hablar conmigo. —No lo digo como una acusación. Esta es una conversación legítima, hombre a hombre, corazón roto a corazón roto. No me hace ningún bien convertir todo en una confrontación;

no me hace un ganador.

—Bueno, yo también odiaba tu historia compartida con Theo —confiesa Jackson—. Odiaba la frecuencia con la que tu relación con él me hacía preguntarme si realmente sobreviviríamos. Sabes, en realidad no se suponía que vendría con él a Nueva York en febrero. El cumpleaños de mi madre fue el día anterior, y siempre lo pasamos juntos. Desayuno en su cafetería favorita, luego una película, después regresamos a su cafetería favorita para el almuerzo, vemos otra película, luego volvemos a su cafetería favorita para la cena, vemos otra película, regresamos a la cafetería para beber un batido y por fin volvemos a casa para otra película.

Casi lo interrumpo para decirle lo mucho que aprecio la simetría de su madre —cuatro películas, cuatro viajes a la cafetería—, pero cierro la boca y permito que prosiga. Nunca tuve la impresión de que él no siempre fue parte de tu visita a casa.

—Pero la abandoné porque sabía que Theo estaría aquí y que te vería. — Jackson inclina la cabeza. Ahora lo miro—. Es como dicen «ojos que no ven, corazón que no siente». Juraba que si no viajaba con él, Theo sin duda me llamaría y diría que estaban juntos de nuevo.

Estoy a punto de apartar la vista cuando hace contacto visual.

—Creí que tal vez el año entrante Theo podría unirse al festejo con mi madre y conmigo. —Se encoge de hombros; sé que no lo hace restándole importancia al asunto. Hace lo que yo he hecho antes: intentar encoger mis propios sentimientos, hacer que mis problemas suenen leves ante otros porque a veces las personas simplemente no comprenden. Pero yo sí lo entiendo, y él debería saberlo.

El primer túnel de los trolls está apenas más adelante. Permanecemos de pie allí.

No nos odiamos. Tampoco deberíamos odiar la historia del otro.

No logro quitar de mi mente aquellos sentimientos. Al menos, no de inmediato. Dudo de que Jackson también pueda hacerlo, en especial aquí en el Central Park, donde oficio de guía en un paseo que tú deberías estar liderando. Nuestra situación es como un juego de cartas arreglado, y la mano que el universo nos dio está hecha totalmente de comodines; somos una broma cósmica. Pero quizás no debemos retirarnos con tanta facilidad. Quizás podemos continuar jugando la partida y convertirnos en reyes a pesar de todo.

Me acerco a Jackson, miro sus ojos cansados, uno está más rojo que el otro debido a ese vaso sanguíneo que estalló. Lo abrazo con todas mis fuerzas. Lo

abrazo por *él*, porque él sabe de primera mano cómo el amor y el dolor pueden volver a alguien loco y paranoico. Lo abrazo por ti, para que estés orgulloso de mí por hacer lo correcto en vez de darle la espalda a él como he hecho la otra noche. Lo abrazo por mí, porque su honestidad brutal de algún modo me ayuda a no sentirme inútil y vencido. Lo abrazo por todos nosotros porque ya no somos fuerzas que batallan una contra la otra.

—Por fin hacemos algo bien —digo y retrocedo un paso de él.

—Es una lástima que no pudimos ser así de maduros cuando él estaba vivo —dice Jackson—. Quizás lo hubiéramos logrado con el tiempo.

Asiento.

—Odio que hayamos complicado su vida del modo en que lo hicimos... y odio que tal vez hubiéramos llegado a un punto en el que Theo se hubiera sentido obligado a despedirse de mí o de ti... o incluso de los dos porque no podíamos llevarnos bien.

Esa es una de las tantas razones por las que pido perdón, Theo.

—Sí. —Es lo único que Jackson puede decir.

Le doy una palmadita en el hombro y me alejo, invitándolo a seguirme. Le hará bien oír las historias que le contaré acerca de ti y a mí me hará bien hablar de ellas. Está bien que esta noche Jackson no sea tan comunicativo. En cierto modo me agrada estar en el asiento del piloto, haciendo que surquemos los cielos que conozco. Creo que Jackson y yo corremos el riesgo de chocar si él posee todo el control.

—Esta es una mejor despedida de la que esperaba —dice Jackson mientras salimos, atravesando la misma entrada donde tú y yo una vez nos turnamos para orinar, tarde a la noche, mientras el otro vigilaba—. Ni siquiera creí que te vería de nuevo. Quería tener la oportunidad de disculparme por intentar quitar a Theo de tu vida.

Sé que yo también tengo mucho por lo que disculparme, pero algo más profundo me atormenta.

—¿Debes marcharte mañana?

Has oído bien, Theo; yo, Griffin sin segundo nombre Jennings, le he pedido a mi anterior némesis, Jackson Wright, si puede quedarse en Nueva York.

—Ya no puedo abusar de la amabilidad de la familia de Theo. Necesitan su espacio —responde Jackson.

—Quédate con nosotros —ofrezco—. No es que debas preocuparte por la escuela.

—Creo que tu padre no estaría de acuerdo con eso —dice Jackson.

—Lo estará. Lamento que haya sido un imbécil contigo. Solo estaba siendo demasiado leal a mí. —A diferencia de mi madre, quien no estaba siendo lo suficientemente leal. Pero ella tiene razón. Lo sé.

—Pero ya tengo reservado el vuelo —dice Jackson.

—Tu padre trabaja para una aerolínea. ¿No obtienes vuelos gratuitos?

—Pues... sí.

—Mira, si quieres regresar a casa, no te detendré. Pero te estoy dando una oportunidad si quieres una vía de escape.

—No, no es que no quiera quedarme, pero...

—Estoy más que listo para refutar tu próxima excusa.

—Tengo una pregunta, no una excusa.

—Quieres saber por qué deseo que te quedes, ¿verdad?

—Exacto.

—Eres la única persona que comprende lo que estoy pasando, lo que estamos pasando. La familia de Theo atraviesa un duelo mucho más difícil que nosotros, no hay competencia. Pero nosotros también lo hemos perdido y siento que a todos les sorprende que aún no haya continuado con mi vida. No sé si te ocurre lo mismo. De todos modos, realmente no me importan los que piensan así. Tengo cero intenciones de olvidar a Theo en la vida. Si apareciera un genio y dijera: «Oye, ¿quieres usar uno de tus deseos para olvidar que Theo alguna vez existió y curar tu agonía?», probablemente pediría dos deseos distintos y luego patearía al genio en los testículos por decir algo tan estúpido.

—¿De veras no utilizarías tu tercer deseo? —pregunta Jackson.

Niego con la cabeza. Al menos que me garantizaran que puedo pedir tres deseos más, y así tener un total de seis, nunca utilizaría mi tercer deseo, ni siquiera si me quedara atascado en compañía de ese genio gilipollas para siempre.

—Mi punto es que tú me entiendes y yo te entiendo —le digo—. Creo que podemos ayudarnos mutuamente a lidiar con esto y, incluso mejor que eso, creo que podemos ayudarnos a sanar. ¿Qué dices?

Él sonrío, pero luce tembloroso bajo la iluminación fría del poste de luz.

—Tendría que ser un idiota para rechazar la oportunidad de sanar. Tienes razón en que apestaría regresar a casa en este momento. Estaría muy solo y vería a Theo en todas partes. —Hace una pausa—. ¿Estás seguro de esto?

Yo también te veo en todas partes ahora. Sin embargo, espero que hablar con Jackson acerca de ti ayude a aliviar el dolor. Sin duda ayudará con la soledad.

—Lo estoy.

Estamos más cerca de mi casa, así que Jackson y yo nos dirigimos allí con el plan de trasladar sus pertenencias mañana, cuando yo regrese de la escuela. Mientras nos acercamos a mi edificio, digo en voz baja:

—Yo también lo lamento.

LUNES 27 DE NOVIEMBRE DE 2016

Jackson tampoco puede dormir. Ha pasado casi una semana desde tu funeral, así que quizás es justo dejar de culpar al horario de la Costa Oeste por su insomnio. Nadie puede conciliar el sueño porque tú nos mantienes despiertos: a Jackson, a tu madre, a tu padre, a tu hermana, probablemente a Wade. Son las seis de la mañana y, aunque debería hacer mi maldito mayor esfuerzo por al menos dormir una siesta breve, ya que debo prepararme para la escuela en una hora, Jackson y yo permanecemos junto a la ventana cerrada y observamos un avión volar a través del cielo oscuro.

—Han pasado dos semanas —digo. Dos semanas desde que te has ido.

—Lo sé —responde Jackson. Se aparta de la ventana y toma asiento en el colchón inflable.

Continúo mirando el avión. Jackson debería estar en el aeropuerto ahora, preparándose para su vuelo de las ocho, de regreso a casa, viajando en el tiempo, ya que gana tres horas más en su vida. Pero en cambio, está aquí para hablar conmigo y, a diferencia de ti, Jackson responde.

Mi padre para el vehículo frente a tu edificio. Le digo a Jackson que lo veré después de la escuela. Él está completamente exhausto. No soy un monstruo: considero permitirle quedarse en casa mientras no estoy, pero todas nuestras cosas están allí, tuyas y mías. No creo que Jackson me robe; lo único que me ha robado es a ti y tú fuiste un blanco fácil. Pero no quiero que Jackson toque mis cosas o tus cosas cuando estoy despierto, mientras hace suposiciones acerca de nuestra historia sin que yo esté allí para informar.

Hay un silencio total en el vehículo después de que dejamos a Jackson. Si mi padre no dice nada al segundo semáforo en rojo, escucharé música. El segundo semáforo en rojo llega rápido, y estoy colocando los auriculares sobre mis orejas para escuchar el cover que hizo Lily Allen de «Somewhere Only We

Know», cuando mi padre me mira a los ojos a través del espejo retrovisor. Habla.

—¿Cuán bien conoces a Jackson?

No estoy seguro de cómo interpretar el tono extraño de mi padre.

—Sé que Theo confiaba en él —respondo, y dejo que los auriculares cuelguen—. Y yo también lo hago.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho. —Hasta el jueves, al menos, cuando cumple diecinueve.

Tú nunca tendrás diecinueve años. Estás atascado.

Luego, las compuertas se abren y mi padre me da un escarmiento: estuve mal en persuadir a Jackson de perder su vuelo; estuve mal en invitar a Jackson a acampar en mi habitación, en especial sin hablarlo primero con mi madre y con él; estuve mal en ir al parque tarde anoche, en especial cuando hay pocos policías patrullando en esta estación (no tengo idea dónde obtuvo el dato, pero como sea); estuve mal en actuar de un modo tan irracional.

—Sé que extrañas a Theo, pero...

Coloco mis auriculares y subo el volumen de mi canción al máximo.

He tenido zombis en el cerebro todo el día, por así decirlo (tristemente, no los piratas zombis que nos dominarán un día).

He adoptado muchas versiones de zombis a lo largo del instituto. Hubo días de muerte cerebral en los que permanecí despierto hasta muy tarde quemándome las pestañas por un examen de mitad de año. Sucedió lo mismo después de pasar la noche entera despierto, jugando videojuegos contigo o hablando por teléfono. Me arrastraba como un zombi por los corredores, incapaz de aprobar un examen o siquiera pensar en una buena mentira para explicar por qué no había hecho mi tarea, mientras que tú continuabas siendo el mejor. Luego está la clase de zombi en la que me he convertido ahora: el que ha perdido todo: su cerebro, su corazón, su luz, su dirección. Vaga sin rumbo por el mundo, chocando contra esto, tropezando con aquello, pero continúa avanzando y avanzando. Eso es la vida después de la muerte.

Hoy soy el zombi que está de pie frente a tu antiguo casillero, como si fuera un búnker subterráneo donde te encontraré con vida.

Pero sé que no es así.

Estás muerto, y yo estoy vivo de la peor manera.

Llego a casa antes que el taxi de Jackson. No puedo echarlo cada

vez que voy a la escuela, pero tampoco puedo ocultarte cuando él está en mi habitación. Miro a mi alrededor, aturdido. Puedo guardar en cajas las cosas que son muy personales y exclusivas para mí, como las cartas que me escribías cada mes para nuestro aniversario de «por fin estamos juntos». O el dibujo que me diste para el aniversario mensual de la primera vez que tuvimos sexo. Maldición, la generosidad que nos otorgaste es demasiado graciosa para no enmarcarla, pero demasiado cruda para compartir. Hay muchas cosas pequeñas que nunca compartiría con nadie, en especial no con Jackson. Quizás lo hubiera hecho en algún momento cuando quería hacerlo sentir celos, pero ahora no. Hay algo de historia que no necesita que le refrieguen en el rostro.

Por suerte, el apartamento está vacío. Empaco todo lo que puedo encontrar en una sola caja y la cierro con cinta de embalaje. No quiero ser desconfiado de más, pero no creo que sea una buena idea dejarla dentro del armario de mi habitación, donde he invitado a Jackson a coger lo que necesite en caso de requerir sábanas limpias, así que la llevo al armario del pasillo. Poso los ojos en una caja de zapatos: cosas que saqué de mi cuarto unos días después de tu muerte. Aquellas cosas aún no tienen por qué estar en mi espacio, así que coloco la caja nueva sobre la otra y cierro la puerta del armario.

Jackson envía un mensaje; llegará en cualquier momento. Bajo las escaleras justo a tiempo para verlo descender del taxi con un bolso de gimnasia. Esperaba que tuviera una maleta con ruedas, pero olvido que es un niño como yo, que se suponía que estaría aquí solo unos pocos días.

Mientras subimos, Jackson me cuenta que tus padres se comportaron extraño cuando les dijo que decidió quedarse en mi casa. No sé si sospechan de mí, lo cual no tendría sentido alguno. No son en absoluto conscientes de que lo más peligroso acerca de mí es mi capacidad de mentir, y eso no comenzó hasta el final de nuestra relación. Pero dejaré de mentir... créeme. Ser brutalmente honesto es una libertad que nunca esperé sentir. Quizás tus padres se comportaron de modo extraño porque somos una improbable... no sé qué palabra usar aquí porque *pareja* suena demasiado romántico y *amistad* suena demasiado fuerte. Tú sabrías qué palabra usar. Sea lo que sea, lo que Jackson y yo tenemos es improbable. Pero a fin de cuentas, sin importar cuán preocupados puedan estar tus padres, ellos no invitaron a Jackson a continuar su estadía con ellos, así que aquí está él.

—¿Qué dijeron tus padres? —pregunto.

—Mi padre no tiene problema en conseguirme otro billete de avión cuando esté listo para regresar a casa. A mi madre no le fascina que me ausente de la

escuela durante el resto del semestre, pero confía en que sé lo que es mejor para mí —responde Jackson mientras deja su bolso de gimnasia junto a mi escritorio.

Dejo escapar una risa sombría.

—Me pregunto cómo se siente. Recibí un sermón de camino a la escuela. — Hurgo entre mis prendas en busca de unas camisas extras, camisetas, vaqueros y bóxers que no importa que Jackson use.

—Sí, Gregor no parecía encantado con que pase tiempo aquí.

—No, es más bien que le molesta que lo haya hecho a sus espaldas. Como sea. —Le entrego las prendas, más de las que probablemente necesitará, pero suficientes para que pueda dejar libre un cajón para él y llenarlo. Me lanzo sobre la cama y le entrego el control remoto de la tele—. Interrumpieron mi siesta durante Álgebra, así que cerraré los ojos un rato. Siéntete libre de ver lo que quieras, leer, dormir o lo que sea. Tienes casi diecinueve años, ya sabrás qué hacer.

—Gracias —responde Jackson en voz baja.

Siento la tentación de preguntarle si está bien, pero ya sabes como soy cuando estoy exhausto; hablo dormido, mitad escuchando, mitad dentro de un sueño, y digo cosas sin sentido en absoluto. No es el mejor momento para tener una conversación seria como la que sospecho que él quiere tener. Ni siquiera tengo la energía para ponerme los auriculares y reproducir tu mensaje de voz, pero el sonido de la televisión me reconforta un poco con su familiaridad. No la he tocado desde tu muerte, porque nadie debería ver televisión cuando la persona que aman está muerta. Pero ahora mientras me duermo, me recuerda a los maratones que disfrutábamos, las películas que odiábamos, los programas que veíamos semanalmente, los documentales que nos mantenían en vela, las películas de acción que nos aburrían y el sonido ambiente insignificante que proveía para que pudiéramos besarnos y hacer otras cosas sin que nos interrumpieran.

Realmente apesta que no estés durmiendo a mi lado. Más que nada porque habría sido agradable saber si en verdad estoy quedándome dormido con una sonrisa en mi rostro, o si estoy loco y lo imagino.

Se siente extraño que ahora Jackson sea parte de nosotros, ¿verdad? No solo porque es un número impar, claro, sino que me refiero a que es raro, inesperado. Es todo lo que tú hubieras querido cuando aún estabas aquí para pasar el rato con nosotros. Como ves, Jackson y yo estamos

madurando gracias a ti. Espero que no suene a que tu muerte ha arreglado nuestra vida; odié cuando Jackson dijo eso, y me odié a mí mismo por siquiera insinuarlo. De todos modos, los tres faltaremos a la cena con mis padres esta noche porque aún quiero espacio para tranquilizarme después del sermón de mi padre. Odio sentirme un niño travieso.

Además, ahora que estoy un poco mejor, quiero que Jackson y yo tengamos un tiempo a solas (sin ti, mejor dicho, contigo, claro). Específicamente, quiero saber qué ocurrió cuando me quedé dormido —fue la mejor siesta de toda la semana—, qué hizo que él esté un poco más distante. Nos sentamos en el colchón inflable con nuestros cuencos de pasta y él desplaza la lista de películas disponibles en la pantalla.

—¿Qué tienes ganas de ver?

—Lo que quieras.

Jackson elige la segunda película de *Terminator*, pero después de pasar veinte minutos moviendo las manos con nerviosismo y mirando el cuarto, es bastante obvio que no estamos prestando atención.

—¿Todavía estás mirando? —pregunto.

—En realidad, no —responde Jackson.

—¿Porque es basura?

—Porque estoy pensando en Theo —dice Jackson.

—Iba a preguntártelo. ¿He dicho algo antes que te hizo pensar en él?

—Mencionaste mi cumpleaños. Theo y yo habíamos hecho planes en casa. Tomaríamos lecciones de surf, iríamos a una muestra de arte y terminaríamos en la playa. Es extraño saber que no estaré en casa para mi cumpleaños, que no estaré con él y... Debo sonar como un disco rayado.

Muevo la cabeza de lado a lado.

—Estoy seguro de que juntos sonamos como un concierto de discos rayados. Si aún estás aquí para tu cumpleaños, tal vez puedas reunirte con tus colegas. Deberían estar de regreso en la ciudad para ese entonces, ¿verdad? Quizás tu cumpleaños puede ser la reunión que necesitas. Y si no funciona, aquí estoy para hacer algo aleatorio.

Él suspira.

—Gracias, Griffin. Para ser honesto, ni siquiera he pensado en Anika y Veronika. Las llamaré mañana o en estos días. Sin duda necesitaré una distracción en mi cumpleaños.

Lo comprendo. Incluso cuando tú estabas vivo, sentía que algo andaba mal en los eventos en los que no estabas cuando por fin sucedían. Tuve que

recurrir a personas que no me importaban tanto, lo cual apestó. Tener un plan no siempre es una garantía.

Han pasado dos semanas desde tu muerte, y una semana desde que Jackson y yo dimos nuestros panegíricos. Como dije, es extraño.



PASADO MIÉRCOLES 25 DE MARZO DE 2015



No creo que mis peculiaridades sean realmente peculiaridades.

No es peculiar estar preparado para mi cumpleaños en mayo porque al fin dejaré de tener quince años durante los próximos trescientos sesenta y seis días (¡año bisiesto!). No es peculiar que cualquier cosa mala que ocurra en marzo sucede porque es el tercer mes del año. No es peculiar pensar en cuánto como si eso implica que ese día comeré una cantidad impar de veces. No es peculiar hacer una lista de ejemplos en mi cabeza y frustrarme cuando no se me ocurren opciones suficientes para que sea una cantidad par.

No es solo el asunto de los números, obviamente. Soy un imán para el lado izquierdo de todos y no sé por qué. Puede ser problemático, pero mientras todos estén en el lugar adecuado y cada número sea balanceado, estoy muy bien. El siete no me perturba tanto, pero quizás es porque nací el día diecisiete. Quizás es solo porque el siete es un número genial. Quizás estoy haciendo de esto algo más grande de lo que es en verdad.

Quizás mis peculiaridades en realidad *son* peculiaridades.

Quizás me desquito conmigo mismo porque estas particularidades que a Theo le resultan adorables no son suficiente para que él se quede aquí.

Estamos sentados en el suelo de su sala de estar, yo a la izquierda de Theo,

obvio, mientras él abre la nueva entrega de su futuro hogar. Russell filma con su teléfono mientras su hijo abre el paquete para luego añadir el vídeo a la carpeta llamada «Momentos importantes para Theo» que tiene en su ordenador. Theo saca una gorra de la Universidad de Santa Mónica, una camiseta y un jersey con el mismo logo.

Es imposible que sienta pánico porque Theo extrajo tres artículos, ¿verdad? No tiene sentido. Sé por qué me es difícil respirar. Es porque cada vez que pienso en que Theo puede reflexionar y permanecer aquí en Nueva York un año más, algo como esto sucede: un correo electrónico, una carta, un sobre sellado o, ahora, una caja con artículos universitarios. Sé que él ya tiene un pie fuera de la ciudad.

Theo se pone la gorra en la cabeza y me guiña un ojo.

—Los directivos de Santa Mónica sin duda saben cómo seducir a un chico, ¿verdad?

Una idea para un universo paralelo: Theo y yo viviendo juntos en una casa enorme repleta de gorras porque le he comprado una nueva cada día para lograr que se quede.

DOMINGO 17 DE MAYO DE 2015

Tal vez pongo demasiada presión sobre mi cumpleaños. Solo faltan unas pocas horas para que termine, y no es el día memorable que estuve esperando, aunque todas las piezas estaban en el lugar correcto: desperté con un vídeo de Theo con el torso desnudo solo para mis ojos; mis padres me dieron trescientos cincuenta dólares (devolví diez dólares con la excusa de que era una propina en agradecimiento por haberme traído al mundo, pero en realidad solo quería un número que se sintiera más par); pasé el rato con Theo y Wade en Bonus, donde Theo y yo nos besamos por primera vez, y jugamos varias rondas de pinball y hockey de mesa; recibí regalos geniales y ni siquiera he recibido el de Theo todavía, pero mi favorito hasta ahora es el llavero de Cedric Diggory que Wade me compró.

Y ahora, camino por Union Square con el chico que amo de verdad, mientras él coge mi mano y silba la canción de *La guerra de las galaxias*.

Pero en lo único que puedo pensar es en que Theo partirá este otoño.

No lo tendré conmigo para el primer día de clases, para ir de paseo en

septiembre, para hacer un disfraz de pareja en Halloween, para estudiar lado a lado para los exámenes trimestrales en noviembre, para la locura previa a las vacaciones en diciembre, para su cumpleaños, para mi *próximo* cumpleaños. No tendremos esos días o cada momento insignificante o importante en el medio cuando se haya ido. Ahora lo tengo, y aún no puedo dibujar una sonrisa que sienta que no es una mentira. Pero al menos, puedo mentir si eso lo hace feliz.

—Hoy ha sido un día increíble —digo—. Gracias por organizar todo esto.

Theo se ha ocupado de mi cumpleaños. No sé si es porque me ama o porque siente culpa de marcharse, pero se ha ofrecido para el trabajo y lo ha llevado a cabo. Yo tenía mis dudas. Él ha pasado muchas de sus noches de semana y fin de semana descargando programas de computación nuevos para prepararse para la vida en la SMC. Debo recordar continuamente que él no siempre pone su cerebro antes que su corazón. Y más importante, que no es malo cuando lo hace.

Me lleva a una banca. Nos sentamos; dos mujeres juegan ajedrez sobre unas cajas cerca de nosotros.

—Griffin, tengo que decirte algo —anuncia.

—¿Qué ocurre? —Ya siento que esto no es bueno.

—Te conozco —responde Theo—. Un poco, digamos. Hemos estado saliendo durante casi un año y nos conocemos desde hace mucho tiempo. Desde quinto curso. Sé que te sucede algo. Se supone que debes ser capaz de hablar conmigo cuando ocurre algo. Si no lo haces, el Consejo del Mal Novio vendrá a mi casa y me sancionará.

—¿Qué ocurre cuando te sancionan demasiadas veces?

—Me sentenciarán a un mes entero sin masturbación ni sexo. Tienes que salvarme —suplica Theo—. No estás bien, ¿verdad?

Mantengo los ojos en el juego de ajedrez, en la cantidad de cuadrados del tablero perfectamente par.

—Te extrañaré —digo, lo cual es cierto—. Sé que aún tenemos todo el verano por delante, pero ¿qué sucederá cuando te mudes a California? ¿Nos veremos en las vacaciones?

—¿No es suficiente para ti?

—Me asusta que no sea suficiente para ti —admito—. Conocerás a un chico, o una chica, y sí, quizás al principio sean colegas, pero solo hará que extrañes algo físico. No creo que Griffin de Skype sea suficiente para ti.

—¿El Griffin de Skype ama al Theo de Skype? Más le vale, maldita sea,

porque el Theo de Skype planea amar al Griffin de Skype con todas sus fuerzas, incluso si no puede besarlo.

Ha logrado que sonría. Al diablo todos los que odian las muestras de afecto en público porque debo besarlo antes de que me convierta en Griffin de Skype.

—¿Te sientes mejor? —pregunta.

—Perdón por no haber dicho nada antes.

—Vale. Solo no olvides a los idiotas del Consejo del Mal Novio que obligarían a vivir en celibato a un chico de diecisiete años con un novio guapo. —Theo saca el móvil del bolsillo—. Hablando de eso, probablemente debería darte tu regalo de cumpleaños. No está listo, pero te prometo que tengo toda la intención de terminarlo.

Coloca un vídeo y presiona play. Es una animación. Hay una compulsión de grifos volando en un lateral. El grifo con las plumas de mi tono de azul favorito está a la derecha hasta que se lanza como un torpedo hacia la izquierda. La narrativa de un grifo que vuela hasta ocupar la izquierda de tres grifos más no tendría sentido alguno para nadie más, pero significa todo para mí. Significa que él presta atención al modo en que me muevo, a mi color favorito. Solo dura catorce segundos y quizás cuenta más como clip que como vídeo, pero sé cuánto tiempo requiere hacer cada cuadro, y ese es tiempo que él cedió para mí. Este clip significa que mi humano favorito me ama.

—Juro que le añadiré más cosas —dice Theo, probablemente se siente una mierda porque continuo mirándolo sin decirle lo mucho que me encanta—. Tengo algunas ideas, pero no quiero arruinar la sorpresa. ¿Te gusta?

Lo abrazo y, maldita sea, no lo soltaré.

SÁBADO 27 DE JUNIO DE 2015

Después de pasar la mañana alimentando y nombrando patos en Central Park (Lucas era un imbécil que no quería compartir) y la tarde comiendo helado en el High Line, sigo a Theo de regreso a su apartamento y cuando llegamos, su familia, mis padres y Wade gritan: *¡Sorpresa!*

Él me mira. Lo golpeo en broma en el pecho.

—Sorpresa, Theo —digo.

—No tengo idea de qué está pasando —le dice a los presentes—. Buen

trabajo, muchachos.

—Es una fiesta sorpresa —grita Denise con una sonrisa lo bastante amplia como para que note su diente flojo en la hilera inferior.

—Tú, señorita, eres una genio —responde Theo—. Pero ¿por qué tengo una fiesta sorpresa?

Su madre se acerca y lo abraza, mientras lo mece de un lado a otro.

—Es tu fiesta de graduación. Fue idea de Griffin.

Theo retrocede y me mira.

—Apesta que tengas que esperar cuatro años más para graduarte —comento.

Theo aplaude con urgencia.

—Necesitaré pedirle a todos que regresen a su hogar para que pueda tener la casa a solas con mi novio. —Se oyen algunas risas, pero sobre todo veo que nuestros padres se sonrojan y abren los ojos de par en par—. Por favor, dejen todos los regalos. —Mira a su alrededor—. Esperen. ¿No hay regalos? ¡Nueva misión! Por favor, váyanse a comprar algo bonito para mí y regresen en un par de horas. Gracias.

Nadie se marcha para comprarle regalos a Theo.

Sus padres le ofrecen un sorbo de vino para celebrar, quizás realmente creen que es su primer sorbo, pero rechaza la oferta cuando me ve sujetando un birrete verde que le he comprado a un alumno que se graduó a principios de este mes. Theo inclina la cabeza y permite que lo corone. Todos dejan sus actividades para tomar fotografías de Theo con su birrete. Russell alienta a nuestro escuadrón a reunirse para lo que él llama «una foto familiar». Me pregunto qué tanto seremos familia cuando solo quedemos Wade y yo aquí, y Theo esté en California, pero ahora mismo estamos más unidos que nunca desde que Theo y yo salimos del armario.

—Lees la mente —me dice Theo.

—En realidad, no —admito—. Gran parte de tu confusión acerca de si debías quedarte o irte tenía que ver con que no terminarías la secundaria hasta graduarte. Nunca tuviste tu gloria.

—Y ahora, me retiro antes de que puedan declararme el graduado con las mejores calificaciones de mi año —responde Theo, como si graduarse con un año de antelación no fuera un reconocimiento mayor—. Estoy seguro de que ahora Suzanne Banks ocupará el puesto, pero siempre será el segundo mejor promedio en mi corazón.

—Mira tu almohada.

—¿Hay algo allí?

—Si Wade es bueno haciendo favores, debería haberlo.

—Está allí —afirma Wade.

Wade y yo seguimos a Theo hasta su habitación donde él se apresura a levantar el diploma falso que creé para él:

theodore daniel mcintyre

mejor promedio de su año y el ser humano más guay del universo



PRESENTE

JUEVES 1 DE DICIEMBRE DE 2016



Cuando Jackson corte la comunicación telefónica con su madre, le desearé un feliz cumpleaños. Son las cinco de la mañana en Santa Mónica, pero no me sorprende que la señora Lane sea la clase de madre que se despierta tan temprano para llamar a su hijo por su cumpleaños. Me impresiona que me gane de mano, considerando que Jackson dormía a dos metros de mí.

Me incorporo en la cama, pensando en que diciembre comienza lanzando algunos puñetazos. Es el primer mes que no estás vivo, lo cual también significa que nos acercamos a un mes entero sin ti. Es la primera vez que Jackson celebra su cumpleaños en Nueva York, lejos de sus padres. Es el primer día que cancelan las clases debido a la nevada; una cancelación que nos ha alegrado recibir anoche de parte de la Junta Escolar, a pesar de que odio las tormentas de nieve.

Necesito, em, una cuarta primera vez...

Vale, vale.

Estoy teniendo dificultades. Ayúdame, Theo. Solías ser tan bueno para ayudarme a equilibrar las cosas. Intento suponer qué dirías en este instante. Miro la habitación, lo cual siempre decías que era un buen lugar para empezar. La mayoría de las veces me salvabas de caer en el pánico; siento ahora mismo cómo una oleada de él crece en mi interior.

No sé si estoy imaginándolo o no, pero mi corazón late más rápido de lo

habitual. Estoy desesperado, como cuando hay un silencio incómodo entre dos personas y todo sería levemente mejor si alguna de las dos dijera algo...

¡Lo tengo! Hoy es la primera vez que saldré a jugar con la nieve como un regalo para Jackson.

Maldición. Deberías haberme recordado que me reuniré por primera vez con las amigas de Jackson más tarde; sabes que tenemos planes para la cena. Ahora no puedo quitarlo de mi cabeza; está registrado en el quinto lugar, archivado en mi mente por su propia cuenta. Ahora necesito una sexta primera vez. Estoy en buen lugar si se me ocurre algo más después de la sexta, dado que llegaré a siete cosas y quizás incluso a ocho y, guau, si obtengo todas esas, estaré bastante cerca de diez primeras veces hoy. Alcanzar ese récord es tentador.

No puedo.

Mi corazón está alborotado, mi pecho cada vez más tenso, mi garganta no traga nada y mis uñas le declaran la guerra a mi palma.

Jackson lo nota. Pero está en medio de la colocación de su segundo calcetín y se detiene. Aparta el teléfono de la boca y me pregunta si estoy bien.

—Ponte el otro calcetín, por favor —pido.

—Mamá, te llamaré después. —Jackson corta la comunicación con su madre y termina de ponerse el calcetín de inmediato. Necesito el equilibrio de dos calcetines en dos pies casi tanto como necesito hallar una sexta primera vez.

Mi rostro arde, o quizás ha estado encendido hace un rato. No lo sé, no lo sé. Todo arde. El calor se extiende por mis hombros hasta mis codos; llega a mis muñecas, baja hasta mis muslos y por mis rodillas y alcanza los dedos de mis pies. Quiero quitarme las prendas y llorar un poco porque no puedo concentrarme en lo que debería —la próxima primera vez y la última primera vez—, porque en lo único que pienso es en que no estás aquí para ayudarme y en que Jackson nunca comprenderá cómo es vivir en una cabeza como la mía, ser impotente contra estos impulsos.

Jackson, con ambos calcetines puestos, se acerca y se agazapa ante mí, casi como si yo tuviera explosivos amarrados a mi cuerpo y pudiera autodestruirme en cualquier segundo.

—Griffin, ¿qué ocurre? —Se acomoda para quedar del otro lado de mi rodilla derecha—. ¿Es una cuestión de ángulo?

He hallado mi sexta primera vez: hoy es la primera mañana que le permito a Jackson ayudarme a encontrar mi cordura. Ha estado ayudándome con mi duelo. Lo alejo cuando se trata de mis compulsiones. Tú has estado allí para

mí desde prácticamente el comienzo, y yo he recurrido a ti. Es difícil controlar algo que tiene control sobre mí. Nadie lo comprende, pero es liberador permitir que alguien más lo intente.

—Estoy bien. —Limpio mi frente con el dorso de mi mano—. Quedé atrapado en mi mente.

—¿Fue una cuestión de ángulo? ¿Cómo puedo ayudarte la próxima vez?

Su consideración me recuerda a ti.

—Ha sido una cuestión de conteo. No hablemos más de eso por ahora, porque ya he pasado suficiente tiempo en mi cabeza. —Supongo que esa es la naturaleza de poseer un cerebro que gira sin control. Sé que supuestamente los cerebros no deben girar: la mente, los pensamientos, pueden dar vueltas, pero no el cerebro en sí mismo. Pero hay muchas cosas en mi cabeza que no comprendo y que quizás nunca entienda, y parece tonto aferrarse a la idea de que mi cerebro es una cosa carnosa que permanece en su lugar, una cosa que se comporta como otros cerebros.

—Lo siento —dice Jackson.

—No es tu culpa —miento. No puedo permitir que sepa que este tren de pensamiento en particular descarriló por su culpa; él ha sido la fuente que inspiró el conteo de las primeras veces.

He imaginado vidas más sencillas en universos paralelos —uno en donde Jackson ya no existe y uno en el que nunca ha existido para empezar—, pero nunca creí que viviría en un universo en donde Jackson es un añadido bienvenido y útil en mi vida. Nunca hubiera predicho la existencia de un universo donde, de hecho, soy cuidadoso con los sentimientos de Jackson.

Abandono la cama y miro por la ventana. La tormenta de nieve es fuerte y se espera que alcance un metro hoy, y quizás dos para el domingo.

—¿Estás seguro de que aún quieres un día de nieve?

—Así es —responde—. Quiero enviarle a mis padres fotografías mías en la nieve.

Apuesto que el padre de Jackson no llamará hasta cerca del mediodía, aunque espero que me demuestre que estoy equivocado. Hasta entonces, continuaremos echándole la culpa al trabajo. Quizás está volando y no puede comunicarse. Quizás sorprenderá a su hijo con una visita a Nueva York para verlo. Tengo mis dudas respecto a la última. Espero que Jackson tampoco esté esperando que eso suceda.

—Es tu día —digo. Sin duda esperaremos a que la nieve deje de caer de este modo, pero estoy decidido a honrar sus deseos—. ¿Cómo te sientes de ver

a Anika y Veronika?

—Me sorprendería que esa reunión aún suceda —responde Jackson, todavía mirando por la ventana como si fuera la última vez que verá la nieve—. Veronika siempre busca excusas para cancelar. Odia salir de casa. Estoy seguro de que cancelará todo ahora que el clima es un factor.

—Con razón Theo y tú no pudisteis correr el riesgo de llegar tarde la noche que él quería llevarte al parque —comento.

Creo que fue muy maduro de mi parte mencionar eso, por cierto. Me debes chocar los cinco.

—Exacto —responde Jackson.

—Deberíamos tener un segundo plan, por si acaso. —Mi corazón ya no intenta abrirse paso para salir de mi pecho. Ayudar a Jackson me rescata de mi propia mente—. Piénsalo como un plan de día de nieve para tu plan de cumpleaños nevado. ¿Qué más quisieras hacer? ¿Algo que solo puedes hacer en Nueva York?

—Theo solía hablar del High Line —responde Jackson.

Me aparto de la ventana para que Jackson no vea cómo me sonrojo. Estoy ruborizado, ¿verdad? Mi rostro arde de nuevo. Me pregunto si mencionaste mi nombre cuando hablaste del High Line, si le contaste que comprábamos limonadas y reíamos de la vendedora de helados que comía paletas disimuladamente cuando creía que nadie la miraba. Quizás evitaste contarle cómo nos cogíamos de las manos e inventábamos historias acerca de las vidas de las personas que veíamos trabajando en las oficinas. Tal vez no me mencionaste en absoluto para no herir sus sentimientos.

—Si tus colegas apestan, iremos al High Line —prometo. Ha pasado un tiempo desde que fui allí—. ¿Jackson?

—¿Sí?

—Por cierto, feliz cumpleaños.

Jackson por fin aparta la mirada de la ventana y sonríe. La tristeza en su sonrisa es inconfundible, como si tal vez esperara encontrarte al darse media vuelta. Pero cuando alguien está de duelo, una sonrisa genuina es una victoria pequeña en una gran batalla.

—Gracias, Griffin.

No es mi intención hablar en tu nombre, pero sé que te sentirás mejor al liberar estas palabras tuyas en el universo.

—Y feliz cumpleaños de parte de Theo, también.

Jackson está un poco sorprendido, pero su sonrisa no desaparece: no es ni

más triste ni más feliz. A veces la neutralidad también es una victoria.

—¿Qué palabra más fría hay para decir que hace mucho frío?

—pregunta Jackson, envuelto de la cabeza a los pies en el abrigo de mi padre, sombrero, guantes y la bufanda que lo obligué a usar.

—¿Hace un frío que pela?

Jackson asiente.

—Hace un frío que pela. Ya no estoy seguro de si quiero un muñeco de nieve como mejor amigo.

Suavizo la base del muñeco de nieve.

—No. No hay vuelta atrás. No trabajamos tanto en su trasero para rendirnos ahora.

—Quizás deberíamos hacer una muñeca de nieve —sugiere Jackson mientras le castañetean los dientes—. Solo ves muñecas de nieve cuando hacen una familia que necesita una madre para los hijos. Pero cada vez que hay una persona de nieve, todo el mundo automáticamente hace un hombre.

—¡Entonces haremos una muñeca de nieve revolucionaria! Alguna persona de nieve escribirá sonetos acerca de ti —respondo. Tomo la nieve entre las manos y comienzo a formar los pechos de la muñeca de nieve—. Por cierto, ese pensamiento ha sido muy Theo de tu parte. No jugábamos mucho en la nieve porque yo no soy un gran admirador, pero creo que si de todos modos lo hubiéramos hecho, Theo habría tenido el momento de lucidez de crear una muñeca de nieve solo porque sí.

—No puedo pensar en una persona mejor para canalizar —dice Jackson por encima de los aullidos del viento. Esta vez no sonrío.

Él y yo construimos sin parar, convenciéndonos de no regresar al interior de la casa y descansar para entrar en calor porque será demasiado brutal salir de nuevo. Los pechos de la muñeca de nieve lucen más bien como conos, pero empiezo con su cabeza porque Jackson y yo no somos exactamente adolescentes obsesionados con los senos. La cabeza de la muñeca de nieve no es proporcional a su cuerpo, al igual que su cuerpo no es proporcional a sus pierna de bola de nieve.

—Ahora necesita un rostro —dice Jackson.

Siento culpa por dos motivos. El primero es porque debería haber hecho esto contigo y no posponerlo porque asumía que tendríamos todo el tiempo del mundo cuando volviéramos a estar juntos. Y también siento culpa porque yo no podría haber estado tan feliz al respecto como lo está Jackson.

—Le encontraré un rostro. —Me castañetean los dientes. Doy vueltas unos minutos, agradecido de tener mis rodillas y piernas fuera de la nieve húmeda. Voy al contenedor de basura y recojo algunos objetos (bueno, llamémoslos por lo que son, *basura*) que pueden ser útiles para darle un rostro a la muñeca. Regreso y suelto nuestras opciones; todo luce colorido en contraste con la nieve blanca.

Jackson coge de inmediato el trozo de vidrio verde oscuro perteneciente a una botella de Heineken rota.

—¿En serio? ¿Estás a punto de apuñalarla? —Le quito el vidrio a Jackson y le doy a la muñeca de nieve su sonrisa... bueno, su sonrisita.

—Nada mal —admite Jackson.

—Nunca vuelvas a dudar de mi visión.

Jackson utiliza la tapa verde sucia de una botella de agua para crear la nariz de la mujer. Yo vacío una bolsa de palomitas de maíz, uso unos puñados para crear los ojos y coloco la bolsa a modo de pelo muy liso.

—Es hermosa —dice Jackson, riendo un poco.

—Hermosa en el sentido de que está hecha solo de nieve y basura, ¿verdad?

—Sí, no tendría una cita con ella —responde Jackson.

—¿No es tu tipo?

—Me gustan las muñecas de nieve con narices de zanahoria y ojos de galletas de vainilla —dice Jackson.

Río un poco y me sorprendo a mí mismo. No puedo decir que extrañaré a la muñeca de nieve cuando no sea nada más que palomitas de maíz en un charco (obviamente descartaré el trozo de vidrio antes de deshacernos de ella), pero esto ha sido un descanso agradable de todo. Quizás eso es Jackson: un descanso de todo, aunque también tiene un pie en todo. Supongo que podría decir que él es la libertad.

¿Pensabas en Jackson como si fuera la libertad?

Sin importar cuánto tiempo he vivido en Nueva York, de vez en cuando alguien me recomienda un restaurante que ha estado abierto desde siempre, pero cuya existencia aún me sorprende. Sé que la ciudad es grande, pero guau. Solo puedo imaginar cuán impactado me hubiera sentido si hubiera visitado Los Ángeles. Anika aparentemente es fanática de Spotlight Diner, que está frente al Washington Square Park y la residencia para estudiantes de la NYU. Es un poco más céntrico de lo que estoy acostumbrado a frecuentar estos días, pero es garantía de que el cumpleaños de Jackson no está

condenado: la posibilidad de que Anika y Veronika asistan es mucho mayor dado que estamos muy cerca del lugar donde viven. Si no aparecen, Jackson y yo podemos ir al High Line, lo cual está a una caminata de veinte minutos o a un taxi rápido de distancia. (Si logro hallar un taxi, iremos en taxi).

Jackson está sentado a mi derecha, por supuesto. Hay un espejo directo frente a nuestra mesa reservada. Debo decir que la camisa de vestir gris que le he prestado a Jackson no luce mal en él. No iré tan lejos y diré que luce bien, porque le queda tan suelta como a mí, pero de algún modo logra no parecer que está viviendo del armario de otra persona. Probablemente es demasiado tarde para regalársela por su cumpleaños, ¿verdad? Nada sería mejor que el viejo truco: *Si te gusta, puedes conservarla*.

—¿Hay algo más que deba saber acerca de Anika y Veronika? —pregunto. He recibido la información básica pero nada íntimo, nada como los temas que debo evitar o las cosas que pueden ofenderlas. Me han emboscado en el pasado de esa manera, y apestó.

—Sí, ¿hay algo más que él deba saber? —Ríe una chica a mi lado.

Alzo la vista. Reconozco a Anika y Veronika por las fotografías en el móvil de Jackson, pero sin duda necesita uno que tenga una cámara de mejor calidad. Las dos son tan despampanantes que olvido que soy gay. Ambas tienen piel oscura y visten como hermanas con sus camisas vaqueras, pero allí termina el parecido físico. Anika tiene el pelo largo y trenzado y una contextura delgada y musculosa; probablemente debido a la pista de atletismo. Veronika se ha rasurado el pelo y tiene piercings en la nariz, la ceja izquierda, las orejas y la esquina de su labio inferior.

—¡Feliz cumpleaños! —dice Anika. Veronika vitorea.

Jackson abandona nuestra mesa e intenta abrazar a Anika primero, pero Veronika interfiere y abraza el abdomen del muchacho.

—Me alegra tanto que pudieran venir —comenta Jackson.

—No me lo perdería ni por el apocalipsis —dice Veronika.

—Por milésima vez esta semana, esa frase no tiene sentido. Deja de usarla —añade Anika; quita a Veronika de en medio para abrazar a Jackson—. Si no, básicamente estás admitiendo que estás dispuesta a ver el mundo arder.

—Por milésima vez esta semana, el mundo suele ser un desastre y puedo morir consumida por las llamas con los ojos cerrados u observar cómo todo se convierte en ceniza durante un segundo ardiente —replica Veronika. Se acomoda en la mesa sin decirme nada.

Anika le resta importancia a lo que dijo su colega con un ademán y se dirige

a mí.

—Griffin, ¿verdad? Soy Anika.

—Hola. —Me levanto para estrechar su mano antes de caer de nuevo en mi lugar.

—La otra mujer —dice Veronika—. Por así decirlo.

No soy la otra. Fui la primera.

—Está bromeando —dice Anika mientras le lanza una mirada sombría a su colega y se acomoda a su lado—. No es graciosa, pero está bromeando.

No me río y no fingiré hacerlo.

Jackson se sienta de nuevo lentamente, como si de pronto estuviera dudando de si esto fue una buena idea. Pero su sonrisa no vacila.

—Qué bueno veros a las dos. ¿Cómo habéis pasado Acción de Gracias? ¿Cómo han estado las clases? ¿Hay alguna novedad?

Solo ha hecho tres preguntas y antes de que pueda entrometerme para pedirle que añada una cuarta, Anika y Veronika disparan las respuestas.

—Acción de Gracias fue extraño sin ti. Nadie comió el relleno de arándanos de mi madre —comenta Veronika mientras lee casualmente el menú.

—Pero todos comprenden por qué no estuviste allí —añade Anika.

—Mi madre envía sus condolencias, obviamente.

—¿Cómo estás...?

—Las clases van bien —interrumpe Veronika—. Vamos a muchas fiestas con el grupo de teatro. Todavía no hemos reprobado ninguna clase, así que eso es un bonus. La NYU está organizando una producción que básicamente es una versión hipster de *Peter Pan*. Anika y yo competiremos por el papel de Wendy, aunque sin duda ella podría robarle el papel del Capitán Garfio a un chico llamado Jeremy si así lo quisiera.

Anika llama al camarero.

—Hola, ¿podrías traernos agua por favor? ¿Y un bozal para ella? —El camarero retrocede—. Estás hablando diez veces más de lo necesario.

Diría veinte veces más de lo necesario. No comprendo cómo Jackson puede extrañar a alguien tan egocéntrico e insensible. Tampoco creo que realmente disfrutaras de jugar a las cartas con esta chica. Anika parece relajada, sin duda. Pero es imposible que hayas terminado de pasar el rato con Veronika y le hayas dicho a Jackson: «¡La adoro! ¡Asegurémonos de hacerlo de nuevo!».

—Solo estoy entusiasmada —dice Veronika—. No he visto a Jack en mucho tiempo.

—Jackson —la corrige él—. Solo Theo me... me llamaba así.

Sin contar a mi padre, tú eres el único al que le permito que me llame Griff. Jackson y yo te dimos esa intimidad. Ahora no estás, así que Griff y Jack murieron contigo.

—Es imposible que hubiera podido saber eso —dice Veronika.

—Quizás si de hecho hubieras asistido a nuestras reuniones por Skype, lo sabrías —replica Jackson. No suena enojado, solo decepcionado. No estoy seguro de si Jackson es la clase de persona que se enfurece. Todavía estoy aprendiendo.

—Escucha, Jackson... ¿Está bien si te llamo Jackson? —Veronika se inclina hacia adelante—. Podrías haberte mudado aquí con nosotras. Tú decidiste quedarte en casa e ir a una universidad...

—Ir a una universidad donde había programas mejores para mí —interrumpe Jackson.

—No hagamos esto —dice Anika. Me mira a modo de disculpas.

—La carrera de animación no es tan mala aquí. Conozco un tío al que le encanta —comenta Veronika.

—Bien por él. No quiero asistir a una universidad donde la clase de animación no es tan mala. Lamento que mi universidad no ofreciera producciones hipster de *El Mago de Oz*...

—*Peter Pan* —corrige Veronika.

—... pero respeté que se mudaran aquí para hacer lo que era mejor para vosotras. Sabía que Anika y tú os haríais más cercanas cuando comenzarais a ser compañeras de habitación, pero no creí que yo quedaría tan excluido.

Veronika mira por la ventana como si estuviera aburrida.

—Me sorprende que notaras algo, considerando que *siempre* estabas con Theo.

No me agrada hacia donde se dirige la conversación. Alguien dirá algo estúpido, imperdonable. Todavía estoy ansioso por las tres preguntas que hizo Jackson que básicamente comenzaron con este desastre. Rasco mis palmas sobre la mesa a plena vista, esperando que Jackson lo note y cese el fuego. Pero ni siquiera registra al camarero, que se acerca para anotar nuestro pedido y con la misma rapidez retrocede para no quedar atrapado en el fuego cruzado.

—Theo siempre estaba allí para mí —replica Jackson. Veronika aplaude.

—¡Bien por Theo, entonces! Ambos estaban en la misma ciudad. Dejé de esforzarme en asistir a nuestras reuniones por Skype y en responder tus mensajes cuando tu relación con Theo se convirtió a toda velocidad en algo serio que no podíamos comprender, pero que simplemente se suponía que

debíamos entender. Lo entiendo. Estuve contigo en todos tus rechazos y corazones rotos en el instituto, y recogiste a un chico guapo en la carretera y todo fue mágico y digno de escribir un blog al respecto. Entiendo la obsesión, pero no me culpes a mí de todo esto. Tú también tienes la culpa, Jackson.

Él la mira, parpadeando.

—No tienes interés alguno en que seamos colegas, ¿verdad? No me tengas lástima por Theo. —Se le quiebra la voz; la mía rugiría.

Veronika mueve la cabeza de lado a lado.

—No siento lástima. No trates de retorcer esto como si yo te odiara porque no amaba a tu novio tanto como tú. Estoy triste por ti, por supuesto, pero no conocía al chico. Jugamos a las cartas una vez y solo intercambiasteis bromas internas entre vosotros.

Hay tantas emociones atravesando mi cuerpo durante este intercambio: celos y curiosidad por las bromas privadas (aunque teníamos las nuestras, y es probable que fueran diez veces más en cantidad); furia por cómo ella te hace sonar tan insignificante; empatía por Jackson, quien, al igual que yo, está de duelo y quien también, al igual que yo, podría tener amigos que no se comportaran como idiotas en este momento particular; confusión porque Anika no ha terminado con la discusión y porque todo podría salirse de control a toda velocidad.

—Intentaba hacerlo sentir bienvenido y cómodo —dice Jackson.

—Ese era *nuestro* trabajo —replica Veronika, poniendo los ojos en blanco—. No confiabas en nosotras para que intentáramos conocerlo. Lo acaparaste para ti mismo. Sinceramente, sentíamos que solo te sentías obligado a pasar el rato con nosotras porque estabas de visita en la ciudad.

Jackson mira a Anika.

—¿Tú también pensabas así? ¿Pensabas todo lo que ella está diciendo?

—Dios, no, claro que no pensaba todo lo que está diciendo. —Anika niega con la cabeza y luego se encoge de hombros—. Pero concuerdo con mucho de lo que dice. Te quiero, Jackson, pero pusiste tu relación por encima de todos y todo lo demás. No estoy enfadada contigo. La universidad y la distancia hacen eso con las personas. Pero a nosotras también nos ocurrían muchas cosas aquí, antes de Theo... Nos sucedían muchas cosas y sentíamos que era extraño no ser capaces de contártelo. Pero, para ser sincera, no podíamos arriesgarnos a que no dedicaras el tiempo que se requiere de un amigo y que una situación amerita. Es imposible deshacer eso.

—Déjalo —dice Veronika—. Solo continuemos intercambiando mensajes

acerca de quién ha visto el último episodio del programa estúpido que sea que todos miramos y no compartamos nuestras tragedias.

Ahora estoy convencido de que no me agrada hacia dónde se dirige esta conversación; hacia donde ya ha ido. Estoy inquieto; rasco una y otra vez mis palmas. Intento relajar el tic en mi cuello, lo roto como suelo hacerlo, pero viaja por mis hombros y mi columna, así que comienzo a hacer toda clase de estiramientos. Muevo las muñecas, que están extrañamente tensas como si hubiera estado escribiendo ensayos hasta tarde; hago sonar todos mis nudillos e incluso compruebo dos veces que todos hayan hecho ruido. Soy la incomodidad personificada.

—Sin duda no me lo digas si se trata de tu última ruptura amorosa con el nuevo amor de tu vida —replica Jackson—. Vi que cambiaste tu estado en Facebook de «en una relación» a «soltera»; ya estoy al día. Al menos, él está vivo.

—Jackson, no lo hagas —dice Anika.

El rostro de Veronika se transforma de un modo que nunca hubiera creído posible a juzgar por las fotografías felices y graciosas que vi de ella en Internet.

—¿Mencionó mi estado de Facebook que rompí con el nuevo amor de mi vida debido al aborto que tuve que tener? ¿Mencionó el estado de Facebook que no estaba lista para ser una madre y que él no estaba listo para ser un padre? ¿Que acordamos juntos que no era un buen momento y que iríamos a la clínica juntos y que él sostendría mi mano a lo largo del proceso? ¿Mencionó mi estado de Facebook que él no vino y que no ha respondido ni uno de mis mensajes? Sin duda no eran mensajes muy agradables, pero la psicóloga del campus que he estado viendo para lidiar con la culpa parece creer que eran justos. —Veronika se pone de pie. Tiene los ojos abiertos de par en par y está temblando. Anika le abre camino—. No te deseaba ningún mal —dice, inclinándose sobre la mesa—. Sé que debes haber estado sufriendo de modos que no conozco, pero incluso cuando Theo estaba vivo, perdí una parte de mi misma y perdí a una personita que crecía en mi interior y que luciría como yo. Nunca serás el tío Jackson. Nunca seré la madre de este bebé. La próxima vez que veas un cambio en mi estado civil en Facebook, quizás podrías llamarme y preguntarme si estoy bien.

Antes de que alguno de nosotros pueda decir una palabra, Veronika gira y sale corriendo hacia la noche. Hay silencio, un golpe de aire invernal. La puerta se cierra detrás de ella.

—No tenía... —Jackson llora y, maldición, yo casi estoy en el mismo estado que él.

Es justo decir que él no tenía idea, pero también es justo admitir que podría haberlo sabido. Me veo reflejado en él más que nunca en este instante; prácticamente es como si estuviéramos hechos del mismo mecanismo de relojería desastroso, que suena y suena desequilibrado.

—Me golpeará si la sigo, ¿verdad?

—¿De verdad lo peor que puede ocurrirte ahora mismo es recibir un golpe?
—Le pregunta Anika.

Jackson deja caer la cabeza.

—Si no irás tras ella, yo debería hacerlo —dice Anika. Se inclina y le da un abrazo rápido a Jackson—. Dime cuando te vayas de la ciudad. Deberíamos intentar y... bueno, no hacer *esto* de nuevo, pero deberíamos ponernos al día. —Me saluda con la mano—. Lamento que no pudiéramos hablar más. —Apoya la mano en el hombro de Jackson—. Feliz cumpleaños. —Parte a toda prisa.

—Doy asco —dice Jackson. Seca sus ojos con la manga.

El camarero se acerca con cautela.

—¿Pedirán algo?

Le digo que nos marcharemos y pido disculpas por la demora. Dejo un billete de diez dólares e insto a Jackson a salir rápido de allí. Me alivia que mi ansiedad desaparezca poco a poco, probablemente porque estoy helándome los huesos cuando salimos del lugar. Debo obligar a Jackson a colocar los brazos en la chaqueta de mi padre mientras cruza la calle, dirigiéndose en la dirección opuesta a la estación de tren.

—Soy el peor —dice Jackson—. No tenía idea, pero podría haber llamado.

—No lo eres —replico—. Toda la situación fue horrible. Nunca sabremos lo que ella está pasando. Pero ella tampoco tiene idea de lo que *nosotros* estamos pasando. No es una competencia para ver quién puede estar peor. —Maldición, la angustia ya es lo bastante complicada sin preguntarse cómo alguien más está sobrellevando su propia oscuridad.

—¿En qué dirección está el High Line? —pregunta, sorbiéndose la nariz, que ya está roja.

Respeto el silencio de Jackson mientras caminamos hacia la décima avenida. Trato de convencerlo para coger un taxi, pero cada vez que me detengo para que uno frene, él continúa caminando. Si así reacciona por haber ofendido a su amiga, solo puedo imaginar qué sucedió cuando te soltó en el océano.

Aún no puedo reunir valor para preguntarle acerca de ese día. Tu muerte es la prueba que indica que no debería confiar a ciegas en esta promesa falsa de más años, meses, semanas, mañanas, horas y minutos solo porque soy joven. Y sé que Jackson es la única persona que puede llenar para mí los espacios vacíos de la tarde en que te ahogaste; es el único que puede borrar todas las cosas horribles que he imaginado de una vez por todas. Si Jackson se va, aquellas respuestas desaparecerán para siempre. Pero aún no logro reunir valor para llegar allí, para presionarlo a que me cuente cómo fue estar a tu lado cuando moriste, cómo fue observar al socorrista intentando hacer circular el oxígeno por tu cuerpo.

Para ser sincero, Theo, me asusta que la verdad sea más dolorosa que mi imaginación.

Jackson tiembla y abraza su propio pecho cuando llegamos al High Line, pero si tiene las piernas tan tíasas como las mías, ha tolerado el frío, y subimos las escaleras hacia la cima. Nunca he visto el High Line en invierno. Desearía que Jackson pudiera ver las vías del tren, pero hay cierta característica genial en las plantas empolvadas de blanco y los asientos de madera cubiertos de nieve.

Espero que en tu vida hayas podido pasear por aquí en invierno alguna vez, aunque creo que me lo habrías contado si lo hubieras hecho.

Jackson no parece apreciar la maravilla que es y no parece importarle estar aquí arriba siquiera. Camina directo hacia las vías y mira el tránsito hacia abajo. El viento duele; hace mucho más frío aquí arriba que en las calles.

—Debería haber detenido a Veronika, ¿verdad? Debería haberme disculpado y llorado con ella y debería haberle preguntado cómo esta —dice Jackson. Apenas puedo oírlo por encima del viento—. Hubiera hecho eso un año atrás, un mes atrás. No creo todo lo que dijo acerca de que yo estaba demasiado obsesionado con Theo. Pero sí me siento muy dañado sin él. Continúo alejando a los demás... La dejé ir. ¿Tú también te sientes así?

—Cien por ciento. —Miro el tránsito con él. Si los conductores pudieran ver su ridiculez desde nuestro punto de vista privilegiado, habría mucho menos ruido y muchos menos insultos—. ¿Theo te contó cómo dejó de hablar con Wade? —pregunto.

Jackson mueve la cabeza de lado a lado.

—No mucho. Sucedió en el verano, ¿verdad?

—Sí.

—Theo dejó de mencionarnos a ambos en ese entonces —dice Jackson—.

Notaba que me ponía incómodo. Lo lamento.

Asiento. Maldición, hace mucho frío. Desearía que estuviéramos teniendo esta conversación en un lugar cerrado.

—Lo entiendo. Había veces que sentía que él también intentaba no mencionar tu nombre.

Qué desastre dejaste atrás, Theo. El desastre no es tu culpa, es mía y de Jackson, pero cielos. Esto es un completo caos.

—Solo sé que tuvisteis una discusión —dice Jackson—. ¿Por qué dejaste de hablar con él?

—Por lealtad a Theo —respondo—. Y ahora que puedo acudir a Wade, no lo hago. Creo que alejamos a las personas porque si no podemos tener a Theo, no queremos tener a nadie más.

—Pero a ti te estoy dejando entrar. No contaba con ello.

—Creo que ambos estamos alejándonos un poco de lo que solíamos ser.

Somos exactamente lo que odié en Veronika hace menos de una hora.

Él no asiente ni lo niega.

Cojo el brazo de Jackson y lo aparto de las vías con la luna a nuestra espalda. Bajamos rápido las escaleras y subimos al primer taxi disponible, nuestros cuerpos tiemblan y los dientes castañetean. El conductor tiene la calefacción al máximo, pero o es demasiado suave o mi cuerpo estaba a segundos de convertirse en un bloque de hielo.

—¿Cómo puedo arreglar esto, Griffin?

No hay respuestas fáciles. No será simple como una disculpa. Jackson y yo estamos rotos; necesitamos con desesperación que nos reparen, pero el único mecánico que nos interesa ver es nuestra persona favorita... y tú no regresarás jamás al trabajo.

—Creo que ahora no estamos en un buen lugar para intentar reparar amistades considerando nuestro estado actual —respondo. Sinceramente, no estoy seguro de si es una mentira para hacerlo más fácil o una verdad desafortunada, pero es lo que pienso—. Quizás, si continuamos permitiendo que las cosas se destruyan y ardan, todo lo demás volverá a estar en su lugar.

O quizás el fuego crezca.



PASADO

MIÉRCOLES 26 DE AGOSTO DE 2015



Cuando estamos seguros de que sus padres no subirán de nuevo, en caso de haber olvidado las llaves del vehículo o las carteras, Theo y yo nos quitamos las prendas como si estuvieran en llamas. Saltamos a la cama. Esta es la última vez que estaremos desnudos juntos en meses, y no permitiré que esas cajas llenas de su ropa doblada y de sus pertenencias lo arruinen. Ya hemos estado saliendo el tiempo suficiente, así que cada vez que tenemos tiempo para tener sexo, no solemos pasar demasiados minutos besándonos, pero esta tarde es diferente. Theo me besa con fuerza y ansias, y todo esto se siente muy definitivo para mí. Lo rodeo con mis brazos, como un luchador que sujeta un oponente y nunca quiero soltarlo porque sé lo que debe ocurrir a continuación.

VIERNES 28 DE AGOSTO DE 2015

Estoy callado mientras Theo, Wade y yo caminamos hacia la oficina de correos para enviar las cuatro cajas de Theo a California. El vuelo de Theo parte esta noche y yo ya estoy perdiendo la compostura. Si abro la boca, no

estoy seguro de lo que saldrá de ella. Theo y Wade parecen estar bastante bien; conversan acerca de la segunda película de *Vengadores* en lugar de usar el tiempo para recordar. Se arrepentirán luego; yo ya lo hago.

El correo está en la próxima cuadra, justo del otro lado de la calle.

—Te aplastaría como Hulk en este instante si me diera la habilidad de correr como Quicksilver a California —le dice Theo a Wade—. Incluso podría llevar corriendo mis cajas hasta allí.

—¿Qué diablos? ¿Por qué no puedes aplastar como Hulk a un desconocido? —pregunta Wade.

Theo ríe.

—¿Pulverizar a un ciudadano sin nombre? Ese no es el espíritu del Capitán América. Ya no puede ser tu personaje favorito. Tu nuevo favorito es Daredevil, la versión de Ben Affleck. —Baja del borde de la acera y se gira para mirar el rostro de Wade.

—Extrañaré que me *acoses*... amigo, cuidado...

Un vehículo toca el claxon y Theo deja de caminar hacia atrás en la calle.

—¡Theo, muévete! —grito.

Theo se da media vuelta y ve el vehículo. Corre hacia adelante, hacia el correo y tropieza con las cajas que se le han caído, por lo que cae de lleno en la calle. El automóvil vira bruscamente con un chirrido a último segundo, casi nos golpea a Wade y a mí, y se detiene en la esquina. El conductor baja. Está furioso y le grita a Theo por ser imprudente y estúpido, pero bloqueo todo lo que dice. Lo único que existe es Theo. Corro y me pongo de rodillas a su lado. Él me mira, pero no creo que en realidad me vea.

Lo abrazo, asegurándole una y otra vez que está bien; asegurándome una y otra vez que está bien. Está bien, está bien, está bien, está bien.

Estará bien. Yo también tendré que estarlo.

Ayudo a Theo a incorporarse mientras Wade tranquiliza al conductor y lo convence de retirarse, subir al vehículo y olvidar todo el asunto. Llevo a Theo hasta el correo donde ambos nos apoyamos contra la pared de la entrada y nos hundimos hasta tocar el suelo. Cojo su mano y apoyo la cabeza sobre su hombro.

Debería decirle que lo amo, o que no sé qué hubiera hecho si el automóvil lo hubiera arrollado. Pero no digo nada.

—Creo que deberíamos terminar la relación, Theo.

Theo levanta la cabeza, pero no suelta mi mano; ha salido del estado de shock.

—¿Qué?

—He estado pensando al respecto los últimos días. Tengo miedo de interponerme en tus planes de algún modo —digo.

—Claro que no —afirma él—. Eso es ridículo.

—No puedo correr el riesgo. No puedo arriesgarme a interponerme en tu camino.

—No estás en mi camino, Griff. Tú eres la razón por la que terminé mi ensayo.

Eso no es verdad, y él lo sabe. Lo hubiera terminado sin mí. Yo no soy la razón por la que él está calificado para la admisión temprana en primer lugar. Eso es todo mérito suyo y de su cerebro.

—Todo cambiará cuando no estemos cerca, lo sabes. No digo que debemos dejar de ser amigos. Quiero que todo tenga sentido y hay algo que no está bien con... —No puedo hacer esto—. Hay algo que no está bien con intentar jugar a tener una relación a distancia durante dos años.

—Entonces, ¿ya no me amas, Griff?

No hemos hecho contacto visual en toda la conversación. Miro las colillas de los cigarrillos en la acera. Wade tiene el sentido común de permanecer junto al buzón de la esquina y dejarnos solos.

Muevo la cabeza de lado a lado contra el hombro de Theo.

—Al contrario. —Siento tensión en la garganta—. Estás jodido porque nunca *dejaré* de amarte. Cuento con que estaremos juntos de nuevo cuando nuestras vidas encajen mejor. Eres con quien debo estar. Pero debes prometerme que no serás un estúpido y caminarás hacia el tráfico. No mueras. ¿Vale?

—Vale. No moriré —responde Theo y me abraza más cerca de su cuerpo.

—Hablo en serio. Promételo.

—Te lo prometo: nunca moriré.

Me incorporo y giro su cabeza hacia la mía; lo beso y aprieto su mano. Estoy haciendo lo correcto. Él se enfocará en sí mismo y descubrirá la vida que quiere llevar, y con suerte yo estaré incluido en sus planes. Estaré bien.

Theo llora un poco y comienzan nuestros besos: el beso mariposa; el beso cavernícola, en el que nos quedamos quietos frente contra frente mucho más de lo habitual; el beso esquimal, que me quiebra y hace que comience a llorar también; y finalmente el beso zombi.

—Estoy tragando tus lágrimas —dice Theo, riendo—. Qué asco.

Río con él. De verdad espero tener razón al creer que esto es lo mejor para

él. Sería un asco si esta fuera la última vez que estaremos tan cerca en la vida.
Ya apesta que esté rompiendo mi propio corazón por la felicidad de Theo.
Pero, si él es feliz, yo soy feliz. ¿Verdad?



PRESENTE

JUEVES 8 DE DICIEMBRE DE 2016



Estoy sentado a la derecha de alguien durante el período libre.

Mi respiración se entrecorta. Me pica mucho todo, como si un ejército de hormigas estuviera atacando mi cuerpo. Quiero gritar, pero estoy en la biblioteca, el lugar del silencio obligatorio, la zona libre de descontrol. Es una cosa más que no puedo controlar. Intento mantener la calma rascando mi palma, pero toda la situación es ridícula. No puedo enterrar mi ansiedad en lo profundo de mi mano, como un perro y su hueso usado en el patio trasero.

Creí que este asiento era un lugar mejor que el otro asiento que estaba disponible, a la izquierda de Wade. No conozco al chico a mi lado, pero cuanto más intento evitar la mirada de Wade mientras me espía desde el extremo opuesto de la sala, más cosas conozco del chico a mi lado: como tararea canciones que no sé y mordisquea el capuchón de su pluma. Esos pequeños datos son suficientes para convertirlo en una persona con *P* mayúscula; una Persona que está a mi izquierda, una Persona que debería estar a mi derecha.

Debo pedirle que intercambiemos asientos. Es lo que debería haber hecho en primer lugar. Me conozco. Debería haber sabido que cuanto más apartara los pensamientos de Wade y su propia angustia y de lo culpable que me siento porque sufre a solas, más me enfocaría en otra persona. Me inclino hacia el desconocido, lo cual se siente extraño. De verdad desearía que Jackson o tú

estuvieran aquí ahora mismo para distraerme de todo esto.

—Hola. ¿Podemos intercambiar asientos?

El capuchón de la pluma cae de la boca del chico.

—¿Qué?

—¿Podemos intercambiar asientos? —Estoy ansioso por resolver esto, ansioso por estar donde pertenezco, ansioso por quitarme de encima la picazón que hormiguea por mi cuerpo, ansioso por bajar mi temperatura de nuevo, ansioso por salir de la vista de Wade, ansioso por ser invisible.

Él señala su teléfono que está conectado a un tomacorriente.

—Estoy cargando mi móvil.

—Puedes dejarlo ahí.

—Sí, claro.

—Nadie está tratando de robar tu teléfono.

—Eso dices.

—¿Eres de primer año?

—De segundo.

Eso explica su arrogancia.

—Solo dame tu asiento.

—¿Por qué?

No debería tener que explicarle a él mi compulsión. Pero tiene lo que quiero. Pero es un extraño que no sabe nada acerca de mí. Pero quizás no será semejante imbécil si le doy la oportunidad de comprender. Pero tal vez las personas deberían ser amables sin motivo alguno.

—Es personal —respondo.

—Personalmente quiero mantener cerca mi teléfono —dice.

Me pongo de pie y pateo mi asiento hacia atrás, perdiendo el control de mí mismo en este ambiente controlado.

—¡Ni siquiera se supone que debas tener tu móvil encima!

El alumno de segundo año se inclina hacia atrás, sorprendido, quizás un poco asustado. La nueva bibliotecaria se aproxima con cautela. No sabe que normalmente no causo problemas, y dudo que ella sepa cómo lidiar conmigo.

—Ves, ahora nos sancionarán a los dos —le digo al alumno. Apuesto lo que quieras que me sentarán a su izquierda en detención.

Entonces, veo que Wade corre hacia mí y que abandona su mochila y sus libros en el escritorio. Estoy en llamas. La bibliotecaria está a punto de decir algo, pero Wade se interpone entre nosotros.

—Discúlpelo —dice Wade, y su disculpa suena como si lamentara toda mi

existencia—. Está atravesando un duelo.

La bibliotecaria abre los ojos de par en par. Asiente al comprender quién soy. Me pregunto cómo lo sabe. No soy cercano a ella, pero, por otra parte, apostarí lo que fuera que los últimos días he apestado a angustia y que luzco como un anuncio de la depresión.

—Lo comprendo y lamento tu pérdida, pero debes mantener la voz baja en la biblioteca o...

—Nos iremos ahora mismo. —Wade sujeta mis hombros y me lleva afuera, al pasillo. Respiro hondo, listo para llorar. Me quito a Wade de encima.

—No me toques.

—¿Cómo estás? No respondes mis mensajes ni mis llamadas.

—Capta la indirecta entonces.

—No me apartaré sabiendo el estado en el que te encuentras —dice Wade. Restriega sus ojos—. Yo también conocí a Theo... durante mucho más tiempo que tú, pero vale. Maldita sea, estás siendo injusto al tratarme como si yo hubiera mantenido la cabeza de Theo sumergida y...

Giro a la izquierda y corro. Si no corro, este pasillo se convertirá en la escena de un crimen. Él grita una disculpa por aquella estupidez increíble que acaba de decir, pero continuo avanzando. Wade nunca ha sido bueno con las palabras, pero ahora no puedo quitar de mi cabeza tu imagen, en el océano, mientras te ahoga la persona en la que más confiabas antes de conocerme.

Me iré al diablo de aquí: fuera de este piso, fuera de este edificio. Casi tropiezo al bajar las escaleras y deseo a medias haberlo hecho y haberme quebrado el cuello. Lo siento; no está bien decir eso. Sabes que nunca renunciaría a la vida de esa manera, en especial sabiendo que te robaron la tuya. Nunca presionaría un simple botón y me apagaría.

Corro hacia mi casillero.

Recordar mi combinación es difícil, pero mis dedos giran el candado y hacen lo suyo. Tomo mi abrigo y cierro la puerta del casillero con un golpe; me dirijo a la entrada lateral. La directora está bajando las escaleras.

—¡No corras, Griffin!

No me detengo. Paso junto a ella rápido y abro la puerta. Ella me llama, me persigue sin chaqueta o jersey puesto, pero la pierdo velozmente. Corro por la calle, casi resbalo debido a la nieve a medio derretir, y voy hacia la estación de tren. Le enví un mensaje a mi padre para que sepa que estoy regresando a casa y que nunca volveré a ese lugar.

Todo esto sucedió porque alguien estaba sentado a mi izquierda.

Todos estamos reunidos en la sala de estar, hablando acerca de lo que ocurrió en la escuela. Jackson está sentado a mi derecha, como debe ser, y mis padres están sentados frente a nosotros en las sillas que arrastraron desde la mesa del comedor. Todos se han tranquilizado, incluso yo. No me ha sorprendido que Jackson me contara que mi madre perdió los nervios después de recibir la llamada de mi padre diciéndole que me fui de clase.

—Te quedarás en casa conmigo en vez de ir a la escuela mañana —dice mi madre. Intenta hacer contacto visual conmigo, pero continuo mirando la tele, a pesar de que está apagada—. Estás demasiado vulnerable en ese ambiente en este momento.

—Tampoco quiero regresar la semana entrante —respondo. Me harté de fingir que lo que hago en clase realmente importa para mi futuro. Podría obtener resultados excelentes en todas mis clases como hacías tú y terminar todas mis tareas, y aun así podría ser la víctima de un accidente aleatorio y fatal. Si hubieras sabido que morirías joven, ¿hubieras pasado tanto tiempo estudiando, Theo? Apuesto dos dólares que lo hubieras hecho, por cierto. Pero somos diferentes. Yo ni siquiera puedo sentarme a la derecha de alguien sin tener un ataque de pánico.

—Vale. Veremos cómo te sientes el lunes —dice mi madre.

Mi padre asiente. Luce preocupado, pero no puedo culparlo.

—Comprendemos lo difícil que es estar en el lugar donde pasabas tanto tiempo con Theo —afirma. Tiene razón, pero la escuela no es el único lugar donde pasé mucho tiempo contigo. Mira a mi madre—. Quizás el próximo semestre podemos matricular a Griffin en otra escuela. Un nuevo comienzo.

—Esto no es una cuestión de ojos que no ven, corazón que no siente —digo—. Es Theo.

Jackson asiente.

—Cambiar de escuela es demasiado fácil. Yo también he pensado hacerlo, pero siento que está mal. Como si estuviera intentando olvidarme de él.

Mis padres intercambian miradas. Siempre han tenido una forma de consultarse cosas sin hablar. Honestamente, los dos son policías buenos. Lo más cerca que ha estado mi padre de actuar como el policía malo fue cuando le habló mal a Jackson después de conocerlo, pero ahora es el turno de mi madre.

—Jackson, ¿te molestaría si hablamos con Griffin a solas por un segundo? Necesitamos hablarle acerca de algo delicado.

—Lo que sea que vayan a decirme, se lo contaré a él —digo.

—Vale —dice Jackson—. Es una reunión familiar, lo entiendo. Lo siento. — Se levanta, se dirige directo a mi habitación y cierra la puerta detrás de él.

—Eso no era necesario —digo. Mi madre me mira.

—Hemos sido muy serviciales, pero para ser sincera no estoy segura de que la presencia de Jackson aquí sea lo mejor para ti ahora —afirma ella—. Estás pasando por una pérdida inmensa...

—Jackson es el único que lo comprende —interrumpo.

—... y quizás es hora de que Jackson regrese a casa para darte un ambiente más estable. Y más importante, necesitamos que veas a un psicólogo de verdad. —Se pone de pie y ocupa el asiento de Jackson, *tu* asiento, a mi lado. Por suerte, mis padres rara vez se equivocan con el asunto de izquierda contra derecha; tú tampoco lo hacías—. Si la presencia de Jackson afecta tus compulsiones, es un problema. De todas formas, necesitas ver a un psicólogo y a un psiquiatra pronto.

No puedo decirles que estaré bien, que en realidad no me sucede nada malo. Odio siquiera reconocermelo como algo malo. Pero también dudo de que las palabras y la terapia expositiva me ayuden a detener las compulsiones. Creo que sería lo contrario, que ver a un psiquiatra solo centrará más el foco en las compulsiones. El verdadero problema es que mis padres son demasiado *normales* para comprender esto.

—No pueden obligarme —digo. Y sé que los tengo atrapados. Es imposible que puedan castigarme más de lo que yo ya me castigo a mí mismo.

—La terapia no es algo malo ni nada de lo que avergonzarse —insiste mi madre. Intenta agarrar mi mano.

—Entonces, ve tú. —Aparto su mano y voy a mi cuarto. Si quiere ir a ver a «un profesional de la salud mental» e informarme cómo se supone que debo estar según las siete etapas del duelo o cualquier mierda de esa que me dirán, adelante. No necesito eso en mi vida al igual que no necesito que Wade me diga todo lo que ya sé sobre ti.

Solo os necesito a ti y a Jackson.

Cierro la puerta detrás de mí y me lanzo a la cama.

Jackson está sentado en el colchón inflable, enviándole un mensaje a alguien.

—Quieren que me vaya, ¿verdad? —No le respondo, lo cual dice todo—. Vale. No te enfades con ellos. De todos modos, probablemente sea lo mejor. Es como dijimos antes, tenemos que enfrentar a Theo, donde sea que esté. No podemos ocultarnos de él.

—Pero Theo *vivía* en Nueva York —replico. Me incorporo. No puedo creer

que mis padres hayan hecho sentir tan incómodo a Jackson que él está listo para partir—. Enviarme a otra escuela no cambiará eso.

—Pero yo no vivo aquí —dice Jackson en voz baja—. Theo no está presente aquí para mí del modo que lo está para ti. —Se mueve desde el centro del colchón desinflado hacia el borde y se sienta con los codos sobre las rodillas—. Ya le envíe un mensaje a mi padre e intentará conseguirme un vuelo para este fin de semana. Puede ser difícil por la nieve y las cancelaciones, pero ya veremos.

Entonces, eso es todo. Cuando él se marche, sé que terminaré de nuevo en aquel agujero negro de futilidad. Ya siento que succionan su apoyo de mi cuerpo. Me recuesto y miro el techo.

Jackson llena el silencio con una lista de todo lo que ha extrañado de su hogar de todos modos, siempre en pares porque, al igual que tú, se ha vuelto en extremo consciente de mis necesidades. Extraña a su madre (mucho) y a su padre (un poco); a su perro y correr juntos; su cuarto, la habitación de tu residencia; los pasillos de su universidad y las clases (pero no lo suficiente como para retomar); su automóvil y conducir en general; el sol y las camisetas sin mangas; el café frío y los helados; hundir los dedos en el césped del parque y en la arena de la playa.

—Yo también extrañaría todas esas cosas —digo, aunque muchas de ellas son foráneas a mí, y están más cerca de un universo paralelo que tú crearías a mi realidad. No sé cómo es tener la libertad de poseer un espacio libre de padres como una habitación en una residencia donde podrías haber venido sin sentir que teníamos un reflector puesto sobre lo que hacíamos. No sé nada acerca de estar detrás del volante de mi propio automóvil (o de cualquier vehículo) y decidir mi propia ruta, gastando toda la gasolina que quiera porque la compré con mi propio dinero. Ni siquiera sé cómo es tener un perro. Pero no puedo culpar a Jackson por extrañar las cosas que sí comprendo, como mis dedos en el césped; beber té helado; el calor que siento en mis brazos y nuca cuando tengo una camisa sin mangas; e incluso algo tan molesto como proteger la vista del sol porque prefiero toda la vida el resplandor y el sudor en vez de la oscuridad y los escalofríos.

Jackson respira hondo.

—Ha pasado casi un mes...

Lo sé.

—Esto es para bien. Quizás suene estúpido, pero quiero regresar a casa ese día —dice Jackson.

Lo envidio tanto. Él puede regresar a su tierra de sol, donde en vez de dolor, lo recibirán bonitos recuerdos de tu persona. Yo estoy condenado a un clima gélido que me mantendrá atrapado en mi habitación, solo con pensamientos obsesivos sobre los que no quiero hacer nada. Casi bromeo acerca de que será agradable dejar de compartir mi cuarto, que odiaba competir por la ducha con él de todos modos, pero son mentiras. Jackson no es mi enemigo. Él ha llenado silencios fríos con historias cálidas, incluso si esas historias a veces me afectaban demasiado y me quemaban.

Jackson se pone en pie y se acerca a mi cama.

—¿Puedo sentarme?

He sido muy bueno para evitar que viniera a mi cama; nunca lo pidió, yo nunca lo invité. Siempre se ha acomodado en la silla junto a la cama o en el colchón inflable. Pero estoy vulnerable, así que sin moverme ni un centímetro de mi posición actual, aparto los ojos del techo y le digo que sí.

Él toma asiento en el borde de mi cama, sin tentar a la suerte poniéndose demasiado cómodo.

—Gracias por permitirme quedarme aquí, Griffin. En serio. Aún me siento roto; no es culpa tuya, eso suena mal, pero ya no siento que esté quebrado en un millón de pedazos. No espero sentirme entero de nuevo nunca más. Creo que tú tampoco. Odio la idea de dejarte aquí solo. —Deja de hablar y su silencio no es el mismo silencio que no me molesta, en el que ni él ni yo tenemos que decir nada y estamos bien solo acompañándonos—. ¿Estarás bien?

Y en ese momento aparece la idea. De la nada absoluta, como esas epifanías geniales que tú tenías todo el tiempo, estoy poseído de brillantez.

—Iré contigo. Puedes mostrarme cómo era la vida de Theo allí. Podemos hacernos compañía mutuamente el día trece. —Al decir esas palabras en voz alta, siento que salgo volando del agujero negro.

—¿Tus padres te permitirán venir?

—Puedo resolverlo. ¿Te parece bien que vaya contigo?

—Por supuesto —Jackson sonrío—. Le escribiré a mi padre.

Coge su móvil, pero lanzo los brazos alrededor de su cuello y sus brazos rodean mi cintura. Debería apartarme, pero no lo hago.

VIERNES 9 DE DICIEMBRE DE 2016

—He extrañado las reuniones familiares desde el divorcio —le dice Jackson a mis padres durante la cena; es su «cena de despedida», en palabras de mi padre. Estamos endulzándolos con la esperanza de que me permitan irme con él el lunes—. Esto es antes de que mis padres discutieran por todo, por supuesto, pero en general era agradable contarles acerca de mi día. Aunque creo que he extrañado más la comida casera. Los tacos de carne realmente le hacen honor a su gloria, señor Jennings.

—Me alegro —dice mi padre, y limpia la salsa de su boca—. Pero de verdad, llámame Gregor.

—Vale, Gregor.

—Gracias de nuevo por comprender, Jackson —dice mi madre—. Ha sido maravilloso tenerte en la casa. De verdad no es algo personal. Solo queremos que Griffin se encamine de nuevo y deseamos lo mismo para ti.

Jackson asiente.

—No puedo agradecerles lo suficiente por permitirme dormir aquí. También es hora de que decida qué pasos voy seguir en casa.

Me rasco las palmas.

—Quiero ir con él durante unos días. Ya casi ha pasado un mes de la muerte de Theo y quiero estar en California con Jackson para ese día. No regresaré a la escuela de inmediato y...

—Tu tiempo fuera de la escuela no son unas vacaciones —interrumpe mi madre.

—No llamaría hacer el duelo por Theo unas vacaciones.

—Lo siento. No era lo que quería decir, lo siento. Pero tu descanso de las clases se ha sugerido para que puedas relajarte en un ambiente familiar. Nunca has ido a California —dice mi madre.

Sé mucho acerca de California por todo lo que me has contado, por todo lo que Jackson me ha contado. Lo sé por mi propia investigación, cuando consideraba ir a la universidad allí para reunirme contigo. Lo sé por sentido común.

—¿Has superado tu miedo a volar? —pregunta mi padre—. Si tuviste un ataque de pánico en tu biblioteca, no podemos confiar en que estarás bien en el aire durante muchas horas.

Estoy a punto de sugerir que puedo tomar una píldora para dormir cuando aparecen más excusas en mi camino. No pueden pagar un billete de avión con tan poca anticipación, en especial porque están ahorrando dinero para mis sesiones de terapia. No les importa que el padre de Jackson ya haya reservado

lugares para los dos. Ninguno de ellos puede tomarse unos días fuera del trabajo para acompañarme, como si fuera un niño de excursión que necesita un acompañante en lugar de un chico de diecisiete años que se quedará en la casa de la madre de Jackson.

—No me siento cómoda al respecto —dice mi madre.

—Yo tampoco.

—Bueno, yo estaré incómodo aquí cuando Jackson parta —replico. No comprendo cómo no han visto una diferencia en mí. He sido capaz de ver un poco de televisión sin sentirme culpable por no angustiarme y llorar. Estoy de nuevo en un lugar donde puedo imaginarme riendo otra vez, riendo *de verdad*, con lágrimas en mis ojos y todo. Además, quiero ver tu habitación de la residencia estudiantil, tus lugares favoritos, los lugares que evitabas. Incluso quiero visitar la playa donde moriste—. De veras quiero ver cómo era la vida de Theo allí. Juro que le daré una oportunidad a la terapia si me dejan ir.

Mi madre coge mi mano.

—La terapia tiene que venir primero, Griffin. No nos agrada intentar presionarte para que lo hagas, pero todos tenemos que enfrentar la verdad: necesitas ver a un profesional. Podrás visitar a Jackson en California cuando te sientas mejor. Lo siento. —Me suelta y comienza a levantar la mesa.

Estaba delirando cuando creí que me permitirían ir. Pero al menos, les pregunté.

Hubiera sido agradable ir con su permiso.

Qué pena.

SÁBADO 10 DE DICIEMBRE DE 2016

En el cementerio, Jackson y yo pasamos junto a muchas lápidas elaboradas, talladas en rocas de distintos colores, con ángulos filosos que sobresalen como si fueran las extremidades del esqueleto enterrado debajo. Quizás las familias querían invertir la mayor cantidad de dinero posible para conseguir la mejor lápida del catálogo, un último despilfarro en nombre de quien perdieron. A pesar de que tu lápida es bastante estándar —lisa, gris, alta hasta la rodilla— para mí se destaca más que todas las otras, prácticamente como si resplandeciera en la oscuridad. Quiero ponerme de rodillas frente a ella, pero luego me doy cuenta de que estoy pisándote. Esto es lo más cerca

que estuvimos físicamente desde el veintiuno de noviembre, cuando te enterramos. No quiero pensar en el estado de tu cuerpo debajo de esta tierra helada. Pero no puedo evitarlo.

—Siento que esto es lo correcto —dice Jackson—. Gracias por traerme aquí. No puedo pensar en una mejor manera de pasar mi último fin de semana en Nueva York.

—¿Crees que alguna vez regresarás? —pregunto—. ¿Tal vez para arreglar las cosas con Veronika y visitar a Anika? —Aún no puedo creer que Anika nunca sacó el tiempo para hablar las cosas con Jackson; es imposible que él pudiera haber sabido del aborto de Veronika. Si esos son sus amigos, quizás necesita unos nuevos. Tal vez ese soy yo. Tal vez por esa razón él estaba atraído hacia ti.

—Sí. Además, también querría verte —dice Jackson.

Un destello de calidez surca mi rostro antes de que el viento frío lo haga desaparecer.

—Es extraño, ¿no? Nosotros. Ya no en el mal sentido, pero aún es extraño cuando piensas en todo el tiempo que pasamos intentando *no* ser amigos.

—Cada mañana que despierto sin Theo, pienso en lo extraño que es despertar en tu habitación. Siempre tardeo un segundo en comprenderlo, sin ofender.

—No me ofendo. A mí me ocurre lo mismo. Quiero preguntarte algo. Y no puedes mentirme o evitar responder porque básicamente estamos de pie sobre Theo ahora mismo y eso es más profundo que jurar por la Biblia.

—Dime. —Jackson ni siquiera se detiene a reflexionar al respecto como lo hubiera hecho yo.

—¿Alguna vez te preocupó que Theo terminara su relación contigo y volviera a estar conmigo?

—A veces competir con su primer amor era completamente imposible —dice Jackson—. Sé que Theo nunca me habría engañado, pero si hubiera llegado a hacerlo, sé que hubiera sido contigo.

Nunca le contaste lo que ocurrió cuando viniste en junio sin él, ¿verdad? Lo siento, es tabú. Incluso ahora.

Jackson salta en el lugar un poco para entrar en calor.

—Si sirve de consuelo, no creo que hubiera podido ser su amigo si hubiéramos terminado nuestra relación. Habría querido tenerlo en vida, pero no hubiera sido capaz de soportarlo. Me hubiera despedido. No sé cómo sobreviviste a eso.

No estoy seguro de que *haya* sobrevivido. Mírame ahora, Theo: estoy a punto de fugarme de casa y subir a un avión, dos cosas que nunca he creído que haría. Quizás necesitaré terapia cuando regrese. Estoy destrozado y vacío. Soy leal hasta el final, pero ese es el centro de mi problema y tal vez pronto sea también el de Jackson: ¿cuándo es exactamente el final?

DOMINGO 11 DE DICIEMBRE DE 2016

Jackson está doblando sus prendas, empacando para el vuelo de mañana.

—¿Estás seguro de que quieres ir? No hay vuelta atrás cuando el avión despegue.

Está susurrando, pero estoy prácticamente paranoico de que mis padres nos escuchen. Luego recuerdo que ambos están durmiendo la siesta —o teniendo sexo, como sea— en su habitación.

—Por supuesto que iré. Tú les tienes más miedo a ellos que yo.

Jackson coloca sus camisetas dentro de su bolso.

—No quiero hacerlos enfadar. Me agradan.

—Si me delatas, será tu fin —digo.

—No te delataré. De verdad quiero que vengas conmigo. Es la única razón por la que ahora mismo no estoy enloqueciendo por completo.

Yo tampoco estoy enloqueciendo y no estoy seguro de por qué es así. Quizás porque estoy decidido. Tendré que mentir del peor modo posible y darles el susto de sus vidas a mis padres para salir de aquí, pero los llamaré en cuanto Jackson y yo aterricemos para que sepan que estoy a salvo. Volaré de regreso a casa el miércoles y me castigarán para siempre, pero vale la pena. Tengo que ver cómo vivías.

Suena el timbre de la entrada.

—Iré a atender. —Corro fuera de la cama, abro la puerta y encuentro a Wade de pie con una bandeja de aluminio; huelo a cupcakes. Él los cocinó para mi cumpleaños este año. Veo una de las corbatas que le compraste asomándose por debajo de su abrigo.

—Perdón por venir sin previo aviso —dice Wade—. No respondías mis

mensajes y quería ver cómo estabas desde lo que ocurrió el jueves...

Su voz se apaga.

Jackson sale de mi habitación con un vaso vacío y se dirige a la cocina. Saluda moviendo la mano.

—Wade, hola. ¿Cómo estás?

Wade entrecierra los ojos. Aparta la vista de Jackson y posa los ojos sobre mí de nuevo.

—¿Qué diablos está pasando? —Habla en voz baja, pero la pregunta suena como si hubiera gritado—. ¿No hablas conmigo pero pasas tiempo con el chico que hizo de tu vida un infierno?

Siento los labios secos.

—Las cosas han cambiado —respondo. Quiero cerrar la puerta en su rostro.

Wade cierra los ojos, reprimiendo las lágrimas, y mueve la cabeza de lado a lado.

—Evidentemente. Ya no sufres solo como yo. Bien hecho, Griffin. Maldición, eres tan egoísta.

Debería contarle a Wade acerca del viaje, pero es posible que reaccione igual que mis padres. No puedo arriesgar esto por él.

Soy egoísta.

Wade suelta la bandeja a mis pies.

—Espero que ambos lo disfrutéis. —Se marcha hecho una furia y golpea la puerta al salir; el ruido resuena en el pasillo.

No puedo ir tras él, Theo. Tengo que prepararme. Tengo un vuelo que coger.

LUNES 12 DE DICIEMBRE DE 2016

¿Puedes creerlo, Theo? Estoy en un avión, listo para despegar.

Iré a California con Jackson, y estoy reprimiendo un ataque de nervios. Debo mantener la compostura antes de que me echen. Antes de probar que mis padres tienen razón al creer que es probable que no esté en el mejor estado para hacer esto.

No me encanta lo que tuve que hacer. Jackson también lo detesta, pero eso no evitó que detuviera el taxi a pocas calles después de despedirse de mí y de mi familia, para que pudiera ir con él. Solo tengo una mochila pequeña

conmigo. Mis padres creen que está llena de libros y cuadernos para un viaje falso a la cafetería para trabajar en algunas tareas de recuperación. En realidad, está llena de camisetas, ropa interior, el cargador del móvil y un cepillo de dientes. Tengo el resto de los imprescindibles en mi cartera: dinero, tarjeta de débito, documento de identidad, billete de avión.

Espero que *tú* también me perdones por mentir. Lo hago por ti.

Estamos en la fila catorce y mi asiento es el número uno. Buen número de fila, pero número de asiento mediocre. Pero este ataque de pánico ha estado acechándome desde que llegamos al aeropuerto. No contaba con todas estas filas y el leve retraso del vuelo. Intento abrochar el cinturón, pero es distinto al de los vehículos y Jackson me ayuda sin que lo pida, lo cual me sorprende por un segundo porque está muy cerca de mi pene. Pero en cuestión de segundos, termina y yo ya tengo el cinturón puesto; no puedo evitar pensar que él me ha atrapado aquí, como si tuviera puesta una camisa de fuerza.

—¿Cómo estás? —pregunta Jackson.

Muevo la cabeza de lado a lado y retuerzo mi dedo anular, el truco que me enseñaste.

Jackson busca en su mochila y saca una copia del último mes de la revista *Entertainment Weekly*.

—Esto te ayudará a no pensar en ello.

Me dirijo directo a la sección de reseñas de películas, pero pronto una asistente de vuelo nos pide atención y da toda clase de instrucciones de seguridad acerca de dónde hallar las máscaras de oxígeno y cómo localizar las salidas de emergencia. Jackson está leyendo su propia revista, lo cual me molesta un poco porque él es responsable de mí en este vuelo.

—¿Lo sabes de memoria?

Responde citando a la asistente de vuelo e imitando sus movimientos.

—He volado algunas veces —dice Jackson—. Estaremos bien.

En cuestión de minutos el avión avanza por la pista y siento como si estuviera conduciendo por la autopista. Excepto que los coches no aceleran del modo que lo hacen los aviones; los automóviles nunca me ponen tan nervioso como para que agarre la manija de la puerta del modo que me aferro al apoyabrazos. Los automóviles no tiemblan violentamente de este modo. Los coches sin duda no alzan morro y despegan hacia el aire.

La mano de Jackson descansa sobre la mía, vacilante. No me aparto y su mano se expande y sostiene la mía.

—¿Cómo te sientes?

El avión vira a la izquierda y estoy seguro de que llegó el momento; caeremos en picada. Miro por la ventanilla durante el giro y es triste que el avión ni siquiera esté lo bastante alto como para que las personas en la ciudad gélida parezcan pequeñas, como hormigas en la nieve. El avión encuentra su centro. El capitán anuncia que nuestro vuelo durará un poco más de cinco horas y los asistentes de vuelo pasarán pronto con bebidas.

—¿Eso es todo? —pregunto.

—Eso es todo —responde Jackson y suelta mi mano. Mi corazón aún late desbocado.

—¿Alguna vez tuviste miedo a volar?

—Es probable que sea mejor que responda esto después de aterrizar.

—Ya estamos en el aire. Lo que tenga que suceder, sucederá —digo.

—¿No abandonarás el avión en un paracaídas? —pregunta Jackson.

—No tengo idea de cómo librarme de este cinturón. No iré a ninguna parte.

—Todavía me pongo muy nervioso, y no estoy seguro de cuándo dejará de suceder —admite—. Es extraño porque mi padre es piloto. O tal vez esa sea la razón. Siempre estoy un poco inquieto. Puede sonar egoísta u horrible, pero la única vez que me he sentido algo listo para enfrentar una tragedia ha sido cuando estaba con Theo.

—¿Era valiente en los aviones?

Le pido a Jackson que me diga algo que no sé acerca de ti mientras estoy volando. Vaya día, ¿eh?

—Theo era gracioso. Él es la razón por la que compro revistas para los vuelos en lugar de ver una película o algo así. Él leía todas las secciones, como «¿Quién viste mejor?», y se debía a sí mismo un dólar cada vez que era capaz de adivinar el nombre de un actor o actriz para el crucigrama de las celebridades.

Quizás lllore. Pero no es un llanto triste. No es uno de esos llantos porque nunca podré hacer esto contigo, lo juro. Es uno de mis llantos de «es probable que tenga un ataque de risa si continúo pensando al respecto», lo cual es bueno. Me golpea el entendimiento: el Theo que eras con él, no es el Theo que eras conmigo, y quizás eso está bien. He estado tan desesperado por saber en quién te convertirías, que nunca me detuve a pensar en cómo todo lo que te hacía mi persona favorita podría haber cambiado. Quizás no maduraste más que yo; solo te convertiste en alguien más. No hace que quiera conocer menos al nuevo tú, pero hace que me sienta un poco menos inútil.

—Eso es muy gracioso —digo, imaginándote cernido sobre los crucigramas

del mismo modo que lo hacías cuando armabas rompecabezas, excepto que te veo con unos dólares extendidos frente a ti antes de que te autorecompensaras cogiendo uno cada vez que acertabas una palabra—. Entonces, ¿cuándo estabas con Theo era la única vez que te sentías a salvo?

—No a salvo. Reconfortado. Saber que sería capaz de agarrar la mano de Theo o de abrazarlo si algo sucedía, me reconfortaba. Sabía que no dejaría a Theo atrás si moría solo.

Es retorcido, pero tiene sentido.

—Y luego Theo se ahogó delante de ti. —Las palabras solo brotan de mi boca. Es la primera vez que lo he dicho en voz alta, y a él también lo sorprende. Se pone tenso y coloca las manos entre las piernas, apretándolas, como si estuviera encerrándolas. Incluso cuando estamos de camino a celebrar cómo vivías y a visitar la playa donde moriste, aún no hemos cruzado este límite.

Nos dejaste solos. Tu muerte nos convirtió a los dos en piezas de este rompecabezas extraño que no se une por completo, pero es suficiente para distinguir la imagen: dos chicos enamorados de alguien que nunca regresará.

No debería haberlo mencionado. Fue algo desagradable de decirle a Jackson. Él debe vivir sabiendo que no fue capaz de salvarte. Yo tuve bastante suerte de ahorrarme esa tragedia.

Permanecemos en silencio durante las próximas cinco horas. Incluso duermo algunas siestas breves. Cuando el avión reduce la velocidad y baja, me incorporo, tenso. Luego, el piloto anuncia que hemos comenzado el aterrizaje y que comprobemos que tenemos los cinturones puestos. Jackson me mira de reojo y ríe.

—No lo olvides: se *supone* que descenderemos en esta parte —dice Jackson.

—Si odio esto, caminaré a casa.

—Caminaré contigo.

Miro con valentía por la ventana mientras el avión reduce la velocidad y desciende.... En caídas pequeñas que desearía que fueran más suaves, pero a quién le importa mientras aterricemos. Cuando estamos por debajo de las nubes, veo una ciudad bañada de sol. Incluso distingo una playa a lo lejos. El avión toca la pista de aterrizaje a salvo y carretea hacia el aeropuerto con una velocidad increíble, rugiendo. El movimiento me lanza un poco hacia adelante. Y luego termina. El avión rueda despacio hacia la puerta.

—¡Vólaste! —dice Jackson.

—He volado —suspiro.

Mi vida ha cambiado. No puedo deshacer mi primer vuelo del mismo modo en que no puedo deshacer haber perdido la virginidad contigo, del mismo modo en que no puedo deshacer las cosas que amaría deshacer. Las posibilidades atraviesan mi mente a toda velocidad. Si puedo volar hasta aquí por ti, ¿dónde iré por mí?

Esta mañana, hace diez grados en California —he vuelto el tiempo atrás tres horas— así que bajo la ventana porque recibo cualquier cosa que supere los seis grados bajo cero de Nueva York (con un viento helado que hace sentir que hace doce grados bajo cero). Estoy a la izquierda en el taxi, como debería ser, contemplando la vista —en su mayoría son otros vehículos — mientras salimos por la autopista y entramos a Santa Mónica.

Tengo una llamada perdida de mi madre y algunos mensajes de mis dos padres, preguntando cómo va la tarea y cómo estoy. Siento una oleada de pavor nauseabundo, a pesar de que supe todo el tiempo lo que ocurriría.

—Terminaré con esto —le digo a Jackson.

—Buena suerte.

Casi le pido que se ponga los auriculares para que no tenga que oír el grito ensordecedor de mi madre cuando sepa que estoy a cuatro mil ochocientos kilómetros de distancia.

Llamo a su número.

—Un segundo, Griffin —responde mi madre y le dice a la persona con la que está que necesita un minuto—. Lo siento. Ya está. ¿Cómo estás?

—Tengo que decirte algo que te enfadará mucho.

—Qué ocurre... Griffin, por favor, dime que no estás en California —dice mi madre. Su voz es más calma de lo que esperaba. Pero también hay algo completamente desconocido en su tono.

—Estoy en California —respondo—. Lo siento. De verdad quería venir, y haré lo que quieras cuando regrese, iré a terapia y todo eso, pero...

—*¡Regresarás a casa hoy mismo!*

Allí está la madre que conozco; la madre que tú también conocías.

—No salgas del aeropuerto —prosigue—. Quédate allí...

—Regresaré a casa el miércoles a la mañana —interrumpo—. Te daré todos los detalles del vuelo.

—Eso no sucederá. Volaré hasta allí y...

—Bien. Vuela hasta aquí. Pero de todos modos no me iré hasta el miércoles.

Mañana, Jackson y yo celebraremos la vida de Theo —digo. Me resulta difícil mantener la voz estable—. Te enviaré el número de la madre de Jackson junto con la información de mi vuelo. Puedes llamarla.

Jackson me envía un mensaje con el número de su madre.

—¿Cómo sabré que estoy hablando con la madre de Jackson? —grita ella—. Podría ser una mujer desconocida de la calle a la que le pagaste veinte dólares. ¿Cómo puedo confiar en ti de nuevo? ¿Ya has llamado a tu padre? Espera. Él no lo sabía, ¿verdad?

—No, te llamé a ti primero.

—Nos mentiste. —Sueno muy decepcionada—. Nos engañaste.

—Lo sé. Lo sé y lo siento mucho, pero tenía que...

—Ahora estoy en el trabajo —interrumpe—. Envíame el número de la madre de Jackson y atiende cuando te llame. —Por fin suaviza la voz—. ¿Estás bien? ¿Cómo estuvo el vuelo?

—Estoy bien. No entré en pánico. Jackson me ha cuidado.

Mi madre suspira en el teléfono.

—Atiende cuando te llame de nuevo.

—Vale. Te quiero, mamá.

Hay una pausa insoportable.

—Yo también te quiero. —Corta la comunicación.

—Cielos. —Evito hacer contacto visual con Jackson mientras envío a toda velocidad toda la información relevante a mis padres. Mi padre me responde un minuto después, y pide las direcciones de los padres de Jackson, que las escribe para él.

Jackson me devuelve el teléfono. Ofrece una sonrisa tentativa.

—Y bien, ¿qué te parece California?

Río.

—No han sido los mejores veinte minutos de mi vida, pero tampoco los peores —respondo.

—Mejoremos eso. ¿Qué quieres hacer hoy?

Miro por la ventana y espero que no me envíen a casa. Los padres de Jackson podrían inclinar la balanza en esa dirección.

—No lo sé. Lo que quieras.

Cuando me imaginé mudándome a California, siempre pensé que lo primero que tú y yo haríamos juntos sería ir a la playa. Es una actividad obvia, pero es un cambio rotundo de lo que estamos habituados en Nueva York. Pero eso fue en un universo paralelo. En este no tengo sentido de la dirección alguno.

Veinte minutos después, el taxi nos deja en la esquina de una calle. El aire se siente distinto, animado, como si pudiera flotar en una brisa que huele a océano y algas. Acomodo mi mochila sobre mi hombro. Extrañaba el sol, pero ya estoy deseando tener gafas. En cambio, protejo mi vista con tu jersey arrugado.

Jackson le paga al conductor del taxi y señala una casa naranja suave al final de la calle, que está entre dos casas color arena. Considerando que es la única casa que tiene una rampa y barandas que llevan a la puerta principal, es lo que suponía que sería. La casa luce desgastada y un poco destrozada, como si hubiera sobrevivido a una tormenta, pero me encanta. Siento que la historia emana de ella.

—¿Es la casa de tu infancia? —pregunto. Jackson niega con la cabeza.

—Cuando mis padres se separaron, todo cambió. Mi padre consiguió su apartamento en Culver City, y mi madre permaneció aquí, en Santa Mónica. Mi madre siente que es lo más cercano al hogar, pero realmente extraño donde crecí. Hubiera sido genial mostraros a ti y a Theo esa casa, pero esta no está tan mal.

Sí, tener una casa sin duda no está tan mal. Sin mencionar los vuelos gratis que obtiene de un padre que probablemente podría costear con facilidad cada viaje si tuviera que hacerlo. No mencionaré nada de esto, obviamente: en especial dado que me contaste que tú ya lo hiciste. Pasabas tanto tiempo junto a él que las muestras del privilegio de Jackson nunca te molestaron. Hacías algunas bromas en las que Jackson jamás encontró demasiadas verdades, pero llegó un punto cúspide en que él quería que faltaras al trabajo para pasar el rato con él. «Algunos necesitamos empleos para pagar el museo», le dijiste, y discutisteis. Pero la discusión no fue suficiente para separarlos.

Jackson encuentra sus llaves dentro de la mochila y abre la puerta de entrada.

—¡Mamá, llegamos! —Mira alrededor, agazapándose ansioso, y unos pasitos rápidos se aproximan hacia nosotros. Con un nombre como Chloe, espero que sea una golden retriever muy hermosa, pero es una collie negra. Mueve la cola mientras Jackson le rasca el lomo.

—¡Estoy en la cocina! —dice la voz de su madre.

Me acerco a Chloe y ella se aparta corriendo de la mano de Jackson y retrocede.

—Eres demasiado alto para acercártele así. Inclínate conmigo —dice Jackson.

Me agazapo junto a él. Jackson hace sonidos de besos y dice el nombre de Chloe con una voz graciosa que suena a Mickey Mouse drogado. Supongo que Chloe confía en el ratón fumado porque se acerca y permite que ambos la toquemos. Además de que le rasquen el lomo, a Chloe le agrada que la acaricien con fuerza en la cabeza.

Jackson lanza sus cosas sobre el sillón y yo hago lo mismo. El lugar se siente muy despojado, no tan elaborado como esperaba. Quizás, después de todo, no tiene tanta historia. O tal vez no quieren exhibir su historia. Ahora lo comprendo. Han vivido aquí el tiempo suficiente para tener más muebles, ¿verdad?

Sigo a Jackson hasta la cocina, donde su madre está sentada junto a la mesa del comedor en su silla de ruedas. La señora Lane teclea con una mano mientras sostiene una carta. Nunca he visto fotografías de su padre, pero Jackson sin duda es una versión más joven de su madre. Se inclina y besa la mejilla de la mujer; luego la abraza.

—Me alegra que estés en casa —dice la señora Lane, abrazando a Jackson tan fuerte que se le cae la carta.

Me apresuro a recogerla y se la entrego cuando se separan.

—Hola. Soy Griffin.

Ella me sonrío con calidez.

—Qué bueno conocerte, Griffin. Muchas gracias por hospedar a Jackson. Sé que era muy importante para él estar con amigos —dice la señora Lane. Luego agita su teléfono y pone rostro serio—. Hay un botín por tu cabeza, por cierto.

—Mira a su hijo—. Podrías haberme avisado que tu invitado era un fugitivo.

—Lo siento —dice Jackson—. Aún te parece bien que se quede aquí, ¿verdad?

—Llama a tu madre. —Me ordena la señora Lane; suena agotada y resignada—. Acepta la idea mientras ambos permanezcan aquí y no en la residencia.

El alivio recorre mi cuerpo. Ese era el último obstáculo. Sé que cuando regrese aún me espera una tormenta de problemas, pero tengo permiso de quedarme en California hasta el miércoles, por ti, con Jackson.

—Vale. Lo haré.

—Por cierto, lo lamento mucho —añade la señora Lane—. Tengo entendido que Theo y tú erais muy cercanos.

—Gracias.

Asiente.

—Tomad asiento.

Me pregunto dónde te sentabas cuando los visitabas. Ocupo el lugar a la izquierda de Jackson, obviamente.

—¿Cómo estuvo el vuelo, Griffin? Fue la primera vez, ¿verdad?

Intercambio miradas con ellos.

—Jackson me mantuvo cuerdo. —No he conocido a los padres de nadie en este nivel de interacción cara a cara desde los tuyos, y siento que es muy extraño—. Creo que cogeré algunos vuelos más antes de realmente acostumbrarme, pero no fue lo peor del mundo. Lo que sin duda será un asco será volver a casa, a ese clima.

—Ah, si pudiera ir a cualquier parte ahora mismo, sería a Nueva York durante el invierno. Extraño los abrigos y caminar por la calle mientras mis dedos se entumecen por la nieve a medio derretir. Viajar se ha vuelto verdaderamente frustrante desde el accidente. Andar en silla de ruedas por las calles de Nueva York sería difícil.

No pregunto por el accidente que la puso en silla de ruedas, aunque parece que está dispuesta a hablar al respecto. Jackson nunca me lo contó. Igual siento que es una historia que le pertenece a ella para contar y no una en la que debo indagar porque me da curiosidad. Es muy parecido a cuando todos en la escuela preguntan por ahí para saber cómo moriste. Que las personas sientan curiosidad no les da el derecho de recibir una respuesta.

—Me gusta la decoración —digo—. Su casa es genial, también.

—Es mi hogar —dice la señora Lane.

Quiero observar la reacción de Jackson, pero no quiero delatarlo en caso de que no haya hablado con su madre acerca de esa incomodidad. Me sorprendería un poco porque parecen muy cercanos, pero tú y yo éramos cercanos y eso no evitó que retuviera información para proteger tu corazón. Quizás eso es lo que sucede aquí. Ella me mira.

—Espero no ser impertinente, pero Jackson mencionó que tú también estás tomándote un descanso de la escuela en este momento. ¿Sucedió algo allí?

Todo brota de mí. No estoy seguro del motivo, quizás porque es muy agotador reprimirlo todo, pero le cuento la historia entera a la señora Lane. Le cuento acerca de todas mis compulsiones, de sus reglas y de cómo me controlan. Le cuento acerca de la crisis nerviosa en la que hui de la biblioteca, llegué a casa, me quité el uniforme y lo desterré a mi armario. Le cuento que mis padres quieren que me comprometa a hacer terapia más allá de mi consejero académico. Le cuento cuánto me ha ayudado su hijo en mi recuperación.

La señora Lane sonrío brevemente, orgullosa del hijo que ha criado, del chico que amabas... incluso si no aprueba como él ha manejado mi visita sorpresiva. Rueda hasta la nevera y saca un pastel de cumpleaños de fresa en forma de letra *J*. Jackson dibuja una sonrisa amplia, similar a la de un niño, y no estoy seguro de que alguna vez pueda superar cuánto me sorprende ver la felicidad en alguien que ha perdido a un ser amado.

La señora Lane comienza a cantar sola el cumpleaños feliz, pero yo me sumo a mitad de la canción —de nuevo, sorprendente— y lo que me sorprende aún más es que Jackson también empieza a cantar la canción en su propio honor. Todos reímos al final... y vaya, Theo, realmente desearía que estuvieras aquí para añadir tu voz al coro.

La nueva cosa sorprendente que ocurre en *este* universo, en el que vivimos, no uno que tú creaste: ingreso a la habitación de Jackson Wright con mi mochila, para pasar la noche. Siento la tentación de preguntarle todo lo que has hecho en esta habitación, dónde estudiabas si es que lo hacías aquí, o si alguna vez tomaste asiento en el alféizar de su ventana cuando hablabas por teléfono, como lo hacías en mi cuarto. Pero eso podría llevar a algo demasiado íntimo, algo que cruzaría un límite.

Las paredes son color naranja óxido, un tono que quizás luce rojizo cuando la luz del sol no penetra por las ventanas de marco blanco. Estoy bastante seguro de que la cama gigantesca en el centro de la habitación es *king-size*. Lo que sin duda puedo afirmar es que nunca he visto una cama cubierta de una montaña de ropa tan alta como la suya. Veo que las puertas del armario y los cajones de la cómoda están abiertos de par en par; empacar para un viaje mientras estás de duelo debe ser un asco. Hay una cama más pequeña en una esquina, la cual supongo que es para Chloe y no para invitados como yo. Hay estanterías con pocos libros, pero con muchos juegos de cartas y sus paquetes de expansiones.

—Aquí estamos —dice Jackson, y lanza sus bolsos en el suelo—. Una de las dos habitaciones. ¿Qué te parece?

Hay cinco pósters de películas clásicas en la pared, pero solo he visto *Eduardo Manostijeras* (que la odié). Las otras cuatro —*Los Goonies*, *El resplandor*, *Scream*, *Pesadilla en la calle Elm*— no las vi, así que cuando las agrupo de ese modo, no está mal. Sin embargo, el quinto póster me perturba.

—Supongo que dormiré en la sala de estar.

—¿Por qué? Hay lugar de sobra en la cama...

—¿Cuándo quites cada prenda que posees? Tengo algo en contra de *Eduardo Manostijeras*. —De hecho, no estoy completamente inventando excusas para mi TOC; ese póster realmente es espeluznante al igual que la película.

—¿Qué tienes en contra de mi película favorita de Johnny Depp?

—La vi cuando era niño y me asustó mucho. Tuve una pesadilla en la que él venía a la cafetería de mi escuela en una camisa de fuerza y quería cortarme —confieso.

—Pero tiene una camisa de fuerza.

—Primero, cualquiera que se me acerque en una camisa de fuerza ya es lo bastante espeluznante. Añade el hecho de que Edward tiene cuchillas en lugar de manos y obtienes un Griffin de diez años tan asustado que sus padres tuvieron que regalarle el DVD al vecino porque él no podía soportar tenerlo en la casa. —Señalo el póster—. Y ahora, me enfrento de nuevo a mi enemigo, veinte veces más grande que en la cubierta del DVD.

—Debemos verla de nuevo mientras estés aquí.

—Me marcharé hoy mismo si crees que eso sucederá.

Jackson camina hacia el escritorio pequeño que tiene en una esquina del cuarto.

—¿Cómo abrirás la puerta si tienes una camisa de fuerza?

—No es gracioso.

—Tienes razón. Lo siento. —Jackson alza una mano, rindiéndose. Luego, exhibe rápidamente la otra que estaba oculta en su espalda, que sujeta un par de tijeras y las abre y las cierra en el aire. Da un paso hacia mí y ríe antes de que pueda aproximarse demasiado... demasiado a mi puño cerrado, claro. Apoya las tijeras de nuevo sobre el escritorio—. ¿Tregua?

—Tregua. —Coloco mi mochila junto a la de él—. Esta habitación es enorme. —Diría que es el doble que la mía.

—Sí, de las tres habitaciones, mi madre permitió que me quedara con la principal. Supongo que no veía motivo alguno para estar en el cuarto destinado a dos padres. También creo que quería que tuviera alguna victoria después del divorcio, así que me quedé con la habitación grande —comenta Jackson y abre la ventana cuando Chloe llega y se acomoda sobre la cama.

Camino por la habitación, y veo sobre su escritorio la misma fotografía tuya con Jackson que estaba en tu cuarto, donde solía estar la nuestra. Jackson dobla algunas prendas. Lo ayudo hasta que noto algo escrito en la pared, en la esquina del cuarto. Me acerco y está desdibujado, pero logro leerlo: *THEODORE+JACK*. Su nombre está escrito con tu letra, y el tuyo con la de él.

—¿Qué es esto? —No es mi intención que mi tono sea tan acusador. Jackson deja de doblar los calcetines.

—Lo hicimos después de nuestra primera pelea. Y sí, estábamos discutiendo por ti.

Me cuenta la historia; es la primera vez que escucho al respecto. Jackson y tú estabais paseando por Venice Beach después de clases. Ambos imitabais a los tíos musculosos que alzaban pesas y saltaban, y tú fracasabas estrepitosamente. En medio de una voltereta de Jackson, yo te llamé y tú atendiste. Jackson creyó que me dirías que me llamarías después, pero te sentaste en la arena y continuaste hablando conmigo.

—Me molestó tanto —dice Jackson—. Pero no podía decir nada malo acerca de ti. Me negué a pronunciar palabra alguna cuando por fin dejó de hablar por teléfono veinte minutos después. Theo odiaba aquel silencio.

Lo que no comprendes, Theo, es que el silencio a veces es preferible a que alguien hable antes de estar listo. Así es como surgen las mentiras.

—Volvimos hasta aquí en el coche para poder devolverle sus cosas, y estaba listo para terminar la relación. Anika no me creyó cuando le dije eso, pero yo hablaba en serio. No quería continuar compitiendo con su pasado. Theo me dijo que dejara de estar tan callado y que le contara qué me sucedía. Le dije que eras tú. Él tomó un marcador y dijo que probaría dónde yacía su lealtad.

Jackson cierra las persianas y apaga las luces. *THEODORE+JACK* cobra vida, un océano azul resplandeciente en la oscuridad. Solo puedo imaginar cuán brillante serán las palabras cuando haya una oscuridad total. Siento que algo desagradable se revuelve en mi interior.

—Él no sabía que era un viejo marcador con tinta que brilla en la oscuridad que Veronika olvidó aquí. Dijo que si él realmente me importaba, yo escribiría su nombre. Me incliné a su lado y lo hice. —Jackson contempla sus nombres, y baja la voz—. Luego me dijo que me amaba. Por primera vez. Respondí lo mismo.

No digo nada. Mi silencio es devastador. Solías contarme acerca de estas discusiones, discusiones en las que solía regocijarme, pero nunca me contaste que esta terminó del modo en que lo hizo; nunca siquiera me contaste acerca de esta.

—Necesitamos salir de aquí —digo—. Si me meteré en problemas por estar en California, lo aprovecharé al máximo. ¿A dónde podemos ir? ¿Qué podemos ir a hacer? Lo que sea.

—¿Qué te parece un paseo en automóvil? —sugiere Jackson; enciende la luz

y sus nombres desaparecen de inmediato.

—Buen plan de batalla —digo.

Pero planeamos muy poco este minivaje en carretera. Jackson no cambia su calzado por sandalias para ser más californiano (o al menos lo que yo creo que son los californianos); no empaca una nevera portátil con sandwiches y botellas de agua; no coge el bronceador para el caso de que estemos fuera más tiempo de lo esperado. Le dice a la señora Lane que iremos a pasear en automóvil, pero eso es todo. Jackson me lleva afuera al garaje conectado con la casa, donde un Toyota Camry negro lo espera. Jackson sube al asiento del conductor, así que voy automáticamente al asiento trasero y me acomodo en el centro, frente al espejo retrovisor, donde cuelga una clase de pluma de espías.

—¿No quieres ocupar el asiento del acompañante? —pregunta Jackson—. Oh. Espera, entonces, ¿cómo funciona? ¿Nunca te sientas adelante?

—Me sentaré al frente cuando aprenda a conducir o cuando me mude a Londres —respondo. O si logro librarme de esta compulsión, pero seamos realistas: allá voy, Londres.

—Entendido.

Jackson presiona un botón y las cuatro ventanillas descienden de modo automático. La brisa del océano invade el vehículo. Salimos del garaje, la puerta se cierra detrás de él, dobla rápido a la derecha y coge la calle mientras el viento golpea mi rostro del modo más relajante posible. Estoy a punto de gritarle a Jackson para preguntarle a dónde iremos primero, cuando él enciende la radio y deja la primera estación de pop pesado que aparece.

Antes de que lo note, él comienza a cantar hermosamente una canción terrible acerca de beber alcohol en exceso un viernes por la noche. Conduce con un brazo apoyado en el marco de la ventanilla y de vez en cuando reclina la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados para cantar un tono que yo destrozaría si me atreviera a dejarme llevar por el momento como él. Pero para mí es divertido observarlo cantar, al igual que era divertido observarte cantar en el automóvil con tus padres o en tu habitación. Miro el asiento del acompañante al frente y te imagino sentado a la derecha de Jackson, cantando con él. Te imagino que te giras para mirarme, y extendiendo una mano para sacudir mi hombro hasta que empezara a cantar contigo.

Hay un universo paralelo donde somos un grupo de tres, tan cercano y unido que no necesitamos un cuarto miembro para equilibrar las cantidades para mí. Donde un cuarto miembro sería solo problemas. Jackson conduce, tú estás en el asiento del acompañante, yo os grito a ambos que subáis el volumen cuando

llega nuestro himno, y todos cantamos tan fuerte que la radio no puede competir con nuestro coro levemente desafinado y cómodo. Pero, por desgracia, ninguno de nosotros vive en ese universo.



PASADO

VIERNES 18 DE SEPTIEMBRE DE

2015



Ha sido un poco difícil seguirle el ritmo a las citas por Skype debido a los horarios de la universidad de Theo y la diferencia horaria, pero nos arreglamos. Los viernes está libre de clases a las dos, y podemos conversar cerca de las cuatro, cuando regreso a casa de la escuela. Pero solo tenemos una hora para hacerlo porque tiene reuniones de tutoría.

Llamo en cuanto llego a casa, y él responde de inmediato.

—Llegas tarde —dice el Theo tamaño pantalla de portátil.

—Solo dos minutos —replico.

—Has perdido dos minutos de mi compañía. Y... —Theo alza el paquete que le envié al principio de la semana—, ¡esos son dos minutos más que he tenido que esperar para abrir lo que sea esto! ¿Eres tú? ¿Estás dentro de la caja? —Agita la caja y yo me muevo de un lado a otro.

—¡Ábrela!

Su compañero de cuarto, Manuel, con el torso desnudo como es habitual, aparece detrás de Theo mientras él abre el paquete.

—Hola, colega. —Me saluda con la mano antes de preguntarle a Theo si puede ver lo que contiene la caja.

—¿Es seguro?

—No es un folioscopio de mí mismo desnudándome.

—Maldición. Ahora que has puesto esa idea en mi mente, lo que sea que haya dentro será inferior. Cavaste tu propia tumba, ¿vale? —De todos modos, Theo abre la caja, por supuesto, y saca dos libros para colorear para adultos: uno de *La guerra de las galaxias* y otro de *X-Men*, y un muñeco cabezón de un pirata—. Vale, el muñeco es bastante genial.

Manuel coge el libro para colorear de *X-Men*.

—Theo, hombre, un libro para colorear no te ayudará a encajar aquí.

—Me importará una mierda hasta que comiences a usar camisetas. —Theo arrebató el libro de las manos de su compañero—. Gracias, Griff.

Theo y yo hablamos lo suficiente y no podría decir jamás que *no* estamos al día. Su horario de clases y de tutorías son bastante exigentes, pero siempre hace tiempo para estas citas por Skype. Parte de mí sabe que no deberíamos llamarlas citas porque técnicamente ya no estamos saliendo, pero aún somos bastante cariñosos con el otro y es claro que ninguno de los dos intenta seguir con su vida. Saber que me ama es lo único que evita que enloquezca por completo sin él.

JUEVES 29 DE OCTUBRE DE 2015

Theo llega veinte minutos tarde a nuestra llamada por Skype, así que le envío un mensaje que llega a su teléfono, pero que no responde de inmediato. Sé que esta tarde ha tenido su sesión de tutoría —un alumno de un instituto local aparentemente está destinado a la escuela de verano si Theo no logra ayudarlo a mejorar sus calificaciones—, pero cada vez que se queda hasta tarde, siempre me avisa, así que no permaneceré sentado frente al ordenador como un patético imbécil enamorado.

Como en este instante.

Excepto que soy un patético gilipollas enamorado, vestido como Han Solo porque quería sorprender a Theo con un adelanto de mi disfraz de Halloween. Quizás aún esté caminando de regreso a casa y no quiere que su teléfono se moje. Hoy mencionó que estaba lloviendo mucho.

SÁBADO 31 DE OCTUBRE DE 2015

—**Es una locura que hoy, hace un año**, estabas ayudándome con el ensayo que me trajo hasta aquí —dice Theo; ya está vestido para Halloween; solo le faltan las garras de Wolverine que se está colocando en este instante—. Todo puede cambiar de un día para otro.

—No diría que un año es un día para otro, pero sí. Es culpa mía que estés allí —digo y coloco la pistola de Han Solo contra mi cabeza—. Debería haberte permitido enviar tu primer ensayo.

—Es probable que hubiera ingresado igual —responde Theo. Frunzo el ceño ante la pantalla.

—No recuerdo aquella arrogancia el año pasado cuando nos perdimos la fiesta. ¿La universidad se te subió a la cabeza? —Estoy bromeando. Al menos, creo que lo estoy haciendo.

—Como dije, todo puede cambiar de un día para otro. De todos modos, lamento que hoy sea una sesión breve de Skype. La fiesta es fuera del campus, pero escuché que los chupitos de gelatina me causarán un traumatismo cervical.

—¿Eso es algo bueno?

—Ya veremos.

Siento que prefiere la gelatina a mí, pero no digo nada porque sé que elige socializar y divertirse por su salud mental. Hay una cierta cantidad de veces que uno puede hablar con su exnovio/mejor amigo por Skype y no querer más. Siempre olvido todo en estos momentos, pero es posible que no sea suficiente para él.

—No hay problema —digo—. De todos modos, debo irme a reunirme con Wade. ¿Has hablado con él últimamente?

Theo frunce el ceño.

—Han pasado algunos días desde que le envíe mensajes a Wade, pero no me ha respondido.

—Le diré hoy que se comunique contigo.

Theo flexiona la mano y sus garras de plástico —seis en total— y luce completamente listo para patear traseros.

—No te preocupes, Han. —Guiña un ojo. Llamen a la puerta y se incorpora—. Ahí está Manuel que olvidó de nuevo su maldita llave. Un segundo. —Theo se levanta y grita mientras se acerca a la puerta—. No deberías vestirme

de Tarzán si significa que no tendrás un bolsillo para tu... Oh. Hola.

—¡Sorpresa! —No conozco esa voz, y no estoy seguro de que Theo lo haga.

—Hola —saluda Theo.

—El amarillo te queda bien —dice el chico—. E incluso te va mejor.

Theo no responde.

—¿Es un mal momento?

Estoy escuchando algo que siento que no me concierne, pero no me desconectaré.

—No, estoy hablando por Skype. Solo iré a despedirme de mi colega. ¿Me esperas afuera un minuto?

Theo cierra la puerta y regresa, sonrojado.

—Lo siento. Es mi colega Jackson. Me llevará a la fiesta esta noche. Debería irme.

—Vale.

—¿Todavía estarás disponible para conversar mañana?

—Sí.

—Vale, Griffin. Cuídate. Que la fuerza te acompañe.

—A ti también, Theo. Buenas noches. —No le recuerdo que Han Solo no creía en la Fuerza, al menos no al principio. Theo aprieta el puño y dibuja una sonrisa que no creo sincera antes de desconectarse.

Ya no tengo ganas de salir.

No puedo dejar de pensar en que Theo lo llamó una sesión por Skype y no una cita por Skype. O en que me llamó solo «su colega» y nada más.

SÁBADO 7 DE NOVIEMBRE DE 2015

Otro sábado, otra llamada por Skype. Theo me cuenta acerca del salón de pinball al que fue anoche con Manuel, junto a ese chico Jackson de Halloween y algunos otros alumnos de primer año. No creo que deba leer entre líneas, porque lo único que encuentro es una advertencia para que me prepare. He conocido a Theo durante años; sé cuándo está a punto de dar un discurso importante acerca de un cambio. Y no tengo la sensación de que será igual de bueno que cuando cogió mi mano en el tren y confesó lo que sentía por mí.

—¿Quién ganó?

—Manuel —responde Theo—. El tío es bestial. Es una de las pocas cosas que hacen que se ponga una camiseta y se reúna con los demás.

—Parece que estás creando un grupo de colegas.

—Nada como vosotros, tíos —dice Theo—. Ya sabes cómo es. Vas a la escuela con algunas personas y luego nunca más hablas con ellos de nuevo. —deja de hablar abruptamente—. No sucederá con vosotros dos. Lo juro.

Pero ya está ocurriendo. Wade y Theo tuvieron otra de sus pequeñas discusiones de nuevo —ninguno dice cuál fue la causa, probablemente porque fue muy estúpido— así que soy la única conexión de Theo con el escuadrón. Pero aun así, Wade y yo a duras penas contamos como un escuadrón. Theo es nuestro pegamento, nuestro centro.

—Pero Jackson es buena onda. Em... quizás esté pasando algo con él —dice Theo. Ahora evita por completo hacer contacto visual. Confiesa algo que he sospechado desde Halloween. Pero la sospecha no es suficiente para hacer que la habitación deje de girar. La sospecha no es lo mismo que la confirmación—. No lo sé. Todavía es pronto.

—Guay —miento. Es una mentira pequeña, pero sé que de todos modos las mentiras crecerán mientras el tiempo que Theo comparte con Jackson lo haga.

—He querido hablar contigo acerca de este tema durante una semana. Es muy confuso, porque sé que no he superado lo nuestro. Pero me gusta pasar tiempo con Jackson —dice Theo. Oír el nombre de Jackson es asfixiante, pero no puedo demostrar debilidad alguna porque Theo ahora me mira—. Quiero que seamos capaces de hablar al respecto, Griff. Aún eres mi persona favorita. Eres extremadamente importante para mí, pero si no quieres oír nada relacionado con esto, no puedo enfadarme contigo. ¿Qué piensas?

Asiento como si todo estuviera bien. Incluso mis movimientos son mentira.

—Por supuesto que quiero que cuentes conmigo, Theo. Mira, no estamos saliendo. Terminé nuestra relación porque imaginé que esto podría suceder. No estás haciendo nada malo. —Excepto escupir en el rostro de todo lo que éramos al seguir adelante con tu vida tan solo dos meses después—. ¿Cómo os habéis conocido?

—De hecho, fue el día en que llegué tarde a nuestra conversación por Skype. Llovía y Jackson detuvo su automóvil y se ofreció a llevarme. Me dio una camiseta que tenía en la parte trasera del vehículo para que me secara y tenía el logo de SMC. Comenzamos a hablar y nos reunimos esa noche en la cafetería para continuar conversando. —Hay cierta liviandad en su voz, alivio por quitarse esto del pecho—. De hecho, creo que te caería bien.

Finjo una sonrisa.

—Sueles tener buen gusto —bromeo en vez de gritar—. Entonces, ¿no esperabas que Jackson apareciera en Halloween?

—Para nada —responde Theo, casi sin respirar—. Quería hablar contigo.

—¿Cuál fue su disfraz?

—Cíclope —dice Theo—. Creció con una fantasía de Wolverine y Cíclope, así que creímos que sería gracioso.

No veo que sea gracioso hacer un disfraz de parejas cuando no estás saliendo con alguien, pero está bien.

—Oye, de hecho, tengo que devolverle una llamada a Wade —miento—. Pero deberías enviarme una fotografía de Halloween si es que tienes alguna. Quiero ver cómo luce este chico. —Probablemente es la cosa más honesta que he dicho.

—Lo haré. ¿Conversaremos mañana?

—Vale. —Maldición, es imposible que tenga otra videollamada con él de nuevo mientras Jackson esté en su vida. Esta noche disimulé bien, pero mi rostro está destinado a traicionarme. De ahora en adelante, solo serán conversaciones telefónicas por Skype, donde no será capaz de verme lidiando con ninguna de mis compulsiones—. No olvides enviar la foto. Nos vemos, Theo.

Theo respira hondo, mueve levemente la cabeza de lado a lado.

—Hasta luego, Griff.

Me desconecto.

Miro mi teléfono a la espera de la fotografía.

No sé por qué me hago esto. Sentí que cada palabra que dijo fue un ladrillazo en la cara. No está intentando herirme; confío en que me quiere lo suficiente para nunca destruirme intencionalmente. Pero cuando lanza un ladrillo, la situación está fuera de sus manos y depende de mí esquivarlo. Si me agazapo, Theo creerá que no tengo la fuerza suficiente para soportar el dolor. Quizás tenga razón.

Me pregunto si Jackson lucirá como lo imagino, lo cual es todo lo que yo no soy: delgado, con el bronceado de un surfista; el pelo más rubio que el de Theo; ojos azules irreales sobre los que algún enamorado escribiría poemas; barba incipiente que le crece sola pero que parece a propósito.

Mi teléfono vibra y hay dos archivos adjuntos. Cliqueo en ellos para abrirlos antes de que pueda cambiar de opinión. La primera muestra a Jackson solo, sentado en el suelo de algún lugar. No es en absoluto lo que esperaba.

Me recuerda a mí mismo. Tenemos la misma contextura, el mismo pelo oscuro, las mismas piernas largas y la misma sonrisa de autosuficiencia. Theo encontró un clon de Griffin. Apostaría dinero a que Theo camina a la derecha de Jackson.

Miro la segunda fotografía, que muestra a Theo Wolverine rodeando con un brazo los hombros de Jackson Cíclope, y ambos sonríen.

Lo extraño es que, de hecho, me siento mejor. No creo llevar las de perder aquí. Si tengo que dejar que Theo lance ladrillos a mi rostro para poder mantenerlo en mi vida, no tengo que permitir que me golpeen.

Puedo atraparlos.

JUEVES 31 DE DICIEMBRE DE 2015

El año pasado, en Noche Buena, pensaba muchas tonterías acerca de que las tormentas eran geniales. Luego, una tormenta real unió a Theo y a Jackson. Tampoco tuve en cuenta los rayos, los cuales siento que han caído una y otra vez.

Cayó un rayo cuando Theo recibió su carta de admisión.

Cayó un rayo cuando Theo empacó su habitación.

Cayó un rayo cuando Theo se mudó.

Cayó un rayo cuando Theo conoció a Jackson.

No puedo hacer nada más que dejar que me golpeen una y otra vez. Aún si no hablo más con Theo, eso no ayudará a mi imaginación. No ayuda esta noche, cuando intento obligarme a ir a dormir temprano porque sé que es imposible que Theo se aparte de Jackson para llamarme a medianoche, en mi zona horaria. No puedo soportar estar despierto en el momento exacto en que horas después él besará a Jackson en una zona horaria totalmente distinta.

Theo por fin vendrá de visita para su cumpleaños, así que si puedo ser fuerte hasta febrero, si puedo evitar asustarme cada vez que cae un rayo, existe la posibilidad de que pueda recuperarlo.



PRESENTE

LUNES 12 DE DICIEMBRE DE 2016



Jackson se detiene en el aparcamiento de una iglesia. Debería recordarle cuál es mi postura respecto al personaje de Dios, pero este lugar es hermoso. Prácticamente salgo por la ventanilla para admirar los ladrillos color arena y los vitrales bañados por la luz del sol. Nunca mencionaste ir a misa con Jackson, pero supongo que no me sorprendería que lo hicieras. Estoy tratando de ser respetuoso, pero mis sentimientos hacia la fe en este momento son los mismos que tengo hacia la iglesia misma: hermosa y prometedora por fuera, pero probablemente decepcionante por dentro.

No compartiré ninguno de estos pensamientos de no creyente con Jackson. Es evidente que él vino aquí por un motivo, quizás para rezar por ti, estés donde estés.

Jackson baja del vehículo y yo hago lo mismo. El clima es muy encantador y me siento extraño al pensarlo, pero es más agradable hacer el duelo durante el invierno en California que en Nueva York, donde el clima ya hace que la vida sea lo suficientemente miserable. Él ya me ha ayudado al permitir que huyera con él.

—Toma asiento en el lugar del conductor —dice Jackson.

—¿Cómo dices?

—Te enseñaré a conducir. —Jackson se dirige al asiento del copiloto.

—Espera. ¿No estás aquí para rezar?

—No, solo usaremos el aparcamiento. Es lunes por la tarde. No es precisamente un horario muy concurrido.

Comienzo a reír.

—Vete al diablo.

—Maldita sea, Griffin, cuida tu lenguaje.

No puedo creer que haré esto, pero ¿por qué no? Ocupo el asiento del conductor; Jackson, el del acompañante. Abrocha el cinturón con rapidez, como si existiera la posibilidad de que yo haga que salgamos disparados hacia la iglesia en los próximos segundos. Es extraño estar en el asiento del conductor. Incluso han pasado algunos años desde que me he sentado del lado del copiloto.

Jackson me explica dónde colocar las manos, y señalo que es un mal modelo a seguir como conductor: cuando conducía, tenía el brazo izquierdo fuera de la ventanilla. Me enseña todo lo que hay que saber acerca de espejos, giros, señales e incluso etiqueta, como si fuera a seguir de cerca otro vehículo momentáneamente.

Arranco. Es excitante, incluso a veinticuatro kilómetros por hora. Siento que es muy parecido a los juegos de carreras en los que competíamos, excepto que sería muy malo para Jackson y para mí que el vehículo cayera de un puente en este momento, porque es probable que no resucitemos. Jackson me alienta a acelerar un poco, lo cual, por supuesto, hace que mi pie nervioso pise el pedal con demasiada fuerza, así que freno y la cabeza de Jackson se sacude hacia adelante. Me sorprende que aún esté sobre sus hombros y no rodando a través del parabrisas. En el aparcamiento de esta iglesia, diré que Dios bendiga a la persona que inventó los cinturones de seguridad.

Jackson no me echa del asiento del conductor. Ríe al respecto y me enseña a continuar y a no tener un ataque de nervios.

Lleva unos minutos, pero comienzo a hacerlo mejor. Conduzco en círculos como un profesional. Es liberador estar en el asiento del conductor, decidir si iré a la izquierda o a la derecha, hacia adelante o hacia atrás. Es liberador tener el control.

Jackson no me obligó a conducir en la autopista, lo cual es bueno porque de otro modo probablemente no hubiéramos llegado en una pieza a tu universidad. El edificio de la residencia estudiantil parecía más grande y agradable en las fotografías de la página web de la universidad y en las que tú me enviaste, pero en persona es un poco aburrida. Quizás esa es otra razón por

la que te agradaba tanto quedarte a dormir en la casa de Jackson, con su perra amigable y su madre aún más amigable.

Es extraño ver alumnos con jerseys en un clima cálido como este. Debe haber un fenómeno en California donde los estudiantes confunden una temperatura de quince grados con frío. Tú lo has hecho. En diciembre o enero, no recuerdo bien, estábamos hablando por teléfono y mencionaste que necesitabas regresar a tu habitación para buscar tu jersey porque hacía un poco de frío. Mientras tanto, yo lidiaba con un invierno bajo cero. Tenía jerseys debajo de mi abrigo, pero olvidé mis guantes, así que agarrar el teléfono fue terrible para mis dedos. Fue una buena excusa para cortar la comunicación. Sonabas demasiado feliz de estar en California y sonabas como un desconocido. Ahora no me molesta admitirlo.

Jackson detiene el vehículo y, de inmediato, dos chicas corren hacia él, le ofrecen sus condolencias y le dicen cuánto te extrañan. Un nudo aparece en mi garganta; debería haber esperado esto. Él continúa mirándome y no sé si está tratando de presentarme a esas chicas o si quiere que invente una excusa para rescatarlo de la situación, pero más alumnos se suman a la multitud y nos separan.

Me recupero rápido. Esto es una muestra de cuánto te querían y cuán conectados estabais Jackson y tú. Pero Jackson ahora parece a punto de llorar. Obtengo fragmentos de recuerdos, todos clamando por que los escuche a la vez:

—A él no le molestaba en absoluto que copiara su tarea si le prestaba videojuegos. Era un tío realmente genial.

—Creí que yo era el rey del ajedrez hasta que jugué contra él.

—Fui a visitarlo para ver si él podía arreglar el control remoto de mi tele y tuvimos una conversación maravillosa de cuatro horas.

Te extrañan. Quizás incluso han sido tus amigos.

Tomo el hombro de Jackson, tiro de él y lo aparto mientras balbuceo que tengo que llevármelo para algo. Jackson tiembla, y rodeo sus hombros con mi brazo. Todos hacen silencio. Nos observan caminar hacia el edificio y deben estar muy confundidos, quizás equivocan mi amistad con intimidad... pero lo único que me importa es asegurarme de que Jackson no colapse, en especial no antes de que ingresemos a tu habitación para empacar tus pertenencias. Al menos hemos hallado un modo de convertir mi fuga en algo constructivo. Incluso mis padres lo aprueban. Debemos decidir qué está bien que Jackson conserve y qué deberíamos enviarle a tu familia.

Jackson me guía por los pasillos. Las puertas infinitas son idénticas, excepto por alguna decoración o folleto ocasional, pero Jackson nunca pierde el camino. Todavía hay veces que me confundo regresando a casa si tomo una ruta distinta o si me pierdo demasiado en mi mente o en la canción que esté escuchando. Pero es probable que Jackson pudiera hallar el camino hacia tu cuarto con los ojos vendados. Sé que es la habitación número diez en el pabellón oeste por todo el correo que te envié, pero si por algún motivo lo hubiera olvidado y estuviera aquí sin Jackson, hubiera sido fácil encontrarla por lo que hay afuera: arreglos florales, velas y notas de luto pegadas en la puerta.

El nudo regresa a mi garganta. No puedo leer lo que las personas dicen acerca de ti; duele demasiado. Jackson y yo no somos los únicos que sufren. No sé cuándo le diste a Jackson una llave de tu habitación, pero él abre la cerradura y pasamos, y tenemos cuidado de no pisar las flores.

—Aquí estamos. —La voz de Jackson es temblorosa—. Parece un pueblo fantasma.

Solo conozco este cuarto a través de las fotografías que Jackson y tú habíais compartido en las redes sociales al principio de este semestre, porque estabais celebrando que no tendríais compañeros de cuarto para su segundo año. Sobre tu escritorio está tu ordenador portátil, tu iPhone en la estación de carga, la figura del pirata y los libros para colorear que te envié en mi primer y último paquete, y una taza de *La guerra de las galaxias* con plumas dentro. La cama individual está deshecha. Es muy pequeña, y cada vez que Jackson pasó la noche aquí, ambos debíais veros obligados a apretujaros juntos para que ninguno cayera del borde. No tengo idea de cuándo fue la primera vez que Jackson y tú tuvisteis sexo, pero la primera vez que me lo mencionaste casualmente fue algunos meses después de que ya estuvieras saliendo con él; era una broma, como si estuvieras probando las aguas para ver si me reiría. Lo hice, pero supe que notaste que me lastimó, porque nunca lo mencionaste de nuevo. O es eso o Jackson y tú dejasteis de tener sexo, lo cual, seamos honestos... Te conozco.

—Regresaré en un minuto. Iré a buscar algunas cajas —dice Jackson en voz baja y me deja solo.

Odio que no estés descansando en esa cama en este instante, dormido, o con los auriculares puestos, escuchando una canción que me recomendarías. Me acerco a tu escritorio y tomo la figura del pirata. Sacudo su sable, observo cómo tiembla su cabeza y dibujo una sonrisa gigante. Es como si él fuera el

único pirata sobreviviente que no ha sido infectado con el virus zombi, quien ahora posee los mapas de todos los tesoros enterrados de los demás y quien zarpará para recolectarlos todos. Continúo sacudiendo una y otra vez el sable hasta que Jackson regresa.

—¿Te molesta si...? ¿Te molesta si conservo este pirata? —le pregunto. Sé que lo compré para ti, pero no sé si Jackson también posee una conexión con él; semanas atrás ni siquiera hubiera preguntado.

—Es tuyo —dice Jackson y apoya algunas cajas.

—Gracias. Theo y yo bromeábamos mucho acerca de los piratas. —Tomo asiento en la cama, todavía sacudo el sable en una secuencia de dos.

—El apocalipsis de los piratas zombis, ¿verdad? Me contó sobre eso.

El pirata me convierte en un niño... un niño confundido que comienza a llorar. Jackson se sienta a mi lado y coloca un brazo sobre mis hombros. Muevo el pirata sobre mi pierna, como si estuviera caminando por la tabla, y lo hago saltar al océano, sobre el regazo de Jackson. Jackson hace una mueca y ríe un poco mientras me acerca más a él. Es inquietante cuán agradable es el contacto corporal. Me pregunto si él siente lo mismo. Me muevo un poco, esperando hundirme un poco más en el lateral de su cuerpo, pero me suelta por completo; es probable que confundiera mi movimiento con incomodidad.

Quizás él no siente la misma comodidad que yo he sentido. Quizás he cruzado un límite que no debería haber cruzado.

Nos centramos en empacar las cosas de tu cuarto. Jackson guarda camisetas y pantalones que no reconozco en una caja; yo vacío tu escritorio y coloco todo en la segunda caja. Es una tarea que lleva un poco menos de veinte minutos y no más de dos cajas.

Todavía estoy llorando cuando terminamos. No puedo creer que toda tu vida aquí cupiera en dos cajas.

Ni siquiera puedo fingir que no estoy cansado debido al *jet lag* como cualquier otro chico que cambia de zona horaria por primera vez. Apenas estamos en el día uno del Tour de Theo, pero me agota de modos que no predije. Jackson está igual, obviamente. Ha estado en silencio desde que subimos a la autopista. Ignoró por completo mi pedido desde el asiento trasero de subir el volumen de la música para intentar levantar su ánimo.

La pluma de espía en el espejo retrovisor llama mi atención otra vez, así que le pregunto dónde lo consiguió, aunque sospecho que tú se lo diste.

—Fue el regalo que me hizo mi padre para mis diecisiete años —responde

Jackson, mientras lo mira de nuevo antes de centrar su atención de nuevo en la carretera—. Él sabe que ya no me interesaban los regalos de cumpleaños a partir de mis trece o catorce años, pero de todos modos eligió esta pluma para mí en un aeropuerto de Chicago porque cuando yo era niño me encantaban los espías. Le mentí a Theo y le dije que su figura de acción de Daredevil edición coleccionista era mi regalo favorito de todos los tiempos, pero la verdad es que es esta pluma.

Estoy seguro de que la figura de acción era su segundo regalo favorito, Theo.

—De hecho, es guay —digo—. Sin ofender, pero no es lo que esperaba en base a todo lo que sé acerca de él. Sé que es generoso con los vuelos gratis y las cosas, pero esto es diferente.

—Exacto —responde Jackson—. Creo que por esa razón no me interesaban los cumpleaños. Recibía muchos regalos de parte de mi madre y de mi padre y siempre sentía que estaban comprándome. Mi madre me regalo el cuarto principal y el automóvil. Mi padre me dio un ordenador portátil muy bonito. Y luego me compró esta pluma de espías, que básicamente es una linterna que también permite escribir en tinta invisible, pero me recuerda a cuando era un niño y mis padres trabajaban juntos para crear misiones para mí con códigos divertidos que descifrar.

Asimilo la información.

—Sin embargo, estás contento de que se hayan separado, ¿verdad?

—Sí, se odiaban. Pero a veces algo pequeño como crear juegos de espionaje para mi entretenimiento me recuerda a los compañeros de equipo que podrían haber sido.

—Si me dices que lo tienes colgado del espejo retrovisor para poder siempre recordar esos tiempos, te golpearé en la ingle.

Jackson ríe.

—No golpees mi ingle. No soy tan filosófico. Lo tengo en el espejo retrovisor porque se perderá en otra parte. Además, con todas las idas y venidas, el automóvil es en realidad mi única constante.

—Estás peligrosamente cerca del límite de las estupideces filosóficas.

—Vale, de acuerdo. Lo tengo en el vehículo siempre porque a veces tengo pensamientos muy privados que necesito escribir para sacar de mi pecho, pero lo hago con tinta invisible, así nadie los leerá jamás.

Alzo el puño, como si estuviera a punto de golpear su ingle.

—Sé cómo funciona la tinta invisible. Haz otro intento.

—¿Nunca sé cuándo necesitaré una linterna?

Bajo el puño.

—Mejor.

Él sonrío y veo en el espejo retrovisor que yo también estoy sonriendo.

Sin previo aviso, Jackson para en la autopista, en una intersección que recorre un acantilado, y apaga el motor. No sé por qué mi mente se precipita y piensa en la peor situación posible sin ninguna evidencia sustancial que lo avale, pero me giro esperando encontrar el vehículo de la policía detrás de nosotros a pesar de que Jackson está conduciendo perfectamente bien, si ignoras todas las veces que cierra los ojos para cantar o que quita las manos del volante. La seriedad del rostro de Jackson sugeriría algo similar, pero se quita su cinturón de seguridad, me mira y dice:

—Este es aproximadamente el lugar donde conocí a Theo.

No tengo palabras. Estoy entumecido.

Desciendo del vehículo y Jackson también. Me siento muy desconectado hasta que piso algo metálico y el ruido me hace salir del trance, y veo que es solo una lata de Pepsi que alguien probablemente ha lanzado por la ventanilla de un automóvil. El suelo es hermoso; es una mezcla de tierra y arena, y si tuviera que describirlo para alguien que está en casa, diría que es como el campo de béisbol del Central Park. Pero cuando conociste a Jackson, debía estar oscuro y húmedo, quizás incluso cubierto de lodo. Es extraño, pero en cierto modo desearía que tus pisadas hubieran sobrevivido impolutas, como en cemento, para poder pisar donde tú pisaste. Pero no lo necesito. Ya no necesito estudiar cada centímetro del camino que te llevó a subir a su automóvil aquel día de lluvia: por fin veo lo que viste en él.

—¿Alguna vez regresasteis aquí? —Quizás es una pregunta demasiado íntima, pero es una suposición obvia. Tú y yo tomábamos el metro juntos, preguntándonos si el vagón en el que estábamos era exactamente el mismo que en el que comenzó nuestra propia historia, el prólogo de lo que debería haber sido una historia de amor épica.

—Una vez al mes —responde Jackson.

—¿Por qué solo una vez?

—Lo hacíamos para nuestro aniversario —dice Jackson—. Sé que celebrar cada mes es estúpido, pero realmente significaba mucho para mí. Theo fue mi primera relación seria, y quería que todo tuviera significado, en especial después de lo inútil que me sentía junto a mi ex. Sin duda, yo era quien le recordaba la fecha, pero él siempre estaba feliz de entretenerme.

Tú y yo también celebrábamos los cumpleaños. También eran mi idea, pero

eso desapareció después de siete meses... al menos hasta que cumplimos nuestro primer año, e incluso entonces no hicimos nada especial. Lo mencionábamos, tomábamos un momento para apreciar en broma que habíamos sobrevivido a la compañía del otro, y seguíamos con nuestra vida. Para mí todo lo que *hacíamos* era especial, incluso algo tan simple como pasar la tarde con un libro para colorear de adultos.

—Theo era así de complaciente —digo.

Puedo imaginarlo, a ti y a Jackson sentados en una de las rocas observando el tránsito, o incluso solo de pie, abrazados. De verdad desearía haber sabido cómo sentirme realmente feliz por ti cuando estabas vivo. Cuando llevaste a Jackson a Nueva York, debería haber estado más dispuesto a conocerlo.

—Pasas mucho con el automóvil por aquí, ¿verdad? ¿Crees que te detendrás todo el tiempo? ¿Que lo harás solo el día del aniversario? ¿O cambiarás tu ruta por completo?

—Estoy seguro de que también vendré en días cualesquiera.

—¿Incluso cuando estés saliendo con alguien nuevo?

Jackson frunce el rostro y alza la mano, como si estuviera sosteniendo arena y dejándola caer entre sus dedos, y al final se encoge de hombros.

—No lo sé. Ahora mismo no pienso en salir con nadie. ¿Tú sí?

—Diablos, no. Pero ya hace un tiempo que no he pensado al respecto. Sé que todos continúan recordándonos que somos jóvenes y que tenemos el resto de la vida por delante, lo cual siempre pensé que era estúpido. Alguien podría dejar caer un ancla desde este acantilado y matarnos en este instante.

—Quizás si viviéramos en una caricatura —dice Jackson.

—Tengo diecisiete años y tú, diecinueve. No digo que ahora mismo tengamos citas, pero deberíamos estar abiertos a conocer a alguien nuevo con el tiempo, ¿vale? Theo se ha ido y, más que nada, quiero que alguien me diga cuándo está bien que permitamos que alguien más entre en nuestra vida.

Jackson mueve la cabeza de lado a lado.

—No pienso en seguir adelante en este momento —dice él. Hay algo en su voz que no puedo interpretar, pero mis dos suposiciones me hacen sentir como la mierda. La primera es que está juzgándome por mencionar ese tema, por intentar tener esta conversación. La segunda es que cree que yo debería haber continuado con mi vida hace rato porque tú y yo ni siquiera estábamos saliendo cuando moriste. Espero que él no esté pensando eso. El amor no empieza y termina con un estado en línea.

Abandono el tema.

Le hago saber que lo esperaré en el automóvil para que pueda tener un momento a solas en el espacio que compartíais. En el asiento trasero, apoyo el brazo sobre una de tus cajas y observo a Jackson a través de la ventana. No llora y, lo que es más notable para mí, no habla solo, lo cual significa que tampoco está hablando contigo. Me pregunto cuándo comenzará.

Jackson regresa al vehículo después de unos minutos.

—Estoy listo para regresar. ¿Te parece bien?

—Vale.

Conducimos en un silencio incómodo. Sé que debería llenar estos silencios con explicaciones en vez de permitir que se extiendan, pero no tengo la energía para explicar a qué me refería cuando dije que en algún momento debemos seguir adelante. Lo único que sé es que tú no querías que lloremos tu muerte para siempre. ¿Verdad?

Corto la comunicación con mi madre justo cuando ingresamos al garaje de Jackson. Le aseguro por cuarta vez que cuando llegue a casa, cumpliré con mi promesa e iré a terapia.

He ganado tres horas hoy —desearía que fueran cuatro, por supuesto—, pero todo ha sido tan agotador que ahora pago el precio. Estoy exhausto. Pero no me arrepiento de nada, más que de desear haber documentado nuestro día en Instagram o en Facebook. No he tocado esas cuentas desde unos días después de tu muerte.

Jackson debe haber entrenado bien a Chloe, porque ella no ladra cuando ingresamos a la casa, solo mueve la cola con entusiasmo cansino; ya ha superado la novedad de mi compañía. Él quita de inmediato todas las prendas de arriba de su cama y las lanza al suelo, incluyendo las camisetas que doblamos y los calcetines que acomodamos.

—Estás más que invitado a dormir en la cama conmigo. Es lo bastante grande, obviamente. —Señala su colchón *king-size*. Sin duda es suficientemente grande para no tocarnos. Quizás incluso él jugaba un juego contigo, rodaba sobre ti, saltaba sobre ti y reía hasta que sus labios se encontraban... y bloqueo todo lo que sigue.

Esto me hace sentir de cierta manera.

No sé realmente cómo se siente Jackson al respecto. Es probable que solo esté siendo amable, pero que en realidad prefiera que duerma en el suelo con Chloe, lo cual es básicamente el trato que recibió en mi casa. Para llevarlo a otro nivel, no sé cómo te sentirás al respecto, si lo verás cómo una clase de

traición. Solo me hace pensar en cómo reaccionarían nuestras familias, y si estarían o no felices de ver que mi amistad con Jackson ha crecido tanto que me sentiría cómodo durmiendo en la cama con él, o si ellos lo confundirían con algo que no es.

Y por si fuera poco, no sé si me siento bien con esta idea porque confío en que Jackson es un buen chico que no hará nada para generar una situación incómoda, porque confío en que Jackson no tiene sentimientos en su interior que me hagan sospechar de esta invitación sencilla, o si me siento bien al respecto porque estoy realmente solo y extraño dormir en una cama con alguien... porque extraño dormir en una cama contigo. Dormir en una cama en la que tú has dormido junto a alguien con quien has dormido quizás es algo grandioso para Jackson y para mí.

—¿Estás seguro de que no quieres que duerma con Chloe?

—Chloe duerme sola —responde Jackson.

—Pobre Chloe.

—No, Chloe tiene acción. Solo envía a sus amantes de regreso a sus respectivas perreras cuando terminan con su actividad.

—Pobres muchachos.

—Asumes que Chloe es heterosexual.

Jackson cierra la ventana porque toda clase de insectos ingresan en medio de la noche, aunque no llegan demasiado lejos por el resto de la casa porque Chloe los caza y se los come. En cuestión de segundos, Jackson desabrocha su cinturón, deja caer sus pantalones hasta los talones y se los quita a patadas. Espero que coloque unos pijamas sobre sus piernas levemente peludas y sus bóxers grises algo reveladores, pero toma asiento sobre su manta como si esta situación no debiera ser sorprendente para mí, a pesar de que solo lo he visto ir a la cama vestido con mis pantalones deportivos las noches anteriores. Jackson cuenta las almohadas y quita una de la cama para que queden solo cuatro. Me llena de calidez ver que está haciendo que la cama sea un lugar seguro para mí. Pone a cargar su teléfono, enciende el aire acondicionado con un control remoto y se recuesta.

Me pregunto si esta es su rutina.

Camino hacia el lado opuesto de la cama, el lado izquierdo.

—¿Theo dormía aquí o en donde estás tú?

Jackson sabe por qué lo pregunto.

—Originalmente, solo dormía aquí —dice, y golpetea el lado en el que está él—. Nunca lo admitió, pero creo que es algo que le quedó de ti. Pero una

noche, se quedó dormido de ese lado y cambió.

Solías decir que yo te arruiné porque solías ubicarte a la derecha de todos, no solo a la mía. Pero Jackson de algún modo te reparó. Presiono una mano contra este lado de la cama donde una vez despertaste sintiéndote diferente, y tomo asiento, esperando que Jackson pueda de algún modo arreglarme a mí también. El aire frío invade la habitación. Pronto, estoy debajo de una sábana delgada y el remolino de incomodidad que esperaba nunca me golpea. No siento que esté bien, pero tampoco siento que esté mal.

Lo que no ha cambiado es cuánto me agrada el ruido cuando tengo que ir a dormir, algo que empezó cuando era un niño. Originalmente, mis padres creían que solo deseaba tener la tele encendida para poder continuar viendo dibujos animados en lugar de ir a dormir, pero en verdad solo quería el ruido para ahogar todo lo que ocurría fuera de mi ventana.

—Cuéntame una historia hasta que me duerma del aburrimiento —le pido.

Jackson ríe. De inmediato comienza a contar cómo cada vez que Anika y Veronika pasaban la noche aquí durante el instituto, solían jugar a un juego de cartas, hablar mal de la última persona que no soportaban, tener conversaciones sinceras que siempre les sorprendían y a veces hacían que las cosas fueran incómodas, y cómo siempre terminaban durmiendo los tres acurrucados en la cama. Me pregunta acerca de los buenos tiempos contigo y con Wade. Aparto de mi mente todo lo malo, y recuerdo los momentos divertidos, como las carreras de relevos en la escuela primaria y cosas graciosas como la aversión que tenía Wade a comer refrigerios con forma de animales y el modo en que él sube rápido a una escalera mecánica como si estuviera a punto de cambiar abruptamente de velocidad. Jackson me dice que extraña mucho a sus colegas, pero yo no logro admitir lo mismo respecto a Wade.

Apenas ha pasado la medianoche, y es oficialmente el día trece. Jackson también debe saberlo, pero ninguno de los dos lo menciona. Sabes que Jackson y yo sacrificaríamos mucho por tenerte aquí, recostado entre nosotros, pero estoy aprendiendo que debe haber algunos momentos en los que te dejo descansar un poco en lugar de obsesionarme acerca de ti todos los días. O eso intento. No sé qué quedará de mí si el amor y la angustia no pueden resucitarte. Quizás yo también necesito que me resuciten.

MARTES 13 DE DICIEMBRE DE 2016

Ha pasado un mes desde que el universo te perdió. Un mes desde que despertaste en la mañana. Un mes desde que abriste un libro. Un mes desde que comiste una comida. Un mes desde que escribiste un mensaje. Un mes desde que diste un paseo. Un mes desde que cogiste una mano. Un mes desde que besaste a tu novio. Un mes desde que imaginaste un futuro que no sucede. Un mes desde que quizás soñaste tus universos paralelos.

Ha pasado un mes desde que moriste.

Ha pasado un mes desde que viviste.

—¿Qué hizo Theo su último día?

Jackson y yo no hemos hablado mucho hoy. Al menos el uno con el otro. Tuvimos un desayuno bastante silencioso con la señora Lane, huevos revueltos y salchichas. Anika llamó a Jackson porque recordó la fecha y los dos hablamos brevemente. Llamé a tu familia y hablé con Denise un poco, que estaba aliviada de que tus padres le permitieran quedarse en casa y faltar a la escuela hoy. Supongo que se han calmado con todo el asunto de seguir una rutina. Jackson y yo solo hemos hablado acerca de cosas insignificantes, como a qué hora debemos ir al muelle, pero nada más relevante que eso. Pero cuando Jackson detiene el automóvil en el aparcamiento de la playa y veo la arena resplandeciente y el océano Pacífico delante de nosotros, todo mi silencio se convierte en curiosidad y toda mi curiosidad se niega a reprimirse.

Quiero saber todo acerca del día en que moriste.

Jackson no me responde.

Bajamos del vehículo. Jackson se quita el calzado con los talones y lo deja en el asiento delantero; es su truco para evitar llenar de arena su calzado («No puedes llenar de arena tu calzado si tus zapatos nunca tocan la arena», me dijo ayer). Hago lo mismo y también me quito los calcetines, y mis pies arden sobre el asfalto, así que salto sobre un área de césped, como si estuviera caminando sobre carbón ardiente. Jackson no parece tan molesto como yo.

El cielo es igual de azul que ayer, nada mágico o digno de mención sucede. Pero el muelle de Santa Mónica captura mi atención, su rueda de la fortuna se alza del suelo.

—Subimos a la rueda por primera vez juntos —dice Jackson como si estuviera leyendo mi mente—. Los dos. No odio las alturas tanto como lo

hacia Theo, pero prometimos superarlo juntos. —Coge su teléfono y me quito las gafas de sol que Jackson me prestó para poder ver con claridad la fotografía de vosotros sentados en una de las cabinas de la rueda de la fortuna, fingiendo expresiones asustadas. Las nubes parecen tan cerca de ambos que es como si hubierais podido bajar una con vosotros.

También tuviste una primera vez el día que moriste, algo que hiciste para sentirte más valiente y algo en lo que se suponía que serías capaz de pensar cuando otra cosa te asustara.

—Nos sentimos intocables después —dice Jackson. Lanza su teléfono en el asiento delantero y cierra con llave el vehículo.

Avanza y lo sigo; pasamos sobre la barandilla y pisamos la arena. Él no corre hacia el océano como un niño —no es que esperara que lo hiciera—, pero hay cierta carga en su paso que no esperaba. Este es el lugar donde te ahogaste, el lugar donde Jackson te vio ahogarte... Diablos, ni loco podría alguna vez enfrentar esto como él lo hace.

Pasamos junto a una familia de tres personas, estiradas sobre una toalla. El padre lee desde su tablet, la madre completa un crucigrama y la niña, quien considero que es la punta de este triángulo impar y que sus padres la balancean desde la base, construye un castillo de arena y necesita con desesperación más protector solar. Espero que sus padres la sujeten si se aleja, que no permitan que vaya demasiado lejos, que estén cerca para sacarla de las olas.

Jackson y yo llegamos al límite de la arena húmeda. Él mira a su alrededor, llorando, sus manos intentan hablar por él, pero caen constantemente a los lados de su cuerpo.

—Ni siquiera sé cuál es el lugar exacto donde sucedió, Griffin. —Logra decir con la voz tensa—. Cuando sucede un accidente, las personas saben dónde dejar flores, pero yo no. Todo ocurrió tan rápido. Lo único que sé es que los socorristas no estaban lo suficientemente cerca. Y que yo no... No fui lo suficientemente rápido.

Camina hacia el océano y yo lo acompaño. Una ola pequeña roza mis tobillos y los dedos de mis pies; siento unos escalofríos por mis piernas y casi retrocedo, deseando que mis pies ardan contra el asfalto de nuevo. Pero me quedo con Jackson.

Una vez compartiste conmigo una especulación muy extraña acerca del agua. Fue cuando viniste aquí por primera vez y de hecho, pensé que debías estar drogado. Dijiste que cada molécula de cada cuerpo de agua —océanos y

lagos, duchas y lavabos— tiene una historia y una razón para existir. Siempre pensaste que había algo más en el mundo, pero esta idea acerca del agua no parecía muy digna de una conversación antes. ¿Qué se suponía que debía decir cuando creías que una gota de tu ducha estaba a punto de caer directo en tu drenaje sin tocarte, dirigiéndose hacia un fin mayor que limpiarte? Los universitarios fuman marihuana; todos lo saben. Eso tuve ganas de decir.

Pero ahora que estoy de pie en el océano que te robó de nosotros, me pregunto si alguna molécula aquí presencié tu muerte, si algo del agua que salpica mis piernas llenó tu garganta mientras luchabas por respirar.

Ingreso más profundo, hasta la rodilla, y mis vaqueros se tensan contra mis piernas. Me agazapo, ahora también estoy llorando, y golpeo el agua una y otra vez. Golpear el agua duele. Pero no me detengo, ni siquiera cuando estoy empapado, ni siquiera cuando Jackson dice mi nombre, ni siquiera cuando aúllo, ni siquiera cuando una ola me sorprende y me sumerge, aunque ahora lucho contra el océano para que me libere mientras ruedo por debajo, en pánico.

Sé que no estoy muy profundo, pero no sé dónde está la superficie; nunca he sido capaz de mantener los ojos abiertos bajo el agua. El océano se torna más pesado y me arrastra hacia abajo; no, me succiona hacia arriba, y es Jackson, no el océano. Respiro hondo, escupo agua, Jackson me abraza y yo le devuelvo el abrazo.

—¿Qué diablos hacías?

Perdí mis gafas de sol cuando el agua me arrastró, y el sol es abrasador. Intento contarle acerca de tus malditas moléculas de agua y de querer golpear a todas, pero continúo llorando y llorando, consciente de que lo que he sentido allí abajo durante pocos segundos no es nada en comparación con lo que viviste cuando tus brazos y piernas ya no podían luchar más, cuando tu pánico probablemente se apoderó de ti, cuando inhalabas agua, cuando tu cerebro se apagó. Pensar al respecto me aterra, pero sé que estoy a salvo con Jackson... Tú también podrías haberlo estado si él hubiera estado en el agua contigo.

—¿Por qué no estabas nadando con Theo? —Mi pregunta sale en medio de la tos y suena más acusadora de lo que es mi intención, Jackson se paraliza. Estamos a centímetros de distancia. Aún es difícil distinguir su rostro porque tengo los ojos irritados y el sol ataca mi visión—. No estoy culpándote.

—Lo sé —responde Jackson en voz baja—. Theo quería ir solo. Acababa de hablar por teléfono y quería un minuto a solas. Me quedé en la playa con nuestras pertenencias, y Theo se metió más profundo de lo que debería.

No es culpa de Jackson.

Mi furia se extingue. Mi cuerpo registra lo gélida que es el agua, incluso después de haber rodado debajo de ella. También odio oficialmente el océano porque no podemos confiarle nuestras vidas. Tenía razón en proteger mis castillos de arena del océano cuando era un niño. Al diablo. Sujeto el brazo desnudo de Jackson y lo obligo a salir del agua conmigo.

Me quito la camiseta, me recuesto de frente sobre la arena, y siento de inmediato el sol sobre mi espalda y mis hombros. No me quema vivo como debería. En cambio, de hecho, siento que es relajante. O quizás es solo porque estoy de nuevo en tierra firme.

—Lo siento —dice Jackson mientras toma asiento a mi lado y observa el mar. Casi le pregunto si está hablando contigo o conmigo, pero recuerdo que él no conversa contigo como yo—. Debería haber estado allí con él. Podría haberlo salvado. La vida de todos hubiera sido mucho mejor.

Mi mano vuela hacia la de Jackson como si su mano fuera un botón de *deus ex machina* que pudiera destruir a cada pirata zombi con una sola explosión.

—Tú no eres el único responsable de Theo, ¿vale? No lo obligaste a ir allí, e hiciste todo tu esfuerzo por traerlo de regreso.

Jackson asiente, pero no estoy seguro de que algo de lo que digo realmente lo consuele. El hecho es que me siento tan impotente ahora como en ese entonces.

Me han emboscado para ver *Eduardo Manostijeras* esta noche con Jackson; nuestro estado vulnerable tiene la culpa de que haya dicho que sí. Siempre he creído que estarías conmigo cuando por fin enfrentara este miedo de la infancia, listo para pausar la película si necesitaba un segundo. Nunca creí que la vería en Los Ángeles con otro chico que te ama, en especial no mientras tengo sus pantalones cortos puestos. Hubiera preferido sentarme afuera a observar el cielo arder con nubes color naranja amarillento y rojo rosado.

Resulta que esta película no es tan aterradora como la recordaba. Sin duda es espeluznante, porque Edward tiene tijeras en vez de manos y cicatrices en todo su rostro pálido, pero ¿cuán aterrador puede ser cuando recorta un arbusto en forma de dinosaurio y les corta el pelo a los perros?

—Es probable que la banda sonora de la película tenga algo que ver también —le digo a Jackson; estoy sentado con las piernas cruzadas y una almohada en mi regazo.

—No sé con certeza quién la compuso —dice Jackson y coge su teléfono.

—Danny Elfman.

Jackson asiente cuando su búsqueda da el mismo resultado.

—Así es.

—Esto es para ti, Google —comento—. ¿Alguna vez oíste a Theo decir eso?

—Sí. Hacíamos como un duelo de vaqueros para ver si él podía responder algo antes de que yo pudiera coger mi teléfono y buscarlo. Theo hubiera sido genial jugando *Jeopardy*.

Aparto la vista de la película. Jackson comprende cómo era pasar mucho tiempo contigo y podría abrazarlo.

—Le compré el videojuego de *Jeopardy*, lo cual fue un gran error. Me sentía un completo idiota cada vez que jugábamos.

—No eres un idiota.

Le resto importancia.

—¿Alguna vez te sentiste inteligente a su lado?

—No y soy mayor. Probablemente me sentí peor que tú.

Esa cuestión de la edad es estúpida y casi arruina nuestra amistad, Theo, pero entiendo a qué se refiere.

—Theo nunca intentaba alardear al respecto, lo cual me encantaba. Estaba tan entusiasmado por aprender todo que a veces parecía que no tenía suficiente espacio en su cabeza para recordar las cosas pequeñas... y algunas otras cosas más importantes. Es extraño cómo toda la información que Theo descargó en su estúpido y hermoso cerebro ahora desapareció.

Asiento, la felicidad entre nosotros también desapareció. Vuelvo a mirar la película pero no le presto atención.

—Dejó todo su conocimiento con nosotros —comenta Jackson—. Parte de él. En realidad no puedo recordar todo. Pero las cosas que sé probablemente nunca salgan a colación en la vida real; son básicamente datos curiosos. Cómo construyeron la presa Hoover para que durara dos mil años. Y cómo en la Edad Media colocaban a los gatos en sacos y los lanzaban a la hoguera desde las torres de las iglesias porque se los asociaba a la brujería. También hizo que me gustaran cientos de canciones viejas, como «All Out of Love» y «(They Long to Be) Close to You». —Jackson busca en su teléfono y reproduce «Come Sail Away» y le sube el volumen—. Esta es una de mis favoritas.

—Una de las mías también.

Jackson se mueve hacia mí, muy cerca.

—Vale, por favor, no me golpees, pero quiero mostrarte algo que Theo me enseñó.

—¿Por qué te golpearía?

—Porque estoy a punto de acercarme mucho a tu rostro y quizás pienses que es inapropiado, en cuyo caso, golpéame. ¿Vale?

Jackson se pone de rodillas y me pide que haga lo mismo. Coloca las manos en mi cintura y se inclina hacia adelante, pero no hacia mis labios.

—Esto es un beso mariposa. —Me pongo tenso mientras roza sus pestañas contra las mías—. Esto es un beso cavernícola. —Golpea despacio su frente contra la mía. Tiemblo un poco—. Este es un beso esquimal. —Roza su nariz contra la mía con los ojos cerrados, esperando que yo haga lo mismo, pero me asusta lo que haré si me muevo—. Y este es un beso zombi. —Jackson mordisquea mi mejilla mientras hace un gruñido muy estúpido. Luego, me mira a los ojos y sonríe. Está bastante feliz de haber compartido algo tan íntimo conmigo.

No sabe que yo sé todo esto.

Le enseñaste algo mío personal. Le enseñaste una rutina que yo tenía con mis padres cuando era un niño. Le enseñaste algo que nunca había creído que compartiría con nadie hasta que apareciste. Le enseñaste un beso que creé personalmente para nosotros cuando crecí y necesitaba un cuarto beso.

Lo comprendo.

Las personas son rompecabezas complicados, siempre intentan armar una imagen completa, pero a veces nos sale mal y a veces lo dejamos sin terminar. A veces eso es lo mejor. No podemos forzar a algunas piezas a encastrar en el rompecabezas, o al menos no deberían, porque no tendrían sentido.

Como Jackson y yo en este día impar o cualquier otro día.

Tomo a Jackson del cuello y lo beso; no es un beso mariposa, un beso esquimal, un beso zombi: es un beso directo, donde mi lengua ingresa a su boca y él me responde del mismo modo. Jackson se aparta de mis labios, me mira confundido, pero no estoy seguro de ver arrepentimiento en sus ojos. Respira hondo y regresa hacia mí. Jackson me besa con la misma agresión con la que yo lo sorprendí.

Sus dedos inspeccionan mi cintura y me acerca tanto a él que nuestros pechos quedan uno contra el otro mientras nuestros corazones repiquetean del mismo modo. Lo empujo hacia atrás y él probablemente piensa que terminé, que he recobrado el sentido o algo así, pero me quito la camiseta y la lanzo al otro lado del cuarto. Estoy acostumbrado a ver una sonrisa cuando llego a esta

instancia en la cama, una sonrisa porque alguien está entusiasmado de hacer esto conmigo, pero debe ser difícil para Jackson, pero no lo suficiente para evitar quitarse su propia camiseta y dejarla junto a la cama.

—¿Dónde están tus preservativos?

Jackson logra alcanzar el cajón junto a su cama.

—¿Apago las luces?

—No.

Quiero que me veas tener sexo con tu novio.

Él es alguien que está llorando tu muerte, otro humano con sus propios sentimientos humanos que no deberían utilizarse como un arma en tu contra. Pero yo también soy humano, con mis propios sentimientos humanos. Usaste nuestra historia íntima para crear un futuro con alguien más y eso es mil veces peor.

Usaste nuestro amor en mi contra. Ahora usaré tu amor en tu contra.

Cuando terminamos, sudando a pesar de su aire acondicionado de mierda, miro el techo. Jackson hace lo mismo.

Estoy desnudo con Jackson, en la cama de Jackson, en la habitación de Jackson, en la casa de Jackson, en el estado de Jackson y en la zona horaria de Jackson.

Ahora mismo lo que más quiero es apagar las luces.

Pero si hay algo que quiero más aún es que te vayas. He pasado tanto tiempo siendo leal a ti, incluso cuando no salíamos, porque creía que teníamos nuestro plan de fin de juego. Mira a dónde me llevó esa lealtad. Estoy atrapado aquí, intentando pensar en mi próximo movimiento. Lo que he aprendido ahora es que, en el futuro, debo tener cuidado con a quién le confío mi corazón. Debo sospechar que alguien usará el amor que entrego y se lo dará a alguien más.

Tú me hiciste eso.

Nuestra historia no es nada. Podemos reciclarla o hacerla desaparecer por completo. No es el tesoro sagrado que creí erróneamente que era. Nosotros éramos algo, pero nuestra historia no es suficiente para mantener algo vivo para siempre. Tú no eres mi mejor amigo y el amor de mi vida que he pasado llorando el último mes y extrañando desde mucho antes.

Ya no quiero hablar más contigo.

MIÉRCOLES 14 DE DICIEMBRE DE 2016

¿De quién es el perro que ladra?

Me lleva un minuto comprender todo, pero sé que estoy en la cama de Jackson donde tuvimos sexo anoche. Guau, tuve sexo con él mientras Chloe estaba en la habitación. Hay algo mal en esa escena. No lo sé, es como tener sexo en el cuarto donde duerme un bebe, excepto que es imposible que el perro durmiera con tanto ruido. Estoy hacia la pared que tiene el poster de *Los Gonnies*.

Otra diferencia: no hay brazos que me rodeen como cuando despertaba junto a aquel imbécil, Theo.

Me giro despacio. Jackson también está en el borde de la cama, y hay una isla entera de espacio entre nosotros. Ninguno tenía en su cerebro la idea de dormir abrazados.

—¿Estás despierto? —pregunta Jackson.

—Sí —digo, deseando tener un chicle. Apesta que no pueda salir corriendo de aquí y subir a un avión para escapar de todo esto, porque mi vuelo no despega hasta esta tarde. Pero nada en mi vida ha sido fácil últimamente y quizás así es como debe ser. Mientras Jackson se incorpora registro que está vestido con prendas completamente diferentes a las de ayer, por suerte. Aún estoy cien por ciento seguro de que estoy desnudo, así que cubro mi cuerpo entero con la sábana; de pronto, me siendo inseguro acerca de todo.

—No dormí nada anoche. Quizás solo cinco minutos —comenta Jackson—. Probablemente seis minutos —se corrige.

Yo dormí. Lo sé porque lo último que recuerdo es apartar la vista del techo y cerrar los ojos con fuerza después de jurarle a Theo que ya no quería hablar con él.

—No significó nada —digo. Suena más severo de lo que es mi intención, pero ese soy yo desde que Theo murió, tengo bordes ásperos, y su traición solo me ha hecho más filoso. Apesta que Jackson tenga la punta de mi espada en su garganta —una frase desafortunada considerando el evento de anoche— pero Jackson no tiene la culpa porque él en realidad no me robó a Theo. Theo simplemente ya no me amaba—. ¿Verdad?

Jackson asiente con fervor, como la figura del pirata que coloqué en el porta

vasos del automóvil de Jackson cuando regresábamos a su casa la otra noche.

—Tienes toda la razón. Fue un día extraño. Regresar a la playa sin dudas me enloqueció.

—Estábamos vulnerables —digo, lo cual es una mentira a medias. Él sufría por lo mucho que extraña a Theo y yo intentaba lastimar a Theo.

—Exacto.

—Me vestiré —digo.

Jackson se gira. No tenía problema en estar desnudo cerca de Theo. No es que Jackson tenga los abdominales marcados, pero no me siento tan cómodo cerca de él; es como cuando era un niño y mantenía mi camiseta puesta en la playa cuando estaba con mis amigos. Encuentro mi ropa interior en el suelo junto a mi preservativo de aspecto triste. Me visto por completo en diez segundos y descarto el preservativo en el basurero. Le digo a Jackson que ponga *Eduardo Manostijeras* de nuevo así puedo ver cómo termina, mientras voy a lavarme los dientes. Pero lo único que termino haciendo es sentarme en la banca para la ducha de su madre y llorar mientras el agua corre en el lavabo.

—Estoy bien, papá.

—No te creo —dice él. Su detector de mentiras ha mejorado diez veces desde que falló el lunes por la mañana cuando volé hasta aquí.

He sido noventa por ciento honesto acerca de lo que Jackson y yo hemos estado haciendo los últimos días, pero sé que él sabe que algo más ocurrió aparte de ver películas y conducir por la ciudad. No sé cómo decirle que Theo me jodió y que hice algo imperdonable a cambio.

—Lo sé. No todo es maravilloso ahora, ¿vale? Prometo que os contaré todo a ambos cuando regrese a casa esta noche.

—Eso es lo único que quería oír.

—¿Qué todo apesta?

—No, la honestidad. Ambos estaremos en el aeropuerto, listos para recogerte —dice mi padre—. No cambies de opinión a último minuto para volar a otro país.

Oigo pasos en el pasillo, así que le digo a mi padre que debo irme y que le escribiré un mensaje antes de abordar. Corto la comunicación y tomo asiento en la cama mientras Jackson, vestido solo con sus bóxers y una toalla sobre los hombros, ingresa a la habitación. No me dice nada. La noche de ayer ha arruinado la amistad que habíamos empezado, pero quizás cuando regrese a

casa y haya de nuevo espacio entre nosotros, podremos rescatar algo de ella.

Jackson se pone de rodillas frente a mí y clava sus ojos avellana en los míos. Me besa y yo me entrego con mucha facilidad y no lo aparto de mí. Introduce su mano debajo de mi camiseta y llega a mi hombro y lo presiona antes de regresar y desabrochar el hilo de mis pantalones cortos. Acaricio sus costados, aún están un poco húmedos. Sube a mi regazo y me besa de nuevo, esta vez con más ferocidad, ni por asomo controlado como lo fue la primera vez que hicimos esto.

Me aparto porque, a pesar de la traición de Theo, preferiría no sentir nada más que vergüenza, pero Jackson continúa buscándome.

—Jackson, detente.

Él retrocede, se quita de encima de mí y rueda sobre la cama. Tiene los ojos rojos.

—Lo extraño tanto. Nunca lo merecí. No soy el chico que él creía que era. La cagué.

—Ambos lo hicimos.

—No, no me refiero a anoche. No quería arruinar tu viaje, pero... —Jackson llora y me aterra lo que sea que está a punto de decir. No tengo teorías—. No fui... no fui al océano a salvar a Theo como dije que hice. En cambio, corrí en busca de un socorrista porque tenía miedo de ahogarme también y... no quería morir, pero corrí muy rápido, lo juro, solo que no podía arriesgarme...

Jackson es la razón por la cual Theo rompió su promesa de no morir nunca.

—Maldito cobarde —susurro y no sé cómo no brota de mí en un grito—. Dejaste que Theo... —Comienzo a hablar más fuerte con los dientes apretados mientras las lágrimas ciegan mis ojos—. Dejaste que Theo muriera. —Abandono de un salto la cama, abriendo y cerrando los ojos y los puños—. ¡Yo hubiera arriesgado mi vida por él!

—No puedes saberlo, Griffin. No hasta que enfrentas un momento como ese.

—¡*Nunca* hubiera permanecido a un lado viendo a Theo morir!

Jackson se incorpora y sujeta mis brazos. No sé si intenta detener mis temblores o evitar que me marche, pero me libero de su amarre y golpeo su rostro, lo cual nos sorprende a ambos, y luego le doy otro puñetazo en la cara, lo que solo sorprende a él. Nada podría sorprenderme en este momento. Siento que estoy observándome desde lejos.

La nariz de Jackson sangra. Él me mira mientras mueve la cabeza de lado a lado.

—¡Tú eres quien lo envió al océano en primer lugar! Estaba escuchando uno

de tus mensajes de voz y necesitaba tiempo a solas. No me culpes a mí por todo esto.

Estoy tan mareado que casi confundo la sangre en mis manos con mi sangre. El último mensaje que le dejé a Theo decía que debíamos hablar del tema tabú que prometimos no mencionar nunca...

Quizás Jackson no salvó a Theo, pero yo soy quien lo mató.

Salgo corriendo de la casa de Jackson en calcetines. No sé si debo ir hacia adelante o hacia atrás, a la izquierda o a la derecha. Voy a la izquierda porque es mi opción por defecto. Mis posibilidades apestan porque no estoy en mi ciudad, donde puedo huir a casa y esperar en mi cama. Unos minutos después, vomito en la acera limpia y de nuevo, no me sorprende: no me siento mejor en absoluto.

Cuando regreso a la casa de Jackson, él permanece en la sala de estar mientras yo empaco, bueno, lanzo toda mi ropa dentro de mi mochila y tomo mis cosas. Recibo un mensaje que dice que mi taxi está afuera. Estoy aturdido cuando le digo adiós a la señora Lane, estrecho su mano y le agradezco con una sonrisa que nadie creería jamás que es sincera. Me pongo mi mochila a la espalda y camino hacia la puerta, donde Jackson me espera.

—Griffin. ¿Quieres que te lleve? Puedo...

Imaginé este momento cuando caminaba de regreso, donde pasaría rápido a su lado como si él no existiera, pero me detengo en la puerta. No sé si quiero golpearlo dos veces más o abrazarlo para despedirme y disculparme por ser un humano tan horrible. Pero no puedo dejarlo libre de culpa. Así que lo único que hago es mirarlo a los ojos y esperar que nunca olvide el rostro de alguien a quien ayudó a romper de un modo irreparable. Alguien que intentó reparar en base a la culpa.

Continúo avanzando y subo al taxi. No me giro para mirar a Jackson. Bajo las ventanillas e inspiro el aroma una última vez porque nunca regresaré. Pensar en mi hogar me ayuda a soportar el paso lento del aeropuerto: los rostros a los que puedo acudir cuando regrese, los únicos en los que puedo confiar.

El avión despegá puntualmente. Las alturas y la impotencia esta vez no me molestan. Hay viento fuerte, y cuando el avión se balancea de modo inesperado, siento que tengo el corazón en el estómago. Pero no entro en pánico ni deseo que Jackson o alguien esté a mi lado. Solo miro por la ventana, preguntándome cómo sería tener esta vista si el avión de verdad

hubiera caído.

VIERNES 16 DE DICIEMBRE DE 2016

Esta mañana, iré a terapia porque una promesa es una promesa. Y a diferencia de otros, yo quiero cumplir con la mía. Dejo mis prendedores de grifos dentro del cajón junto con el resto de las pertenencias de Theo y me pongo uno de mis propios jerseys en lugar del suyo. Mi padre me acompañará a mi primera sesión, para darme su apoyo. Sospecho que también quiere asegurarse de que no exista posibilidad alguna de que suba a un avión y nunca regrese.

—¿Te sientas del lado del copiloto, Griff? —pregunta mi padre cuando subimos al automóvil.

—Estoy bien así —miento. Debería saber que no debe pedirme que ocupe el asiento a su derecha la misma mañana en la que iremos a ver a alguien para hablar de mis compulsiones. Todavía está enfadado conmigo, pero no lo culpo.

Me estiro en el asiento trasero y cubro mi rostro con mi abrigo. Theo solía preocuparse cada vez que dormía con la manta sobre mi cabeza, como si fuera a asfixiarme cuando él despertara a mi lado. No pude despertar demasiadas veces junto a Theo —no de un modo romántico, al menos, dado que tuvimos muchas pijamadas—, pero las veces que pudimos mirar cómo el otro abría los ojos fueron geniales. Pero no me afligiré por eso. Él siguió adelante.

Yo debo hacer lo mismo.

Alrededor de veinte minutos después, el vehículo se detiene. Escucho el *clic* del cinturón de seguridad de mi padre y que regresa a su riel metálico. Mi chaqueta cae de encima de mí.

—Despierta, llegamos... —Me mira fijo a los ojos y yo me giro, ocultando mi rostro contra el respaldo del asiento—. Griffin, llorar está bien.

Le quito mi chaqueta de las manos y me la pongo cuando bajo del vehículo. Camino hacia la clínica cuadrada, que se parece menos a una institución seria y más a una guardería para futuros criminales que actualmente están en pañales: tiene ladrillos grises, las ventanas tienen marcos verdes y hay una puerta azul oscuro con rayos de sol pintados alrededor del picaporte. No entiendo qué mensaje quieren transmitir, pero desearía que el seguro de mis padres ofreciera más que esto.

Cuando ingreso, busco el mejor lugar para mí en la sala de espera. Elijo la silla que está contra la pared frente a la entrada porque la empleada administrativa y las oficinas están a mi derecha en esta ubicación. Sobre la mesa hay unas revistas del corazón. Una madre tipo está sentada junto a la maceta leyendo el periódico. Hubo algunas veces en las que intenté comenzar a leer el periódico después de que Theo y yo nos separamos debido a algo que él dijo cuando estábamos juntos:

«Algunas personas saben mucho acerca de poco, y otras saben un poco acerca de mucho».

Quería ser más parecido a él, alguien que supiera un poco de muchos temas, para que nuestras conversaciones nunca perdieran entusiasmo, para que pudiéramos aprender sobre qué hace latir este universo. Qué inútil.

Mi padre entra y se dirige al mostrador, mirando en mi dirección como si fuera alguien que ocupó su lugar en la fila. He visto mucho su frustración desde que regresé a casa. Continúo resistiendo su bondad porque no la merezco, y eso lo enfurece. Mi padre me anota y toma asiento en silencio a mi lado, a mi derecha, y elige una revista y hojea las páginas que muestran chismes de las celebridades y quién lució mejor un vestido hasta llegar a las reseñas de películas.

—¿Qué te parece si vamos al cine este fin de semana? ¿Y si invitamos a Wade?

—No, gracias —respondo.

La secretaria se asoma sobre su mostrador.

—¿Griffin Jennings?

Me señala una puerta abierta. Por suerte, Theo ya no está aquí, porque no quisiera que me siguiera a esta reunión. Se supone que la sesión de terapia es privada, y ya es bastante difícil ser completamente honesto con un extraño sin tener a mi exnovio observando cada uno de mis movimientos.

Atravieso la puerta y cierro la puerta al entrar.

—Soy Griffin —digo.

El doctor abandona su escritorio. Los mechones de canas grises en su pelo negro y en sus patillas le otorgan un aire de hombre sabio sobrenatural. El marco naranja claro de sus gafas me distrae mucho, y siento la tentación de pedirle que se las quite, pero dejarlo ciego no me servirá de nada en esta sesión. Está aquí para escuchar, y para repararme.

—Buenos días, Griffin. Soy el doctor Anderson, pero puedes llamarme Peter.

Su nombre tiene cinco letras. Seré formal con él.

El doctor Anderson me invita a tomar asiento en donde me sienta cómodo.

Soy la aguja de una brújula intentando hallar mi norte. Hay una silla azul que parece acogedora, y también un sillón verde oscuro, que era el color favorito de Theo. El doctor Anderson se sienta frente a su escritorio con una postura excelente. Ese lugar es genial porque considero que esa dirección es el norte porque es *su* oficina. Permanezco de pie entre la silla y el sillón, indeciso.

—Me quedaré de pie un rato —decido.

El doctor Anderson se mueve hasta el borde de su asiento.

—No hay ningún problema. ¿Debería hacer lo mismo?

—No. —Es unos centímetros más alto que yo y ya es lo suficientemente intimidante.

—¿Comenzamos? ¿Quieres un vaso de agua?

Su deseo de hacerme sentir cómodo es lo único que me pone ansioso. Quiero ser capaz de hablar con él porque no tengo a nadie más, pero ya siento una comezón en el centro de mi palma.

—Solo empecemos con esto.

El doctor Anderson se relaja en su asiento.

—Tus padres me han contado todo lo que has estado pasando últimamente —dice con amabilidad—. Me encantaría que tú me lo cuentes.

Es imposible porque ellos no saben todo. No saben que tuve un rol en la muerte de Theo, y no saben todo lo que he estado haciendo desde que rompí con él. Mi rostro arde. Rasco mi palma y tiro del lóbulo. Me giro para apartar la vista del doctor Anderson y miro la pared, así que ahora él está a mi derecha. Quiero golpear todos los certificados estúpidos que supuestamente lo acreditan con poderes para curarme. Quiero arrancar el reloj que está avanzando a paso lento y apresurándome a la vez.

Esto no ayudará. El doctor Anderson tiene tantos poderes reales como un mago callejero. Es solo un tío con trucos de cartas y cables ocultos.

Pero sé que también me he estado mintiendo a mí mismo. Sé que Theo aún está allí afuera, observándome. Me ha seguido aquí dentro y esta no puede ser la manera en la que se entere de todo.

Tengo que decírselo yo.

SÁBADO 17 DE DICIEMBRE DE 2016

Estoy listo para hablar de nuevo, Theo.

Debería pedir perdón por haber dejado de hablarte, pero ambos estamos de acuerdo en que es la última cosa por la que debería disculparme en este momento. No tengo palabras para lo que descubrí el miércoles. Pero las palabras ni siquiera te trajeron de nuevo a mi lado cuando estabas vivo. Las palabras son, de hecho, las que te llevaron a caminar dentro del océano Pacífico. Debes saber que lamento ser la razón por la cual ya no eres parte de este universo, ser la razón por la que nunca podrás experimentar el futuro que trabajaste tanto por obtener, por ser la razón por la que nunca podrás usar ninguna de tus estrategias geniales contra los malditos piratas zombis, y por ser la razón por la que todos llorarán hasta que mueran.

Pero hay algo más que deberías saber. Es hora de que use mis palabras de una buena vez y que deje de retorcerlas solo porque me arrepiento de la verdad.



PASADO

MIÉRCOLES 10 DE FEBRERO DE

2016



—No iré.

Lanzo mis libros de texto dentro de mi casillero, uno por uno; saco mi abrigo y cierro la puerta de un golpe. Muchos alumnos me miran como si tuviera una burbuja de diálogo sobre mi cabeza que les dirá por qué estoy tan furioso y herido, pero continúan circulando para poder llegar a casa y ver Netflix y perder tiempo en Facebook. Pero Wade permanece a mi lado.

—No lo hemos visto en ¿qué? ¿Cinco o seis meses? —dice Wade—. Es su cumpleaños.

—Y trajo a su nuevo novio aquí para pasar el día con él.

Pasé el mes pasado entusiasmado porque Theo vendría a casa para su cumpleaños, pero unos días atrás, lanzó la bomba de Jackson por mensaje de texto.

—No quiere que vaya —digo. Theo no me quiere, punto. Me alejo mientras me pongo el abrigo y mi sombrero.

—*Tú rompiste con él* —me recuerda Wade.

—No se suponía que él seguiría con su vida al día siguiente con una versión falsa de mí —replico.

—Creí que pasaron dos meses —insiste Wade—. Y vosotros dos no sois

clones.

—Teníamos un plan y él... No me importa. —Salgo por la entrada lateral, el frío muerde mi rostro de inmediato. Espero que el californiano de Jackson la esté pasando mal aquí.

Wade me sigue afuera sin su chaqueta e interrumpe mi paso.

—Te juro que te arrepentirás si no vas.

—Vuelve adentro. —Intento rodearlo para pasar, pero es persistente.

—Ambos me jurasteis que no permitiríais que su relación se entrometiera con nuestro escuadrón, ¿recuerdas?

Lo recuerdo. Recuerdo haber sido así de idiota.

—Échale la culpa a Theo.

—Bueno, de todos modos iré a la cena. —Wade tiembla y sacude la cabeza—. Al menos llámalo más tarde, ¿vale? Sé que ambos os sentiréis mejor si al menos conversais.

—Vale. —Puedo hacer eso—. De verdad, regresa adentro. Te veré mañana. —Chocamos los puños y Wade por fin me permite avanzar, justo a tiempo para que pueda llorar sin que él me vea.

El retrato rompecabezas con la imagen de Theo y yo que Wade me regaló dos navidades atrás yace en mi regazo. Nunca comprenderé cómo el tiempo puede hacer que un recuerdo se sienta tan cerca, como si fuera ayer, y tan lejos, como si fueran años atrás.

Así que llamo a Theo, mientras recuerdo las cosas buenas acerca de él durante nuestra amistad y relación, como lo considerado que siempre ha sido y que siempre me ha hecho sentir a salvo. Si me concentro en todas las veces que ha actuado mal desde que conoció a Jackson, solo seré un imbécil, algo que él no necesita de mí, en especial no el día de su cumpleaños.

—¿Hola? —Está molesto.

—Hola —digo—. Feliz cumpleaños. —Quiero preguntarle cómo va la cena, pero el sentido común me hace cerrar la boca.

—Gracias.

—Lamento no haber podido ir esta noche —digo. Realmente me arrepiento de no ir (quizás después de todo Wade es adivino), pero también sé que fue la decisión correcta.

—Lo mismo digo —responde Theo—. ¿Crees que podrás reunirte conmigo mañana? De veras quiero verte.

Quizás nuestra relación no es algo tan pasajero ante sus ojos después de

todo.

—Sí, Wade y yo podemos... —Cierro la boca cuando oigo a Jackson y a Ellen riendo de fondo. Un vínculo afectivo nunca me ha puesto tan incómodo antes—. Oye, debo irme. Pero disfruta el resto de la noche, ¿vale?

—Griff, espera, ¿qué ocurre?

—Habla mañana, Theo. Feliz cumpleaños.

—Habla conmigo, yo...

Corto la comunicación y lanzo el retrato rompecabezas del otro lado de la habitación. No parece correcto que permanezca intacto.

MARTES 17 DE MAYO DE 2016

—Quizás Theo murió —dice Wade por teléfono.

—No es gracioso —replico.

Unas horas atrás, cerca de las diez en mi zona horaria, Theo subió una fotografía con filtro de él junto a Jackson, ambos vistiendo gafas de sol y demasiada pantalla solar en la frente mientras jugaban ajedrez en la playa. Es seguro asumir que el juego fue más temprano, pero no sé qué más ha estado haciendo Theo con su día que no puede llamarme y desearme feliz cumpleaños.

Sé que no es una clase de venganza ridícula pendiente desde febrero cuando no asistí a su cena de cumpleaños. Hablamos al respecto para aclarar la situación; comprende que no estaba preparado para conocer a Jackson.

—¿Aún no has abierto su regalo? —pregunta Wade.

—No.

Abrí todos los demás regalos hoy, excepto el que trajo el mensajero de UPS esta tarde. Llegó justo cuando llegaba de la escuela. Mis padres me compraron algunos videojuegos nuevos y me dieron un sobre con tarjetas regalo. Wade cocinó una docena de cupcakes para mí y aún no he comido ni uno, aunque mentí y le dije a Wade que están geniales.

—Tu cumpleaños termina en unos minutos —dice él. No necesitaba el recordatorio.

—Vale. Lo abriré ahora. Hablaremos mañana en la escuela.

—¿Debo esperar hasta mañana?

—Dudo que valga la pena esperar.

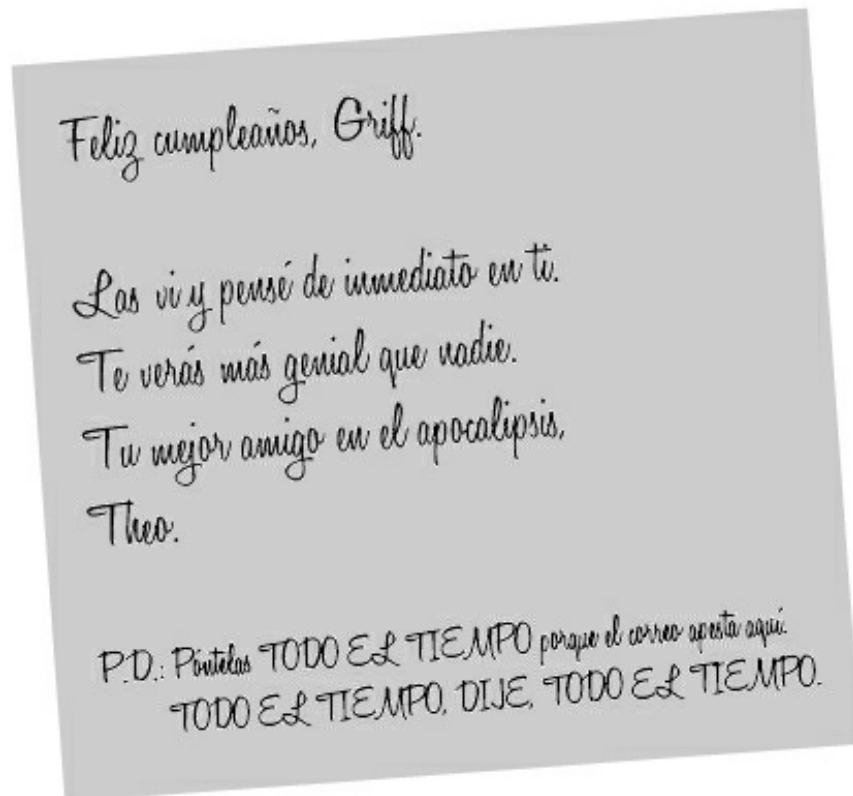
—Más te vale.

—Gracias de nuevo por los cupcakes.

—Feliz cumpleaños, Griffin. Nos vemos mañana.

Es extraño ver la dirección de la residencia de Theo en el paquete en lugar de su dirección en Manhattan. Cojo una pluma y apuñalo la cinta para abrir la caja. Saco un par de botas azul oscuro con cordones negros y una tarjeta.

La tarjeta dice:



Es un gran regalo y las usaré para ir a todas partes, pero no sé cómo puedo contar con que él sea mi mejor amigo durante el apocalipsis cuando ni siquiera me llama para mi cumpleaños. Todavía quedan dos minutos.

Estoy seguro de que llamará. ¿Verdad?

JUEVES 30 DE JUNIO DE 2016

Siento que todo está mal. Abrazo a Theo por primera vez desde agosto del año pasado. Lo rodeo con ambos brazos, con el mentón presionado

profundamente en su hombro y él me abraza como si fuera su tío, no su mejor amigo/primer amor. Siento que algo anda mal con *Theo*.

También luce como si algo anduviera mal. Ha venido a casa con un bronceado suave que no esperaba debido a todas las fotografías con protector que sube. No quiero que luzca infeliz, pero no me gusta lo despreocupado que parece, como si la vida por fin tuviera sentido ahora que se marchó.

—Es guay veros, colegas —dice Theo y abraza a Wade de un modo mucho más íntimo que a mí. No es como si Jackson estuviera aquí para vernos; está de vacaciones en Cancún con su padre esta semana. Me sorprendería si es un viaje «para vincularse padre e hijo» y no un viaje por culpa.

—A ti también —digo y hundo las manos en mis bolsillos.

—Ha pasado un minuto —dice Wade.

Theo ve las botas que me regaló para mi cumpleaños; el área de los dedos está rayada por la frecuencia con que las uso.

—¡Las botas!

—Las uso todo el tiempo, como pediste —digo.

—Buen trabajo arruinando su cumpleaños —comenta Wade.

—Fue un error inocente —dice Theo—. Es extraño pensar que Griffin nació un día impar. ¡Al menos compré el tamaño correcto de calzado!

¿Por qué las visitas de Theo a casa nunca pueden ser sencillas?

A pesar de que Jackson no está aquí con él esta vez, igual siento su presencia toda la tarde. Theo evita decir su nombre para no molestarme. No me malinterpreten, lo prefiero así, pero cada vez que Theo está a punto de hablar acerca de él, me mira y cambia de tema, como si debiera sentirme culpable. También observa su teléfono constantemente, y responde los mensajes de Jackson de inmediato. No puedo esperar hasta que estemos bajo tierra de camino a Brooklyn para pasear, para que así su falso yo californiano no pueda contactarse con él.

De camino a la estación, Wade menciona las universidades.

—Creo que no podría estar lejos de casa tanto tiempo. Es probable que me quede aquí en la ciudad el próximo otoño.

—No es tan terrible —dice Theo.

No es tan terrible porque él encontró un paraíso, mientras que el resto de nosotros estamos atascados aquí extrañándolo. Solos.

—Yo sin duda me presentaré para la SMC —digo.

Theo asiente.

—Si eso es lo que quieres, deberías hacerlo. —Ahora suena como un maldito asesor académico.

—Por supuesto que es lo que quiero —digo. Casi le recuerdo que es lo que ambos queremos, pero le prometí a Wade que no haría que el día se centrara en Theo y en mí. No tengo idea de lo que quiero estudiar en la universidad, pero sé que Theo y yo solo tenemos la oportunidad de reparar nuestra relación si estamos más cerca.

En el metro 4 hacia Union Square, Theo y Wade hablan acerca de programas de Netflix. Me siento invisible y sin voz. Estoy sentado frente a Theo y Wade, y ambos ríen como si fuera completamente normal que Theo y yo ya no encajemos. Me recuerda a los primeros años de nuestra amistad, cuando Theo y Wade eran mejores amigos y *yo* era el extraño, un añadido que estaba audicionando para formar parte de su grupo. Me convierto en un niño de once años desesperado por probar su valía, desesperado por demostrarle a Theo que puedo ser muy útil para armar rompecabezas, desesperado por estar al día con las bandas sonoras de las últimas películas para que Wade piense que soy guay.

Al diablo con esto.

Bajamos en Union Square y mientras esperamos el tren L, me pongo de pie entre los dos, enfrentando a Theo.

—Necesitamos hablar.

—Griff...

Miro a Wade.

—Necesito diez minutos con él. A solas. —Wade intenta protestar, pero cojo la mano de Theo y lo arrastro hasta el extremo de la plataforma y me detengo debajo de la escalera—. Vale, necesitamos dejarnos de estupideces por diez minutos. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes ser completamente honesto conmigo durante diez minutos y luego volveremos a hacernos los desentendidos?

Theo parece como si fuera a llorar. Coge su teléfono. Estoy a punto de recordarle que no hay señal aquí abajo —no ha estado tanto tiempo en California para que sea posible que ya haya olvidado esto—, pero coloca el cronómetro en diez minutos y lo inicia.

Yo no hubiera puesto un cronómetro. Quiero una vida entera en la que soy honesto con él sin repercusiones, pero dado que sugerí diez minutos, aceptaré lo que pueda obtener.

—¿Todavía planeamos terminar juntos?

Theo asiente, niega con la cabeza, se encoge de hombros y se paraliza.

—No lo sé.

—¿Sabes si aún me amas? ¿O he estado delirando acerca de todo lo que sucede entre nosotros?

—No estás delirando —dice Theo—. Te amo. Pero también amo a Jackson. —Es la primera vez que me ha dicho que lo ama. Lo supuse, pero es aún más doloroso que la primera vez que me contó que tuvieron sexo—. No sé qué hacer. Tú me dejaste, Griff. Creí que quizás ya me habías olvidado. Jackson estaba allí y me gustó.

Asiento. Mi cuerpo está en llamas.

—¿Debería retirarme?

—No, no. Es decir, no lo sé. No es justo de mi parte hacerte esperar —dice Theo.

—¿Será horrible para ti si sabes que no estoy aquí esperándote?

—Sí. —Theo asiente—. Sé que es egoísta, pero tú querías la verdad.

Es egoísta.

Un tren rápido del otro lado de la estación pasa junto a nosotros y nos mantiene en silencio mientras nos miramos. Me apetece coger su mano de nuevo, sostenerla esta vez, pero me siento rechazado antes siquiera de intentarlo. Cuando el tren pasa, Theo me pregunta si hay alguien más en mi vida.

—Por supuesto que no.

—No tienes que mentir si es así. Lo entendería.

—No te miento —digo—. Supongamos que me mudo a California para ir a la universidad. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Romperás con Jackson?

—Probablemente.

No me ha encantado tanto una posibilidad como esta durante mucho tiempo. He sido leal a mi amor por él y si puedo resistir un poco más, quizás después de todo terminemos juntos. Theo está dispuesto a descartar todo lo que tiene con su novio conveniente, quien estaba «allí».

—Vale. Te extraño mucho —digo.

—Yo también te extraño —responde Theo—. Todavía camino a la derecha de Jackson. Ha habido momentos en los que esperaba verte y no hacerlo es como un puñetazo en el rostro.

Extiende la mano hacia mí y yo la acepto, por supuesto, pero no espero que él jale de ella para besarme. Dudo que darme un beso sea parte de los planes del día de Theo. No importa. Nos besamos durante los próximos minutos hasta que el cronómetro suena la alarma en su bolsillo y vibra contra mi pierna. No

quiero parar, pero Theo suelta mi mano y retrocede.

—Todo esto es tabú, ¿vale?

—Vale. Ahora volvemos a hacernos los desentendidos, Theo.

Theo abandona la escalera y camina hacia Wade. Lo sigo, sintiéndome de un modo muy similar al día de mi cumpleaños: triste, pero también un poco victorioso porque él me envió un regalo. Cuando llega el tren L, imagino que es el mismo tren en el que Theo y yo confesamos nuestro amor por el otro.

JUEVES 11 DE AGOSTO DE 2016

Ha sido un verano bastante solitario. Theo solo estuvo aquí dos semanas. Pero hubo más de algunas veces en las que no pude tolerar pasar el rato con él por la frecuencia con la que Jackson le escribía y lo llamaba. Wade se mantuvo ocupado con fiestas y búsquedas laborales, pero ahora también parece a la deriva, intentando rescatar lo que queda de libertad antes de comenzar nuestro último año. Cuento los días que faltan para estar en California con Theo. Por supuesto, una parte de mí no cuenta con que realmente *estaré* con Theo cuando llegue. No soy tan poco realista.

Ahora, Wade y yo estamos sentados en el suelo de su habitación. Nos pasamos su balón pequeño haciéndolo rebotar de un lado a otro mientras escuchamos la banda sonora de *Iron Man*.

—¿Todavía crees que tomé la decisión correcta al terminar la relación? —le pregunto.

—Sí —dice Wade—. Sé que no lo sientes así.

Tiene razón. Me he hecho la misma pregunta una y otra vez cada mañana cuando despierto sin un mensaje de Theo, cada noche cuando voy a la cama deseando poder hablar por videollamada con él para desearle buenas noches, y mi respuesta nunca es afirmativa. No cuando soy honesto conmigo mismo.

—No soy estúpido por pensarlo —digo.

—Nunca dije que lo fueras. Pero ha pasado un año, ¿verdad? Tienes que hacer lo que sea mejor para ti.

—Solo está matando el tiempo con Jackson —digo y hago rebotar el balón hacia él. No debería estar hablando acerca de esto, pero no puedo dejar de hablar—. Theo dijo que volveríamos a estar juntos cuando yo fuera a California.

—¿Cuándo dijo eso? —Wade lanza el balón detrás de él sobre la cama.

Sé que no debería, pero no puedo evitarlo; debo hablar con alguien. Le cuento a Wade todo lo que Theo y yo acordamos que era tabú. Es probable que esté muy molesto conmigo por traicionar su confianza —aunque es Wade—, pero estoy solo en esto. Theo al menos puede olvidarse de mí mientras tanto. Lloro cuando termino de confesar porque no estoy seguro de poder vivir otro año en el que Theo no me ama del modo que sé que puede hacerlo.

—Theo es un idiota por hacerte esperar —dice Wade. Su voz es severa, no habla con el tono bromista habitual con el que molesta a Theo en la cara o con el que habla de él conmigo a sus espaldas.

Muevo la cabeza de lado a lado y me tranquilizo.

—Es mi culpa. Yo rompí con Theo... Lo dejé antes de que él pudiera terminar la relación conmigo. —Es la primera vez que he dicho la verdad en voz alta. Estoy saboteando mi confianza con Theo y mi confianza conmigo mismo porque ser brutalmente honesto es el alivio que he necesitado desde el año pasado—. No creía que él podría continuar amándome. Creía que era mejor si yo mataba la relación antes de que él lo hiciera. De ese modo, puedo decir que controlé nuestro final. Excepto que él dijo que aún está enamorado de mí.

De algún modo extraño desearía ser yo a quien casi arrolla un vehículo el verano anterior para que Theo hubiera podido tener el momento revelador en el que debe imaginar una vida sin mí. Quizás hubiera sido capaz de «hacer lo mejor para mí» del modo que Wade cree que debo.

Wade se acerca más a mí.

—No eres complicado. Theo se convirtió en un estúpido. Académicamente es un genio, pero se ha vuelto un tremendo idiota cuando se trata de lidiar contigo. —Respira hondo—. Debo decirte algo. Theo consiguió una habitación individual para su segundo año para así poder tener más privacidad con Jackson. No creo que Jackson se marche pronto.

Miro la cama de Wade. Mi corazón late acelerado. Oigo la obra fuera, en el pasillo, la tele que su madre dejó encendida antes de partir para jugar al dominó con amigos. Theo está siguiendo con su vida porque yo fui inseguro.

—No debería haber dudado de él.

—Deja de culparte, tío. —Wade me da unas palmaditas en el hombro—. Yo estuve ahí desde el inicio. Hiciste todo. Diablos, quizás hiciste demasiado. ¡Pero eso es algo bueno! Si Theo quiere dejar eso, tú necesitas dejarlo a él.

—Estás hablando de tu mejor amigo —digo. Wade mueve la cabeza de lado

a lado.

—No importa. Theo no debería haberte pedido que lo esperaras, como si fueras un plan de respaldo.

—Admitió que era algo egoísta.

Wade me mira a los ojos.

—Deja de defenderlo, Griffin. Y deja de ponerlo en una especie de trono. Que Theo esté haciendo las cosas mal es culpa suya, no tuya.

Me abraza, lo cual es extraño. Pero lo necesito. Le devuelvo el abrazo. Luego, me besa, lo cual es inimaginable.

No sé qué está pasando, y no sé por qué no lo he detenido. No tengo sentimientos hacia Wade, nunca los tuve, y no solo porque creí que era hetero. Pero no me han besado así desde junio, y eso fue un beso secreto robado con Theo, acerca del cual nunca hablamos otra vez. Es distinto también. Nunca creí que besaría a alguien que no fuera Theo. Nunca creí que los besos tuvieran ritmos diferentes. Wade es más lento que Theo, pero funciona.

Me agrada.

En ese momento, dejo de besar a Wade. Él también es el mejor amigo de Theo.

—¿Qué diablos? —digo, agitado, mientras retrocedo.

Wade no se disculpa. Me mira, probablemente esperando que lo golpee o que huya. Ya no es el mismo Wade con el que crecí y eso me aturde incluso más que la noticia de que Theo consiguió una habitación individual para poder, básicamente, vivir con Jackson. No me hubiera enterado de no ser por Wade, la única persona que de veras ha estado a mi lado desde que terminamos la relación. No puedo contar con Theo.

Así que beso a Wade otra vez. Lo beso *porque* es el mejor amigo de Theo. Solo existe la urgencia de probarle a Wade que soy complicado, que soy el verdadero idiota que hace idioteces y que por ese motivo Theo no me quiere. Si soy tan bueno como Wade cree que soy, entonces no tendría sentido que Theo saltara tan rápido a la cama de alguien más.

Me quito la camiseta y hago lo mismo con la de Wade. Subo sobre él y él se recuesta en el suelo, sobre su espalda, y lo beso de un modo muy parecido al que Theo me besó la última tarde que tuvimos sexo. No pasa mucho tiempo antes de que nos traslademos a su cama; nos desnudamos por completo y Wade confiesa que es su primera vez... con alguien del mismo sexo. Yo empiezo. Mantengo los ojos cerrados todo el tiempo.

No dura demasiado tiempo. Pero ha cambiado todo.

Me visto a toda prisa. No puedo mirar a Wade al salir; lo ignoro cuando me pide que me quede para que podamos hablar al respecto. He tenido muchas necesidades destructivas como esta durante el transcurso del año anterior, pero suponía que si alguna vez sucumbía a alguna, sería con un extraño, no con alguien que ha estado sentado en la primera fila de mi vida durante los últimos años.

Quiero contárselo a Theo, pero sé que no puedo. No hay retorno de una traición como esta, es imposible.

MIÉRCOLES 31 DE AGOSTO DE 2016

Continúo buscando y buscando. Theo nunca me aceptará de nuevo. No después de que sepa que ya he tenido sexo con Wade cinco veces. La primera nos tomó a ambos por sorpresa; la segunda tomó a Wade por sorpresa, cuando aparecí en su puerta, molesto porque Theo subió una fotografía de Jackson a Instagram. La tercera vez fue porque visité el perfil de Facebook de Jackson como un estúpido y sus tres fotos de perfil más recientes incluían a Theo. La cuarta vez fue porque encontré el clip «Griffin a la izquierda» que Theo hizo para mi cumpleaños hace dos años y me decepcioné de mí mismo por creer que lo terminaría de verdad. Y la última vez fue porque estaba roto y solo, y simplemente me sentí entero cuando me perdía a mí mismo con él.

Pero ahora Wade espera una sexta vez.

—Ya no hablas conmigo —dice Wade—. Y sabes que hay mucho de qué hablar.

Nunca le he preguntado a Wade hace cuánto tiempo sabe que es gay o bisexual o curioso o lo que sea. Las conversaciones importantes nunca han sido realmente parte del plan. Voy a su casa, hago algo que desearía poder olvidar, y regreso a la mía preguntándome si alguna vez tendré el valor de bombardear a Theo con esta información.

—Hablemos después. —Me inclino hacia él y busco la cremallera de su pantalón, pero él atrapa mi mano y retrocede.

—Dijiste eso la última vez —dice Wade.

Considero marcharme, pero si lo hago podría perder a mi único amigo.

No he sentido que es una amistad últimamente, o siquiera una amistad con beneficios: son solo beneficios. No puedo usarlo del mismo modo que Theo se

aprovecha de mí.

—Tienes razón. —Me pongo de pie, y voy hacia su silla con ruedas—. Lo siento. Últimamente, es muy fácil para mí perderme en mi propia mierda.

—Lo comprendo. —Su tono es más amable del que merezco. Me enfurece; ¿por qué?, no lo sé.

—Entonces —giro en su silla—, ¿por qué no nos dijiste que eres gay?

—No me importan las etiquetas en este momento, pero de hecho Theo lo sabía. Se lo dije el año pasado —responde Wade. Dejo de girar.

—¿Theo y yo estábamos juntos? ¿Dónde estaba yo?

—Fue la tarde en que me hiciste distraer a Theo mientras buscabas un birrete para su fiesta sorpresa. Fui honesto con él porque quería saber cómo supo en qué sentimientos confiar. —Wade rebota el balón contra la pared, y mantiene la vista apartada de mí.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? —No haber estado al tanto de algo relacionado con nuestro escuadrón me hace sentir como la tercera rueda que era cuando comencé a reunirme con ellos; la tercera rueda en la que Wade temía convertirse cuando Theo y yo salimos del armario.

—No quería hacer un escándalo al respecto. Theo y tú hacíais de todo un escándalo y ese no soy yo. —Wade no atrapa el balón esta vez y este rueda debajo de la cama. Se rinde y toma asiento en el suelo—. Tú me confundías también. Realmente quería lo que Theo y tú teníais, y lo quería contigo. No te preocupes, no estoy enamorado de ti.

Esa no era en verdad una de mis preocupaciones. En todo caso, es otro recordatorio de cuán querido soy estos días, pero no comento nada.

—Ha sido muy difícil verte sufrir tanto —dice Wade—. Quería hacerte sentir mejor, y era arriesgado, así que actué. No esperaba llegar tan lejos.

—Yo tampoco.

Espero que no esté intentando empezar algo conmigo. Amo a Theo demasiado como para fingir interés en alguien más. Una cosa es fingir para tener sexo, pero no puedo mentir en el amor.

—¿Estás cómodo, siendo gay o bi, o lo que sea?

—Theo y tú lo hacíais ver bastante genial. Erais como hermanos que se besaban y tenían sexo. Suena mal, pero sabes a qué me refiero. —Wade pone los ojos en blanco y reprime un bostezo—. Desearía que fuera tan fácil como lo hacíais parecer tú y Theo. Pero me asusté en el camino y no sabía qué sucedería si me rechazaban. No quería arruinar nuestra amistad.

Tengo la tentación de responder ante su honestidad con algo de la mía,

aunque no estoy seguro de que esa sea un arma que alguna vez desee disparar. Wade sería estúpido de no sospecharlo, pero hay una diferencia enorme entre sospechar que alguien tiene un arma y ver a una apuntándote. No se merece ni necesita que lo lastimen. Se merece algo muchísimo mejor.

Quizás él y yo aún podemos ser amigos. Pero eso es lo más lejos que podemos ir con esto. Nada más... excepto esa sexta vez en la cama, espero.

MARTES 8 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Estoy jugando al juego electrónico de tiro de zombis con la persona equivocada. Wade quería ir al simulador electrónico de tiro para su cumpleaños, pero no contaba con que elegiría el juego de zombis. No sabía que existía; de otro modo, hubiera invitado a Theo para su cumpleaños o para una cita. Pero eso no importa; no permitiré que arruine mi noche o, aún más importante, la noche de Wade.

Corremos por la arena con nuestro equipo y usamos nuestras armas que parecen de ciencia ficción y los arcos con las flechas con punta de espuma para derribar a los zombis que resplandecen en la oscuridad y se arrastran y gruñen contra los muros. Permanecemos unidos, con los brazos presionados contra el cuerpo, y me siento muy entrenado para esta batalla por todos los escenarios del apocalipsis de los piratas zombis que imaginamos. Llegamos al laboratorio cuando un zombi sale de un casillero y nuestro equipo entero descarga sus municiones láser sobre ese pobre gilipollas. Pero cuando cuatro zombis nos rodean desde cada salida, giro con mi arma como un maniático.

Un zombi araña a Wade, quien está demasiado ocupado riéndose de mí para notarlo. Solo colapsa cuando por fin registra lo que está pasando.

Permito que los zombis también me atrapen. No libraré esta batalla sin Wade.

Mi ritmo cardíaco se tranquiliza mientras Wade y yo salimos por el lugar donde comenzamos y pasamos por los corredores manchados de sangre y por las vallas destruidas. Ambos estamos sudados y agitados. Me hace recordar tener sexo con Wade. Me pregunto si a él le ocurre lo mismo. Hemos sido muy buenos al dejar de hacerlo.

Caminamos hasta nuestro casillero compartido, cogemos los teléfonos y las carteras, y vamos al puesto de hamburguesas a comprar botellas de agua

demasiado costosas. El teléfono de Wade vibra. Es Theo tratando de hablar con él por FaceTime. Wade cubre la llamada.

—Puedes responder —digo. No es que Theo y yo no hablemos.

—Estoy divirtiéndome contigo —responde Wade—. Puedo devolverle la llamada más tarde.

Honestamente, me siento un poco aliviado. Y yo también estoy divirtiéndome con Wade.

SÁBADO 24 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Wade y yo estamos agazapados en la acera, echándole un vistazo a los libros con descuento que están sobre una manta en la esquina. Hay completamente cero posibilidades de que me enfoque en leer algo después de recibir la llamada de Theo hace una hora: Jackson quiere que dejemos de hablar, por completo. Quizás Theo rompió nuestra regla tabú —al igual que yo — y por fin le contó a Jackson acerca de nuestro beso y nuestra promesa. Lo único que sé es que Theo le dijo a Jackson que él no me quitará de su vida. Eso no resultó ser bueno para nadie.

—Theo está intentando hacer lo correcto —le digo a Wade, quien ha estado muy molesto desde la llamada.

Wade suelta un libro que tiene un autobús de larga distancia en la cubierta.

—Eres más inteligente que esto, Griffin. Llegará un tiempo en el que mantenerte feliz ya no será lo correcto. Elegiré a Jackson.

Me incorporo. La multitud camina hacia Times Square, así que volteo en la dirección opuesta y me alejo. Wade me alcanza, pero no se disculpa por decir algo erróneo como suele hacer.

Me detiene cogiéndome por los hombros y me mira a los ojos. Es intenso y cada vez que intento apartar la vista, Wade se mueve para quedar de nuevo en el foco.

—Deja de enfadarte porque soy el único que es honesto contigo. Necesitas seguir adelante. No tiene que ser conmigo o con nadie, pero enloquecerás esperándolo. Odio ver eso.

Quiero liberarme de sus manos y apartarme de él, pero sé que Wade es el único que está aquí para mí.

—¿Por qué te importa tanto?

—Eres tan idiota. Siempre me ha importado. —Wade introduce la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saca el llavero de Cedric Diggory que me regaló para mi cumpleaños el año pasado y mueve las llaves frente a mi rostro—. Nunca prestaste atención. —Coloca a la fuerza las llaves en mi mano y cierra la suya sobre la mía—. Nunca intentaba conquistarte por Theo, pero igual quería que fueras feliz. El llavero de tu personaje favorito de Harry Potter. El retrato de Theo contigo. —Sus ojos entrecerrados se humedecen—. Quería hacer uno de nosotros dos, pero os respetaba a vosotros como amigos.

Enfocarme en Theo estos últimos años ha evitado que aprecie realmente el rol que tiene Wade en mi vida. No es solo una tercera rueda que asegura ser un adivino. No es que solo dice cosas erróneas en el momento equivocado. Es una persona con *P* mayúscula que dice la verdad y cuida el futuro de todos, a veces antes que el suyo.

Wade me suelta y mi corazón continúa acelerándose.

—Me harté de Theo. Ya casi ha pasado un año y ese imbécil aún te tiene esperando una llamada. No está bien.

—No puedo librarme de él —digo—. Me quiere en su vida, y no puedo hacerle eso. —No rompo el contacto visual con él—. Tampoco quiero que tú te vayas. Quiero ser más para ti, pero llevará tiempo. ¿Puedes concederme eso?

—¿Puedes de hecho intentarlo?

—Lo haré.

Tendré que ser cuidadoso con él. Wade es una Persona y no quiero jugar con su mente del modo que Theo ha jugado con la mía. Creer en la esperanza no me ha llevado lejos y tampoco quiero que detenga a Wade.

DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE DE 2016

Wade y yo estamos en la cama, con nuestras piernas enredadas, y estamos comiendo nachos. El radiador está al máximo y varias bandas sonoras suenan de fondo mientras conversamos acerca de los Vengadores atractivos.

—No soy un gran fanático de ninguno de los Bruce Banner —digo, e introduzco un nacho en el cuenco con salsa. Tengo mucho cuidado de no

manchar nada porque Wade enloquecerá e intentará limpiar la sábana de inmediato—. Thor es bastante maravilloso de mirar, pero siento que soy leal al Capitán.

—¿Puedo ser parte del equipo Capitán América y del equipo Viuda Negra?

—Por supuesto.

—Bien. ¿Puedo ser parte del equipo Capitán América, del equipo Viuda Negra y del equipo Tony Stark?

—Necesitas un cuarto equipo.

—Claro. El equipo Capitán América, el equipo Viuda Negra, el equipo Tony Stark y el equipo Griffin.

Muerdo mi labio para reprimir una sonrisa.

—No estás jugando bien al juego. No soy un Vengador. —Está a punto de replicar algo, pero lo interrumpo—. Deberías haber salido del armario antes. Podríamos haber tenido charlas grupales como esta.

Esa visión no se siente errónea: hablar acerca de hombres con Theo y Wade, como un grupo normal de colegas heterosexuales que conversan sobre las chicas que les gustan. Quizás esta clase de charla es lo que Theo esperaba tener cuando trajo a Jackson a principios de año. Nunca hubiera tenido sentido para mí en el lugar donde estaba. Ahora las cosas son diferentes.

—Al diablo el Capitán América, al diablo la Viuda Negra y al diablo Tony Stark y todo su dinero. Quiero estar en el equipo Griffin —dice Wade—. ¿Cuándo lo intentaremos?

Esa visión de Wade y yo juntos tampoco se siente errónea. Es un poco borrosa, sí, porque sin duda todavía tengo sentimientos hacia Theo, pero no son tan fuertes como solían ser. Siento que es extraño seguir adelante. Seguir adelante con alguien que solía ser la tercera rueda de Theo y de mí se siente aún más extraño. Las cosas han cambiado durante los últimos meses. He estado menos tiempo pasando el rato con Wade porque Theo indirectamente me ha enviado allí corriendo y, sobre todo, porque es donde quiero estar.

—Primero quiero hablar con Theo al respecto —digo. Hay mucho que necesito quitar de mi pecho. Parte de ello incluye a Wade, pero no todo—. ¿Te parece bien?

Wade asiente y desenreda sus piernas.

—Puedo esperar otro día.

Pasamos el rato juntos un poco más antes de que yo me ponga mis botas de invierno nuevas —es raro usar las que Theo me compró— y le doy a Wade un beso en la puerta.

—Te llamaré después.

—Más te vale o abandonaré el equipo Griffin.

Camino por mi habitación, sabiendo que básicamente estoy despidiéndome del futuro que he imaginado para mí durante los últimos años. Aún no me siento superconfiado de tener un futuro con Wade y existe la posibilidad de que nunca lo haga, pero no me siento igual de desesperanzado que antes. Theo está con Jackson y yo le daré una oportunidad a Wade. Si Theo y yo estamos destinados a estar juntos de nuevo, entonces, eso sucederá por su cuenta. Pero ya no esperaré. Wade tenía razón.

Llamo a Theo y atiende su correo de voz.

—Hola, Theo, soy Griff. Necesito hablar contigo acerca de algo importante. No es sobre nosotros, lo juro. Aunque eso es un poco mentira, nos involucra en cierto sentido, pero no es lo que piensas. Como sea. Llámame.



PRESENTE

SÁBADO 17 DE DICIEMBRE DE

2016



Ahí lo tienes, Theo.

Estaba ocultándote parte del pasado. Quizás te tomó por sorpresa. Tal vez lo sospechaste todo el tiempo. Pero apuesto a que no contabas con esto, porque a mí también me sorprendió: me veo a mí mismo enamorándome de Wade. Es un giro en nuestra propia historia de amor que hace que mi cabeza dé vueltas y mi corazón lata desbocado. Creí que usaría a Wade como venganza contra ti por seguir adelante con tu vida, pero nunca pensé que yo también fuera a seguir adelante.

Quería hacer esto bien, siendo honesto contigo del modo que tú lo fuiste conmigo cuando Jackson entró a tu vida. Por favor, créeme cuando digo ahora que de hecho encontré la fuerza para posponer nuestro plan de terminar juntos cuando no respondiste mi llamada.

Moriste cuatro horas después.

Cuando recibí la noticia, no lloré solo porque significaba que nunca más estaríamos enamorados, sino también porque mi mejor amigo ya no compartiría este universo conmigo. No sé qué hubieras opinado de Wade y yo juntos, pero ahora no tiene importancia. Estaba enamorado y el amor murió y el dolor que has dejado no es un dolor que crea tener la fuerza para enfrentar

de nuevo.

Pero esto no evita que entre al edificio de Wade. No evita que espere que él esté en casa y que no me rechace. Tomo el ascensor y por milagro avanza sin detenerse entre la planta baja y el piso veintisiete, pero aún siento que tarda años, incluso más tiempo que aquella vez en la que los tres nos quedamos atascados en el piso siete durante los veinte minutos más largos de nuestra vida.

Es raro pensar en cuántas cosas han cambiado y se han complicado, casi como si nuestra amistad fuera un rompecabezas de mil piezas en manos de un niño de un año que lo armó mal. A veces este universo parece ser uno paralelo, pero quizás tú ya lo sabías.

Salgo del ascensor y si pensaba en cambiar de opinión y correr a casa, he perdido mi oportunidad. Wade sale de su apartamento con una bolsa de basura en cada mano. Solo lleva puestos sus pantalones cortos de básquet color naranja brillante y calcetines blancos hasta el tobillo. Mi corazón se detiene, como si estuviera de nuevo en el ascensor y los cables hubieran fallado. No es solo porque su cuerpo es hermoso sin los abdominales que desea con desesperación o por el modo en que entrecierra los ojos cada vez que lo sorprende, como si estuviera intentando encontrarme sin sus gafas. Por primera vez desde tu muerte, admito para mí mismo lo mucho que he extrañado a este chico y cuán extraño será ser solo amigos.

Es como contigo de nuevo.

—Griffin.

Los escalofríos que siento no son parecidos a los que causa una noche de invierno frío como esta. Solo pueden provenir de alguien diciendo el nombre de una persona que quiere.

—Tus calcetines —digo.

Wade baja la vista hacia sus pies.

—¿Mis calcetines?

—Se ensuciarán —respondo.

Cruzo la distancia que nos separa, haciendo mi maldito mejor esfuerzo por reprimir la necesidad de abrazarlo. Tomo las bolsas y rozo mis dedos fríos contra sus nudillos durante un segundo rápido e insoportable, y llevo las bolsas hasta el extremo del pasillo mientras huelo las botellas de cerveza tintineantes y las lanzo en la rampa de la basura. Espero encontrar a Wade esperándome junto a la puerta —si es que todavía no me ha ignorado o me ha dicho que me marche; confío en que no lo hará— y lo veo caminando hacia mí,

pisando los charcos de nieve derretida que han dejado mis botas.

—Tus calcetines —repito.

Creo que me besaré. No me queda ni un solo músculo para apartarlo, pero, en cambio, él rodea mi cuello con sus brazos y presiona su cuerpo contra el mío. Le devuelvo el abrazo y casi río cuando se estremece al sentir mis dedos fríos en su columna.

—Tus calcetines estarán tan sucios —digo.

—No me importa —responde Wade—. No me importan los calcetines y no me importa por qué estás aquí. En el buen sentido.

Ese es el Wade que conocemos, Theo. Siempre tiene el sentimiento correcto y las palabras equivocadas, pero no puedo enfadarme con él porque es prácticamente como si dijera que lo erróneo es su primera lengua, y él no puede quitárselo de encima. Deja de abrazarme pero sostiene mis codos, y desearía no tener puesto este abrigo ahora mismo para sentir sus palmas contra mi piel.

—Quiero que entres, pero primero debo preguntarle a mi madre. Sé que esa mierda me hace sonar como si tuviéramos doce años de nuevo.

—¿Todo anda bien?

Él suspira.

—Estoy castigado como nunca antes. Es una larga historia.

—¿La versión breve?

—Faltaba a la escuela.

—¿Por qué?

—Espera a oír la versión larga. —Wade regresa a su puerta y vacila antes de entrar, muy parecido a cuando todos fuimos a Coney Island y él no quería subir a la montaña rusa, lo cual hoy me hace sentir incluso más horrible porque pude agarrar tu mano mientras enloquecía y Wade estuvo obligado a sentarse junto a un extraño—. Estarás aquí cuando regrese, ¿verdad?

No puedo decirle que no a esa mirada vulnerable que dice *no me lastimes*.

—Estaré aquí —prometo.

Su mirada confiada dice que me cree.

Tú nunca has visto este costado suyo, Theo, lo cual tiene sentido porque las personas muestran partes distintas de sí mismos a diferentes personas. No sé por qué nunca pude verlo antes. Como yo era contigo no es como yo era con Wade, y como era Jackson conmigo no es como él era contigo.

Wade regresa al pasillo con una camiseta blanca ajustada que abraza sus hombros y me invita a pasar. El apartamento es muy cálido y huele a vainilla,

lo cual confundo con una vela antes de recordar rápidamente que es probable que sea el olor del vodka dulce de su madre flotando en el ambiente.

Entro a la sala de estar donde la señora Juliette está medio dormida mirando un programa de juegos. Saluda y me pregunta cómo estoy, pero no del mismo modo que lo han hecho todos los demás, como si fuera un trozo de cristal frágil. La normalidad es prácticamente un alivio. La señora Juliette le pide agua a Wade, y espero que no sea un código para más vodka, pero Wade rellena un vaso en el grifo de la cocina y ella lo bebe casi de un sorbo. Informa que le duele la cabeza, que se irá a la cama temprano y que no debería quedarme hasta muy tarde porque Wade ni siquiera debería tener compañía en primer lugar. Está enfadada por razones que conoceré en un segundo, pero de todos modos le da un beso en la frente a Wade antes de retirarse a su habitación.

—El cuarto ha cambiado un poco —dice Wade mientras abre la puerta de su habitación.

Un poco es quedarse corto. Parece como si hubieran entrado a robar. Hay una marca en el suelo donde solía estar su estudio de música casero tambaleante y no me sorprendería si la maldita cosa por fin hubiera colapsado y él la hubiera descartado, excepto que eso no explica qué ocurrió con su tele pantalla plana o con su Xbox. Su portátil no está en su lugar habitual sobre el escritorio, y su cargador tampoco está a la vista. Las únicas cosas que permanecen son su cama, su silla, el escritorio con un libro abierto debajo de la lámpara, una estantería llena de libros de no ficción que rara vez termina de leer porque se harta de cada tema debido a un «exceso de información» —lo opuesto a ti; y su teléfono, que está en la esquina del cuarto apoyado en cierto ángulo, un truco de Wade para amplificar la acústica de su jazz.

—Me asusta mucho preguntar dónde ocultó tu madre tus pertenencias. Por favor, no digas que las vendió.

—Están guardadas en alguna parte.

—¿Qué diablos hiciste?

Wade coge un paquete de chicles de menta de su bolsillo y mastica uno mientras toma asiento en la cama y me invita a hacer lo mismo. En cambio, elijo la silla. No es muy cómoda al principio, pero estoy cerca del radiador pequeño, así que me quito el abrigo, lo que me recuerda que no debería exponerme demasiado. Cuanto más me esponga, más fácil será quitar hasta la última prenda y perderme en él... frente a ti. Wade está confundido, sin duda, pero no me presiona porque me conoce lo suficiente para saber que eso podría

apartarme.

Guau. Que alguien me conozca se supone que es algo hermoso y no algo que evita que sea sincero, ¿verdad? desearía que estuvieras aquí para darme una respuesta.

—Falté a la escuela la semana pasada. Todo se desmoronó después de la discusión en la biblioteca y de que eligieras a Jackson antes que a mí. Ver a Theo y a ti en toda la escuela no me ayudaba a sentirme menos solo. No me refiero a verlo de un modo fantasmal, pero los recuerdos apestaban. La mañana siguiente, estaba yendo a la escuela y olvidé mi maldita corbata, así que regresé a casa porque no estaba de humor para quedarme castigado. Mi madre ya se había ido al trabajo cuando llegué, y una vez que la idea de permanecer en casa ingresó en mi cabeza, nunca se fue. Escuché música, jugué videojuegos y dormí la siesta. Hice lo mismo el día siguiente. Pero el tercer día, la escuela llamó a mi madre para ver si yo estaba bien, y todo se fue al demonio. Ella vino a casa y creí que rompería la regla que tiene de nunca golpearme.

Asiento. Lo comprendo.

—¿Y luego te quitó todas tus cosas?

—Sí, al día siguiente cuando regresé de la escuela. Solo permitió que conservara el teléfono porque hubiera sido irresponsable de su parte hacer lo contrario. Ni siquiera puedo usar mi ordenador para la tarea, y me obliga a quedarme hasta tarde en la biblioteca para que haga todo. —Wade se encoge de hombros—. Al menos tengo algunos juegos en mi teléfono.

Ni siquiera puedo enfadarme por nada de esto.

—Por cierto, podrías simplemente haber dicho que nos extrañabas.

—¿De qué hablas?

—Cuando te pedí la versión breve. Podrías haber dicho que faltabas a la escuela porque nos extrañabas a Theo y a mí.

—¿Me llevó un tiempo reunir el valor para decir todo eso y me juzgas? Eres un asco, Griffin.

Miro hacia la ventana porque no puedo «reunir el valor» de mirarlo a los ojos.

—Soy un asco, Wade. He sido muy egoísta, es como que mi dolor opaca el de todos los demás. Tenía a Jackson para hablar, y tú no has tenido a nadie este último mes.

—Debo preguntártelo —dice Wade y luego no habla por unos segundos—. ¿Jackson y tú...? —Pronuncia las palabras y cierra los ojos como si estuviera

detrás del volante de un vehículo que cae por un precipicio—. ¿Jackson y tú estáis juntos o algo así? Olvidalo. No quiero saberlo. —Mira la habitación, probablemente deseando poder encender la tele para distraerse, pero está atascado aquí, conmigo. Antes de que yo pueda decir algo, prosigue—: De todos modos, no tiene importancia, no es como si estuviéramos saliendo. Es decir, ¿qué diablos estamos haciendo, Griffin? ¿Esto es solo sexo? No sé si puedo continuar con esto si es que se supone que es lo único que será.

—Creo que solo debemos ser amigos de nuevo —respondo.

—Es demasiado complicado intentar ser algo más ahora —dice Wade.

—No deberíamos verlo así. Creo que es mejor que seamos amigos, punto. En lo personal, no quiero estar de nuevo en una relación. Definitivamente no en el futuro cercano. Es demasiado pronto.

—Vale —dice Wade—. Y yo estoy mejor sin saber nada acerca de Jackson.

La cuestión es que el amor ya no tiene sentido, y siento que me mintieron. El amor no es ese poder grandioso que puede hacerme sentir invencible y vencedor. Si de verdad estuviera enamorado de ti, ¿hubiera recurrido a Wade? Y si estuviera enamorándome de Wade, ¿hubiera recurrido a Jackson? Quizás mi mancha autodestructiva no es engañar a una sola persona, sino engañar al amor mismo. El amor, el mayor mentiroso de este universo.

—De verdad me vendría bien tener un amigo de nuevo —digo—. ¿Podemos ser eso?

Wade asiente.

—Vale. Podemos ser amigos.

—Lo siento mucho, Wade.

Tanta culpa y ansiedad ha rodeado mi relación creciente con Wade que restringirnos a ser solo amigos se siente como un desmerecimiento. Es algo que ambos creímos que teníamos la oportunidad de convertir en más. Pero esto es lo que nos salvará a largo plazo.

Le cuento acerca de California y omito mencionar que tuve sexo con Jackson y el rol que cumplí en tu muerte. Quiero que él sepa cómo te homenajeamos, y quiero preservar quién eras para todos los demás. Nadie más necesita pasar el resto de su vida dudando acerca de cuánto significaban realmente para ti.

—Estoy orgulloso de ti por haber ido a la playa —dice Wade—. De los dos.

No fue fácil. No pude admitirlo antes porque tú escuchabas, pero de verdad quería que Wade estuviera conmigo y con Jackson. Él también habría peleado con el océano. Al pensarlo, ya no puedo soportar su cumplido.

—Ya no hablo con Jackson. Fuimos un sistema de apoyo mutuo por un

tiempo, pero creo que fue estúpido e insalubre. Debería haber estado aquí contigo lidiando con la muerte de Theo en vez de investigar más acerca de su vida con otra persona. Lo siento. De nuevo. —Una segunda disculpa. Un número par.

—Hagámoslo entonces —dice Wade.

—¿De verdad?

—Quizás estás Theoizado, pero lo extraño.

Intercambiar historias acerca de Theo es muy agotador —en el buen y en el mal sentido— y desearía meterme en la cama junto a Wade en este instante y dormir sobre su pecho. Pero mi padre me envía un mensaje diciendo que debo regresar a casa antes de que oscurezca más, lo cual es probablemente lo mejor, porque si paso más tiempo aquí, no seré capaz de evitar coquetear con Wade.

—Debo irme —digo y guardo mi teléfono.

—No desaparecerás de nuevo, ¿verdad?

—No. —Espero no hacerlo, al menos.

—Estoy pensando en visitar a Denise y a los padres de Theo esta semana. Deberías venir —dice Wade—. Estoy seguro de que les vendría bien ver algunos rostros amigables este mes.

—No sé si deberíamos ir juntos a la casa de Theo —respondo.

—¿Por qué no? Griffin, no engañaste a Theo. Theo salía con Jackson y tú estabas soltero. No hicimos nada malo —insiste Wade—. Además, solo somos colegas.

Quiero abrazarlo pero me contengo.

—Llámame mañana y decidiremos qué día ir. Nos vemos, Wade.

Él me acompaña a la salida y algo tan simple como girarme cuando salgo por la puerta me hace sentir como si hubiera golpeado mi propio rostro. Antes, cuando él y yo éramos solo colegas, podía decirle que lo vería luego, tomar el ascensor, e ir a casa sin pensar en él durante el resto del día. Luego, él y yo comenzamos a enrollarnos y hubo veces en las que ni siquiera podía mirarlo cuando salía de su casa. Luego una vez —una vez— lo besé en la puerta, sin culpa y entusiasmado por la siguiente vez en la que podría verlo.

Ahora no sé qué es apropiado. Es probable que Wade piense lo mismo que yo, excepto que él no espera a que yo decida y me saluda con la cabeza cuando cierra la puerta. Este universo en el que estoy atascado continúa empeorando cada vez más: todo este pasado compartido y es imposible que tenga un futuro con este chico al igual que es imposible que tenga uno contigo.

LUNES 19 DE DICIEMBRE DE 2016

Wade y yo quedamos a cargo de Denise.

Ellen y Russel están a punto de ir a hacer sus compras de Navidad. Que tus padres no tengan ya esos regalos envueltos y guardados bajo llave en el baúl que está al pie de su cama es algo muy serio, aunque Denise es demasiado joven para darse cuenta... pero, por suerte, es lo bastante inteligente para saber la verdad acerca de Santa porque estoy seguro de que a Wade y a mí sin duda se nos escapará.

Tus padres lucen mejor. Russell está afeitado, pero aún huele a cigarrillos y de verdad espero ver un parche en su brazo en algún momento del futuro cercano. Ellen luce cansada, lo cual es comprensible, y el gris en su pelo rubio está intacto, pero no parece derrotada.

—Me alegra mucho verlos a los dos, de verdad —dice Ellen y le creo—. Gracias por hospedar a Jackson, Griffin. Él es parte de la familia como vosotros dos, pero darle hospedaje a alguien en ese momento requería de una energía que no tenía. Creo que ahora nos relajamos de nuevo hasta ese punto en el que podemos confiar un poco más en nuestras emociones.

—No hay problema —respondo. No tiene idea del rol que él tuvo en la muerte de su único hijo. El rol que *yo* tuve en tu muerte. No merezco estar aquí o en ninguna parte cerca de su familia otra vez. Soy filoso, soy veneno, soy asfixia y soy fuego. Pero más adelante, puedo ser más cuidadoso con aquellos que me rodean—. ¿La caja con las pertenencias de Theo llegó bien?

Ellen asiente.

—Gracias por ocuparte de eso con Jackson. Tu amor por Theo significa más de lo que pueda expresar en palabras.

—Las palabras no son necesarias.

Russel y Ellen le dan un beso a Denise y salen a toda prisa, esperando regresar a casa a un horario razonable. Será difícil debido a la hora y al tránsito que hay esta semana, pero Wade y yo estaremos aquí todo el tiempo que nos necesiten.

Wade se pone de pie frente a Denise y a mí con los brazos cruzados como si fuera un matón, y mira a la niña con una expresión seria y graciosa a la vez.

—Vale, Dee, estamos a tus órdenes. ¿A qué quieres jugar primero?

Denise corre hasta su habitación y regresa con los brazos llenos de juegos de mesa queridos. Creo que intentará jugar al *Monopoly* infantil, pero luego abre

el rompecabezas de la tortuga de cincuenta piezas que una vez armamos con ella, y si ella puede tener la fuerza suficiente para armar de nuevo esa familia de tres tortugas, entonces yo también puedo hacerlo: entonces yo también podré hacerlo. Wade siempre ha sido más un observador cada vez que hacíamos rompecabezas, pero creo que se sorprende incluso a sí mismo cuando comienza a participar, empezando por la esquina derecha que es — alerta de spoiler— la cueva hacia la que las tortugas se dirigen.

Es bastante genial, como que Wade está asegurándose de que haya un hogar para las tortugas que Denise y yo creamos.

Normalmente, tú eras quien inventaba la historia detrás de cada rompecabezas. Estoy listo para hacerlo en tu lugar, pero Denise comienza a hablar y su imaginación es tan alocada como la tuya. Cuando terminamos el rompecabezas, Denise dice —disculpa, ordena— que lo guardemos mientras corre a buscar otro juego.

—Nunca comprendí esta parte —dice Wade—. Desarmar el rompecabezas.

—Theo y yo conservamos algunos —comento. Hablar acerca de ti antes, cuando Wade y yo estábamos haciendo lo nuestro, era realmente incómodo. Ahora que estamos tranquilizándonos, se siente natural mencionarte, aunque una parte de mí espera que no haga sentir a Wade incómodo.

—Es una pérdida de tiempo si no lo haces. Es como los castillos de arena que las personas simplemente aplastan con el cuerpo de sus colegas si lo dejas solo un minuto —reflexiona Wade.

—No lo creo. Aún obtienes una experiencia con cada rompecabezas. Los rompecabezas son parecidos a la vida porque puedes equivocarte y reconstruirlo después. Y es probable que seas más astuto la próxima vez que lo intentes. —Desarmo los bordes del océano y las algas, luego las aletas, los caparazones y por último las cabezas. Confío en que las tortugas saldrán a jugar de nuevo, quizás una o dos veces más antes de que Denise intente armar rompecabezas más difíciles.

Denise regresa con sus altavoces, los conecta al ordenador de tu madre y sube el volumen de su lista de reproducción.

—¡Fiesta de baile! —exclama. Luego baila con los ojos cerrados, así que no ve que es puro movimiento de brazos y hombros. Pienso que tendré que obligar a Wade a hacer tonterías, pero se incorpora antes que yo y me mira de arriba abajo con una expresión seria en broma. Extiende una mano y me ayuda a levantarme, pero me suelta rápido. Mueve la cabeza al ritmo de la música, pero quizás está perdido en sus pensamientos; una canción completamente

diferente lo ayuda a sobrevivir a la fiesta de baile de esta niña.

—¡Baila, Griffin! —grita ella.

Obedezco. Bailo como lo haría contigo, lo cual básicamente incluye saltar mucho, y los tres bailamos con tanta energía que es probable que estemos molestando a los vecinos de abajo. Incluso si tienen el valor de venir hasta aquí con un queja acerca del ruido, tendrán que insultar a la puerta porque no nos detendremos. No interrumpiré la felicidad de una niña que ha extrañado a su hermano mayor, la felicidad de un chico que ha estado extrañando al primer amor de su vida, la felicidad de otro chico que ha perdido a su mejor amigo, la felicidad colectiva de tres personas que necesitan con desesperación ser felices.

Cuando la fiesta de baile por fin termina, Wade y yo cogemos el té helado de tu madre de la nevera y servimos vasos para todos, aunque quién sabe cuándo beberá Denise el suyo porque todavía está parándose de manos contra la pared. Ya deberíamos haberla alentado a ir a la cama, pero tiene mucha energía, y no puedo imaginar que realmente pueda dormir. Odio imaginar los pensamientos que debe tener cuando está atrapada sola en la cama.

Mi teléfono vibra.

Es un mensaje de Jackson:

Mordí mi lengua dos veces hoy. No sé por qué. Si tú mordieras tu lengua tres veces, ¿la morderías una cuarta vez?

No sé qué maldita clase de mensaje se supone que es, pero sin duda no es una pregunta que planeo responder. Lanzo mi teléfono al extremo opuesto del sofá y le digo a Denise que elija una película. La niña opta por *Peter Pan*, lo cual me hace pensar en las anteriores mejores amigas de Jackson en esa obra, pero aparto a Jackson de mi mente.

A mitad de la película, Denise se queda dormida sobre el brazo de Wade, y Wade está a minutos de hacer lo mismo. Es temprano para sus estándares, así que no sé por qué está tan cansado, pero sin duda hace que me pregunte en qué piensa él cuando está solo en la cama.

Una vez que Wade se duerme, me levanto del sillón. Camino hasta tu cuarto y deseo que llamar a la puerta tuviera algún sentido. La abro y todo aún permanece en su lugar, con el añadido de la caja que Jackson y yo armamos con las pertenencias de tu habitación universitaria. Tú eres lo único que falta. No tengo la fuerza para entrar solo, pero me alegra ver que tus cosas aún están aquí y no abandonadas en la acera como parte de algún nuevo ritual de

sanación que les llegó por correo electrónico a tus padres.

Me giro y Wade ahora tiene los ojos abiertos y me observa. No sé por qué, pero me paro en seco. Está cansado, pero también luce, no sé, decepcionado o molesto. Le pregunto sin emitir sonido «¿qué?» y él mueve la cabeza de lado a lado despacio. No creo que sea nada, pero no lo presionaré, en especial no con Denise presente.

Me uno a ellos en el sillón y apoyo los pies sobre la mesa de centro. Intento concentrarme en la película, pero es imposible. Aún no puedo creer que no fueras realmente inmortal. Imito a Denise y cierro los ojos.

DOMINGO 25 DE DICIEMBRE DE 2016

Esta Navidad es incluso más extraña que la del año anterior.

Sé que dije lo mismo acerca de Acción de Gracias, pero Navidad duele más, al igual que lo hará Año Nuevo, y tu cumpleaños, y mi cumpleaños, y cada día en que no estás vivo. Si de veras no mentiré más, no puedo mentir sobre eso.

Al menos el día avanza bastante rápido. Abrimos los regalos en casa y ahora haremos la reunión familiar en la casa de mi tía. Mi padre me promete que no nos quedaremos mucho tiempo, en especial no después de lo ocurrido en Acción de Gracias. Me oculto en la habitación de mi tía para evitar al imbécil de mi primo, pero el sonido de las risas de todos llega desde la sala de estar. Ni siquiera siento ni la más mínima tentación de averiguar qué es tan gracioso, pero me recuerda lo agradable que fue salir de mi cuarto esta mañana y encontrar a mi madre y a mi padre sentados en el suelo, junto a nuestro árbol que requiere poco mantenimiento, como si fuera su primera Navidad juntos.

Es una locura que no estén cansados el uno del otro, o que parezca que no han perdido ni una pizca de amor por el otro. La segunda mejor parte de la mañana es cuando me uní a ellos y mi madre hizo un pase de sus pijamas para los dos en la sala de estar, paseando hasta la cocina ida y vuelta, como si estuviera en una pasarela.

Mi madre trae a mi abuela a la habitación y la ayuda, agarrándola con su brazo mientras la llevamos hasta la silla que está frente a la tele. Mi madre me dice que la sala de estar se puso demasiado ruidosa para ella, así que espera

que no me moleste que mi abuela interrumpa mi «tiempo a solas».

Sintonizo el telediario, algo que le obsesiona a mi abuela, pero que nunca puede en verdad retener. Me olvidé de su cumpleaños número noventa la semana pasada en mi aturdimiento brutal, pero si quisiera mentirle y decir que hablé con ella, no podría notar la diferencia.

—¿Vendrá Theo? Quiero ver su película de las flores.

Aún estás vivo para mi abuela. Aún estás aquí haciendo más películas. Aún estás aquí para coger tu teléfono y reproducir uno de tus vídeos para ella. Aún estás aquí para sostener mi mano y darme un beso al despertar. Sé que no estás vivo, pero sé que no te trato como si estuvieras muerto. Sé que estás observando, pero sé que hay una posibilidad de que no sea así. Sé que no estás aquí para vivir y sé que siempre vivirás a través de mí.

No puedo angustiarla y decirle que todo terminó porque, bueno, no lo sé, si niego su fantasía de tu inmortalidad, no sé si eso arruinará mi misterio de dónde estás.

—Theo no pudo venir —respondo. Es una verdad oculta en una mentira—. Pero tengo este vídeo. —Busco en el álbum de mi teléfono y tomo asiento junto a mi abuela, sintiéndome muy vulnerable mientras revivo tus creaciones con una mujer que las observa con la alegría de alguien que atestigua la magia por primera vez.

Estés donde estés, Theo, espero que tengas una feliz Navidad. Beberé algo de ese maldito ponche de huevo por ti.

—Lamento no tener un regalo para ti —digo mientras rasco mi palma a través del guante y tiro de mi lóbulo todo el tiempo mientras subo las escaleras del metro.

—Yo tampoco tengo uno para ti —dice Wade—. Estamos bien. —Camina hacia mi izquierda y permanece allí. Me muevo para reclamar mi lugar, pero él continúa bromeando—. Caminaré a tu izquierda durante un minuto.

—No, yo caminaré a la izquierda para siempre —replico.

—Diviérteme.

—No hay nada divertido en esto.

—Exacto. Es algo serio y nunca lo tratas como tal. Quiero ver cómo eres a mi derecha.

Él ha caminado a mi derecha antes, pero solo cuando tú estabas vivo y yo estaba a tu izquierda, porque obviamente tú eras el más importante, así que no me molestaba tanto en el gran esquema de las cosas. Wade nunca ha estado a

mi derecha estando los dos solos y siento que permitirlo es algo muy importante, parecido a mi primera cita contigo. Estaba nervioso a pesar de que te conocía desde siempre y que te confiaba con todo lo que tenía para ofrecer y ninguna otra persona recibió.

—No durará, pero haz tu mejor intento —digo.

En cuanto Wade retrocede unos pasos, como si las fuerzas del invierno hubieran decidido a quitarlo de mi vida de una vez por todas con un soplido, siento que me muevo hacia la izquierda para interceptarlo, pero permanezco firme hasta que reaparece del lado erróneo, con copos de nieve sobre los hombros y una sonrisa ansiosa en el rostro.

—¿Cómo estás?

—Es probable que sea mejor no prestarle atención —respondo, mirando al frente y negándome a mirar hacia mi izquierda. Es prácticamente imposible que mi cuello se mueva en esa dirección. En cuanto me rinda, el experimento se hará pedazos y lo decepcionaré, lo cual se convertirá en algo peor—. Cuéntame una historia.

De inmediato comienza a hablar acerca de una competencia que tuvo una vez con su vecino para beber Gatorade. Después de ganar, regresó a casa para orinar pero su madre había salido y él aún no tenía su propio juego de llaves. Así que estaba jodido. Intentó orinar debajo de la escalera, pero alguien comenzó a bajar y salió corriendo. Era de día, así que no podía hacer pis en la esquina o entre los arbustos sin que lo vieran y no confiaba en que los otros vecinos no fueran a delatarlo. Le dolía mucho la vejiga y continuaba intentado distraerse pero comenzó a llover un poco de nuevo, pero no con tanta fuerza para que todos regresaran adentro y que él pudiera orinar tranquilo afuera.

Justo cuando regresó a la escalera para intentarlo de nuevo, su vejiga decidió que ya era suficiente y desató su «furia» en sus pantalones y los mojó con una «meada infinita» tan genial que cerró los ojos de alivio antes de poder registrar por completo que sería un asco cuando la orina terminara de caer por su pierna y dentro de su calzado.

Llegamos al edificio de Wade y, como en su historia, he estado conteniendo toda mi ansiedad de tenerlo a mi izquierda, excepto que no reclamé mi lado (o me oriné encima). Me tranquilizo cuando tomamos el ascensor y ya no hay lados, solo nosotros de pie, uno frente al otro. Ingresamos a su apartamento y nos dirigimos directo a su habitación. Le han devuelto su televisor para Navidad porque ya ha terminado con las tareas para las fiestas y las admisiones universitarias, pero se lo quitarán de nuevo cuando comience el

colegio otra vez. Creí que veríamos una película o algo y que aprovecharíamos su tele mientras la tenga, pero en cambio, coloca la banda sonora de *E.T.* y toma asiento en la cama mientras yo me relajo en la silla. La primera canción termina y otra comienza.

—Espera. Ponla de nuevo —digo.

—¿Por qué?

—Es relajante —respondo.

—No es cierto —dice Wade—. Quizás lo es un poco, pero no del todo. Solo quieres que la repita. Conozco este juego, Griffin. Debes odiar la radio.

—No la odio —replico—. Pero tampoco diría que soy un fanático.

—Dame tu teléfono —ordena Wade.

—¿Por qué?

—Quiero presentarte la magia del aleatorio —dice Wade. No entrego mi teléfono, pero Wade no tiene problema en ir hacia mi abrigo y cogerlo—. Jugaremos a la radio con la música que tienes descargada. Ya ves, son todas canciones que has elegido en algún momento y que fueron tus favoritas por distintas razones.

—Entonces, ¿aún tengo el control?

—No realmente. Pero puedes controlar el permitirte que te sorprendan.

—No puedo controlar que me sorprendan, eso no tiene sentido.

Wade sonrío.

—Griffin, tu zona de confort es quizás demasiado confortable, ¿vale? Es como si tuvieras una tele con sonido envolvente, todos los videojuegos del mundo y la cama más grande de todas para que tus personas favoritas puedan pasar el rato contigo. Pero ese lugar no es real y deberías vivir en un lugar un poco más realista. —Wade atraviesa el cuarto hasta una de las esquinas y cambia su teléfono por el mío para obtener la mejor acústica—. Permanece en el presente.

Presiona play y la primera canción que suena de inmediato me lleva al pasado.

Luego, suena «Be Still My Heart» de Postal Service. Escuchamos esta canción caminando a casa el día que salimos del armario, compartiendo auriculares. Siento que me han llevado hasta el comienzo del tiempo. Hace mucho que no he escuchado esta canción y ni siquiera había notado que la extrañaba.

«All Night» de Icona Pop. Descubrí esta canción con Wade el día después de mi cumpleaños. Fue un poco después de que me llamaras para desearme

feliz cumpleaños, sintiéndote más estúpido de lo que jamás te habías sentido en la vida cuando notaste que confundiste la fecha. Wade y yo caminábamos hacia Duane Reade, el mismo en el que mi padre nos dio la charla sexual, y esta canción sonaba en la radio de un vehículo aparcado. Se arraigó en mi cerebro durante una tarde, pero disfruté mi tiempo con ella... Al igual que ahora.

«Take Me Out» de Franz Ferdinand: otra canción tuya, aunque ni siquiera yo tengo que decírtelo. Es un poco incómodo porque estoy bastante seguro de que Wade sabe que tú y yo escuchamos esta canción reiteradas veces después de tener sexo la primera vez. Surgió cuando los tres jugábamos al *Guitar Hero* y todos quisieron saber por qué tú y yo comenzamos a reír y por qué éramos tan buenos.

«Hold On» de Wilson Phillips: vale, esta es un poco deprimente, pero fue algo con lo que conecté mucho los meses después de que terminamos. Sé que es tonto, pero me permitió sentirme solo y no obligarme a mentirme acerca de mis sentimientos verdaderos. Comprendo lo que es fingir un rostro fuerte para los demás, pero nunca para mí mismo.

«Carry Me» de Family of the Year: la canción favorita de Wade que no es jazz o parte de una banda sonora. Compartió esto conmigo porque sabe que amo las canciones con palabras y, sí, esta me acompañó durante algunas semanas. Hubo momentos en que ni siquiera quería pensar en Wade y lo que hicimos, pero no podía evitar apartarme de esta canción, como si fuera oxígeno.

Tenía razón en no poder controlar mis propias sorpresas, pero me equivoqué acerca de lo buenas que podían ser esas sorpresas para mí. Cada vez que suena una canción que no escucho hace tiempo, resucito. Este es el poder verdadero del pasado, de nuestras historias. Los antiguos recuerdos y los sentimientos reviven y no me quejo. Es como que aún tengo el cansancio que me hizo abandonar la canción en primer lugar, pero no me importa que me despierten con ella un rato.

Wade se pone de pie y apaga mi teléfono.

—¿Qué te pareció?

—Pon otra canción —digo—. Solo reprodujiste cinco.

—Lo sé.

—Cinco no es uno de los números impares que me agradan. Esos son uno, siete y cualquier número que termine en siete.

—Lo sé. Tres pájaros de un tiro.

Me siento engañado. Al menos, sabía cuál era el plan de batalla cuando caminé a mi izquierda y puso distintas canciones, pero no sabía que atacaría también mis números pares. Pero está bien, puedo salir de esto; he salido de situaciones más difíciles antes, situaciones completamente fuera de mi control, situaciones que me afectaron como si fueran mi culpa. La canción de jazz que sonó antes de que Wade comenzara a reproducir mis canciones puede contar como la primera y la sexta, y califica porque es una canción que disfruto y una que hubiera querido escuchar de nuevo.

En cuanto a su comentario de «tres pájaros de un tiro», si estuviera bastante desesperado, podría decir que tres más uno son cuatro, pero eso no funcionará conmigo, así que necesito algo más para tranquilizarme. Em, em, bien, lo tengo. Armaré grupos, uno para las aves y otro para el tiro.

—¿Estás bien? —pregunta Wade.

Respiro hondo.

—El mundo no terminó —dice Wade—. Permaneciste en el presente.

Tiene razón. El universo no se come a sí mismo como un caníbal masticando su propio brazo. Siento que el universo al menos me está mordisqueando, pero aún estoy aquí, aún estoy entero. Sé que no durará demasiado tiempo, pero saber que logré superar tres pruebas —¡tres! — en una tarde es algo muy importante. Y es una sensación de empoderamiento que nunca sentí contigo; no respecto a mis compulsiones al menos.

—Theo me hacía sentir especial —digo, lo cual sorprende a Wade—. Me refiero a mis compulsiones. Lo siento. Sé que a veces lo frustraban, pero nunca pude quitarme la sensación de que me hacían destacar a sus ojos. Y, no lo sé, siempre creí que Theo me amaba, pero tenía esta voz constante en mí que me convencía de asegurarme de que siempre encajara con él. Si no cambiaba, nunca dejaría de ser especial ante sus ojos. Algo parecido ocurre ahora, si comienzo a probar cosas como estamos haciendo en este instante, quizás pierda mi chispa y de pronto sienta, no sé, ¿qué desaparezco para él?

—Lo tuyo... no es saludable —dice Wade—. No comprendo cómo debe ser estar en tu cabeza, pero tienes que hacer lo necesario para que tus compulsiones no te dominen. Limitan tu vida.

No «controlan». Limitan.

Intento creerlo, pero no puedo. Mis compulsiones amenazan mi salud física y mental. Por ejemplo, no puedo quitar de mi cabeza que he tenido sexo con tres chicos: tres. A pesar de que no hay nadie más con quien quiera acostarme, siento que debería hacerlo, de otro modo el universo terminará o algo malo le

sucedará a alguien que quiero. He intentado razonarlo de un modo lógico, como pensar que dormí con dos de los chicos —Wade y Jackson— por necesidad y no por amor. De ese modo, Wade y Jackson están en su propia categoría, lejos de la burbuja en la que vives tú, Theo. Pero si haré un patrón aquí, la próxima persona con la que me acueste necesita ser por amor y no por una necesidad de sentir algo.

—Comprendo —digo—. Intentaré hacer más de estos ejercicios. —Aún no puedo pedirle este gran favor, pero quiero que él me ayude, y eso es la verdad. Y él quiere ayudarme. No estoy tratando de que suene como si tuviera que darle mi corazón y mi pene a cambio de su ayuda, pero sí debo entregarle mi amistad. Él me ha devuelto parte de mi historia en la que no había pensado hace un tiempo y que es probable que corría el riesgo de olvidar para siempre. A cambio, tengo que ser completamente honesto con él.

—Debo decirte algo. No sé cómo hacerlo con delicadeza, pero tengo que decirlo. He arruinado todo. No me refiero solo a arruinar las cosas contigo o con lo que dirías que éramos, pero hice algo estúpido porque no estaba en mi mejor lugar. —Sabe lo que estoy a punto de decir, lo veo en su rostro. Pero no puedo engañarlo con las palabras—. Tuve sexo con Jackson cuando estuve en California.

Wade asiente una y otra vez, como la figura del pirata.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Imposible. No se lo he dicho a nadie y Jackson no hablaría con él—. ¿Cómo?

—Porque te conozco —dice Wade—. Es lo que haces. Lo siento, suena como si fueras una prostituta o algo así; no es lo que quiero decir. Me refiero a que haces cosas que sabes que no deberías hacer. Como si estuvieras programado para cometer errores cuando no estás en tu «mejor lugar»; no fue difícil suponer que eso ocurriría.

—No lo entiendes. ¿Recuerda esos besos que Theo y yo intercambiábamos? Theo se los enseñó a Jackson y eso me enfureció y le dije a Theo que quería que me viera teniendo sexo con su novio para vengarme, y...

—¿Le *dijiste* a Theo? No comprendo.

Mierda. No puedo mentirle y no puedo omitir ninguna verdad. Me lo prometí a mí mismo y a ti, y me harté de ser un mentiroso.

—Todavía hablo con Theo.

—¿Hace cuánto? ¿Desde que murió?

—Sí. A veces un poco antes que eso, como cuando pensaba en lo que querría

decir cuando estuviéramos juntos de nuevo. Pero desde su muerte, he estado intentando obtener su perdón por cosas que hice, excepto que no logro decirle lo que tú y yo hicimos...

—Nunca puedo ganar contigo, ¿verdad? Sin importar qué pase, mejor amigo o... lo que sea, siempre competiré contra un fantasma —dice—. No, ni siquiera compito. No tengo ninguna oportunidad de participar. —Wade se levanta de la cama, coge mi teléfono y me lo entrega—. Estoy cansado.

—¿Hablas en serio? —pregunto.

Wade no dice nada más. Nunca creí que él podría apartarme de este modo, pero no tiene interés alguno en que esté cerca de él en este momento.

—Hay más al respecto... —Creí que Wade sería la primera persona a la que le contaría acerca de mi participación en tu muerte, lo cual debería señalar lo mucho que él significa para mí, pero me niego a escucharme a mí mismo. Y podría continuar y ser un imbécil y decírselo de todos modos. Pero esa no es una culpa que él tenga que cargar, en especial no por un amigo de mierda como yo—. Nos vemos.

Cojo mi abrigo y salgo; camino hacia la escalera y bajo los veintisiete pisos. Realmente debería dejar de culpar a todos y a algunos eventos por lo que me sucede. *Yo* soy la peor cosa que me ha sucedido.

MIÉRCOLES 28 DE DICIEMBRE DE 2016

Enciendo la videollamada en mi portátil y llamo a Jackson en un minuto impar.

No me sorprendió que accediera a hablar considerando que me ha enviado cientos de mensajes desde que partí de California. Solo me sorprende que acceda a hablar tan temprano, dado que son las siete de la mañana en Santa Mónica. Quizás él también estuvo despierto todas la noche.

Responde al quinto tono. La pantalla aún está negra, pero la voz de Jackson atraviesa los parlantes.

—¿También fue el cuarto tono de tu lado?

Estoy listo para decirle que no, cuando aparece en pantalla y sí, mentiría si dijera que no lo extrañé. Me acostumbré tanto a verlo, demonios, incluso a

despertar cerca de él. Nunca he tenido sentimientos románticos hacia él, lo cual es la pura verdad, Theo. Nadie es perfecto, y Jackson sin duda no es la excepción, pero nunca me he sentido atraído hacia él del modo que me sentía contigo o siquiera del modo en que comenzaba a sentirme hacia Wade. Está bien que dos chicos que son gays pasen tiempo juntos y no quieran estar en pareja.

Estoy aprendiendo. Estoy ajustándome.

—El quinto —respondo.

—Lo siento. Fueron cuatro en el mío. Cortaré y lo intentaré otra vez. Responderé al cuarto de nuevo y luego será ocho de mi lado y diez del tuyo.

—Dejémoslo pasar —digo. Es curioso que tú siempre me seguías la corriente y hacías ajustes similares, al igual que Jackson intenta hacer ahora. Debería preguntarle cómo está y cómo pasó la Navidad, pero siento que ninguna de esas preguntas es la correcta... es demasiado amistoso y, como hemos aprendido, una y otra vez, no me he ganado esa amistad—. Perdona que dejé de hablarte. Fuiste muy bueno para mí, y sé que yo también lo fui para ti. Pero se volvió demasiado complicado.

—Iba a decírtelo la primera noche que nos reunimos. Por ese motivo quería verte —dice Jackson. Se mueve, incómodo, y detrás de su hombro veo que Chloe salta sobre la cama y apoya la cabeza en la almohada—. Quería destrozarte, pero luego comenzamos a conocernos y supe que tu dolor era igual de terrible que el mío. No quería afilar más esa daga.

Es mejor persona que yo.

—Lamento que hayamos tenido sexo —digo.

—Yo también.

—No lo digo para lastimarte, pero deberías saber por qué tomé la iniciativa —añado. Le cuento acerca de la secuencia de besos que compartía exclusivamente contigo, la secuencia de besos que le enseñaste a Jackson, la secuencia de besos que nunca le mostré a Wade, la secuencia de besos que Jackson nunca verá del mismo modo después de esta historia. Respiro hondo antes de terminar—. No podía creer que él compartiera algo tan personal contigo. Y reaccioné. No es la primera vez que he hecho algo semejante. Comencé a acostarme con Wade durante el verano. Empezó a convertirse en algo más y por ese motivo llamé a Theo ese día.

—Guau.

—Excepto que Wade ahora me odia. Probablemente sea lo mejor. No estoy seguro de poder lidiar con el amor de nuevo —digo. Ser tan honesto acerca de

lo frágil que soy con alguien que era mi peor enemigo unos meses atrás es un alivio inmenso. La honestidad no es el pasado. También he aprendido eso.

—No sabía que él era gay —responde Jackson—. Sabía que Wade y Theo estaban peleados por tonterías, pero Theo lo quería y extrañaba su amistad. Un día le pregunté a Theo cuándo creía que tú seguirías con tu vida. Nunca recibí una respuesta directa de él.

—¿Sonaba como si quisiera que yo continuara con mi vida?

Jackson asiente.

—Pero recuerda con quien estaba hablando.

—Él te amaba —digo, lo cual es la cosa más difícil y honesta que podrá decirle a Jackson—. Soy algo así como un profesional para saber cómo luce Theo cuando está enamorado.

—Me alegro por ti si eso es importante —dice Jackson—. Estoy seguro de que Theo también lo estaría.

Creo de verdad que Jackson se alegra por mí. ¿Tú habrías estado feliz por mí?

—Es importante —digo. Jackson sonrío.

—Regresaré a Nueva York la primera semana de enero y me quedaré unos días. Cuando los vuelos no estén tan llenos. Espero poder hablar con Anika y Veronika para solucionar las cosas. Y contigo también. No hay ningún problema si prefieres que no hablemos de nuevo.

—Es mejor que sigamos conversando —digo.

—Seré consciente de la diferencia horaria —responde Jackson.

—Siempre estoy despierto. Intentaré no despertarte a las siete de la mañana de nuevo.

—Fue un buen motivo para despertar.

Acordamos conversar pronto. Finalizo la llamada y la pantalla se torna negra.

Es asfixiante cómo, al igual que yo, Jackson no tiene todas las respuestas acerca de tu vida y tu muerte. Wade, Jackson... todos tenemos preguntas y podemos hacerte la cantidad que queramos, pero nunca nos responderás. Siempre existirá algún misterio. Y hay piezas del rompecabezas que le puedo entregar a Jackson. Nuestro beso tabú y los besos que no debías haberle enseñado. Pero quizás, puedo proteger la historia que compartisteis para que él no desarme el rompecabezas. Realmente quiero proteger la felicidad que él encontró en ti. Quizás algún misterio no sea algo malo.

JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 2016

Wade aún no ha respondido mi mensaje de ayer que preguntaba si podíamos vernos. Realmente pensaba que, cuando despertara de esa «siesta» de cuatro horas después de hablar por videochat con Jackson, recibiría un mensaje de Wade. Y estaba incluso más seguro de que habría respondido esta mañana, pero no hay nada.

Creo que de verdad la cagué, Theo.

VIERNES 30 DE DICIEMBRE DE 2016

Llamo a la puerta de la casa de Wade.

Oigo que alguien presiona el ojo contra la mirilla y a juzgar por lo rápido que se alejan los pasos, asumo con certeza que ese alguien es Wade. Llamo de nuevo una y otra vez hasta que su madre abre la puerta para decirme que Wade no está en casa con la voz menos convincente del mundo. Sé que sabe que no soy tan estúpido, pero no es su batalla.

Retrocedo y le deseo un feliz año nuevo porque no parece que la veré de nuevo en 2017.

DOMINGO 31 DE DICIEMBRE DE 2016

Queda una hora de 2016. Si Wade no quiere tener nada que ver conmigo para el fin de este año, entonces allí es donde lo dejaré. Estaré sin Wade en el 2017. Estas son las reglas de la noche de Año Nuevo: fuera lo viejo, bienvenido lo nuevo. No estoy seguro acerca de todo lo nuevo que debería esperar con ansias, pero sé que empieza conmigo intentando convertirme en mi propio sostén, en mi propia roca. He recurrido a Jackson durante la mayor parte del último mes y a Wade antes que eso. Ser mi propia roca es prometedor, pero sería una gran mentira si no admitiera que aprender a

ser una montaña con alguien podría ser igual de gratificante.

Quizás es la sidra —o el ánimo por haber bebido con mis padres—, pero llamaré a Wade una última vez para poder dejarle un mensaje de voz y despedirme del modo correcto. Me harté de esta tontería de los mensajes, donde no puede oír la honestidad en mi voz. Quiero que él sepa que no estoy enfadado y que me castigo a mí mismo por nunca habernos dado la oportunidad de estar juntos.

Pero Wade responde.

—Hola —dice.

—Hola. De hecho, llamaba para dejar un mensaje —digo mientras corro hasta mi habitación.

—¿Preferirías hacer eso?

—No si te parece bien hablar conmigo —respondo. No dice que no—. ¿Qué hacías?

—Estoy en casa con mi madre, pero ya la conoces.

—Ya está en la cama.

—No es lo tuyo el entusiasmo por el Año Nuevo.

—Deberías venir a casa. —Para cualquier otra persona, eso sería algo casual. Para Wade seis meses atrás, eso sería algo casual. Pero todo cambió incluso antes de tu muerte, Theo—. No me rechaces. Tenemos comida y música mala, y veremos caer la bola en Times Square. No deberías tener que verlo solo. Podemos hablar si quieres, o callarnos por esta noche y hablar después y...

—Definitivamente deberías callarte ahora —interrumpe Wade y añade en voz baja—: Podemos hablar cuando llegue.

—Ven antes de que caiga la bola, por favor.

Resumiendo: llamé a Wade para despedirme y ahora está en camino. Solo queda una hora del 2016 y esta es la primera vez en todo el día en que de hecho siento el entusiasmo de las posibilidades y el renacimiento. Y no mentí para que ocurriera.

Corro y le digo a mis padres que Wade vendrá. No comprenden por qué estoy tan entusiasmado, pero, maldición, están felices de verme así. Corro de nuevo a mi habitación, guardo los zapatos que están en el suelo, hago la cama, coloco mis botas y el abrigo en el armario y hago otras cosas hasta que suena el timbre veinte minutos después.

Corro para recibir a Wade yo mismo; abro la puerta y lo veo con una expresión neutral, jadeando. Sus pulmones deben arder y el gran abrazo que le

doy en el pasillo tampoco debe ayudarlo mucho.

Conversa un poco con mis padres, pero se agota el tiempo antes de que caiga la bola. Lo aparto y lo arrastro hasta mi habitación. Dejo la puerta abierta para que no crea que intento usarlo para tener sexo y para que mis padres tampoco malinterpreten la situación.

Ha pasado un largo tiempo desde que ha estado aquí. Wade mira a su alrededor, observando cada pared, cada mueble. Han habido algunos cambios, el mayor ha sido en mí, por más que los note o no. Tú probablemente dirías que es seguro asumir que él lo sabe, ¿verdad? Mi persistencia de los últimos días y de esta noche para que seamos solo amigos sería muy injusta, considerando que sé lo que siente por mí.

—Gracias por venir.

—Gracias por invitarme —dice Wade y se sienta en el alféizar.

Muevo la cabeza de lado a lado y extendiendo la mano hacia él.

—Siéntate conmigo. —Wade coge mi mano y nos sentamos cerca, mi rodilla contra su muslo—. Debería decirlo antes de que llegue la medianoche. No quiero que empieces tu año nuevo preguntándote si vale la pena esperarme o no. —Respiro hondo—. Lamento que mi amor por Theo haya sido un obstáculo para ti. También ha sido uno enorme para mí. Pero deberías saber que el día que Theo murió, lo llamé porque quería hablar acerca de ti. No pude comunicarme con él, así que dejé un mensaje de voz, el cual aparentemente lo puso de un humor que lo hizo caminar hacia el océano... Maté a la persona que he amado más que a nadie porque intentaba contarle mis nuevos sentimientos hacia nuestro mejor amigo...

Wade no espera a que termine antes de abrazarme y acariciar mi espalda.

—Es imposible que esto sea tu culpa. Hay cientos de cosas que podrían haber salido mal. Maldición, tío, no sabía que cargabas con esa culpa. —Se aparta—. Yo también me equivoqué. Sabía que no estabas intentando de verdad tener una relación con Jackson, pero de todos modos sentí celos. No es divertido ser el perdedor. He pasado las últimas noches sintiéndome como un idiota por toda nuestra situación. Si nunca hubiéramos tenido sexo, no estaríamos aquí ahora mismo intentando decidir si estaremos o no en la vida del otro el año próximo.

Eso es verdad.

—Quiero darnos una oportunidad, lo juro. Pero no puedo apresurar esto o lo haremos mal. Sin embargo, debes comprender que aún llevo a Theo conmigo, y estoy seguro de que tú también. Pero es diferente para mí. Sé que no eres

Theo, y no quiero que lo seas.

Prometo que en el futuro nunca subestimaré el amor que tengo hacia nadie. Estoy comenzando a odiar la palabra *amor* porque siempre suena tonta, pero el amor no debería contar solo cuando hay una victoria. El amor nunca fue el mentiroso; yo lo fui.

—¿Confías en mí? —pregunto.

—Supongo. —Wade besa mi frente, lo cual hace que uno de esos escalofríos atraviere mis hombros y baje por mi columna.

—¿Me crees que quiero que seamos algo más?

—Supongo. —Beso su mejilla.

Mi madre nos llama; la cuenta regresiva está a punto de empezar. Corremos hasta la sala de estar, nos ponemos unos bonetes de fiesta estúpidos y colgamos unos silbatos de plástico en nuestros cuellos. Mi padre sirve sidra en copas de plástico. Realmente deseo que estuvieras aquí, no de un modo romántico, sino para reunir al escuadrón, en todo su esplendor como cuando éramos más jóvenes, antes de que todo se complicara. Pero está bien. Intentaré tener menos arrepentimientos el Año Nuevo. Dejaré ir lo que ya está hecho y me aseguraré de no repetir mis errores en el futuro.

Diez. Nueve...

Wade se gira hacia mí, sonriendo como si ya hubieran reiniciado su vida.

Ocho. Siete...

Bebo mi sidra y apoyo mi copa.

Seis. Cinco...

Wade hace lo mismo; sabe que él también necesitará sus manos.

Cuatro. Tres...

Estoy preparándome para traerlo de nuevo al mundo.

Dos. Uno...

Mi corazón está fuera de control, pero no cuando acerco a Wade hacia mí y lo beso con la fuerza de la felicidad pura. Gran parte de esa felicidad inesperada es gracias a él. Cuando mis padres se separen de su propio beso, esperarán abrazarme, y me verán en los brazos de quien nunca hubieran apostado que estaría. Permanezco entre los brazos de Wade porque «Auld Lang Syne» suena y, maldición, Theo, el año pasado fue tan imposible y agotador que no sé cómo salí vivo de él. Pero sé cómo sobreviviré a este año.

Y aún sé que la parte más difícil de mi supervivencia está por venir.

MIÉRCOLES 4 DE ENERO DE 2017

Compartir un taxi hacia tu casa con tu exnovio y mi no novio por ahora (pero quizás algún día) parece el comienzo de una mala broma. Pero lo único gracioso hasta el momento es que Wade amenazó a Jackson diciéndole que permaneciera siempre a tres metros de distancia de mi pene o le cortaría el suyo.

Solo fue humor incómodo en el buen sentido, creo.

Jackson llegó justo a tiempo porque regresaré a la escuela mañana. Por suerte tendré a Wade a mi lado: equipo montaña. Suena que Jackson no está listo para regresar aún y no discutiré acerca de esa decisión.

Bajamos del vehículo y nos dirigimos directo al piso de arriba, hacia tu apartamento, donde tus padres nos esperan. Russell y Ellen nos dan un abrazo muy cálido. Parecen de buen ánimo. Estoy seguro de que te hace feliz verlos mejorando más y más, ¿verdad? En una escala de felicidad, nadie quiere que estén atascados del lado infeliz, incapaces de mejorar su ánimo y seguir adelante.

Tu madre prepara té helado mientras Jackson y Wade conversan con tu padre y Denise me cuenta todo lo que recibió para Navidad. Cada regalo... Me rescatan a la brevedad porque Ellen sabe que la conversación que los tres queremos tener con ella y con Russell no es apropiada para Denise y no queremos hacerla sentir mal, así que envía a Denise a su cuarto a jugar con su videojuego de carreras.

—Entonces, ¿qué sucede? —pregunta Ellen; cruza una pierna sobre la otra mientras bebe sorbos de té caliente.

Nosotros —Jackson y yo— les contamos a tus padres cómo somos responsables de tu muerte. Les decimos que si no hubiéramos estado enemistados, probablemente no te hubiéramos enloquecido tanto como para que necesitaras distanciarte de todos. Les cuento acerca del mensaje de voz que te envié, pero no por qué te llamé en primer lugar. Jackson se disculpa por no haber tenido el valor suficiente para salvarte.

—Oh, Dios mío —dice Ellen, moviendo la cabeza de lado a lado—. No. No. No podéis haceros esto a vosotros mismos. La muerte de Theo no es culpa vuestra. Griffin, al menos que tu mensaje de voz fuera alguna clase de truco hipnótico donde lo convencías de entrar al océano, no tienes la culpa.

—Exacto —dice Russell—. Y lo mismo para ti, Jackson. Nadie jamás

esperaba que hubieras corrido al mar para salvar a Theo. Él estaba en peligro y tú también podrías haberte ahogado. La muerte de Theo fue un accidente y fue impredecible.

—Nosotros también jugamos el juego de la culpa, os lo juro —dice Ellen—. ¿Y si nunca hubiéramos enviado a Theo a la universidad en la Costa Oeste? ¿Y si lo hubiéramos enviado a mejores clases de natación cuando era un niño? Enloqueceremos para siempre pensando en más preguntas de ese estilo.

—Dejadnos esa locura a nosotros —añade Russell.

—Creo que nunca dejaré de sentirme culpable —comento.

—Eso es porque amas a Theo, esté donde esté —responde Ellen—. Los tres lo hacen. Ya lo saben, pero tienen que vivir por él y tienen que amar por él. —Ellen nos mira a mí y a Wade, quizás porque estamos significativamente más cerca el uno del otro que de Jackson, y hay tanto espacio en medio que podríamos abrir las piernas con comodidad—. No se supone que deban estar atascados. No sientan culpa por enamorarse de nuevo.

—Es aterrador y en lo último que pienso ahora, pero dudo que alguna vez esté listo de nuevo para hacerlo —dice Jackson.

—El momento adecuado es cuando estés listo —afirma Ellen.

—Puede ocurrir incluso antes de que lo estés —digo. Miro a Wade y cojo su mano, entrelazando nuestros dedos. Me asusta alzar la vista, pero él aprieta la mía y eso me da fuerza. Ellen y Russell sonríen y asienten. Su aprobación significa todo para mí porque sé que quieren lo mejor para ti y, si ellos pueden ver que yo siga con mi vida como algo hermoso, entonces confío en que tú también te hubieras sentido así al respecto.

Ellen y Russell nos dicen que somos básicamente familia. Los tres somos sus hijos por extensión y hermanos mayores de Denise. Llamamos a Denise para que regrese a la sala, instalamos su nueva Wii y jugamos a las carreras con ella.

No sé cuándo veré a tus padres y a tu hermana de nuevo. Quizás el mes siguiente, cerca de tu cumpleaños, los visitaré y traeré algo para Denise. Pero es bueno saber que me darán la bienvenida.

—Hoy visitaré la tumba de Theo —dice Jackson después que salimos de tu edificio—. Planeaba venir para su cumpleaños, pero creo que me quedaré en casa e intentaré descifrar qué es lo mejor para mí de ahora en adelante. Será agradable pasar un rato a solas con él.

—¿Esa es tu manera de asegurarte de que no nos invitemos a acompañarte?

—pregunto, y rodeo el brazo de Wade con el mío.

—Un poco sí —responde Jackson.

Intentamos convencerlo para que almuerce con nosotros, pero está completamente decidido a pasar tiempo en el cementerio antes de reunirse esta noche con Anika y Veronika para intentar reparar su amistad. Jackson nos invita a los dos a ir a California en abril para las vacaciones de primavera y, pensar tan a futuro en mi cuasirelación y en general, es algo aterrador pero no abrumador.

—¿Está bien si lo abrazo de nuevo? —le pregunta Jackson a Wade.

—Él no es mi jefe —respondo y me acerco a los brazos de Jackson. Lo abrazo como al hermano que nunca tuve, como el hermano con el que nunca me hubiera acostado de haber sabido que un día lo llamaría hermano—. Gracias por todo, Jackson. Ni siquiera quiero pensar en dónde estaría si no hubiera podido acudir a ti. El Griffin de ese universo paralelo está bastante jodido.

—Bueno, el Jackson de ese universo paralelo tampoco está viviendo exactamente su mejor vida —dice Jackson y retrocede—. Si no permaneces en contacto, tendré que volar hasta aquí de nuevo y acosarte, y no estoy seguro de que a Wade vaya a encantarle esa idea.

—Todavía no será mi jefe en ese entonces —digo.

—Eso es lo que él cree —responde Wade.

—Sé paciente con Theo —digo—. Y contigo mismo.

—Lo mismo digo —responde Jackson.

Paramos un taxi para él. Con un último saludo de la mano, se marcha. Realmente no sé cuándo lo veré de nuevo, pero te prometo, Theo, que continuaremos cuidándonos mutuamente, y que nunca le daré la espalda de nuevo.

SÁBADO 6 DE ENERO DE 2017

—No sé por qué accedí a regresar a la escuela.

Agradécele al Creador de todos los universos que Wade es un alma amable y aburrida que pasa la mañana de su sábado ayudándome a ponerme al día con las tareas atrasadas.

—Creo que ambos sabemos por qué —dice Wade y se señala a sí mismo—. Buena decisión de vida, por cierto. —Está recostado en mi cama, terminando

mi tarea de Matemáticas; no me juzgues, es imposible que yo solo haga todo esto. Somos el equipo montaña, ¿recuerdas? Su codo toca mi cadera, y si estos fuéramos nosotros meses atrás, nos habiéramos alejado. Ahora, me acerco más a él.

Permito que mi lista de reproducción sea libre, y después de darle los últimos toques a mi ensayo de Historia acerca de la Segunda Guerra Mundial, miro a Wade.

—Listo. —Me recuesto a su lado, sabiendo que puedo confiar en que nada sexual ocurrirá porque hemos dejado la puerta abierta. Apesta, pero me alegra que Wade y yo no tengamos sexo por un tiempo. Nuestro comienzo fue bastante escabroso, así que necesitamos empezar de nuevo. Esto significa ganarnos nuestra relación.

—Deberíamos irnos.

No solo regresaré a la escuela esta semana, sino que tengo una sesión de terapia pautada para esta tarde con un nuevo médico. El doctor Anderson estaba bien, pero empezaré a ver a un psiquiatra que una amiga de mi madre le recomendó. Espero que la doctora Fergesen no me ponga ansioso, o también me iré de su oficina. Decidiré qué haré a continuación después de la sesión.

Nos ponemos los abrigos, salimos y caminamos hacia la clínica.

—Sé que he estado mintiéndome a mí mismo acerca de cuán bien estoy funcionando, y sé que quizás no pueda eliminar todo los impulsos y la ansiedad por completo, pero quiero ver si puedo recuperar parte del control sobre mi vida —digo.

—De nada —responde Wade.

—No dije gracias —replico.

—Lo noté. Creí que te empujaría en la dirección correcta.

—Gracias por obligarme a ser honesto conmigo mismo —digo.

—Cuando quieras, tío —responde Wade.

Le sonrío antes de mirar al frente. He notado que no hay nada malo en que alguien salve mi vida, en especial cuando no puedo confiar en mí mismo para hacerlo bien. Las personas necesitan a las personas. Es así.

Aunque estoy increíblemente nervioso por saber cómo me irá en esta sesión, siento que ahora puedo hacer lo que sea, como hacer ángeles en la nieve vestido solo con una camiseta y bóxers y nunca enfermar, o correr una carrera contra Wade en el lateral de un edificio, sin que me importe en absoluto la gravedad.

Estoy a su izquierda, por supuesto, pero en medio de su historia acerca de su

primer recuerdo en el cine, me muevo a su derecha y cojo su mano, lo cual es extraño, no puedo mentir. Pero también se siente bien. Ya no despierto del lado equivocado de mi vida.



PASADO

DOMINGO 13 DE NOVIEMBRE DE

2016



Mi armario está lleno de polvo al igual que mis prendas después de enterrar algunas de las pertenencias de Theo en el fondo del mueble. Me quito la camiseta y los pantalones y los lanzo al suelo. Estoy caminando hacia el vestidor cuando suena mi teléfono. Estoy un poco nervioso porque ahora tendré que decirle a Theo acerca de Wade, pero es lo que hay que hacer para todos los involucrados. Igual todavía apesta. Pero no es Theo quien llama. Es su madre.

—Hola, Elle...

Está llorando.

Todo es borroso a partir de ese momento. Miente al decir que Theo se ahogó esta tarde, ¿verdad? No sé por qué lo haría, pero es imposible que sea cierto. Pero no miente. Estoy llorando con ella mientras corro a la sala de estar y les entrego el teléfono a mis padres. Me duelen los ojos, no puedo respirar y necesito aire.

Salgo de casa y corro mientras escucho que mi madre me llama. Bajo las escaleras a toda velocidad y casi tropiezo varias veces y no me importa. Golpéame, Universo, no me importa. Salgo y está helado y es la primera vez que noto que no tengo puesto nada más que mis bóxers y unos calcetines. Mis

pies se humedecen de inmediato, pero el frío no evita que corra hacia la calle. No quiero hacerlo; no quiero vivir y estar aquí sin Theo. Veo que un automóvil se aproxima y puedo lanzarme delante de él desde mi lugar, detrás de este vehículo aparcado.

Lo haré.

Lo haré porque él rompió su promesa.

El automóvil está a pocos metros de distancia, pero en cambio me lanzo sobre un montículo de nieve que está detrás de mí mientras tiemblo y lloro. Theo no querría que me lastimara. Pero también no sé cómo estar vivo en un universo donde no puedo hablar con Theo McIntyre.



PRESENTE

DOMINGO 7 DE ENERO DE 2017



Tengo que decirte adiós, Theo McIntyre.

Estoy inclinado ante tu tumba, con las rodillas enterradas en la nieve, y espero que sepas que esto es lo mejor para mí. Mi psiquiatra me trata con terapia de exposición por mi TOC, y con medicamentos porque me ha diagnosticado un trastorno delirante. No estoy convencido de que tenga razón, pero debo enfrentar una versión de la verdad que es dolorosa: en realidad no me estás escuchando. Esta idea hace que me rasque mi palma y tire de mi lóbulo, porque si no has oído ni una de las palabras que te he dicho desde tu muerte, entonces moriste sin saber la verdad.

Pero ahora que estoy aquí, donde te enterramos, quizás puedo hablar contigo.

No he perdido mi amor por ti, lo juro. De hecho, me pone nervioso pensar que quizás nunca pierda mi amor por ti; que si en el futuro comienzo a salir con alguien, mientras armo aquel rompecabezas nuevo, aquella nueva historia, busque las piezas con tu forma. Esto quizás está bien por dos, cuatro, seis u ocho piezas, pero si son más que esas, obtendré un rompecabezas que tiene la mitad de tu rostro y la mitad del de otra persona. Eso no es justo para el chico que espera que me entregue por completo a él como lo hice contigo.

No es justo para Wade.

Siempre serás mi primer humano favorito. Nadie puede quitarte eso. Pero ahora tengo que poner las cosas en orden y dejar espacio para más personas

favoritas, confiar que Wade y Jackson son dignos de sus propias coronas.

Ha sido gratificante ser tan honesto últimamente. Estoy decidido a continuar siendo sincero, como si vidas dependieran de ello, lo cual supongo que en cierto sentido lo hacen. Nadie morirá si miento, pero las vidas pueden crecer y ser más plenas cuando digo la verdad. Ser honesto terminará la lucha que tengo conmigo mismo cuando estoy con Wade, y puedo verlo por él mismo en vez de como a alguien que está para llenar el vacío.

Quizás cuando Jackson estuvo aquí también tuvo esta conversación contigo. Me hace sentir mal, como si todos te estuviéramos abandonando por algo que no fue tu culpa. Pero supongo que ese es el punto de todo esto; Jackson y yo siempre te tendremos cerca, pero debemos ponernos a nosotros mismos primero y seguiremos adelante como estamos seguros de que tú querías que hiciéramos.

Prometo que encontraré de nuevo la felicidad. Es la mejor manera de honrarte.

Me pongo de pie, temblando un poco mientras envuelvo tu lápida con tu jersey para darte calor. No creo que sea bueno para mí conservarlo más tiempo. Me pregunto qué le sucederá. Me pregunto si estará aquí milagrosamente la próxima vez que alguien te visite, o si el viento lo hará volar y lo enterrará en lo profundo de la nieve, solo para que un extraño lo encuentre después. Esa persona no sabrá nada acerca de cómo me lo diste la tarde que tuvimos sexo por primera vez.

Pero está bien. La historia permanece con las personas que más la aprecian.

Te amo, pero no puedo quedarme más tiempo.

Quizás pase un tiempo antes de que hable contigo otra vez. Me alegra mucho que fueras mi primer amor, Theo, y valió la pena sufrir tanto por ti. Espero no haber estado viviendo en un universo paralelo donde yo no fuera también tu primer amor.

Pero este universo es el único que importa, y tengo una última pregunta para ti: le hice honor a nuestra historia, ¿verdad?

AGRADECIMIENTOS



A mi editor, Daniel Ehrenhaft, por creer en mí desde el comienzo, por sus ediciones exigentes, por habitar con tanta consideración las compulsiones de Griffin y no dormir hasta que logramos que todo estuviera bien. A mi publicista, Meredith Barnes, por toda la empatía que ha demostrado hacia mi mente tan particular. A mi agente, Brooks Sherman, por sus destrezas y por la terapia cuando dudaba de mí mismo. Mi amiga, Hannah Fergesen, una maga editorial que ha estado en lo cierto tantas veces en las que mi ego ha sufrido. Mi asistente, Michael D'Angelo, por darme órdenes. A mis hermosas y brillantes superiores, Bronwen Hruska y Jenny Bent, y a los campeones trabajadores de Soho Teen y The Bent Agency. Cuando llegue el momento del apocalipsis de los piratas zombis, primero reclutaré a mi equipo de publicistas.

A Luis "LTR3" Rivera, por ser el mejor socorrista de todo el mundo, por haberme hospedado durante unos meses para que pudiera terminar de escribir este libro, por las competencias épicas con amigos de Super Smash Bro. Y por «una cuarta cosa». A Corey Whaley, por permanecer a mi derecha, por nuestra conexión psíquica y por hacerme entrar en razón cuando soy demasiado testarudo para hacerlo yo mismo. A Amanda y Michael Diaz (y a Ann y Cooper), quienes conocen mis obsesiones demasiado bien: lamento haber escuchado todas esas canciones reiterativamente (no es cierto). A Lestor Andrade, por el viaje de la Vergüenza en automóvil y muchos otros momentos de la Vida Real.

A Becky Albertalli, por haberse asegurado de que no desperdiciara mi oportunidad cuando las cosas estaban en su peor momento. A David Arnold (-Silvera), por la propuesta de casamiento falsa más épica de todas. A Jasmine Warga, por los mejores picnics de dulces en aquella tina fina (Equipo Beckminavidera por siempre). A Sabaa Tahir, una maestra jedi que siempre percibe cuando hay una alteración en la Fuerza. A Nicola Yoon, cuya

generosidad es infinita. A Victoria Aveyard, por nunca despertarme durante cada película que vemos. Hashtag genial. A Renée Ahdieh, por no exponerme cuando un trozo de chicle cayó de mi boca en la Comic Con en medio de nuestro panel. A Kim Liggett, por sacarme de la casa para escribir este libro y por los chismes en el entretiempo. A Lance Rubin, el peor rival del mundo porque no hay ni un hueso en su cuerpo ni una palabra en su cerebro que pueda odiar. A Virginia Boecker, por demasiadas risas en muchas situaciones innombrables. A Dhonielle Clayton y Sona Charaipotra, que son fuerzas poderosas por separado y cambiadoras de mundo juntas.

Si intentara nombrar a todos los de la comunidad que han ayudado a mi carrera, este libro pesaría el doble. Gracias a todos los lectores, bloggers (en especial a Dahlia Adler y Eric Smith), escritores, familiares (en especial a mi adorable madre por un pasado feliz), amigos, booktubers, vendedores de libros (en especial a todos los que trabajan en Books of Wonder) y bibliotecarios (en especial a Angie Manfredi).

Y más importante que nada, a todos los Humanos, con o sin nombre, que me han alentado a escribir y alcanzar esta vida y me han ayudado a superar mi depresión con la escritura. Este libro es para vosotros... al igual que todos los que vendrán.